

下町
景

JAPÓN: SU TIERRA E HISTORIA

J. Daniel Toledo B. • Michiko Tanaka
Omar Martínez Legorreta
Jorge Alberto Lozoya • Víctor Kerber



El Colegio de México

JAPÓN: SU TIERRA E HISTORIA

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

JAPÓN: SU TIERRA E HISTORIA

J. Daniel Toledo B.
Michiko Tanaka
Omar Martínez Legorreta
Jorge Alberto Lozoya
Víctor Kerber



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México agradece el apoyo económico proporcionado por la Fundación Japón.

Portada de María Eugenia Vidales

Primera edición, 1991

**D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.**

ISBN 968-12-0434-4

Impreso en México/Printed in Mexico

PRESENTACIÓN

La rapidez con la que se suceden en la actualidad los eventos que determinarán los cambios de las relaciones y las sociedades durante el siglo venidero, esto es, las nuevas relaciones internacionales dentro de un esquema global que está en proceso de definirse, pone una vez más de relieve la necesidad de que los actores de esas relaciones tengan un mayor y mejor conocimiento entre sí.

En lo que respecta a nuestra región latinoamericana, la falta de un conocimiento básico de los países y las culturas asiáticas ha representado un vacío importante en los programas escolares en todos los niveles de la educación formal. Sólo recientemente se han iniciado esfuerzos por remediar ese vacío.

Desde que en 1964 se fundara en El Colegio de México, la Sección de Estudios Orientales, antecesora del Centro de Estudios de Asia y África, se propuso la tarea —que sólo podría cumplir a largo plazo— de editar libros de carácter general que sirvieran como material introductorio a la historia de cada una de las áreas sobre las cuales se había organizado el programa de estudios.

Una de esas áreas fue la del Japón. El programa de estudios —el primero en su género que se establecía en México y en América Latina— no contaba entonces con libros en español que iniciaran a los interesados en el estudio de un país y una cultura que sólo se conocían de manera periférica y a los que siempre se añadía el calificativo de “exóticos”. Para atender a esa necesidad, se acudió a libros importados.

A falta de libros adecuados para poder cumplir con el programa de estudios, los estudiantes debían manejar una bibliografía en lenguas extranjeras compuesta de textos que presuponían cierto nivel previo de conocimiento del área, lo cual no sucedía en la mayor parte de los casos. Además, era necesario que tuvieran un buen manejo del inglés y del francés, lo cual constituía una carga adicional al ya de por sí apretado programa. Esto también señala,

dicho sea de paso, otro de los puntos débiles de los programas educativos latinoamericanos: el estudio de lenguas extranjeras.

Después de varios años de experiencia en los cursos introductorios de historia de Japón, un grupo de profesores del Programa de Estudios Japoneses del Centro de Estudios de Asia y África ha elaborado el presente volumen destinado a los estudiantes universitarios que se acercan por primera vez al estudio de Japón.

Consideramos necesario destacar que los textos de este libro no constituyen ensayos interpretativos de la historia y las circunstancias del desarrollo japonés ni son investigaciones originales; se trata más bien de un resumen de los acontecimientos y experiencias del devenir histórico de Japón, ordenado con el fin de dar una información general introductoria.

Como es de rigor en este tipo de textos, los autores han consultado obras de especialistas reconocidos escritas en japonés y en diversos idiomas occidentales. Se han omitido, sin embargo, las notas a pie de página para aligerar el texto. El reconocimiento a los autores consultados se da en la bibliografía que cierra este volumen. Ésta resulta un auxiliar para ampliar su conocimiento sobre los diversos temas que aborda el libro.

Se ha procurado unificar la romanización y castellanización de las palabras japonesas conforme al sistema que durante años se ha utilizado en los cursos de japonés para hispanohablantes que se dictan en El Colegio de México.

En años recientes, conforme se ha ido incrementando la importancia de Japón para América Latina así como la presencia de nacionales japoneses en nuestra región y de latinoamericanos en aquel país, se ha publicado una serie de libros que cubren múltiples facetas de la economía, la historia y la cultura japonesas. En la mayoría de los casos, se trata de la traducción al español de obras importantes escritas en otros idiomas. Por lo que sabemos, éste es uno de los primeros intentos realizados por un grupo de profesores de una institución latinoamericana de escribir un libro de carácter general, que sirva de introducción a la historia, la geografía y la cultura de Japón. La mayor satisfacción de los que han colaborado en esta obra, será que sirva de texto auxiliar en cursos universitarios, y que pueda merecer el interés del público en general en los países de habla española, en especial de la región latinoamericana.

JAPÓN: LA TIERRA, LA GENTE Y EL CRECIMIENTO ECONÓMICO

J. Daniel Toledo B.

A PROPÓSITO DEL NOMBRE Y DE LAS PRIMERAS IMÁGENES

Las primeras noticias que se tuvieron en Occidente sobre Japón provienen de los relatos de Marco Polo, más o menos por el año 1300. En lo que más tarde conoceríamos como el *Libro de las maravillas*, se nos habla de la isla de Cipango; esta palabra es la versión italiana del término chino *Riben guo*, cuyo *Riben* se tornó en Xapon para la lengua portuguesa y en Japón para el idioma español. En dicha obra, Marco Polo, aparte de referirnos que:

Cipango es una isla que se encuentra hacia el Levante (de China), en pleno Océano, a mil quinientas millas del Continente. Es una isla muy grande. Sus habitantes son blancos, bellos y de buenas maneras. Adoran los ídolos, son independientes, y no conocen otro señorío que el suyo propio,

comienza por identificar al Japón como una isla dorada, repleta de oro y de piedras preciosas puesto que:

...habéis de saber que tiene una cantidad extraordinaria de oro, porque el oro se encuentra allí de cualquier modo. Y hay que tener en cuenta que nadie saca oro de la isla, porque nadie va al continente, ni mercaderes ni particulares. (...) Y a este propósito os diré algo verdaderamente maravilloso, que hay en un palacio del señor de la isla. Sabed, pues, que el señor de esta isla tiene un palacio muy grande todo cubierto de oro fino. De la misma manera que nosotros cubrimos los techos de nuestras casas e iglesias de plomo, aquel palacio está cubierto de oro fino por todas partes. Esto significa que tiene

un valor incalculable. Añádase que el pavimento de todas las habitaciones —que no son pocas— es también de oro fino, de un espesor de más de dos dedos. Y todas las demás dependencias del palacio, los salones y ventanas, están igualmente adornados de oro. Os aseguro que este palacio contiene infinitas riquezas, que si fuera posible conocer en todo su valor, habríamos de quedarnos maravillados.

Tienen perlas en abundancia, de color de rosa, muy bellas, redondas y gruesas. Valen tanto como las blancas, y más todavía... (...) Poseen también, además de las perlas, una cantidad asombrosa de piedras preciosas muy variadas.

Y Marco Polo remata espectacularmente: “Es una isla cuya riqueza sobrepasa todo cuanto uno se puede imaginar”.

Lo anterior, aunado a los relatos de mercaderes musulmanes que hacían referencia a prodigiosas islas de especierías, terminó por forjar una imagen del Japón como la de una serie de islas pleotóricas de riquezas y atractivos. Tal sentimiento, por lo demás, era muy acorde con las expectativas europeas del siglo XV respecto de las llamadas indias. Así, aunque años más tarde, en plena euforia expansiva, los mercaderes occidentales hablaran de la Tierra del Mikado, o sea del Emperador o *Tenoo*, para referirse al Japón, la imagen continuó siendo fundamentalmente la misma, aunque ahora tuvieran la posibilidad mucho más concreta de usufructuar las riquezas contenidas en aquellas islas del extremo oriente.

Muy distinta era la imagen que desde mucho tiempo antes habían acuñado los chinos respecto de los japoneses. Para el etnocentrismo chino el *Riben*, y su equivalente japonés *Wa* (nombre chino antiguo de Japón), quería decir país de enanos, los cuales formaban parte de los bárbaros del este. Esa expresión evidentemente despectiva ponía de manifiesto el sentimiento de superioridad del gran Imperio Chino, el imperio centro del mundo. Más tarde, se le asoció a *Yamatai*, aludiendo al estado Yamato, una de las primeras alianzas políticas entre los clanes locales, que entre los siglos V y VI de nuestra era habían surgido en diferentes partes de las islas de Japón. El estado Yamato sería la culminación del proceso formativo del estado centralizado.

Obviamente, los japoneses no compartían del todo la visión china del mundo, ni mucho menos la opinión que se tenía de ellos; por eso, en la *Misión Shotoku*, enviada por Japón a China en el año 607 d.C., se utilizaron por primera vez las expresiones *ji no idzuru tokoro no tenshi*, “el lugar donde el sol se levanta”, para referirse

a Japón y *ji no bossuru tokoro no tenshi*, “el lugar donde el sol se pone”, para nombrar a China. Con esto se denotaba claramente la situación de igualdad que debía mediar entre ambos pueblos. He aquí, seguramente, el origen del sinónimo que se utilizará posteriormente para identificar al Japón como el país del sol naciente “Nippon” o “Nihon”, y que permitirá hablar también, bajo otras condiciones muchos más actuales, del imperio del sol naciente.

EL JAPÓN DE HOY: UNA IMAGEN NO BASTA

Japón, un nombre y un país que evocan mil cosas distintas, a veces muy contrastantes. Un país que exhibe una de las tasas más altas de industrialización y producción de manufacturas en el mundo y que, sin embargo, casi no tiene materias primas; un país muy pequeño pero con mucha gente. Reconocido como el gigante económico de Asia, con sus grandes y modernos complejos industriales, con índices de contaminación que han alcanzado uno de los más altos niveles del planeta, es también un país que durante siglos ha sabido conservar una singular y serena belleza, con sus aldeas que aún mantienen mucho de lo tradicional, sus jardines increíbles, sus cerezos en flor, sus paisajes de tarjeta postal con el Fuji-san, el volcán símbolo, siempre presente.

Un territorio donde coexisten de manera admirable ciudades centenarias como Kyoto, Nara, Kamakura y modernas urbes como Tokio, Yokohama, Sapporo, Osaka, Kitakyushu; donde se puede hablar de aglomeraciones urbano-fabril vociferantes, de rutilantes anuncios luminosos, de juegos mecánicos, de prostitución y pornografía, pero también de la quietud de la vida hogareña. Un lugar donde el ser humano ha convertido objetos de uso cotidiano como las sombrillas, los kimonos, las tasas de té, el frasco de porcelana para el *sake*, los cuencos para el arroz, los abanicos, la simple escritura, en verdaderas obras de arte; pero también donde objetos como las cámaras fotográficas, los aparatos de televisión, los relojes, los juegos mecánicos y electrónicos, las calculadoras y las computadoras, a los cuales habría que agregar ya los robots, todos de la más alta sofisticación tecnológica, se han convertido en utensilios obligados de la vida cotidiana.

Un país que nos recuerda una turbulenta historia de militarismo expansionista-imperialista, con la trágica culminación del pri-

mero y único bombardeo atómico, pero también a un pueblo con una profunda vocación pacifista a consecuencia de lo mismo. Un territorio de convulsiones sísmicas y erupciones volcánicas, pero a la vez con un bello paisaje natural, con lagos magníficos y fuentes termales, consecuencias de esas mismas catástrofes. Un paisaje cultural donde dirimen derechos de propiedad la fábrica y la campiña, la cual ha ido perdiendo terreno; un pequeño territorio rodeado de un amplio mar que muchas veces dio lo que la tierra negaba, pero que no siempre se comporta tan generoso y pacífico.

Japón evoca también a un pueblo disciplinado y emprendedor, dotado de conciencia colectiva y sentido de grupo, capaz de los mayores sacrificios con el solo afán de lograr la meta propuesta aunque, como la historia lo ha demostrado, no siempre esa conciencia y fuerza colectiva haya estado al servicio de las mejores causas. Por otra parte, un pueblo que ha hecho de la cortesía una tradición, pero que con la dureza en las relaciones industriales y comerciales ha hecho del pragmatismo una profesión.

Japón es, en suma, un país donde alternan de manera admirable una de las más auténticas tradiciones orientales con el más avanzado modernismo a la occidental, el más sofisticado complejo industrial y la más tradicional de las actividades aldeanas, la más fina cortesía con el más acentuado pragmatismo. Probablemente con base en estas dicotomías se ha desarrollado una serie de estereotipos que muchas veces no hacen verdadera justicia a lo que en realidad es el Japón. Por eso decimos que una imagen no basta.

A MANERA DE INVITACIÓN

Si observáramos al Japón desde las alturas veríamos un territorio muy alargado y montañoso, que en forma de guirnalda orientada de suroeste a noreste, se extiende en el extremo oriental del continente asiático. País largo y angosto, desde las islas Ryukyu (Okinawa) en el extremo sur hasta las Kuriles (Chishima) en el extremo norte mide unos 3 800 kilómetros de largo y sólo alcanza el máximo de unos 300 kilómetros en sus partes más anchas; en verdad, ningún punto del interior del país queda a más de 110 kilómetros del mar. Veríamos también un archipiélago fragmentado de unas 3 900 islas, entre grandes y pequeñas, de las cuales sobresalen cuatro principales: Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu, si es que vamos de norte a sur.

País isla, está situado en el extremo noroccidental del océano Pacífico a través del cual se comunica, entre otros, con Canadá, Estados Unidos y Australia, con quienes comparte la calidad de miembro conspicuo de esa gran cuenca oceánica; por el otro lado enfrenta a China, Corea y la Unión Soviética con sólo cruzar los mares interiores del sur de China y el mar de Japón; por las aguas del sureste asiático los contactos con los países de la región han sido siempre naturales y más que accesibles y, más allá de ellos, a través del Índico, los contactos con los países del Medio Oriente y África son expeditos. Aparte de la vía marítima puede alcanzar los países europeos en 13.5 horas de vuelo, a través de la vía aérea polar. Y por este mismo medio se puede comunicar con cualquier otro punto del planeta. Así, la insularidad japonesa, lejos de ser hoy un obstáculo, representa miles de posibilidades de contactos e intercambios.

País de los llamados pequeños, por su reducida superficie que sólo alcanza los 377 643 kilómetros cuadrados, pero de los grandes en cuanto a población, la cual sobrepasó, en 1983, los 119 millones de habitantes. Con esa superficie Japón viene siendo unas 25 veces menor que EU y China, casi 9 veces menor que India y 5.2 veces menor que México; un poco mayor que Malasia (330 000 km²), que el Reino Unido (244 806 km²), que Italia (301 000 km²) y sólo una y media veces más grande que Chihuahua (247 087 km²), el mayor estado de la República Mexicana. En cuanto a población, y pese a la ya referida pequeñez, Japón ocupa el séptimo lugar entre los países más poblados de la tierra.

Con un territorio de reconocida escasez en cuanto a materias primas de consumo industrial, Japón tiene sólo algo de piedra caliza, sulfuro metalífero y hulla; y, sin embargo, es una potencia industrial mundial, tan sólo ubicada detrás de los dos grandes colosos industriales, EU y la URSS, en la producción y exportación de bienes manufacturados. El territorio japonés, que sólo se puede cultivar en una séptima parte exhibe, en promedio, una de las más altas tasas de productividad agrícola.

Umbral emergido del escalón más oriental de Asia, la guirnalda japonesa domina profundas fosas oceánicas, como la de Tsurcarora, frente a las costas de Honshu, que alcanza los 10 374 metros de profundidad. El contraste entre las alturas y los abismos oceánicos en tan corto trecho, a lo que hay que agregar uno de los volcanismos más activos de la tierra, es la causa y la consecuencia

de la gran inestabilidad del territorio japonés. En todo el planeta no hay otra región tan agitada por los sismos, señales de las convulsiones del anillo o círculo de fuego que bordea al océano Pacífico, del alzamiento de las tierras de los fondos oceánicos y de los deslizamientos que se producen en las laderas de las fosas marinas.

Éstos y otros problemas que la geografía japonesa plantea al observador son, pues, seductores. ¿Cuál es la estructura del país?, ¿qué elementos favorables o desfavorables ha encontrado el hombre en su relieve?, ¿y cuáles en su clima? Las particularidades de la nación japonesa, ¿se deben a la acción del medio natural? ¿Cómo puede Japón alimentar una población que ya ha superado la densidad media de los 300 habitantes por kilómetro cuadrado? ¿Cómo puede ser una potencia industrial si prácticamente carece de recursos naturales para ello? En fin, son muchos los interrogantes que invitan a un examen un poco más profundo.

UNA TIERRA MONTAÑOSA; JOVEN E INESTABLE

Dos características destacan dentro de la geomorfología japonesa: un relieve accidentado y montañoso y una tierra joven e inestable. En efecto, 71 % del territorio está constituido por montañas y el restante 29 % por tierras bajas y planas, valles y llanuras donde se localiza la mayor parte de los asentamientos y actividades humanas. De allí que el Japón haya sido justificadamente calificado como un país montañoso, a pesar de que sus más altas cumbres no rebasan los 3 200 metros de altitud con respecto al nivel del mar —excepción hecha del monte Fuji con sus 3 776 metros de altura— y de que está muy por debajo de esas grandes cadenas montañosas del Himalaya asiático o de los Andes americanos; de todas maneras, la naturaleza predominantemente montañosa del relieve japonés tiene profundos efectos sobre el clima, el paisaje y la actividad humana.

Por otra parte, los geólogos nos dicen que el Japón es un país de tierras jóvenes, puesto que las formas básicas del relieve se construyeron en el período terciario, es decir, hace unos 75 millones de años (lo que en términos de edad de la tierra es relativamente reciente) y las formas actuales terminaron de modelarse en el transcurso del período cuaternario, o sea, hace un millón de años. Los movimientos diastróficos y volcánicos que durante estos períodos

dieron al Japón la forma de conjunto que hoy le conocemos, fueron tan violentos y frecuentes que podemos afirmar que todas las tierras japonesas se han fracturado, juntado, separado, sumergido o emergido más de una vez; aún más, algunas de las manifestaciones de las fuerzas constructoras que dieron origen a ese relieve son todavía hoy lo suficientemente activas, aunque no con la violencia del pasado, para hacer del territorio japonés uno de los lugares de más alta sismicidad de la tierra. Si a esto agregamos la acción pasada y presente de los agentes modeladores del relieve, particularmente la erosión eólica, pluvial y fluvial, que desnuda laderas, excava valles, arrastra y deposita grandes masas de materiales a la salida de los valles o en la desembocadura de los ríos, tendremos sobradas razones para calificar a la tierra japonesa como una tierra joven e inestable.

Un rasgo sobresaliente de este relieve montañoso lo constituye el gran sistema central que corre a lo largo de casi todo el territorio japonés con la sola excepción de Hokkaido que posee un relieve más suave donde alternan colinas, llanuras y montañas más bajas. Los movimientos terciarios plegaron longitudinalmente el arco japonés en amplias curvaturas que levantaron el suelo y formaron las montañas que corren por el centro del país, formando una especie de gran columna dorsal que divide el territorio en dos grandes vertientes: la del Pacífico y la del mar Interior, con marcados contrastes no sólo orográficos y climáticos, sino también humanos.

El punto culminante de este accidentado relieve se da en la parte central de Honshu, la isla mayor, donde las cadenas montañosas, de laderas muy pronunciadas, de profundas dislocaciones y escarpadas fallas, sobrepasan los 3 000 metros de altura. Allí se concentra uno de los mayores conjuntos eruptivos del país —capitanado por el monte Fuji y el siempre activo volcán Asawa— y, sobre todo, se da una de las mayores irregularidades, si no la mayor, del relieve terrestre, cuando se considera la pendiente que media entre las cumbres de estas cordilleras y las profundidades oceánicas de la fosa del Japón y la corta distancia que hay entre ellas. Esto significa que las islas japonesas no son otra cosa que la parte superior de elevadísimas cadenas montañosas de más de 10 000 metros que se alzan desde el fondo del océano. El pico de máxima altura sería el monte Fuji, que medido desde la fosa de Tuscara —a su vez la parte de mayor profundidad de la gran

LAS 10 MONTAÑAS MÁS ALTAS DEL JAPÓN

<i>Nombre</i>	<i>Ubicación (prefectura)</i>	<i>Altura (m)</i>
Fuji-san*	Yamanashi (Shizuoka)	3 776
Shirane-san	Yamanashi (Shizuoka)	3 192
Hodaka-dake	Nagano (Gifu)	3 190
Yariga-take	Nagano (Gifu)	3 180
Arakawa-dake	Shizuoka (Nagano)	3 141
Akaishi-dake	Nagano (Shizuoka)	3 120
On-take-san*	Nagano (Gifu)	3 063
Shiomi-dake	Nagano (Shizuoka)	3 047
Senjoya-take	Nagano (Yamanashi)	3 033
Norikura-dake*	Nagano (Gifu)	3 026

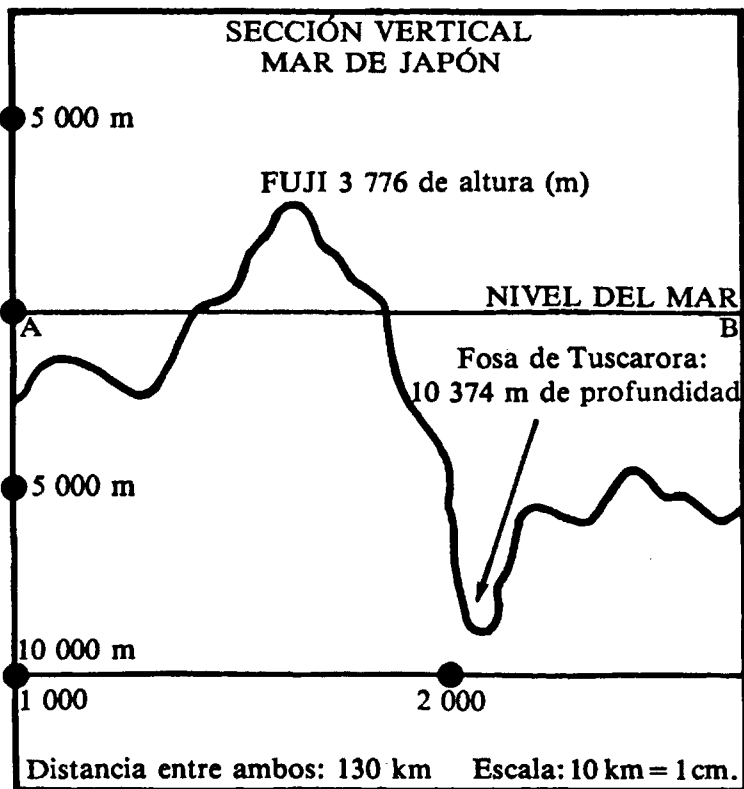
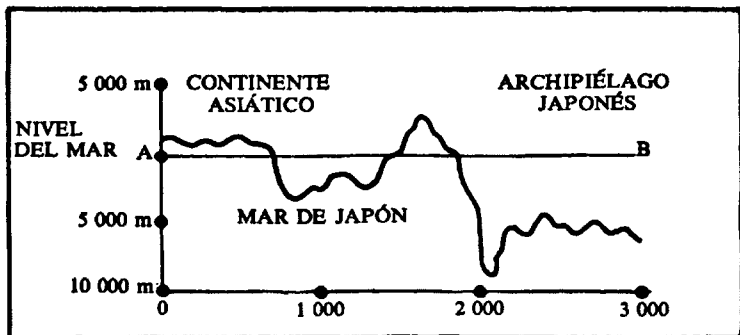
* Volcanes.

fosa del Japón— alcanzaría los 14 150 metros de altura, ¡por mucho la mayor irregularidad terrestre en tan corto trecho!

En contraste con la violencia de esta accidentada arquitectura terrestre, está la belleza incomparable de ese conjunto montañoso llamado los Alpes japoneses, que en nada envidia a los Alpes europeos y que hace la delicia de los excursionistas y deportistas japoneses, ansiosos de escapar de la agitada vida urbana y reencontrarse con la naturaleza.

Aun cuando la naturaleza montañosa es la característica más notoria del territorio nipón, hay un número relativamente grande de llanuras como las de Ishikari y Tokachi en Hokkaido, de Tsukushi en Kyushu y las de Kanto y Nobi en Honshu; de ellas la de Kanto es una de las más extensas, cultivadas y, por ende, pobladas del Japón. Estas llanuras, en su mayor parte formadas por depósitos aluviales provenientes de las montañas y volcanes, son terrenos fértiles, intensamente cultivados que, vistos desde las alturas y en tiempos de cosecha, semejan grandes mantas multicolores, o pequeños jardines perfectamente enmarcados por una minuciosa y bien trazada red de canales, interrumpidos por pequeños bosques, compactos e intensamente verdes, y por una multitud de aldeas que conservan casi intacta la imagen antigua, tradicional.

Así, pese a la intensiva utilización de la tierra, la campiña japonesa presenta un visión de equilibrio, de belleza natural, tran-



quila y apacible. Junto a estas tierras planas, en las estribaciones montañosas, encaramadas en las faldas de las pendientes que circundan los pequeños valles interiores, están las terrazas de cultivo, que señalan, elocuentemente, la escasez de tierra cultivable en todo el país.

Dichas terrazas son características de todos los lugares montañosos de menos de 20 grados de pendiente y, aunque no sean apropiadas para cualquier clase de cultivo, constituyen la mejor forma de prevenir la erosión. Junto a las tierras ganadas al mar, donde se instalan los puertos, los astilleros o algunos complejos industriales, las terrazas de cultivo son el mejor ejemplo de cómo los japoneses tratan de contrarrestar la limitación natural de la falta de tierra útil, de espacio vital.

El calificativo de tierra inestable está plenamente justificado en Japón. En el curso de los últimos mil años se han producido 230 terremotos y un sismógrafo de gran sensibilidad alcanza a registrar unos 7 500 sismos al año, de los cuales aproximadamente 1 500 llegan a ser percibidos por el ser humano, y algunos incluso llegan a resultar verdaderamente destructivos. Estos temblores de tierra prueban que en Japón prosiguen los movimientos orogénicos, modificando el relieve, produciendo nuevas fallas, cortando rutas y fracturando campos. La zona de Gifu, en la fosa Magna, posee el récord de sismicidad con unos 750 sismos anuales, aunque hay otras áreas como Hokkaido y Kyushu que no le quedan a la zaga. No es una exageración sostener que todo el archipiélago japonés es sísmico.

Las casas tradicionales no sufren mucho con las acometidas sísmicas, porque desde siempre han sido construidas a base de armazones ligeras y estructuras de madera que soportan elásticamente las sacudidas; los edificios más pesados resienten mucho más las ondas sísmicas, aún cuando hoy en día los edificios modernos las soportan bastante bien, porque han debido pasar los severos controles de asismicidad que imponen las autoridades. Sin embargo, hay ocasiones en las cuales no hay construcción que soporte la violencia de los sismos. La verdad es que los daños más desastrosos van ligados a los *tsunamis*, o maremotos, que pueden levantar olas de hasta 30 metros de altura. En estos casos, o bien el agua sube como una marea ordinaria, o bien avanza como un terrorífico muro líquido que inunda las llanuras litorales, destruye cosechas, derriba casas, levanta calles y borra los caminos, lanza las embarcacio-

nes a la tierra, etc. Por ejemplo, el *tsunami* de 1703 mató a más de 100 000 personas y destruyó áreas considerables.

Uno de los terremotos más desastrosos que sufrió Japón fue el de 1923. Devastó Tokio y Yokohama, causó la muerte de 120 000 personas y provocó daños materiales por unos 4 600 millones de dólares de la época. Su epicentro se localizó en la bahía de Sagami, al sur de Kamakura, la cual desciende bruscamente a más de 2 000 metros de profundidad; las costas llegaron a levantarse más de 7 metros en la península de Miura, para hundirse luego unos 2 metros por debajo de su nivel original. Las sacudidas, que duraron 2 horas y 20 minutos y rompieron todos los sismógrafos de Tokio, fueron tan violentas que mataron peces hasta más allá de los 1 000 metros de profundidad. Pero el desastre de 1923 no se debió tanto al terremoto como al incendio que le siguió. Los movimientos rompieron las cañerías de gas y de agua, con lo cual se provocaron incendios de las casas de madera (de las cuales ardieron más de 450 000), que no pudieron ser apagados. Una vez más los japoneses fueron presa de una combinación fatal y sinestra: terremoto + viento + incendio. Afortunadamente hoy día ya no hay tanta vulnerabilidad y las condiciones han cambiado; sin embargo, en cuanto a la presencia de los sismos, éstos siguen quitando el sueño y asustando constantemente a los japoneses.

Ahora bien, si los sismos de tierra son un elemento habitual del medio físico japonés ¿qué tanto influyen sobre la geografía humana y el carácter nipón? Digamos que los japoneses han sabido sacar lecciones positivas de ello. Nada de resignación y fatalismo frente a las violencias de la naturaleza; todo lo contrario. Por ejemplo, la llanura de Kanto, que se considera como una de las más sísmicas de Japón, es la vez la región más poblada; las construcciones que se levantan, tanto las de estilo tradicional como moderno, resisten muy bien los terremotos, y los puertos y caletas de los pescadores están más protegidos contra los *tsunamis*, aunque de vez en cuando los *taifu*, o tifones, arrasen con todas las prevenciones y protecciones humanas. Sin embargo, se trata de una historia de esfuerzo, de sobreposición, de reconstrucción rápida de las ocasionales devastaciones naturales. Hay además una compensación natural: a la par que una calamidad azota periódicamente al país, los volcanes y el volcanismo son el origen de un bello paisaje natural, con lagos magníficos y numerosas fuentes termales que hacen la delicia de todos los japoneses.

COSTAS ABUNDANTES Y FRAGMENTADAS

Como país archipiélago que es, el Japón abunda en costas. En total, el país tiene una línea costera de unos 30 000 km, lo que constituye una extensión considerable en relación con la superficie total del país. No debe pues extrañarnos la vocación marinera de los japoneses, ni tampoco que hayan sido, desde siempre, uno de los principales pueblos pescadores del mundo.

En cuanto a sus formas, las costas japonesas reflejan también la profunda huella de los movimientos orogénicos del terciario, ya sea como bloques tectónicos que colindan con el mar y que presentan los vestigios característicos de una sumersión (como sucede, por ejemplo, con las orillas del llamado mediterráneo japonés, entre las islas de Honshu y Shikoku) o como en otras áreas, donde se encuentran extensas terrazas marinas a distintas alturas, indicios claros de una emersión del litoral. Además de estos hundimientos y levantamientos, la naturaleza de las terrazas marinas de las costas de Japón se complica por el hecho de que muchas de ellas han sido dislocadas a lo largo de fallas, por lo cual la superficie de una misma terraza puede encontrarse a alturas muy distintas. Todo esto ha dado origen a un litoral muy dentado y disparejo, rasgo que se acentúa en la vertiente pacífica.

El juego de los movimientos del suelo y del nivel marino ha creado grandes bahías como las de Sendai, Tokio, Suruga, Ise, Osaka, Tosa y Ariake en la vertiente del Pacífico; Wakasa y Toyawa en el mar interior, Mutsu en el extremo norte y la bahía de Uchiura en Hokkaido; ha dado origen a una gran abundancia de promontorios, islas menores e islotes, además de otros accidentes mayores como las penínsulas de Shimokita, Boso, Izu, Shiwa, Osumi y Sat-suwa en la costa del Pacífico, la costa particularmente recortada del oeste de Kyushu, donde se encuentra el puerto de Nagasaki, y las penínsulas de Noto, Oga, Tsuguru y Matsumae hacia el mar del Japón.

A pesar de compartir algunos rasgos comunes, hay, sin embargo, claras diferencias entre la costa occidental o del mar Interior, y la costa oriental, que también hemos llamado vertiente Pacífico. La primera se presenta más rectilínea, pareja y abrupta, menos accesible y con una ausencia notable de condiciones naturales para el establecimiento de buenos puertos, (el único puerto

accesible para barcos de más de 6 000 toneladas es el de Tsuruga, haciendo excepción del de Kitakyushu, porque éste se encuentra casi a la entrada, o salida, del mar de Japón); la costa oriental, por el contrario, es por excelencia fragmentada y abundan en ella las condiciones de seguridad y de abrigo necesarias para el establecimiento no sólo de buenos puertos, sino también de los grandes astilleros, una de las actividades industriales mayores de Japón. Allí se ubican los puertos de Chiba, Tokio, Kawasaki, Yokohama, en la gran bahía de Tokio, y los de Nagoya, Osaka, Sakai-sen-boku, Kobe, Wakayama-shimotsu, Takamatsu, Uno, Mizushiwa. A éstos sólo habría que agregar los de Aomori y Hakodate, en el extremo norte, para tener completa la lista de los mayores puertos japoneses, muchos de los cuales (Chiba, Yokohama, Nagoya, Kobe) sobrepasan hoy en día los 100 millones de toneladas brutas anuales de carga-descarga. Hay, pues, en la costa oriental una intensa actividad marítima, sin considerar la que se realiza en los puertos menores y en las caletas, que también cuenta.

Queda todavía por considerar que la costa occidental se proyecta, en su mayor parte, hacia una plataforma continental más o menos amplia que no rebasa los 50 metros de profundidad, para descender a un máximo de 200 metros, que sería la profundidad promedio del mar de Japón; en cambio la costa oriental, si se exceptúan las bahías y algunos pequeños mares interiores, tiene una plataforma continental muy reducida que se precipita casi de inmediato a profundidades abisales. Ya hemos hablado antes del resultado de este desequilibrio morfológico.

La insularidad, la cercanía de la tierra al mar, por distante que esté el punto considerado, y la gran disponibilidad de costas, confieren al paisaje japonés una marcada mediterraneidad y, desde siempre, el hombre se ha encargado de amenizar y matizar este pintoresco paisaje. Así, junto a las aldeas y caletas de los pescadores, con sus muelles, su gente y barcos de distintas magnitudes y volúmenes, de cara al mar, a la espera de los productos que de allí vendrán, se levantan otros pueblos que miran más hacia el interior, hacia las planicies y bancales cultivados que suben al asalto de las faldas, en espera de lo que la tierra producirá. Entre ambos paisajes se hallan los grandes puertos y los complejos industriales, que no sólo miran hacia el interior de Japón, sino hacia otros países, hacia el comercio internacional.

CLIMA VARIADO Y BOSQUES VERDES Y TUPIDOS

El clima japonés está determinado, en gran medida, por el régimen monzónico de los vientos que lo cruzan y que tienen su origen en dos regiones climáticas muy distantes del país. El monzón de invierno, que viene desde el continente asiático, desde Siberia y Manchuria, trae masas de aire polar, frío y seco, que hacen que los inviernos japoneses sean mucho más rigurosos que lo que correspondería por su latitud. El monzón de verano, que se origina en la zona ecuatorial del Pacífico y en la región subtropical-continental de China, y que trae aire tropical marítimo, cálido y húmedo, determina que los veranos japoneses sean más calidos y húmedos que los de otros países situados geográficamente en la misma latitud. Ambos monzones hacen variar considerablemente las temperaturas y el régimen de lluvias del país, a pesar de que se trata de tierras rodeadas de mares.

La insularidad y las particularidades de los mares que circundan las islas japonesas también influyen en el clima, aunque no en forma tan determinante como los monzones. En efecto, dos corrientes oceánicas se disputan el dominio de las aguas costeras de Japón. Una, procedente del sur, que trae aguas cálidas de las corrientes ecuatoriales, es la llamada *kuroshivo*, o corriente oscura, debido al color de sus aguas a causa de la alta salinidad. Al llegar a aguas japonesas ésta se bifurca en dos, la corriente de *tsushima*, que corre por el mar Interior hasta llegar a Hokkaido, y la de *kuroshivo* propiamente tal, que corre por la costa oriental para desviarse al este a la altura de la llanura de Kanto. Estas aguas cálidas ejercen cierta influencia sobre las masas inferiores de aire frío suavizándolas un tanto, pero sin cambiar su carácter polar-continental. Por otro lado, tenemos la corriente o contracorriente fría de *oyashivo* —corriente madre—, que corre de norte a sur por la costa oriental de Hokkaido y Honshu septentrional, y que ejerce sobre las costas e islas adyacentes un efecto climático mucho mayor que el de la de *kuroshivo*. A ello se deben las temperaturas relativamente bajas del verano en Honshu, además de las frecuentes nieblas en la región, que son raras en el sur. El encuentro entre la corriente ecuatorial de *kuroshivo* y la polar de *oyashivo* se produce algo más al norte de la latitud de Tokio, formándose allí un gran frente oceánico donde las aguas frías se hunden y las cálidas se superpo-

nen, desviándose hacia el este. Esto da lugar a la formación de uno de los mares más ricos de la tierra.

Como se puede ver, las características de los mares circundantes y el juego entre las corrientes marinas contribuyen a aumentar el contraste de las temperaturas y precipitaciones entre el norte, la parte central y el sur de Japón. A todo esto habría que agregar la influencia de los accidentes orográficos, que también producen variaciones climáticas importantes, sobre todo en el clima invernal, provocando, por ejemplo, que las nevadas sean más intensas en la vertiente que da hacia el mar Interior que en la vertiente pacífica, donde llegan a ser escasas y esporádicas. Con la frecuencia e intensidad de las lluvias, sucede todo lo contrario. Debe considerarse también que, por latitud, es normal que la temperatura disminuya a medida que se avanza hacia el norte.

VARIACIONES EXTREMAS DE TEMPERATURA EN °C (1973)

Lugar	Mes más cálido	Mes más frío	Promedio anual
Sapporo	(agosto) 21.7	(enero) -5.1	7.8
Yamagata	(agosto) 24.5	(enero) -1.2	11.0
Tokio	(agosto) 26.7	(enero) 4.1	15.0
Kyoto	(agosto) 27.3	(enero) 3.5	14.8
Hiroshima	(agosto) 26.9	(enero) 4.1	14.8
Kagoshima	(agosto) 27.3	(enero) 6.7	17.0
Naha	(julio) 28.2	(enero) 16.0	22.3

FUENTE: *Nippon. A charted survey of Japan*, 1973, pp. 30-32.

Quedan todavía por considerar otros dos fenómenos climáticos bastante singulares en Japón: la temporada de lluvias (*tsuyu*) a comienzos del verano (parte de los meses de junio, julio) y los tifones, que periódicamente hacen su aparición a la entrada del otoño, en los meses de agosto-septiembre de cada año. En cuanto a la estación de lluvias, ésta se prolonga poco más de un mes debido a la existencia de un área de bajas presiones estacionarias durante largos períodos al sur del Japón, como consecuencia del cambio estacional en la circulación general de la atmósfera. La lluvia o las lloviznas continuas (*Bai-u*), aunque desagradables para la vida humana por la alta humedad relativa del ambiente, son altamente

beneficiosas para la floración vegetal, especialmente para algunos productos agrícolas como el arroz, y proporcionan abundantes recursos hidráulicos. La irregularidad del relieve origina ciertas diferencias en cuanto a la cantidad de lluvia, pero en todas partes ésta es suficiente, e incluso abundante. Para el desarrollo de la vegetación resulta favorable el que la mayor cantidad de precipitaciones caiga en verano y la menor en invierno, pues por eso no se puede decir que Japón sea seco. Durante la estación lluviosa, el promedio de las precipitaciones varía entre los 300 y los 500 milímetros y disminuye de sur a norte. El resto de los aportes acuíferos al suelo japonés corre por cuenta de las nevadas y lluvias invernales y de los tifones preotoñales.

VARIACIÓN DE PRECIPITACIONES Y MEDIA ANUAL, EN MILÍMETROS

<i>Lugar</i>	<i>Mes más lluvioso</i>	<i>Mes menos lluvioso</i>	<i>Promedio anual</i>
Sapporo	(septiembre)150	(mayo)59	1.141
Yamagata	(julio)174	(mayo)66	1.210
Tokio	(enero)49	(octubre)203	1.503
Kyoto	(junio)252	(diciembre)50	1.638
Hiroshima	(julio)276	(diciembre)45	1.644
Kagoshima	(junio)493	(diciembre)83	2.433
Naha	(junio)320	(febrero)116	2.118

FUENTE: *Nippon. A charted survey of Japan*, 1973, pp. 30-32.

Los tifones se originan en la zona ecuatorial del Pacífico sur y desde allí se desplazan en dirección noroeste, pasando con frecuencia por la parte sur-occidental del Japón o por los mares adyacentes, donde descargan su violencia de agua y viento, para luego desviarse hacia el noreste, a la altura de los 20 o 30° de latitud norte. A decir verdad, el clima japonés sería mucho más agradable sin los tifones. Para muestra basta un botón: "El 21 de septiembre de 1934, un tifón procedente de Guam hizo descender la presión a 684 milímetros; como Harbin registraba en aquel momento 766 milímetros la fuerte gradiente determinó vientos de rara violencia; durante 20 minutos la borrasca alcanzó una media de 162 kilómetros por hora, con ráfagas de 324 kilómetros. El tifón levantó una marea de tempestad de 2.2 metros. Los daños causados por

el viento y la marejada fueron enormes, especialmente en Osaka: un barco de 2 000 toneladas métricas fue lanzado sobre un campo de aviación; el expreso Tokio-Shimonoseki se volcó; hubo 2 700 muertos, 15 000 heridos, 39 000 casas destruidas, 49 000 deterioradas, 14 000 embarcaciones hundidas, 3 200 fábricas más o menos devastadas en la región de Osaka''. Y éste no pasa de ser un incidente más dentro de las adversidades climáticas. Japón es uno de esos raros países que sufre anualmente de periódicos desastres naturales: inundaciones, fuertes marejadas con enormes olas, tifones, bruscas alternancias entre el frío y el calor, con los consecuentes cambios de tiempo, etc. Hay que reconocer que el clima japonés es extremadamente complejo. Pero de esas condiciones extremosas también resultan grandes ventajas: el climá monzónico del Extremo Oriente es mejorado por la situación marítima del Japón, una temperatura elevada, lluvias abundantes, ausencia de meses verdaderamente secos, la coincidencia de los fuertes calores con las grandes lluvias, la escasez de sequías devastadoras.

Las características del clima y de la geografía —a las que habría que agregar la actitud de los japoneses— han permitido la existencia de una asociación vegetal sorprendente: la convivencia entre las floras templada y tropical ha originado una riqueza forestal notable que incluye unas 2 743 especies vegetales, de las cuales 168 son árboles (contra unos 85 para toda Europa) que se extienden, se conservan o son replantados a lo largo y ancho del territorio nacional. El exponente máximo de esta vegetación es el bosque, heterogéneo y exuberante. Aunque las especies sean de clima templado, el paisaje evoca la selva ecuatorial por la variedad de los árboles y la abundancia de una vegetación baja de helechos, azaleas, orquídeas epífitas, bejucos y bambúes.

Exceptuando las llanuras, que han sido cultivadas en forma intensiva desde tiempos remotos, por lo que su vegetación original ha desaparecido por completo y cedido su lugar a campos, huertos, pueblos, caminos y demás elementos del paisaje cultural, las partes montañosas del país han conservado su vegetación hasta cierto punto intacta, lo cual no quiere decir que el hombre no haya utilizado parte de ella para su beneficio. Según datos oficiales, un 70% de la superficie total de las islas japonesas tiene bosques, y una parte de ellos se encuentra todavía en su estado originario. Esto podría implicar que el japonés es más bien amigo de los árboles y trata de conservar sus bosques, a diferencia de otros pue-

blos que los destruyen cuando entran en contacto con ellos; sin embargo, el cuidado con que los japoneses tratan sus bosques no impide que los exploten. La producción de madera es considerable, tanto para la construcción de casas y muebles, como para su uso como combustible. Lo que pasa es que el japonés reconstruye sus bosques. Por ejemplo, cerca del 25% de los bosques de las islas de Kyushu, Shikoku y Honshu son bosques compensatorios, es decir, plantados por el hombre para sustituir los originales.

A excepción de algunas variaciones, derivadas del tipo de terrenos y de las particularidades climáticas, el paralelo 38 constituye una especie de frontera amplia y flexible que separa las dos grandes asociaciones vegetacionales que dominan el territorio japonés: el bosque subtropical al sur y el bosque templado al norte. El primero se caracteriza por ser un bosque frondoso con árboles de hoja ancha y de verdor perenne; tal es el que encontramos en Kyushu, Shikoku, y en la parte occidental y central de Honshu. Diversos tipos de encinos, bambúes, helechos de distintas clases, alcanforeros y bojes arborescentes conviven aquí con robles de hoja caduca y pinos introducidos por el hombre; al sur de Kyushu se agregan las palmeras y bananos al bosque bajo y en el extremo sur, en las islas de Okinawa, Bonin y Osagawara, se combinan las especies tropicales y subtropicales, que aprovechan el calor y la humedad. Especies destacadas de la vegetación subtropical son las palmeras, los limoneros y los naranjos, comunes en el litoral del mediterráneo japonés, y también son numerosos los ciruelos, los melocotoneros y los cerezos, estos últimos más famosos por sus flores que por sus frutos, debido a que les falta tiempo seco en el período en que maduran. El bosque original se encuentra en los lugares de más difícil acceso, en el resto predomina, obviamente, la vegetación inducida.

El bosque templado, por su parte, ocupa las montañas situadas un poco al sur del paralelo 38, todo el norte de Honshu y el suroeste de Hokkaido; lo integran árboles de hoja caduca como robles, hayas, castaños, laureles, fresnos, ojaranzos, arces, álamos, nogales, olmos, alisos, magnolias, aralias, cerezos, cipreses, abetos, etc. mezclados con coníferas, pinos y cedros. Al este de Hokkaido, las coníferas forman el elemento arbóreo predominante, como una suerte de prolongación de la gran taiga euroasiática. Entre todas el hombre favorece las coníferas por su mayor utilidad industrial y comercial, y aunque en los últimos años las

importaciones japonesas de madera hayan aumentado considerablemente (del 12% en 1960 al 60% en 1979), los bosques japoneses siguen constituyendo una reserva muy importante.

Quedaría todavía por señalar la utilización de otro tipo de vegetación natural como son los pastos para el ganado, cuyo empleo, exceptuando un poco a Hokkaido, es insignificante porque la ganadería pastoral desempeña un papel muy poco relevante en la economía japonesa; en cambio la ganadería de engorda ha adquirido una importancia creciente.

En resumen, nada refleja mejor la variación climática, la floración vegetal y el inicio de actividades y manifestaciones humanas específicas en Japón, que la sucesión del ciclo estacional. Aquí se dan las cuatro estaciones perfectamente diferenciadas y regulares: primavera, verano, otoño e invierno, y el cambio de una a otra es mucho más pronunciado que en cualquier otro país de las regiones templadas. Vivir esta experiencia a partir del inicio de la primavera es asistir a un proceso vital: el despertar de la naturaleza, después de haber permanecido aletargada en una especie de largo sueño invernal. El pueblo japonés ha creado toda una serie de ritos y manifestaciones, entre ellos los famosos festivales, para dar la bienvenida a estas explosiones de la vida natural, que no sólo se expresan en las floraciones, sino también en el inicio del ciclo agrícola en muchas regiones del país. La secuencia geográfica de la floración del cerezo, símbolo del Japón y emisario, junto con la flor del ciruelo, de la entrada de la primavera, ejemplifica muy bien este proceso. El cerezo florece cuando la temperatura diurna alcanza los 10°; así, en Kyushu están en plena floración a finales de marzo; en Tokio, a principios de abril; en Iwate a finales del mismo mes, y en Hokkaido, a mediados de mayo. Pero no sólo están los cerezos, las azaleas, las glicinas y los lirios, las camelias y las violetas primaverales; en agosto, pleno verano, grandes multitudes aguardan al borde de los estanques a que los primeros rayos del sol, al incidir sobre las flores de loto, las hagan abrir bruscamente. Por último, pocos japoneses resisten la admiración por los crisantemos, la otra flor símbolo de Japón, y por las montañas enrojecidas por la coloración de las hojas del arce, que simbolizan el pleno dominio del otoño, y en todo tiempo y lugar, el jardín japonés, que como pocos refleja ese gran amor y cuidado que el pueblo nipón siente por la naturaleza.

RÍOS CORTOS Y RÁPIDOS

A causa del relieve y del régimen de precipitaciones, los ríos japoneses son generalmente cortos y rápidos, y su cauce varía en gran medida con la sucesión de las estaciones y el régimen monzónico. En la vertiente pacífica y en todo el noreste, región con abundancia de nieves, se producen dos grandes crecidas del volumen fluvial: una es la producida por los deshielos de primavera y por las lluvias de la entrada del verano, la otra es la causada por los tifones a la entrada del otoño. En el invierno, el caudal de los ríos japoneses es, en general, reducido. Por esta razón los ríos japoneses no son navegables, a no ser algún breve trecho en su curso inferior; sin embargo, son muy importantes para el riego y para la producción de energía hidroeléctrica.

LOS CINCO RÍOS MÁS IMPORTANTES DE JAPÓN

<i>Nombre</i>	<i>Curso-prefecturas</i>	<i>Hoya hidrográfica (km²)</i>	<i>Longitud (km)</i>
Tone-gawa	Gunma-Chiba	16.840	322
Ishikari-gawa	Hokkaido	14.330	268
Shinano-gawa	Nagano, Niigata	11.900	367
Kitakami-gawa	Iwate, Miyagi	10.150	249
Kiso-gawa	Nagano-Aichi	9.100	227

FUENTE: *Facts and Figures of Japan*, Foreign Press Center, 1982, p. 11.

La capacidad de reserva de las represas es pequeña en comparación con su altura, debido a la estrechez y al encajonamiento de los valles. Por esta razón el suministro de energía hidroeléctrica, que desempeñó un papel muy importante en el pasado, no ha podido expandirse de acuerdo con las necesidades de la industria y del consumo doméstico en los últimos 20 años. En efecto, en 1935 la proporción de energía eléctrica generada (kwh) por hidroelectricidad equivalía a 76.5%, mientras que la termoelectricidad alcanzaba 23.5%. En 1960, ya casi se habían nivelado, y eran de 50.6% contra 49.4%, y para 1971 las proporciones se habían invertido totalmente, de manera que la energía generada por hidroelectricidad representaba sólo 22.5%, mientras que la termoelectricidad suministraba

77.5% de la energía eléctrica consumida en Japón. Esto ilustra muy bien los cambios que se han operado en el país en materia industrial y energética en el período de la posguerra. En 1981 el suministro de energía eléctrica se distribuyó de la siguiente manera:

SUMINISTRO DE ENERGÍA ELÉCTRICA EN JAPÓN (1981)

<i>Origen</i>	<i>Capacidad total de producción en kw</i>	<i>Porcentaje del total nacional</i>
Termoeléctrica	85.1 millones	66
Hidroeléctrica	28.7 millones	22
Nuclear	15.5 millones	12
Geotérmicas	130 mil	0.1

En las tierras montañosas (curso superior), donde los ríos fluyen rápidos y encajonados en el fondo de los valles, hay dificultades para la irrigación; pero al salir de las áreas montañosas y aproximarse a la desembocadura, forman una especie de abanicos aluviales, jóvenes y fértiles valles, que posibilitan una amplia utilización agrícola, sobre todo el cultivo del arroz, que requiere de una intensa irrigación. Por otra parte, aunque limitadamente navegables, los ríos japoneses han facilitado las comunicaciones ya que a lo largo de su curso se han formado terrazas que son aprovechadas por caminos que conectan la costa con el interior.

A los ríos hay que agregar las aguas termales y lagos, recursos acuíferos que tienen una particular importancia turístico-medicinal en Japón. Entre las primeras, y hasta hace un tiempo, se contabilizaban unas 1 200 fuentes termales, de las cuales unas 700 eran de agua caliente, con múltiples usos medicinales; entre los lagos destacan el Biwa-ko, en la prefectura de Shiga, el más amplio y profundo de Japón, con una superficie de 674 km² y una profundidad de 104 metros; luego tenemos el Kasumigaura en Ibaraki con 168 km² y 7 metros de profundidad; el Sarowa-ko, un lago de agua salada en Hokkaido, y el Inawashiro-ko, otro de los lagos profundos del Japón en la prefectura de Fukushima. Todos éstos, no sólo por su belleza escénica y algunos cultivos acuíferos, sino por la oportunidad de practicar en ellos algunos deportes lacustres, se han transformado en un punto de confluencia turística obligada para muchos japoneses, sobre todo en la época de verano.

LA GENTE

A pesar del progreso de las investigaciones arqueológicas, etnológicas y antropológicas, no se sabe con certeza quiénes fueron, cuándo y de dónde vinieron y qué tipo de cultura traían los primitivos japoneses. Algunos fundamentos arqueológicos permiten suponer que los primeros pobladores habían llegado hace unos 200 mil años cuando el archipiélago, producto de alguna de las glaciaciones del cuaternario, estuvo conectado al continente mediante istmos semejantes al que unía Asia con América del Norte. A este respecto, excavaciones como las de Iwajuku, en la prefectura de Gunma, han permitido la identificación de instrumentos de piedra que procederían de una cultura precerámica que data de hace unos 150 a 200 mil años. Parece, sin embargo, que el poblamiento sistemático empezó hace unos 20 mil años, por oleadas sucesivas de pueblos que provenían de Asia central, los protocaucásicos, parientes remotos de los ainos que son el grupo aborigen más antiguo del Japón, situado en el norte, y que ha logrado permanecer hasta hoy, pese a su escaso número.

Una afluencia posterior desde el Asia oriental fue la de los tunguses de raza mongoloide, que hablaban el altaico y que, provenientes de Manchuria, a través de Corea, se empezaron a asentar en el archipiélago en oleadas sucesivas. Por último, una influencia decisiva para la formación del tipo actual del japonés la ejercieron migraciones procedentes de las comunidades marítimas del sur que hablaban el malayo, y a quienes el japonés debe su fuerte inclinación a la vida del mar.

Ahora bien, si se admite el origen heterogéneo y la distinta procedencia de los primeros asentamientos humanos en el archipiélago japonés, ¿cómo y en qué momento el pueblo japonés constituyó, en realidad, una mezcla nacional homogénea o más coherente? La respuesta no puede ser otra que un proceso de fusión étnica y cultural iniciada desde el Neolítico, favorecido grandemente por la insularidad japonesa. Por un lado, se admite generalmente que la conformación definitiva de la nación japonesa se vincula a la hegemonía de un grupo étnico, hoy conocido con el nombre de raza de Yamato, que gradualmente se impuso a otras tribus guerreras o sobre otros clanes en el transcurso de los primeros siglos de la era cristiana y, por el otro, la recepción desde China de ele-

mentos culturales importantes que contribuyeron a la formación de esta nueva nación.

El aislamiento ha contribuido a formar una nación original, con una lengua propia, aunque de afinidad altaica. Este mismo factor ha hecho que los caracteres étnicos japoneses no se hayan visto vinculados o alterados por invasiones violentas, por conquistas o por mezclas con otros pueblos vecinos. La prueba más fehaciente de esto es que, en los tiempos históricos, el Japón no había sufrido conquista alguna hasta la ocupación aliada de 1945. En consecuencia, el material humano que integra el pueblo nipón ocupa su espacio vital, sin mayores alteraciones, desde hace mucho tiempo, y ha adquirido una homogeneidad notable. Así podemos decir que el japonés prototipo pertenece a la "raza amarilla", es de estatura mediana o inferior a la mediana, sus ojos castaño-oscuros, tiene con frecuencia el pliegue mongol, y su cabello es negro y lacio; aunque habría que añadir que las características antropométricas han variado en grado importante en el período de posguerra, debido principalmente al cambio de dieta. Hoy día el tipo representativo de japonés, de 20 a 25 años de edad, tiene el promedio de 1.70 metros de estatura y pesa 60.1 kg para los varones, y alcanza 1.57 metros de estatura y los 50.9 kg en el caso de la mujer. Como se ve, cada día se está más lejos de aquel país de enanos de que hablaban los chinos.

UN TERRITORIO PEQUEÑO CON MUCHA GENTE

La Renovación Meidyi representa un hito importante en la historia demográfica de Japón, aun cuando hay que hacer notar que desde 1830 se empezó a manifestar una tendencia hacia el aumento de la población, cuyo monto oscilaba entonces en torno a los 30 millones. En comparación con otros países, era ya un alto número, aunque permaneciera estacionario. Pero Meidyi se constituyó en una revolución demográfica que provocó un rápido aumento de la población, cerrando definitivamente el período de estancamiento, al punto de que en el lapso de medio siglo la población japonesa se duplicó.

Los factores que explican este cambio en la dinámica demográfica japonesa van ligados a los cambios sociales y económicos propiciados por la Renovación Meidyi primero, y luego por los

efectos de la revolución industrial, operada en el país a partir de los primeros años del presente siglo. Estos fenómenos no sólo trajeron aparejados la multiplicación de los empleos y la disminución de la mortalidad, a causa de los progresos en las condiciones sanitarias, sino sobre todo el aumento de la natalidad, que de un promedio de 23.1 por mil para 1872-1879 pasó a un 36.5 por mil en 1920. El proceso de urbanización que se desarrolló posteriormente fue, claro está, un gran moderador de la tasa de natalidad, ya que es sabido que ésta es más elevada en las zonas rurales. El progresivo desarrollo de la población urbana (que abarcaba ya 50% de la población en 1940) provocó un descenso en la cifra de nacimientos, que pasó de 36.5 por mil en 1920 a 29.9 por mil en 1934, promedio que se mantuvo hasta 1941. Sin embargo, entre 1946 y 1949 volvió a haber otro incremento repentino de la población, a causa de los casi 6 millones de repatriados, entre militares y civiles, que llegaron al país al finalizar la segunda guerra, determinando que el coeficiente de natalidad subiese a 34.3 por mil. Esto dio lugar a lo que en la historia demográfica japonesa se conoce como el "baby boom". Pero, a partir de la década de los cincuenta se inicia lo que será una de las características más relevantes de la dinámica demográfica de posguerra: la progresiva disminución de la tasa de natalidad, que del 28.3 por mil en 1950 pasó a 13.6 por mil en 1980 y a 12.8 por mil en 1982. Por otro lado, como consecuencia de las mejoras en los servicios médicos y programas sanitarios, la mortalidad ha disminuido también en forma notable.

Los resultados de las dos tendencias anteriores han sido muy importantes. Por lo pronto, la tasa anual de crecimiento de la población ha sido, en promedio, de 0.9% en el período que va desde 1975 hasta 1980 y de 0.7% entre 1980-1983. Dicha tasa es ligeramente superior a la de Europa, que es de alrededor de 0.4%, pero notablemente inferior a la media mundial que es de 1.85%. Además, hay que señalar que esta tasa continúa en disminución. Otro efecto importante ha sido el aumento de las expectativas de vida de la sociedad japonesa. Por ejemplo, el promedio de vida para 1983 llegó a ser de 74.2 años para los hombres y de 79.8 para las mujeres. ¡El más alto del mundo! Esto quiere decir que el promedio de vida en Japón ha aumentado en más de 25 años durante el último medio siglo, puesto que en 1935 la estadística fijaba 47 años para los hombres y 50 para las mujeres. Este progresivo en-

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA (1721-1983)

1721*	30 000 000
1868*	32 000 000
1872	33 000 000
1889	40 000 000
1940	56 000 000
1920	73 000 000
1948	80 000 000
1950	84 000 000
1958	92 000 000
1962	95 000 000
1970	104 000 000
1975	112 000 000
1980	117 000 000
1983	119 000 000

* Cifras estimadas.

vejecimiento de la población no sólo ha incidido en los sistemas de empleo y seguridad social, sino que, a semejanza de Europa, ha ido convirtiendo a la población japonesa en una sociedad cada vez más de adultos.

Contrariamente a lo que podría pensarse, el fenómeno de envejecimiento de la población se ha constituido en un problema, puesto que en Japón existe el retiro obligatorio para la mayoría de los empleados, tanto públicos como privados, a una edad que fluctúa entre los 55 y los 60 años. Ese límite fue fijado hace 50 años, cuando el promedio de vida era sólo de 53 años. Hoy día, dado el ex-

TENDENCIA DE DISTRIBUCIÓN
DE LA POBLACIÓN SEGÚN LA EDAD
(en porcentajes)

Año	Jóvenes (hasta 14 años)	Adultos (entre 15-64 años)	Ancianos (65 años y más)
1950	35.4	59.6	4.9
1980	23.6	67.4	9.1
2000	17.6	66.8	15.6

FUENTE: *Facts and Figures of Japan. Op. cit.*, p. 23.

traordinario aumento en las expectativas de vida, el jubilado japonés tiene todavía una larga vida útil por delante y, sobre todo, una capacidad y experiencia que no puede emplear ya que, según el sistema de relaciones industriales vigentes, las oportunidades de obtener empleo son particularmente difíciles para personas mayores de 55 años. En consecuencia, la extensión de la edad límite para jubilarse es uno de los problemas que más afectan las relaciones laborales del Japón contemporáneo.

Por otro lado, el modelo de desarrollo económico con énfasis en la industrialización, adoptado por Japón desde fines del siglo pasado, ha provocado profundas transformaciones no sólo en la relación entre la población rural y la urbana, y en su distribución por actividad, sino también en la distribución geográfica de la misma. En efecto, de una sociedad predominantemente agraria se pasó a una urbano-industrial; de un relativo equilibrio entre los sectores productivos se ha pasado a un crecimiento desmesurado del sector terciario o de servicios y, como consecuencia de los desequilibrios regionales provocados por el proceso de industrialización, se ha arribado a desequilibrios notables en la distribución geográfica de la población. El siguiente cuadro estadístico ilustra claramente estos fenómenos:

RELACIÓN ENTRE POBLACIÓN URBANA Y RURAL, 1920-1980

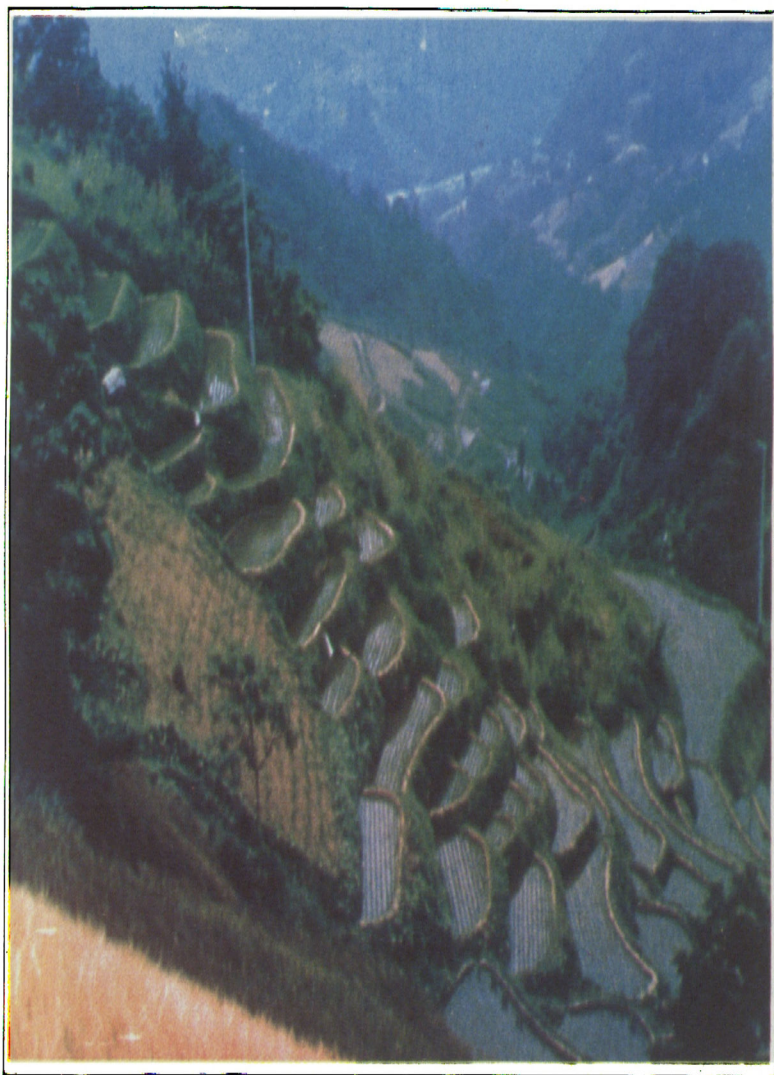
<i>Año</i>	<i>Población urbana (%)</i>	<i>Población rural (%)</i>
1920	18	82
1935	38	62
1950	56	44
1980	70	30

FUENTE: Japón, un imperio entre la tradición y la tecnología, *Gran Atlas Enciclopédico Aguilar*, Madrid, España, 1979, p. 7.

En los últimos tiempos, el flujo campo-ciudad y el proceso desmesurado de urbanización han tendido a moderar su ritmo. Sin embargo, la conformación de áreas densamente pobladas, de las que sobresalen las "cuatro grandes áreas metropolitanas" que son Tokio, que en 1983 llegaba a los 5 438 habitantes por kilómetros cuadrado; Osaka, que alcanzaba los 4 604, y Nagoya y Kitakyus-



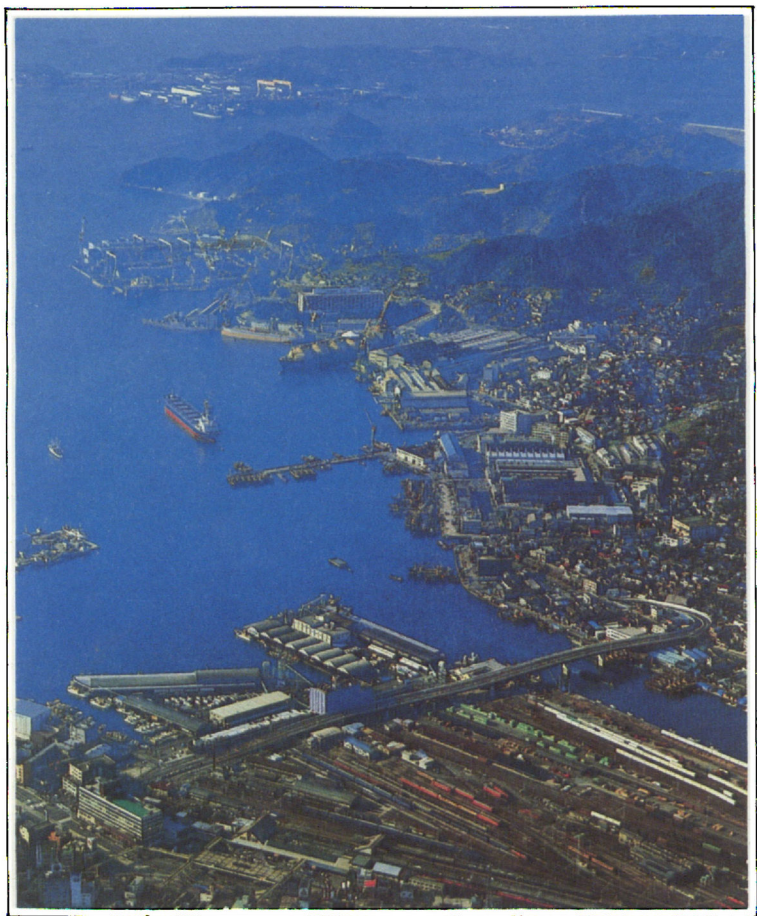
Vistos desde las alturas, los campos cultivados semejan grandes mantas multicolores.



... las terrazas de cultivo señalan, elocuentemente, la escasez de tierra cultivable en todo el país.



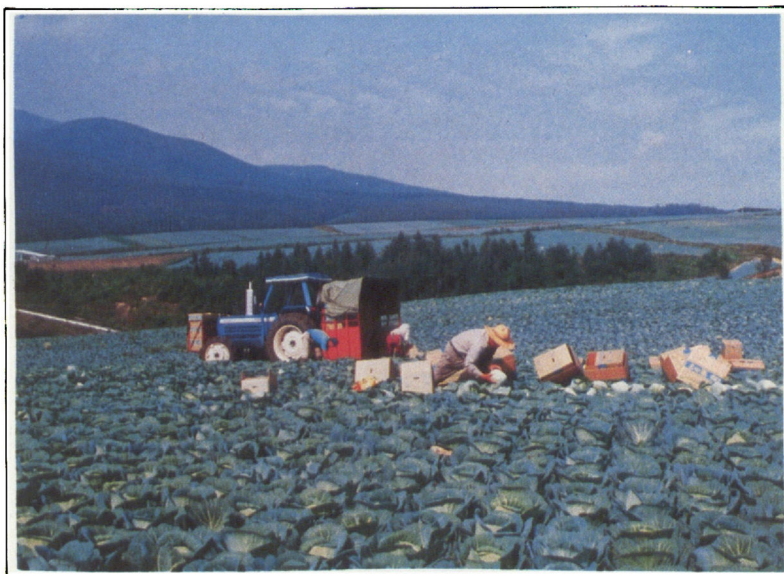
... tierras ganadas al mar, donde se instalan puertos, astilleros o algunos complejos industriales.

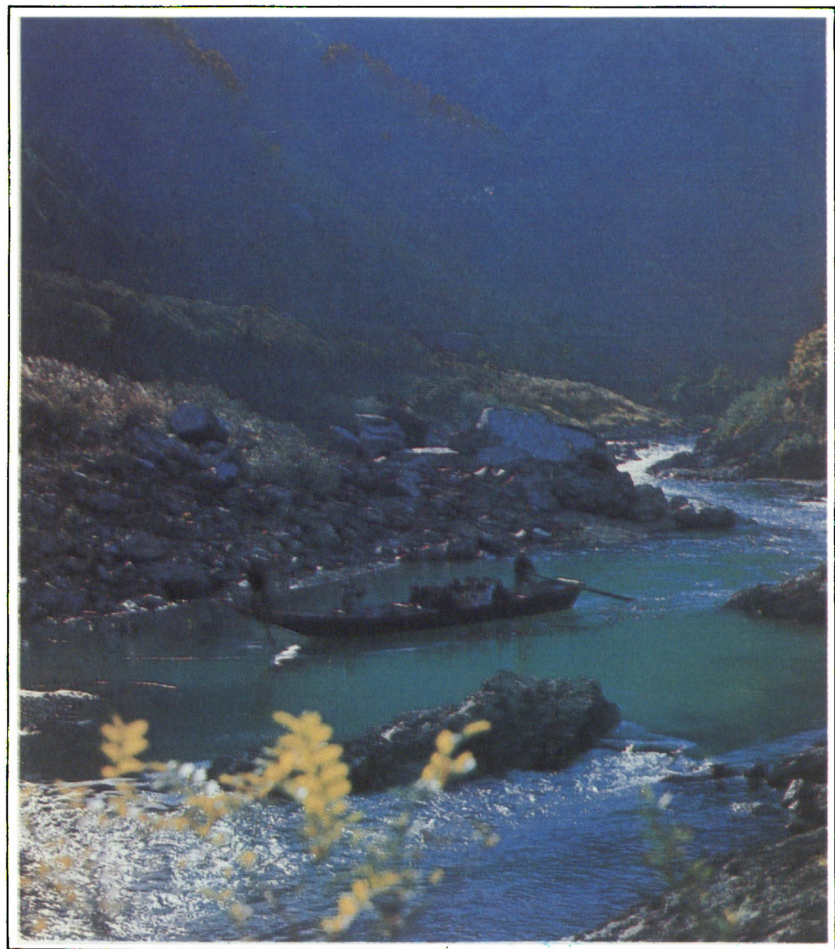


... litoral muy dentado y disparejo, rasgo que se acentúa en la vertiente pacífica.

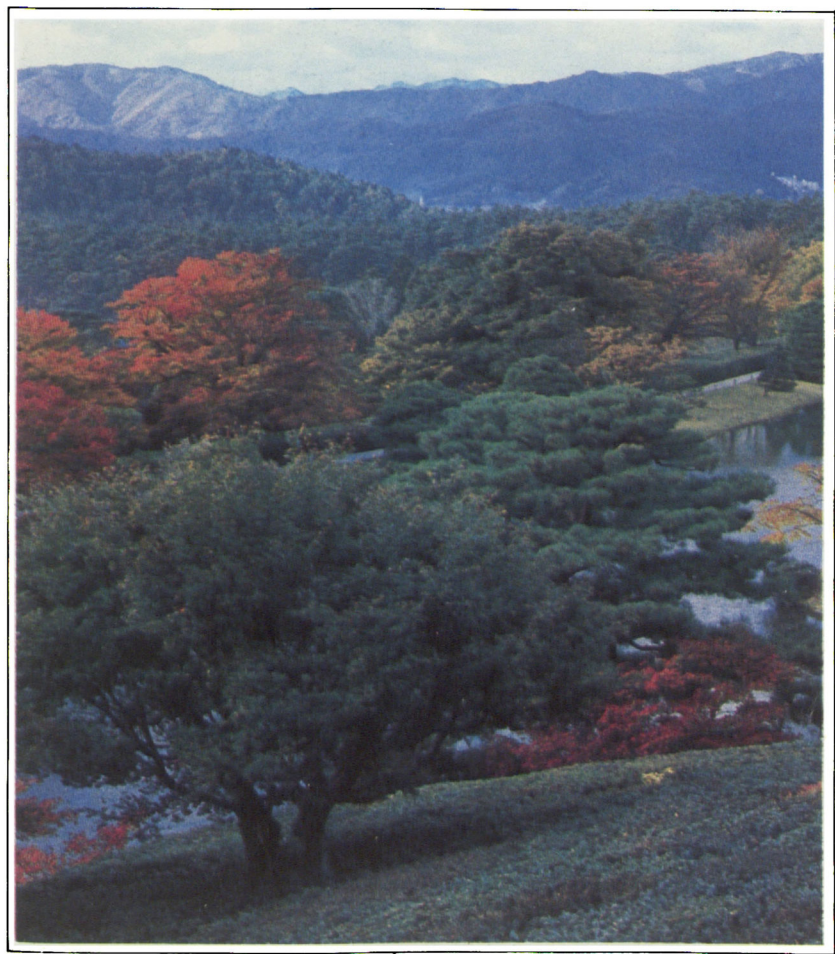


El Japón ha dejado de ser un estado agrícola para transformarse en uno industrial.





Bosque heterogéneo y exuberante. . . rjos cortos y rápidos.





Un territorio pequeño con mucha gente.

hu, constituyen la prueba más fehaciente de este fenómeno de hiperconcentración urbana que caracteriza a este pequeño país oriental.

Se ha sostenido, y con toda razón, que uno de los factores que más ha contribuido al éxito económico del modelo japonés han sido sus recursos humanos, no sólo por el número y la preparación de éstos sino sobre todo por su organización y por la disciplina social, que han contribuido a la estrategia y las metas del capitalismo japonés. Esto se evidencia al observar los cambios que se han producido en la distribución de la fuerza de trabajo, de conformidad con las prioridades nacionales del modelo de desarrollo:

**CAMBIOS EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA FUERZA
DE TRABAJO POR SECTOR PRODUCTIVO**
(en porcentaje)

Año	Sector primario	Sector secundario	Sector terciario	Total fuerza de trabajo
1920	55.2	19.2	23.8	26 966 000
1955	40.1	24.0	35.9	41 490 000
1965	23.5	31.9	44.6	47 870 000
1970	17.4	35.2	47.3	51 530 000
1975	12.7	35.2	51.9	53 230 000
1980	10.8	33.5	55.4	56 500 000
1983	9.3	34.2	56.5	58 900 000

FUENTE: J. Daniel Toledo, *El sistema de relaciones industriales y su contribución al desarrollo económico de Japón*. Tesis de maestría, Colmex, 1980, p. 237, y *Employment and Employment Policy*, The Japan Institute of Labour, Japón, 1982, pp. 7-8.

Como se ve, es ostensible la disminución del empleo en el sector primario (agricultura, pesca, minería), con el consiguiente aumento en los sectores secundarios (industria de transformación y transportes) y terciarios (comercio, industrias de servicios, bancos, oficinas de seguros, servicios públicos, etc.), los cuales llegaron a emplear 88.9% del total de la fuerza de trabajo en 1980. Este panorama no ha variado; todo lo contrario, continúa acentuándose.

La densidad demográfica promedio de Japón en 1983 era de 316 habitantes por kilómetro cuadrado. A pesar de ser una de las

densidades más altas (quinto lugar mundial), ésta no refleja la realidad interna de la distribución de la población. Baste con saber que cerca de 80% de la población total vive en Honshu (61% del territorio nacional), mientras que Hokkaido, que constituye 22% de la superficie nacional, alberga sólo 5% de la población total. Todavía más, el que Honshu concentre 80% de la población nacional, no significa que ésta se encuentre distribuida armónicamente en toda la isla. Muy por el contrario; la población se concentra en la línea costera de la vertiente pacífica, desde el noreste de Kyushu hasta el suroeste de Kanto, conformando allí una de las regiones más densamente pobladas de la tierra, que justamente coincide con ser una de las regiones más industrializadas del planeta. Allí se encuentran las tres grandes conurbaciones japonesas: Keihin (Tokio-Yokohama), Chukyo (Nagoya y sus alrededores) y Keianshin (Osaka, Kyoto y Kobe), que conforman una gran nebulosa urbano-industrial que ya concentra la mitad de la población del país. Faltaría sólo agregar las ciudades de Fukuoka, Kitakyushu y Sapporo para tener el cuadro completo de los grandes centros urbanos que superan el millón de habitantes. Como se puede ver, la dinámica demográfica refleja muy bien los desequilibrios del proceso de desarrollo industrial del Japón, sobre todo del período de posguerra.

El paisaje cultural japonés se ha vuelto predominantemente urbano. Evidentemente, éste no ha sido un proceso tranquilo, ni aceptado de buen grado por todos los japoneses. Junto al indiscutible éxito económico, la población ha debido sufrir, y a veces en forma dramática, los efectos negativos de la industrialización y de la alta concentración urbana. Los altos niveles de contaminación y deterioro del medio ambiente, la carencia de infraestructura urbana y de servicios públicos, las grandes distancias, con los consiguientes problemas de transporte, que median entre los distritos residenciales y los centros laborales; la falta de espacio habitable y la carestía del mismo en las grandes ciudades, etc., han constituido y aún constituyen algunos de los problemas más acuciantes de este pequeño territorio con tanta gente.

LO MODERNO Y LO TRADICIONAL

El espectacular desarrollo industrial japonés, sobre todo en el período de la posguerra, ha terminado por imponer la imagen exito-

sa de la gran potencia industrial. Las demostraciones son contundentes. En poco más de un siglo, desde 1868 hasta 1980, Japón ha pasado de un feudalismo tardío, agrario y artesanal, a ocupar uno de los primeros lugares de la economía mundial contemporánea. La economía japonesa, medida en relación con el producto nacional bruto (PNB), se ha convertido en la tercera más grande del mundo, después de Estados Unidos y la Unión Soviética. Japón no sólo se recuperó a gran velocidad del trauma de la derrota y de los destrozos de la Segunda Guerra, sino que afianzó una economía que hacia 1970 estaba produciendo cuatro veces más que en 1955, y que aumentó de un 3 a casi un 8% sus aportes al volumen de las exportaciones mundiales. Los artículos "made in Japan" invaden los mercados del mundo y los llamados "Samurai de la economía" han pasado a ocupar, proporcionalmente, el primer lugar en la producción de aparatos electrónicos con una calidad altamente competitiva (televisores, radios, VTR, grabadoras, computadoras) en la mecánica de precisión, la óptica, la relojería, los automóviles, la siderurgia y la microelectrónica con circuitos de muy alto nivel de integración. Los japoneses son altamente competitivos en la fabricación y exportación de barcos, maquinaria-herramientas, equipos eléctricos pesados, productos químicos, materiales compuestos y termorresistentes, y semiconductores. Sin embargo, no debe sorprender que hasta hace muy poco el Japón fuera un país básicamente agrícola, donde decir agricultura significaba, sobre todo, el cultivo del arroz.

Aunque en Japón también se produzca trigo, cebada, avena, soya, mijo, maíz, patatas, té, remolacha azucarera y cítricos, el cultivo que predomina es el de arroz, y así ha sido siempre. El arroz no sólo ha sido el alimento básico de la nación, sino que durante el shogunato Tokugawa fue también la unidad básica de valor económico. El tamaño de un dominio feudal se expresaba según la cantidad de *koku* que producía; el *koku* es una medida de granos equivalente a 180 kilos, cantidad de arroz necesaria para alimentar a un japonés durante un año. La historia de la agricultura japonesa ha sido básicamente la historia del cultivo del arroz y de las innovaciones tecnológicas para aumentar su productividad. Así, con toda razón, la cultura japonesa forma parte de las llamadas culturas del arroz.

El papel histórico del campo y del campesinado ha sido de primer orden en la historia del desarrollo económico-industrial japo-

nés, ya que el proceso de modernización industrial capitalista no comenzó en la fábrica sino en la granja. Fue ésta la que en la etapa inicial de dicho proceso, caracterizado por el desarrollo de la industria liviana de la seda y de los textiles, no sólo suministró las materias primas, sino también la mano de obra abundante y barata que permitió la acumulación necesaria para el despegue industrial posterior. Más tarde, la reforma agraria que se impuso al acabar la Segunda Guerra Mundial, y que sentó las bases para el desarrollo de la agricultura en pequeña escala (que es una de las características más importantes de la agricultura actual en Japón), permitió el rápido mejoramiento de la situación alimentaria, que se encontraba en estado crítico inmediatamente después de la guerra. El aumento del grado de autosuficiencia alimentaria permitió, junto con otros factores, que la población rural volviera a ser una fuente importante de mano de obra para la recuperación y el posterior desarrollo industrial. A lo largo de todo este proceso económico, una de las transformaciones fundamentales ha sido el cambio constante de la mano de obra desde los sectores primarios (agricultura, pesca y silvicultura) a los sectores en expansión de las manufacturas y los servicios, hecho que ha ocurrido en Japón mucho más rápido que en Occidente.

A pesar de que se afirma que Japón ha dejado de ser un estado agrícola para transformarse en uno industrial, la autosuficiencia en productos agrícolas llega a 72 % y se importa preferentemente carnes, cereales y frutas. La agricultura continúa siendo intensiva y la productividad de la tierra es alta, no obstante que es comparativamente baja en cuanto a la productividad del trabajo empleado. En 1983 se contabilizaban unos 4.5 millones de familias campesinas que disponían de un promedio de 1.2 hectáreas cada una para cultivar; sin embargo, sólo el 13.2 % estaba exclusivamente dedicado a la agricultura, el 16.2 % la desarrollaba como actividad principal y el restante 70.6 % le dedicaba un tiempo mínimo, abocándose a otras actividades no agrícolas que permitían diversificar la fuente de sus ingresos. Así, la mayor parte de los "campesinos" del Japón sólo realiza labores agrícolas en sus tiempos libres o en sus ratos de ocio.

Como ya se ha señalado, al igual que en muchos otros países asiáticos, en Japón la producción de arroz (ventajosamente subsidiada por el gobierno) constituye la mayor parte de la actividad agrícola (56 % de todos los cultivos), con la consiguiente sobrepro-

ducción de dicho producto. Dado que a partir de la posguerra se produjeron importantes cambios en la dieta, que han exigido un mayor consumo de productos ganaderos, azúcar, vegetales, aceites y grasas y frutas, con la consecuente declinación en el consumo del arroz, la agricultura japonesa se ha visto en la necesidad de aumentar y diversificar su producción en la cría de animales y en el cultivo de legumbres, frutas y vegetales tales como mandarinas, naranjas, lechugas y fresas. Sin embargo, Japón es todavía deficitario en productos agrícolas y cada año debe gastar más de 10 000 millones de dólares para importar alimentos como granos (maíz kaoliang), productos marinos (camarones y langostinos congelados, pescados frescos y harina de pescado), cereales (trigo), carne (de res y aves), azúcar y semillas para aceite (principalmente la soya).

La pesca es otra de las actividades que desde siempre ha acompañado la vida de los japoneses, ya sea por su condición de "islenos" o por disponer de mares ricos en todas las formas de vida marítima, que desde la antigüedad les ha suministrado una importante proporción de sus alimentos. Los mares que circundan al Japón no tienen la pobreza de los mares tropicales y sí la abundancia de los templados y fríos. Las estadísticas muestran que entre 1972 y 1982 Japón era el primer país consumidor de pescado del mundo, con más de 33 kilos *per capita* de promedio anual; le seguían Dinamarca con unos 29 kilos, Portugal con 28, Noruega con 25, la URSS con 13.5, EU con 7.5 y Perú, el país latinoamericano con mayor tradición pesquera, con unos 12 kilos de consumo promedio anual por persona. Ninguna otra nación del mundo pide y debe tanto al mar como Japón. La pesca ha sido un importante complemento de los recursos para enfrentar los problemas alimentarios, y también suministra grandes cantidades de abonos y permite exportar productos que no requieren la importación de materias primas, como ocurre con casi todas las manufacturas japonesas.

Así, Japón se ha convertido en uno de los principales países pesqueros del mundo. La evolución del volumen total de su captura pesquera así lo demuestra: 4 millones de toneladas en 1930; 6 millones en 1960, y casi 11 millones en 1982 (¡la mayor del mundo!) lo cual representó aproximadamente 15% de toda la pesca por arrastre en el mundo; un trabajo que, por otra parte, realizan un poco menos de medio millón de personas.

El proceso de industrialización-urbanización concentrado en

las regiones costeras, particularmente en la parte central de la vertiente pacífica, ha tenido efectos controvertidos sobre la actividad pesquera; por un lado, ha provocado la disminución de la pesca costera a causa de la sobreexplotación, pero sobre todo por la contaminación de los mares adyacentes debido a los desechos industriales; pero, por el otro, ha impulsado la pesca pelágica o de altura, que se efectúa en barcos modernos que son verdaderas fábricas y frigoríficos ambulantes de hasta 4 000 toneladas, capaces de capturar especies de profundidades, así como de operar en mares situados a gran distancia de Japón.

Hasta hace poco tiempo, voraces buques pesqueros japoneses frecuentaban en gran número los mares de Siberia, Alaska, el Mar Amarillo, el Golfo de Bengala, el norte de Australia, el Pacífico septentrional, central y meridional, desde las costas de México hasta las de Chile, pasando por la Antártida y llegando hasta el Atlántico. En fin, navegaban por todos los mares del mundo en busca de atunes y bonitos en las aguas cálidas, y de arenques, bacalaos, salmones, truchas marinas y ballenas en las aguas templadas y frías. Sin embargo, a partir de 1975 diversos países adoptaron en forma casi generalizada las llamadas zonas pesqueras exclusivas dentro del marco de las 200 millas de aguas territoriales. Esto fue un duro golpe para la industria pesquera japonesa que ha debido retirarse de algunas zonas de pesquería tradicionales o bien se ha visto obligada a firmar acuerdos con gobiernos como los de la URSS, EU, Canadá, Nueva Zelanda y otros países, para el pago de cuotas por pescar en aguas territoriales donde antes solían operar sin problemas los barcos japoneses. Pero las restricciones siguen aumentando, lo que ha puesto a la actividad pesquera japonesa en una difícil situación.

Como consecuencia, el gobierno japonés trabaja activamente en la aplicación de medidas más eficaces contra la contaminación industrial y por la conservación de los mares. Esto, por un lado, permite la recuperación de los niveles de captura dentro de su propia zona de 200 millas y, por el otro, aumenta los esfuerzos por estimular el cultivo y la cría de las especies marinas que demanda el consumo interno. Esta última medida ya se ha revelado como exitosa, aun cuando todavía alcanza sólo el 8% de la pesca total del Japón. Por lo pronto, la cría artificial y el almacenamiento de peces y mariscos (peces menhares, besugos, langostinos, lubias, venteras, algunos tipos de almejas y ostras, a los que habrían que agre-

gar las tradicionales ostras de perlas cultivadas) en medios acuíferos artificiales, han dado buenos resultados. Aún más, en la actualidad se estudian nuevas formas de cría de peces, de manera que se puedan cultivar una mayor variedad y cantidad de ellos. Pero, a pesar de los esfuerzos en esta materia, Japón es deficitario en productos marinos por lo que en 1983 debió importar un total de 1 115 000 toneladas de peces y mariscos, con un gasto de poco más de 3 900 millones de dólares.

Dentro de lo que podríamos considerar como las actividades tradicionales del pueblo japonés se encuentra la minería, la cual siempre ocupó a una parte muy pequeña de la población. Conforme ha ido avanzando la modernización industrial, la fuerza de trabajo ocupada en la minería ha ido disminuyendo aún más. Por ejemplo, en 1920 trabajaban en este sector unas 421 000 personas, las cuales representaban 1.6% de la fuerza total de trabajo empleada; en 1947, el número de obreros de la minería subió a 667 000, como consecuencia de las necesidades de la posguerra; en 1970 dicho número bajó abruptamente a 216 000 personas, lo que representaba 0.4% de la fuerza de trabajo empleada, y en 1975 bajó a menos de la mitad, cuando quedaban laborando en este sector, particularmente en la minería del carbón, unas 98 000 personas. Esto se explica porque Japón, como sabemos, tiene una dotación muy escasa de recursos minerales y carece de la mayor parte de los minerales y energéticos necesarios para mantener una estructura industrial moderna. Esto hace que tenga que importar materias tan básicas como el petróleo, el mineral de hierro, el carbón coque y los metales no ferrosos como el cobre, el níquel y la bauxita.

En Japón, el recurso mineral que más abunda es el carbón, pero se trata en su mayor parte de carbón bituminoso de pocas calorías y con muchas impurezas, insuficiente para el proceso de coquización y otros fines industriales especializados. A fines de los setenta la demanda total de carbón coque era de unos 73 millones de toneladas, de los cuales se importó 87% de Australia y EEUU. En Japón hay otros minerales como el plomo, el zinc, la pirita, el azufre, la piedra caliza, el feldespato y la dolomita, pero éstos no alcanzan a satisfacer las demandas internas. Sin embargo, allí donde la dependencia japonesa se expresa casi en grados absolutos es en el suministro de petróleo, el cual constituye el energético vital para sostener la dinámica industrial del país. En 1982, Japón debió importar 99.8% de petróleo crudo, lo que representó casi

53 000 millones de dólares. Las principales fuentes de importación fueron Arabia Saudita, Irán, Indonesia, los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait y México.

Ahora bien, si como ha quedado establecido, la dotación de recursos minerales y energéticos, indispensables para el desarrollo y sostenimiento de una dinámica industrial como la japonesa, es precaria y, a veces prácticamente nula, ¿cómo ha logrado Japón convertirse en una potencia industrial mundial?

LAS BASES DEL "MILAGRO ECONÓMICO" JAPONÉS

Mucho se ha escrito y discutido sobre el sorprendente desarrollo económico japonés, al que incluso se ha calificado de milagroso, sobre todo cuando se conoce la forma impresionantemente rápida con que Japón se recuperó de las devastaciones de la Segunda Guerra y los niveles de productividad y riqueza que posteriormente alcanzaron su planta industrial y su economía, al punto de llegar a convertirse en la segunda potencia industrial del mundo capitalista. ¿Nos encontramos frente a un milagro económico? ¡Definitivamente no!, y los japoneses serían los primeros en negarlo. Se trata, como alguien ha señalado, de una adopción exitosa del modelo capitalista, desarrollado a partir de las premisas premodernas del desarrollo capitalista, ya existentes en Japón, y del trasplante de tecnologías e instituciones occidentales. Este proceso no empezó después de la Segunda Guerra Mundial, sino mucho antes, en 1868, con la llamada Renovación Meidyi.

De la Renovación Meidyi y de su importancia se hablará en otra parte de este libro. Lo que nos interesa destacar por ahora es la esencia de ese modelo o estrategia que le ha permitido a Japón seguir con gran antelación un camino diferente al del resto de los países asiáticos: el de la modernización industrial. En primer lugar, se trata de establecer que el fenómeno del rápido crecimiento económico-industrial del Japón presenta características y elementos mucho más permanentes que los que habitualmente se le atribuyen, y que no se trata de un fenómeno exclusivo de la posguerra. En segundo lugar, identificaremos los aspectos clave del tantas veces citado "milagro económico japonés". El primer aspecto se resuelve a través de una brevísima síntesis histórica.

En esencia, el modelo económico-industrial japonés consistió

en la implantación de una economía capitalista, con énfasis en el desarrollo de la industria, bajo el control de un estado pionero y promotor, que impulsó la adopción (y posterior adaptación) de la ciencia, la tecnología y las instituciones capitalistas de Occidente, y que utilizó la agricultura (sector tradicional) como la base de la acumulación capitalista inicial.

A partir de allí, se inició el desarrollo del capitalismo moderno, pasando de la fase de la industria liviana (seda, hilados, tejidos, manufacturas) a la de la industria pesada, que pronto se constituyó en el factor preponderante de la estructura económico-industrial japonesa. Más tarde, beneficiado grandemente por la coyuntura de la Primera Guerra Mundial, el modelo logró su consolidación, y Japón se convirtió definitivamente en la primera potencia asiática. Sin embargo la economía mostró graves problemas de abastecimiento de materias primas y combustibles, elementos esenciales para el sostenimiento del modelo de desarrollo. La mayoría de esos recursos no estaban en Japón, sino en los países asiáticos circundantes como Corea, China y el Sudeste asiático. Bajo el imperativo de sacar adelante su estrategia de desarrollo nacional (éxito y supervivencia de su propio modelo) y regional (esfera de coprosperidad asiática), los japoneses se lanzaron a la aventura militarista-imperialista que les aseguraría la conquista de los mercados asiáticos, pero que por extensión los conduciría a la derrota de la Segunda Guerra. Sin embargo, ya habían alcanzado uno de los máximos períodos de auge y de capacidad industrial, durante la segunda mitad de la década de los treinta, estimulados precisamente por la llamada economía de guerra.

En el periodo de posguerra, y considerando los consabidos cambios políticos, económicos, sociales e internacionales que sobrevinieron, el modelo o estrategia de desarrollo económico continuó siendo esencialmente el mismo, aún cuando habría que agregar un nuevo énfasis en la promoción de las exportaciones. Muy pronto, superadas las dificultades iniciales y lograda la recuperación de los niveles de la preguerra, la industria japonesa empezó a mostrar tal eficiencia en la conversión de las materias primas importadas en productos acabados para el consumo interno, y sobre todo para la exportación, que el valor de las exportaciones superó con creces el de las importaciones en todos los años, salvo los muy malos, provocando con ello no sólo una balanza comercial casi siempre favorable, sino una extraordinaria expansión del comercio exte-

rior. Por lo que toca a la dinámica del crecimiento económico interno, ésta fue de 8.5% entre 1955 y 1960; de 10% entre 1960 y 1965 y alcanzó la cifra sin precedentes de 12.3% en el período 1966-1970. Con estos resultados se echaban por tierra los pronósticos de fines de los cuarenta que señalaban que Japón, con su escasa dotación de tierras y recursos naturales, jamás podría recuperar la relativa prosperidad de los años treinta, salvo a través de la eterna dependencia de la ayuda exterior. Si, por el contrario, Japón optaba por la autosuficiencia, muy difícilmente llegaría a superar los niveles de la franca subsistencia. Sin embargo, la historia es otra. Cabe preguntarse entonces ¿cuál ha sido la clave para el logro del éxito económico-industrial?

Un buen número de especialistas japoneses coincide en que la clave del éxito económico del Japón reside en la existencia de una serie de estructuras duales que son propias del capitalismo japonés. Tal es el caso del dualismo entre lo que se podría llamar un capitalismo de estado y un capitalismo privado de gran empresa. Esta situación, aparentemente contradictoria, resulta más bien complementaria: por un lado, una fuerte intervención del estado —un estado verdaderamente promotor— a través de sus planes económicos nacionales y de políticas específicas hacia sectores clave de la economía y, por el otro lado, una concepción liberal de la empresa, que se ajusta al espíritu japonés de la competencia entre los grupos del sector privado. Bajo esta articulación, las empresas han podido crecer y competir mutuamente dentro de un marco de seguridad que es consecuente con la orientación global del capitalismo japonés.

Existe también el dualismo de la estructura industrial que, desde los inicios de la industrialización, ha mantenido la tradición de la pequeña y la mediana empresa que coexiste y se complementa con el gran complejo industrial. Por un lado, la pequeña y mediana empresa absorbe el excedente de mano de obra, paga salarios más bajos y se sacrifica en tiempos de crisis. Por el otro, la gran empresa promete mejores condiciones de trabajo, absorbe la alta tecnología y genera insumos baratos para la empresa mediana y pequeña. Más que lanzarse a una competencia desenfrenada, ambos sectores se han complementado en su participación dentro del proceso de industrialización y crecimiento global de la economía del país.

Un dualismo de siempre, que bien podríamos llamar socio--

económico, es el que ha permitido que, por una parte, el Japón adopte y adapte los elementos más avanzados del desarrollo científico-tecnológico de Occidente, asimile instituciones y equipos industriales y perfeccione formas de organización y producción que lo han colocado a la vanguardia en muchos rubros industriales y que, por la otra, Japón se mantenga apegado a un sistema bastante tradicional que rige la mayor parte de las relaciones obrero-patronales. Esta coexistencia dinámica entre lo moderno y lo tradicional es lo que, entre otras cosas, ha permitido el ensanchamiento de la brecha entre los salarios y la productividad; es decir, entre las condiciones de vida de los trabajadores y los niveles de capitalización de las grandes empresas. Tal relación permitió, hasta hace poco, la producción de bienes exportables de bajo costo, lo que aseguraba la competitividad de los productos japoneses en los mercados internacionales.

RELACIÓN ENTRE SALARIOS Y PRODUCTIVIDAD
EN EL SECTOR INDUSTRIAL ENTRE 1953 y 1967
(en porcentajes)

Rubro	Período 1953-1960	Período 1960-1967
Sueldos y salarios	4.7	9.9
Producción industrial	14.7	12.6

FUENTE: Estadísticas del Fondo Monetario Internacional, 1953-1967.

La dualidad en las metas del crecimiento económico es otra de las características notorias de la estrategia japonesa. Cuando un país se aboca a la tarea de planear su desarrollo industrial frecuentemente opta, o bien por una industrialización hacia dentro—considerando como prioritarias las necesidades de su mercado interno— o bien por una industrialización hacia afuera, que tenga en vista la demanda externa. Por lo general, la primera de las opciones se ha desarrollado preferentemente a través de políticas de sustitución de importaciones y la segunda por medio de un aumento acelerado de las exportaciones. En el caso de Japón se adoptaron simultáneamente las dos vías. Se buscó la industrialización hacia afuera a través de una fuerte promoción a las expor-

taciones, pero también se incrementó el proceso de sustitución de importaciones mediante la adaptación de tecnologías y la aplicación de restricción a los capitales y a la competencia extranjera, en el mercado interno. La habilidad para manejar esta dualidad evitó que el país creciera en una sola dirección, en desmedro de la otra.

Por último, y aun cuando propiamente no se trate de una estructura dual, interesa destacar que la continuidad de las políticas de desarrollo industrial ha sido otro elemento clave del crecimiento económico. En este sentido no ha habido gran diferencia entre la época de la preguerra y la de la posguerra. Sin embargo, lo que se buscaba era no sólo impulsar la industrialización sino también producir un cambio gradual en la estructura industrial doméstica de conformidad con las demandas externas. Así, en su momento se le dio preferencia a la industria liviana y luego a la pesada; más tarde se privilegió la industria electrónica y automotriz y últimamente se ha dado preferencia a la industria de alta tecnología, cuyos productos encuentran una mayor aceptación en los mercados internacionales. De esta manera, una de las claves japonesas ha sido desarrollar una estructura industrial acorde con los cambios en la estructura y la composición del comercio mundial.

Otra de las grandes claves del éxito económico japonés la constituye, sin duda, el peculiar sistema de relaciones obrero-patronales adoptado por el país desde la segunda década del presente siglo, una vez completada la primera revolución industrial japonesa. Hay ya cierto consenso en señalar que el tránsito hacia el crecimiento económico se ha hecho, al menos en parte, combinando (y explotando) ciertas prácticas e instituciones tradicionales de la sociedad japonesa con las modalidades y prácticas del moderno capitalismo occidental. En esta convergencia entre tradición oriental y modernización occidental se fraguó el sistema japonés de relaciones obrero-patronales, que no sólo tuvo un papel muy importante en la consolidación del proceso de industrialización de la preguerra sino que también fue fundamental en la consumación de las metas del crecimiento económico de posguerra.

Las relaciones obrero-patronales japonesas se sustentan en cuatro componentes básicos: el sistema de empleo de por vida o vitalicio; el sistema de salarios por edad y antigüedad en la empresa; el sindicato por empresa o "de casa", y un conjunto de normas sociales predominantes en la empresa que regulan en gran medi-

da las relaciones en el mundo del trabajo. En síntesis, dicho sistema garantiza el empleo, el incremento automático del salario y la defensa sindical al trabajador desde el momento en que ingresa a la compañía como empleado regular, entre los 17 y los 22 años, hasta que se retira de la misma, entre los 55 y los 60 años de edad. Durante ese tiempo el trabajador recibirá todo el entrenamiento que la empresa proporcione y usará su habilidad cuando, donde y como ésta lo decida, dado que la empresa se ha constituido en su propia y "gran familia", cuyo éxito o fracaso es el suyo propio. En ese contexto, la "armonía laboral", la "indestructibilidad del grupo de trabajo", la "lealtad a la compañía", etc., valores muy acordes con la tradición laboral japonesa, se transformarán no sólo en premisa vital sino en el aglutinante ideológico fundamental de todo el sistema de relaciones industriales.

Consecuentemente, la promoción de relaciones "armoniosas" entre capital y trabajo, entre obrero y patrón, entre sindicato y empresa, entre individuo y grupo de trabajo, serán indispensables para el éxito de la "gran familia", que es el éxito de todos los trabajadores. De esta manera, las compañías pudieron obtener el máximo de cooperación de sus empleados para lograr no sólo la aceptación del sistema, sino para asegurar la expansión de la capacidad operativa de las empresas japonesas. Hay que aclarar, sin embargo, que la condición de miembros plenos de la "gran familia" no es para todos. Desde su establecimiento hasta hoy, el sistema de relaciones obrero-patronales sólo beneficia a una parte selecta de los trabajadores de la compañía, que son los empleados regulares, que nunca han sobrepasado la mitad de toda la fuerza de trabajo del Japón. El resto, la otra mitad, en la cual hay que incluir la mano de obra femenina, conforma una amplísima gama de trabajadores con condiciones de trabajo muy diferentes, algunas de las cuales son francamente discriminatorias. Sobre sus espaldas se ha edificado gran parte del éxito económico.

De allí, entonces, que no sea aventurado sostener que el sistema de relaciones industriales ha sido otro de los elementos clave que explica el éxito económico del Japón, puesto que contribuyó definitivamente a estructurar un sistema estable y eficiente de relaciones laborales acorde, además, con el modelo y las metas económicas propuestos por el proyecto nacional triunfante; creó y aseguró un ambiente favorable a más relaciones obrero-patronales predominantemente armoniosas entre los factores productivos, par-

ticularmente entre el capital y el trabajo; permitió la falta de correspondencia entre la productividad y los salarios favoreciendo, por tanto, la explotación de un gran contingente de mano de obra industrial y, por último, permitió un sistemático control de una fuerza de trabajo no sólo flexible ante los cambios tecnológicos y administrativos, sino alineada en función del crecimiento económico del país, más que del suyo propio.

Hay que considerar también que el modelo económico japonés ha encontrado en determinadas coyunturas históricas externas, circunstancias propicias para desarrollarse. No cabe duda, por ejemplo, que la agudización de las rivalidades entre las potencias coloniales en Asia y la Primera Guerra Mundial abrieron espacios y oportunidades para el naciente poderío industrial japonés, que de otra manera habría visto retardado su desarrollo. Por otra parte, la expansión imperialista japonesa, particularmente hacia Corea y China, generó enormes recursos que consolidaron el desarrollo industrial de la preguerra. En la época de la posguerra, las condiciones creadas por la Guerra de Corea primero y la Guerra de Vietnam después, vinieron a representar sendas oportunidades para la reindustrialización, recuperación y consolidación del modelo japonés de desarrollo.

Como una de esas ironías de la historia, la guerra de Corea (25 de junio de 1950 a 27 de julio de 1953) resultó muy mala para el pueblo coreano pero fue beneficiosa para Japón, al punto de que se puede decir que cambió repentinamente sus condiciones internas: de un país todavía con una miseria bastante extendida, sometido a un régimen de austeridad, con desempleo y bancarrota, etc., Japón pasó a constituirse en un taller ocupado y en ebullición. Bajo el rubro de "Requerimientos especiales", enormes órdenes de municiones, vestuarios, alimentos, medicinas, y todo cuanto fuera necesario para el abastecimiento de la guerra, le fueron encargadas por los Estados Unidos a los fabricantes japoneses, quienes así pudieron volver a usar equipos, técnicas y mano de obra especializada que habían sido discontinuados a causa de la derrota de la Segunda Guerra. Por primera vez en la posguerra, el país vivió una especie de *boom* de la actividad industrial y comercial. En 1953, los ingresos en dólares vía los "Requerimientos especiales" llegaron a los 800 millones, ¡exactamente la mitad del total de las importaciones japonesas! Frente a estos resultados, la ironía puede expresarse también de otra manera: mientras una guerra devastó

al Japón, otra contribuyó a la reactivación de su capacidad productiva y aceleró su recuperación económica. Efectos más o menos similares para la actividad económica japonesa tuvieron los pedidos y requerimientos norteamericanos derivados de la Guerra de Vietnam. Éstos generaron ingresos cercanos a los 2 000 millones de dólares anuales en los momentos más álgidos de la guerra. En atención a estos hechos, no se podría asegurar que las guerras siempre hayan sido malas para Japón.

Hay, sobre todo, otra circunstancia internacional que ha proporcionado una ventaja considerable al modelo de desarrollo japonés de la posguerra. La entrada en vigencia del Tratado de Paz de San Francisco (1952) y el posterior ingreso de Japón a la ONU (1956), no sólo significaron su reconciliación con buena parte de la comunidad internacional, otrora enemiga, sino la plena incorporación del país al orden económico del capitalismo internacional bajo los auspicios de los Estados Unidos. Esto posibilitó que, a partir de mediados de los años cincuenta y sobre todo en la década de los sesenta, Japón y el resto de los países capitalistas industrializados se vieran favorecidos por un flujo constante de petróleo, hierro, carbón y otras materias primas provenientes de los yacimientos del Medio Oriente y de otras regiones del planeta, a precios verdaderamente irrisorios. Esto permitió, entre otros factores, que un país como Japón —carente de recursos energéticos y materias primas básicas— lograra un acelerado desarrollo económico con una rápida expansión de las industrias pesada y química, cuyo crecimiento no habría sido posible sin el abundante suministro de esos recursos, que se obtienen fácilmente en el exterior a un precio bajo. Para muestra, basta un botón: hasta la fundación de la OPEP, en 1960, y aún algunos años más tarde, los países industrializados consumidores de petróleo estuvieron pagando menos de dos dólares por barril de crudo. Sólo a partir de 1973, con el llamado "Oil Shock", las cosas cambiaron radicalmente y los países productores de petróleo pudieron constituir un frente unido para revalorizar la cotización mundial del petróleo. No es del todo casual que por esas fechas haya llegado a su término el llamado "milagro japonés".

Volviendo a los aspectos clave del rápido crecimiento económico del Japón, es muy frecuente que se cite otra serie de factores, tanto internos como externos, que en mayor o menor medida han contribuido a estimular y a crear las condiciones para este inusita-

do ritmo y nivel de crecimiento. Entre los factores internos se encuentra la abundancia de mano de obra, a bajo costo y con un alto nivel educativo, recursos humanos que le dieron a Japón una gran ventaja comparativa, a pesar de las pérdidas de territorio y la destrucción material que sufrió durante la Segunda Guerra Mundial; la tradicional laboriosidad y disciplina social de la clase trabajadora; la proverbial frugalidad de la sociedad japonesa y su marcada tendencia al ahorro que hace que alrededor del 30% de los presupuestos familiares globales se reserven al ahorro o a la inversión productiva; la gran capacidad japonesa para adaptar tecnologías y modelos foráneos y, por último, la gran estrategia comercial del estado japonés y su fuerte protección a la industria y al comercio exterior.

Entre los factores externos figuran naturalmente la ayuda material y estratégica que brindó Estados Unidos durante la ocupación del territorio japonés y después de ella. Se debe aclarar, sin embargo, que la ayuda directa norteamericana, en términos de inversiones en suelo japonés, ha sido considerablemente más baja de lo que comúnmente se cree. Por ejemplo, en 1966, año en que se inicia uno de los períodos de mayor auge de la época del rápido crecimiento económico, la inversión directa acumulada de los norteamericanos en Japón alcanzaba los 756 millones de dólares; en cambio en Alemania Occidental llegaba a casi los 3 100 millones de dólares, para esa misma fecha. Japón no tuvo, pues, en el sentido estricto, "su" Plan Marshall, sino que basó su desarrollo fundamentalmente en capital japonés, sin depender demasiado del capital extranjero. Aunque los extranjeros puedan invertir en Japón, los japoneses se las han arreglado para que dichas inversiones sean a nivel de los bancos, que son los que le prestan a las empresas, y no a nivel de los extranjeros, por temor a que éstos controlen las empresas por la vía de las participaciones. Se da así una de las grandes paradojas en las relaciones Japón-Estados Unidos: a pesar de la ocupación, de una alianza político-militar muy estrecha y de una dependencia del patrón monetario bastante estricta por parte de Japón, sólo un porcentaje pequeño —demasiado pequeño a decir de empresarios y del gobierno norteamericanos— del capital industrial del Japón está en manos de los norteamericanos. En este sentido el capitalismo japonés ha sido un capitalismo esencialmente independiente, lo que no quiere decir que esté exento de problemas, especialmente en los últimos tiempos.

Donde la relación con los norteamericanos resultó gravitante fue en la implantación de la llamada Constitución de la Paz, en 1946, por la cual Japón renunció para siempre a la guerra como uno de sus derechos soberanos, así como en la celebración del Tratado de Seguridad Mutua nipo-norteamericano de 1954. Ambos permitieron que Japón destinara escasamente el 1% de su PNB a gastos militares, generando un ahorro considerable de recursos que pudieron ser destinados a inversiones productivas y al logro de las metas del crecimiento económico.

El conjunto integrado de todas esas estructuras duales, situaciones coyunturales y factores son los que, al decir de algunos economistas japoneses, han producido ese "círculo virtuoso de la economía", una suerte de combinación e interacción de varios factores que han contribuido al desarrollo y constante reproducción de la economía japonesa de posguerra hasta convertir al Japón en la potencia que actualmente es.

EL DESAFÍO JAPONÉS

Para nadie es un misterio que todo el equilibrio del sistema económico japonés se basa en la necesidad vital de exportar cada vez más para poder contrarrestar las inevitables importaciones que requiere la dinámica industrial. Frente a esta necesidad dos estrategias cobran extrema importancia: la primera es la del problema de los costos, ya que para abordar con éxito los ricos mercados del mundo (sobre todo del occidente capitalista), al Japón le es absolutamente necesario bajar sus costos, y la segunda es la del problema de los suministros estables de materias primas y de mercancías, en especial de aquellas de las que Japón carece casi por completo. El primer problema depende directamente de los japoneses y ya hemos visto cómo de alguna manera lo han resuelto; el segundo es externo, y al no depender directamente de los japoneses y ya hemos visto cómo de alguna manera lo han resuelto; del modelo japonés de desarrollo, aunque también haya permitido mostrar la fortaleza de dicho modelo y su capacidad de recuperación.

Una de las demostraciones más recientes de la anterior situación fue la del llamado "oil shock", cuando en el otoño de 1973 se cuadruplicaron los precios del petróleo, lo que causó verdade-

ros estragos en la economía japonesa ya que el Japón importa más de 99% del petróleo. El impacto fue tal que la era del rápido crecimiento económico se detuvo, y aunque el *shock* petrolero no fue el único factor que intervino, la economía japonesa resultó una de las más afectadas a nivel mundial. Sin embargo, pese a los problemas producidos en la economía a raíz de esta crisis, Japón fue el país industrializado que más rápidamente pudo recuperarse y ajustar su economía a las nuevas condiciones del capitalismo mundial. Japón no sólo superó con éxito el "oil shock", sino que la economía japonesa recuperó gran parte de su vitalidad al lograr tasas de crecimiento cercanas al 6% anual en los años subsiguientes, ritmo acelerado si se confronta con el de otras economías de países desarrollados, pero no necesariamente óptimo si se recuerdan las tasas de crecimiento obtenidas en la era del "milagro".

¿Dónde radica la flexibilidad y la capacidad de recuperación de la economía japonesa frente a la de otros países industrializados? Algunas respuestas ya se han dado al analizar los aspectos clave del modelo japonés de desarrollo. Otras respuestas se relacionan con factores como una mayor preocupación por las demandas del mercado interno, elemento indispensable para sostener el ritmo de crecimiento de las industrias básicas japonesas; un ajuste gradual de la estructura industrial, que ha pasado de industrias cuyo desarrollo depende de un alto consumo energético y de materias primas y que utilizan gran cantidad de mano de obra, a industrias de alta tecnología y conocimientos donde la competencia mundial es menor y, por último, el fuerte y decidido estímulo hacia el aumento de las exportaciones que, una vez más, y bajo las nuevas condiciones impuestas al comercio exterior, funcionó como un verdadero motor para impulsar a la economía japonesa a salir del fondo de la recesión. La acción combinada de estas estrategias garantizó la competitividad de siempre del modelo japonés, no sólo respecto de los países industrializados, sino también de los semi-industrializados, particularmente de los llamados "nuevos japoneses" asiáticos como Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur.

Las cifras que demuestran la revitalización y competitividad de la economía japonesa son, una vez más, categóricas. Tiene superávit comercial con casi todas las economías importantes del mundo, particularmente con las de Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, y sólo se exceptúan los países a quienes com-

pra petróleo como Arabia Saudita los Emiratos Árabes, Indonesia, Irán y México. La evolución de la balanza comercial del Japón entre 1974-1984 lo dice todo:

BALANZA COMERCIAL DE JAPÓN: 1974-1984
(en millones de dólares)

Años	1974	1976	1978	1980	1982	1984*
Exportaciones	54.480	66.026	95.634	126.736	137.663	168.270
Importaciones	53.044	56.139	71.038	124.611	119.584	125.920
Superávit	1.436	9.887	24.596	2.125	18.079	42.350

* Estimaciones.

FUENTE: "Japan's one-way traffic", *The Times*, 12-V-85.

Entre las grandes lecciones que los japoneses sacaron de la crisis petrolera de 1973 están, en primer lugar, la necesidad de un cambio radical en la forma en que la industria se había venido desarrollando hasta ese momento y, en segundo lugar, un ajuste fundamental del modelo de comercio exterior japonés, prestándole mayor atención a una división internacional del trabajo más horizontal en lugar de a la de carácter vertical que había prevalecido. Se estableció así una nueva estrategia de relaciones comerciales y de cooperación y asistencia técnica hacia una gama más amplia de países, particularmente países semiindustrializados y del Tercer Mundo. Dicha estrategia va más allá del mero abastecimiento de materias primas e implica la realización de proyectos industriales y de inversión directa de capitales japoneses en el extranjero, única forma de lograr una mayor autonomía, diversificación y estabilidad en los suministros de petróleo y otras materias primas, así como de reforzar la presencia y la participación del Japón en las relaciones económicas internacionales.

En definitiva, el que la producción esté orientada hacia el exterior —no sólo en términos de exportaciones de productos manufacturados, sino también de exportación de capitales y tecnologías— se ha convertido hoy más que nunca en una necesidad estructural para Japón y, por tanto, en uno de los componentes fundamentales de su política exterior. En realidad esto no es nuevo; la naturaleza misma del modelo de desarrollo y del espectacular crecimiento

to industrial japonés de la posguerra perfiló la política exterior de Japón.

Visto por el mundo, y en particular por sus vecinos asiáticos, como una potencia agresora, a partir de la posguerra el Japón trató de seguir la política de mantenerse al margen de las disputas internacionales, prestándole apoyo a la política norteamericana, siempre que esto no implicara ir en contra de sus intereses nacionales. Esta situación no podía ser de otro modo. Como la industrialización ha estado orientada primordialmente hacia afuera, la política exterior del Japón debería basarse en el mantenimiento de la estabilidad en el flujo del comercio internacional y en las relaciones con todos los países, independientemente de su sistema político. Sin embargo, a pesar del deseo explícito de la diplomacia japonesa de mantener relaciones con todos los países del mundo, es un hecho irrefutable que los principales intereses y alianzas radican en sus estrechos vínculos con los Estados Unidos. Esto ha condicionado grandemente la política exterior japonesa, al punto de que —según los críticos más acérrimos de esta situación— en la práctica, el Japón ha carecido de una verdadera política internacional.

Dentro del juego de la distribución del poder económico mundial, el Japón ha resultado ser uno de los más claros ganadores. Sin embargo, también está claro que este gigante económico permanece aún confinado en una posición internacional menor dentro del campo político y militar, elementos que se estiman como indispensables para que un país llegue a convertirse en una verdadera potencia mundial. Revertir esta situación en los términos más favorables para el país es uno de los desafíos más evidentes que el Japón deberá resolver en lo que queda del siglo. Pero ésta no es la única dificultad. Paradójicamente, el éxito económico-comercial se ha convertido en la fuente principal de nuevos problemas para el Japón actual, toda vez que el extraordinario monto del superávit comercial con las principales economías mundiales, especialmente con los Estados Unidos, se ha constituido en la manzana de la discordia que amenaza el maridaje entre viejos aliados. Esto nos obliga a un breve examen de las relaciones comerciales entre Japón y algunas de las principales economías y regiones del mundo a mediados de los ochenta.

Relaciones con Estados Unidos

Como es de todos conocido, el Japón y los Estados Unidos han mantenido una relación muy estrecha a partir de la Segunda Guerra Mundial. Para la estrategia geopolítica, y particularmente respecto de la presencia militar de los Estados Unidos en Asia oriental y del Sureste, el Japón representa el aliado incondicional y la principal fuerza estabilizadora frente a la influencia, real o potencial, de los países socialistas del área. Para Japón, su alianza con los Estados Unidos ha significado sustanciales beneficios económicos, un mercado seguro y una "sombrija nuclear" que, por lo menos hasta ahora, le ha permitido insertarse en el esquema de seguridad norteamericano a un costo mínimo y con un ahorro considerable en gastos militares. Sin embargo, a partir de 1975, luego de la derrota y la progresiva retirada norteamericana del Sureste asiático, los Estados Unidos empezaron a pensar que Japón no sólo debía asumir mayores responsabilidades en cuanto a su propia seguridad, sino también jugar un papel más activo para mantener a los países capitalistas del área dentro del ámbito de la influencia occidental, particularmente en momentos de reactivación de la "Guerra fría", como se hizo manifiesto a fines de la década de los setenta.

Para Japón, las relaciones con los Estados Unidos continúan siendo la base más sólida de su política exterior. Es muy poco probable que, en lo fundamental, esta situación cambie a corto o mediano plazo, a pesar de las claras diferencias de índole comercial surgidas últimamente entre los dos países.

Muy lejanas están ya aquellas apreciaciones del entonces secretario de estado, John Foster Dulles, quien, en una junta del Consejo de Seguridad Nacional en agosto de 1954, declaraba: "Le dije francamente al premier Yoshida que Japón no debe esperar encontrarse con un gran mercado norteamericano, ya que los japoneses no producen lo que nosotros necesitamos. Es preciso que Japón encuentre mercados en otros lugares para exportar sus productos". Menos de 30 años después, la historia desmentiría rotundamente a Foster Dulles. El superávit comercial de Japón con respecto a Estados Unidos aumentó de 21.7 mil millones de dólares en 1983 a 36.8 mil millones en 1984, y para 1985 se esperaba la descomunal cifra de 45 mil millones de dólares, siempre pensando, conservadoramente.

En los 40 años transcurridos desde la derrota de la Segunda Guerra Mundial y la destrucción, Japón se ha convertido en un gigante económico. En la actualidad ha superado a la Unión Soviética en cuanto a producción industrial y ocupa el segundo lugar a nivel mundial. Si la actual dinámica de la expansión industrial japonesa continúa, en 20 años será en ese terreno una potencia más importante que los Estados Unidos. He aquí la real dimensión de lo que significa el llamado “desafío japonés”.

Las tensiones comerciales entre Estados Unidos y Japón —que algunos llaman ya guerra comercial— han llevado a Washington a una reconsideración de las relaciones nipo-norteamericanas y a modificar su actitud de complacencia frente a Tokio, por la vía de las consabidas presiones. Por un lado, la administración Reagan ha emprendido un conjunto de acciones destinadas a reducir el déficit comercial restringiendo las importaciones japonesas, particularmente de automóviles, artículos electrónicos, textiles, y presionando, a su vez, para que Japón abandone su tradicional proteccionismo y permita que los extranjeros participen más abiertamente de su mercado interno —en términos de productos e inversiones— y adopte, en los hechos, un sistema económico más liberal. Por otro lado, el gobierno estadounidense presiona para que Japón incremente sus gastos de defensa, a fin de quitarle fuerza y recursos a la expansión industrial y para que la economía japonesa disminuya el ritmo de crecimiento.

¿Cómo han respondido los japoneses a estas presiones? Frente a la restricción de sus exportaciones tradicionales al mercado norteamericano, el Japón ha comenzado a competir con las industrias estadounidenses de alta tecnología: computadoras, microprocesadores, cerámicas estructurales para la industria aeroespacial, etc. O sea que en este terreno, la competitividad comercial japonesa tiende a persistir. En lo que toca a una mayor liberalización y apertura de su mercado interno, ha habido una relativa receptividad y el gobierno le ha recomendado al público japonés que compre artículos importados de Estados Unidos y Europa, y él mismo se apronta a promover una mayor liberación del mercado de capitales del país. Los resultados no son todavía significativos.

Lo que sí ha encontrado una gran receptividad, y no sólo entre los dirigentes gubernamentales, ha sido la exigencia de que Japón preste una contribución mayor a la defensa de los intereses de lo que Reagan llama “la comunidad de destino”. Esto es, un

mayor reforzamiento de las fuerzas armadas japonesas para garantizar la seguridad del llamado mundo libre en el este y sudeste de Asia. Concretamente, ¡la remilitarización del Japón! En este mismo orden de ideas, sectores de la derecha japonesa y grupos industriales importantes como la Mitsubishi Heavy Industries, tienen en la mira la reforma de la Constitución para eliminar los obstáculos jurídicos que impiden el rearme. Algunos piensan que eso incluso no sería necesario, puesto que el rearme y la tan factible transformación del Japón en potencia nuclear sólo se harían con fines defensivos, lo cual no contraviene las disposiciones constitucionales. Por lo pronto, el primer ministro Nakasone en una reciente visita a los Estados Unidos no tuvo mayores problemas para declarar al Japón como un " portaviones insumergible " al servicio de los intereses de la seguridad de los Estados Unidos en la zona. Una afirmación como esa no debe ser considerada como simple retórica, viniendo de quien viene.

Si tomanos en cuenta la historia reciente, esto podría ser un arma de doble filo, no sólo para los norteamericanos sino también para los países de la región, que aún tienen muy fresco el recuerdo de lo que significa un Japón militarizado. Sea como sea, éste es también un problema y un dilema para la nación japonesa de hoy.

Relaciones con la Comunidad Económica Europea (CEE)

Las relaciones entre Japón y la CEE, a diferencia de la situación prevalenciente antes de la Segunda Guerra Mundial, han sido desde entonces básicamente comerciales. Japón y la CEE comparten una serie de problemas como la dependencia casi total del petróleo importado (excepto Inglaterra); la dependencia de los Estados Unidos en materia de defensa nacional y regional (aunque hay que relativizar la situación de Inglaterra y Francia, que poseen su propio arsenal nuclear); el hecho de que sostienen relaciones semejantes con los llamados países del Tercer Mundo; el que compartan fundamentalmente la condición de potencias capitalistas industrializadas y que, en última instancia, también comparten una dependencia básica respecto de los Estados Unidos. No obstante lo anterior, no se ha avanzado en la fijación de una política euro-japonesa común para abordar dichos problemas. Es más, las diferencias y los desacuerdos se han acentuado últimamente.

En la reunión cumbre de los países capitalistas industrializados celebrada en Bonn, en mayo de 1985, Nakasone y Japón estuvieron casi todo el tiempo en el banquillo de los acusados. El consenso de los acusadores fue que el superávit japonés —que en 1985 llegó a casi los 50 mil millones de dólares, superando el récord mundial establecido por Arabia Saudita en 1980— resulta una amenaza para el orden comercial del llamado mundo libre. En lo particular, la preocupación de los países de la CEE ante el desafío japonés resulta más que comprensible, toda vez que su déficit comercial con Japón subió de 8 809 millones de dólares en 1980 a 10 403 millones en 1983, y la tendencia es hacia el aumento de dicha cantidad.

En síntesis, la CEE le reclama al Japón lo mismo que los Estados Unidos; es decir, que inunda sus mercados con productos electrónicos y microelectrónicos, con automóviles de menor precio que el prevaleciente en sus respectivos países e incluso, con relojes, que han constituido una larga tradición de la industria europea. Al tiempo, que no facilita la entrada de los productos y capitales europeos en el mercado japonés.

Sin embargo, pese a las fricciones, existe la certidumbre de que dados los fuertes intereses de carácter global que unen al triángulo Estados Unidos-Japón-CEE, las dificultades comerciales tendrán que zanjarse. Por lo pronto, Japón ya ha dado algunas muestras de una mayor liberalización. Aunque todavía sean insuficientes, esas muestras son parte de una voluntad creciente por fortalecer sus relaciones con los países de la CEE y darles un nuevo contenido que vaya más allá del mero intercambio económico.

Relaciones con la URSS

Uno de los ejemplos del pragmatismo japonés, que ha llevado a Japón a mantener relaciones con todos los países independientemente de su ideología y sistema, son las relaciones con la Unión Soviética. Después de China, la URSS es el segundo cliente comercial en importancia para el Japón, dentro del llamado bloque socialista. En 1982, el valor total del intercambio comercial entre los dos países fue cercano a los 6 000 millones de dólares, con una balanza comercial favorable a Japón. Sin embargo, a partir de esa fecha se ha producido una baja en el flujo comercial y un enfriamiento de las relaciones entre ambos países como consecuencia del agudiza-

miento de la confrontación bipolar, ante la cual Japón se ha visto en la necesidad de adoptar una posición más militante en favor de su aliado tradicional, los Estados Unidos.

Si bien, hoy por hoy, los problemas comerciales son cada vez más problemas políticos, las posibilidades de una recuperación y aún de un incremento de los niveles de intercambio comercial entre ambas naciones son bastante factibles, sobre todo si se considera la necesidad de una mayor diversificación de mercados y suministros que tiene la economía japonesa y el interés que siempre ha tenido Japón por participar en la explotación y el aprovechamiento de las grandes reservas de petróleo, gas y maderas de Siberia (proyecto que tuvo un promisorio comienzo en la década de los setenta pero que hoy está prácticamente discontinuado). Por otra parte, Siberia es una extensa región que la URSS necesita colonizar y desarrollar urgentemente. Tampoco se debe olvidar que la Unión Soviética representa un enorme mercado potencial para los productos manufacturados japoneses. Por último, la vecindad geográfica entre ambos países impone, por sobre las diferencias existentes, la necesidad de unas relaciones normales y fluidas, que se estiman como imprescindibles para la estabilidad de la región.

Los aspectos más controversiales y conflictivos en las relaciones bilaterales entre los dos países son, sin lugar a dudas, la reclamación por parte del Japón de las islas Kuriles, al noreste de Hokkaido, en poder de la URSS desde la Segunda Guerra Mundial, territorios que los soviéticos no están dispuestos a devolver por su alto interés estratégico en la región y a los que los japoneses tampoco están nada dispuestos a renunciar. Otros obstáculos son las diferencias respecto al proyecto de explotación de los recursos siberianos, el Tratado de Paz y Amistad sino-japonés que la Unión Soviética supone dirigido contra ella y, en alguna medida, el proceso de remilitarización japonés que significaría, según la percepción de la URSS, una amenaza para su flanco oriental.

La promesa de Shevardnadze, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, de visitar Japón en el transcurso de 1986, despertó grandes expectativas entre los hombres de negocios e industriales japoneses, quienes esperaban no sólo un entibiamiento de las frías relaciones entre ambos países, sino sobre todo, una reactivación de los ambiciosos y prometedores proyectos económicos con la URSS.

Relaciones con China

Sólo desde que la modernización de la infraestructura agraria e industrial se convirtió en una necesidad imperiosa para China y desde que Pekín decidió abandonar el “camino propio” y abrirse al exterior, pudieron los japoneses realizar el sueño dorado de abrirse realmente paso en el mercado chino.

Para China, el Japón constituye una fuente idónea de tecnología, de ayuda técnica y de crédito seguro, aparte del hecho de que la maquinaria existente en China desde antes de la guerra es de fabricación japonesa. También constituye un mercado seguro para su petróleo y algunos productos textiles y alimentarios. Para el Japón, China no es sólo el gran vecino cuya cultura ha asimilado, sino una salida que se estima fundamental para la economía japonesa por el enorme mercado que representa. China es, pues, un mercado potencial muy atractivo y una fuente de materias primas supuestamente en grandes cantidades y de fácil acceso, dada la vecindad geográfica.

En 1983 el volumen total del comercio entre China y Japón llegó a los 10 000 millones de dólares y la balanza comercial fue levemente favorable a China. Cerca del 4 % del total del comercio exterior japonés va a China, lo que hace de este país el quinto socio comercial de Japón en el mundo; en cambio para China, Japón es el cliente principal. Japón vende hierro y acero (45 % del total de sus exportaciones), maquinaria y equipos (20 %), y compra petróleo crudo (41 %), productos textiles (12 %) y alimentos (10 %). Por otro lado, la mayor parte de las inversiones y créditos recibidos por los chinos en los últimos años proviene de Japón. De este modo, en la medida en que la apertura china al exterior —piedra angular de la nueva estrategia industrial— continúe intensificándose, en esa misma medida se incrementarán las relaciones e intercambios comerciales entre ambos países.

Con base en lo anterior, no se podría pensar más que en un futuro promisorio para las relaciones sino-japonesas. Sin embargo, hay algunos problemas que plantean verdaderos desafíos, tanto para los chinos como para los japoneses. En primer lugar, en tanto socios comerciales los japoneses se han mostrado sumamente eficaces y avasalladores. Allí están los casos de Estados Unidos y Europa. Los chinos deberán estar verdaderamente atentos a estas experiencias. En segundo lugar, China ve con gran desconfian-

za (y con toda razón) el proceso de rearme japonés; en tercer lugar, China objeta las relaciones estrechas que Japón ha tenido, y mantiene, con Taiwan. Por último, quizás el punto más álgido sea que China presiona y trata de neutralizar un posible estrechamiento de las relaciones entre Japón y la Unión Soviética. Y aunque el Tratado de Paz y Amistad firmado entre China y el Japón pareciera haber dejado un tanto al margen a la URSS, la desconfianza subsiste. Así las cosas, Tokio tendrá que hacer verdaderos equilibrios diplomáticos si no desea antagonizar con ninguno de sus grandes vecinos.

Relaciones con Asia Oriental y del Sudeste

Uno de los aspectos principales de la política exterior japonesa es su marcado interés en la región del Asia Oriental y del Sudeste, (exceptuamos de la región a China y Corea del Norte). Terminada y prohibida la guerra, el imperialismo japonés pasó del plano político-militar al plano económico. A la famosa "esfera de coprosperidad asiática", nos dice Lucien Bianco, "parece ahora suceder una esfera de Asia del Pacífico, cuyo interés económico es evidente. Como taller industrial de Asia, el Japón necesita las materias primas y mercancías que esta región puede ofrecerle y es el que mejor situado está para explotar sus recursos y conseguir sus beneficios".

A partir de los años sesenta, la expansión de la industria japonesa ha llevado a muchas empresas, aún pequeñas y medianas, a abandonar el territorio japonés y a establecerse en los países del Asia Oriental y del Sudeste. En el caso del gobierno nipón, éste ha participado en numerosos proyectos de desarrollo y explotación de recursos en países como Corea del Sur, Taiwan, Filipinas, Malasia, Indonesia, etc. que han recibido con los brazos abiertos la inversión japonesa.

En 1983, el monto total del intercambio comercial entre Japón y el Asia Oriental y del Sudeste llegó a los 63 000 millones de dólares y la balanza comercial fue, por supuesto, favorable a Japón. El 23.5% de las exportaciones japonesas (unos 35 000 millones de dólares) va a esta región y el 22.1% de sus importaciones (unos 28 000 millones de dólares) proviene de ella, lo que hace que ésta sea, después de los Estados Unidos, el principal socio comer-

cial de Japón. Empero, no todo transcurre tan apaciblemente para Japón: cuatro países de esta región, los llamados "cuatro pequeños dragones", Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, siguen sus pasos y en muchos aspectos se han transformado en sus más activos competidores en el área, rivalizando ya en muchos mercados con el "Gran Dragón" que es Japón. Otro problema inquietante son las ya frecuentes acusaciones de que Japón, ante las severas restricciones internas, está exportando sus industrias contaminantes a los países del Asia Oriental y del Sudeste en los que existen controles menos rigurosos y la mano de obra es más barata. Por otro lado, el sentimiento antijaponés es fuerte y siempre está pronto a aflorar, de allí que la factible remilitarización del Japón genere serias desconfianzas en los países de la región, que todavía tienen recuerdos frescos del militarismo expansionista japonés.

Los japoneses son conscientes de estos problemas y tratan de evitar una sobrepresencia que pudiera resultar irritante para la región. También han comprendido que no pueden seguir manejando sus relaciones con los países del área como si éstos fueran simples proveedores de materias primas y mercados receptores de los productos japoneses. El imperativo es encontrar otro tipo de relaciones que trasciendan los términos puramente comerciales y tengan una base económica y política más estrecha. Japón ya ha dado algunos pasos en este sentido, pero todavía queda mucho por hacer, en una región que es vital para su estabilidad y seguridad.

Como se ha dicho al principio de este apartado, el Japón necesita exportar cada vez más para contrarrestar las inevitables importaciones que le impone la precariedad de sus recursos naturales de uso industrial. Los hechos demuestran que Japón, a diferencia de otros países, ha resuelto con éxito esta tarea. Así, la dinámica de su economía y de su comercio exterior plantean hoy un verdadero desafío competitivo, tanto a las economías capitalistas como a las socialistas del mundo. Es indudable que una buena parte de este éxito se debe a la forma como los japoneses han ido resolviendo sus propios desafíos internos, que tienen que ver con los cambios adecuados y oportunos de su estructura industrial y los ajustes a su modelo de comercio exterior. También es un hecho que el Japón de hoy está un poco menos aprisionado en el terrible dilema autonomía-dependencia en el que se ha tenido que debatir su modelo de desarrollo, aún cuando éste siga siendo una realidad.

Paradójicamente, el éxito económico internacional le plantea al Japón las mayores dificultades del momento. Acusado de impulsar prácticas comerciales injustas y políticas monetarias y fiscales egoístas, el Japón ha debido hacerse cargo de la acusación de ser el gran culpable de los desajustes económicos prevalecientes en el mundo capitalista. La réplica no se ha hecho esperar, el Japón ha realizado y está realizando esfuerzos importantes para poder cumplir con las responsabilidades mundiales que su éxito económico le ha impuesto. Por un lado, parece haber ya suficiente conciencia de que para poder desarrollarse en armonía con la economía mundial, el Japón necesita seguir exportando activamente tecnología y capital, estimular y ampliar la demanda interna y externa, permitir que los extranjeros participen de su mercado interno y apoyar efectivamente un sistema económico internacional liberal. Por el otro lado, ya los japoneses parecen haberse dado cuenta de que, al carecer de poderío militar, sus industrias no pueden enfrentarse con los competidores extranjeros mediante el uso de la fuerza, como hicieron en el pasado Inglaterra y los Estados Unidos, sino más bien proponiendo iniciativas de cooperación económica y a través de la inversión directa, particularmente en los países en vías de desarrollo. En este sentido, la economía japonesa ha llegado a una etapa en la cual este tipo de medidas y acciones es imperativa, si es que desea diversificar sus suministros y asegurar su propia estabilidad. Este es quizás el terreno en donde habrán de confrontarse los mayores desafíos pero, a la vez, esperarse los mayores desarrollos.

DE LOS ORÍGENES A LA CAÍDA DEL SHOGUNATO TOKUGAWA

Michiko Tanaka

El objetivo principal de esta historia es estudiar, a grandes rasgos, el desarrollo político, económico, social y cultural de Japón desde su origen hasta nuestros días, caracterizar sus cambios y rasgos permanentes a través de las distintas épocas y ver lo específicamente japonés en contraste con las experiencias de otros pueblos.

Otro interés primordial de la obra radica en explicar la conformación de las peculiaridades de la sociedad japonesa de hoy. De allí que el objetivo principal de esta sección —que abarca desde los orígenes hasta la Renovación Meidyi— sea dar a conocer los cimientos del Japón moderno, y también tratar de hacer comprender cómo ciertas instituciones y concepciones que se registran en la historia reciente tienen raíces profundas en un pasado a veces muy remoto.

I. ÉPOCA FORMATIVA: LOS ORÍGENES DEL PUEBLO Y LA CULTURA

En la era de los glaciares, durante el Pleistoceno, las actuales islas de Japón estaban conectadas entre sí y también con el continente: el norte de Kyuushuu con la península de Corea y el norte de Jōkaidō con Sajalin, que entonces también se conectaba con el continente, lo que permitía el arribo de manadas de animales tales como los elefantes *nawman* o mamuts, y tras ellos los hombres paleolíticos. [En el mapa 1 podemos ver el contorno de la tierra de entonces y algunos de los sitios arqueológicos más antiguos.] Estos cazadores y recolectores primitivos, según hallazgos realizados en

Iwadyuku (prefectura de Gunma), usaban instrumentos de piedra muy simples: hachas de mano, navajas y puntas de lanza elaboradas con el método de tallado. Esta cultura se conoce como la pre-cerámica, y data de unos 25 000 a 15 000 años a.C.

Aun después de la separación de Japón del continente, durante un buen tiempo los mares seguían siendo bajos y los hombres llegaban por diferentes rutas (tentativamente señaladas con flechas en el mapa 1) aportando nuevos elementos culturales y raciales para la formación del pueblo japonés.

Época Dyoomon

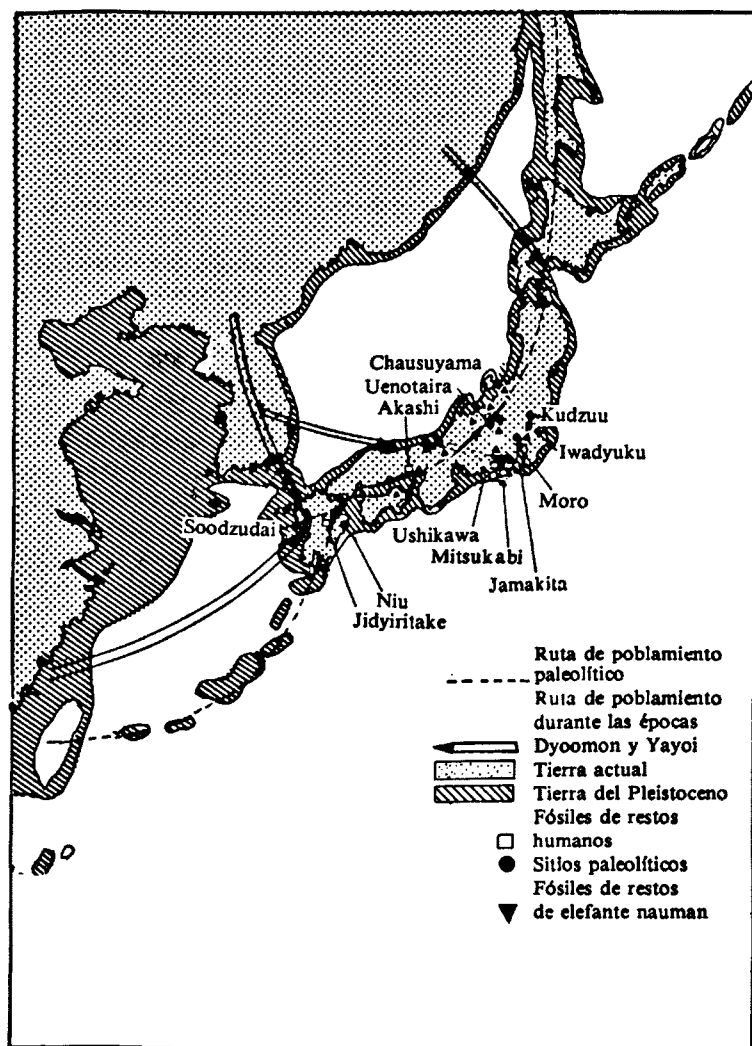
Al terminar la cuarta era glacial, se elevó el nivel de los mares, y hace alrededor de diez mil años las islas de Japón se conformaron tal y como hoy las conocemos. Para entonces, en las cuatro islas principales ya se había difundido una cultura más avanzada que se conoce como cultura Dyoomon por el predominio del motivo ornamental impreso por una cuerda (*dyoomon*) en su decoración, que caracteriza a buena parte de su cerámica. Estas piezas de cerámica se destinaban a distintos fines: las ollas y vasijas para almacenar cosas y cocinar, y las figurillas femeninas para los rituales (ilustración 1). Su forma y ornamento han ido variando de etapa en más de nueve mil años de evolución.

Se calcula que en cada choza habitaban entre cinco y diez personas, y varias chozas se ubicaban en un círculo alrededor de una plaza. A partir de la etapa media de Dyoomon, existen pruebas del surgimiento de la comunidad sedentaria. Hacia la etapa final, se inició la agricultura primitiva que consistió en el cultivo de raíces comestibles tales como el *taro* y el cuidado de árboles de frutas secas como los castaños. Mediante el análisis de los concheros, que eran los basureros de los hombres de Dyoomon, y de restos humanos de la época, se puede decir que en la sociedad Dyoomon todavía no existía una diferenciación social entre la población; que ocurrían con bastante frecuencia hambrunas, y que el lapso de vida era corto, en particular para las mujeres, ya que una buena parte de los restos humanos femeninos suelen ser de jóvenes. Últimamente arqueólogos japoneses han encontrado granos de arroz y otros cereales con cerámicas del Dyoomon tardío, lo que indica que el

PERIODIZACIÓN EN LA HISTORIA JAPONESA

1984		Régimen parlamentario constitucional	"Crecimiento estabilizador"	Cultura de la posguerra
		1976	"Rápido crecimiento económico"	
		1955	Posguerra ocupación estadounidense y recuperación	
1945	Moderna	Régimen del tenno moderno	Guerra de 15 años "Democracia Taishoo" Conformación del imperio japonés Consolidación del estado moderno	Cultura Taishoo-Shoowa Cultura Meidyi
		1890	Renovación Meidiy; surgimiento del estado moderno	
1585	Premoderna	Shogunato premoderno	Gobierno guerrero de los Tokugawa en Edo Gobernantes Regencia de Jideiyoshi	Cultura Kasei Cultura Guenroku Cultura Adzuchi-Momoyama
		1573		
	Medieval	Shogunato medieval	Gobierno de Nubunaga en Adzuchi Estados en guerra Gobierno guerrero de los Ashikaga en Muromachi Gobierno de Iemmu restaurado Gobierno guerrero de los Minamoto y Joodyoo en Kamakura Guerra entre las cortes de norte y sur	Cultura Jigashiyama Cultura Kitayama Cultura Kamakura
1185	Antigua	Régimen del Tenno antiguo	Regencia del clan guerrero de los Taira y guerra con los Minamoto Regencia del clan aristocrático de los Judyiwara en Jeian Monarquía burocrática según códigos Estado de Yamato: gestación del gobierno central	Cultura de la corte de los tenno en retiro Cultura Jeian Cultura Tenpyoo Cultura Jakujoo Cultura Asuka Cultura de túmulos antiguos
Siglo III. d.C.	Primitiva		Surgimiento de formaciones políticas	
	Siglo I.-d.C.	Comunidad de agricultores avanzados (cultivo de arroz en campo inundado)		Cultura Yayoi (hierro y bronce)
	c.a. 300 a.C.	Comunidad sedentaria	Comunidad de agricultores primitivos Comunidad de cazadores y recolectores	Cultura Dyoomon (Neolítica)
	c.a. 8000 a.C.		Comunidad de cazadores y recolectores semisedentarios	Cultura Precerámica superior (Mesolítica)
	c.a. 10000 a.C.		Grupos de cazadores y recolectores nómadas	Cultura Precerámica inferior (Paleolítica)
c.a. 50000 a.C.				

Mapa 1. Cultura paleolítica y poblamiento de Japón



arte del cultivo había mejorado gradualmente hasta incorporar la técnica agrícola de la quema y tumba.

En la etapa de transición a la siguiente época, la de Yayoi, se observó la conformación de dos regiones, la oriental y la occidental (ambas se señalan en el mapa 2). Aunque todavía no están aclaradas las razones de esta diferenciación geográfica, la línea divisoria curiosamente coincide con la que establece diferencias dialectológicas, de costumbres y creencias populares, y de estructuras sociales básicas, como tipos de familias y comunidades, en el Japón actual.

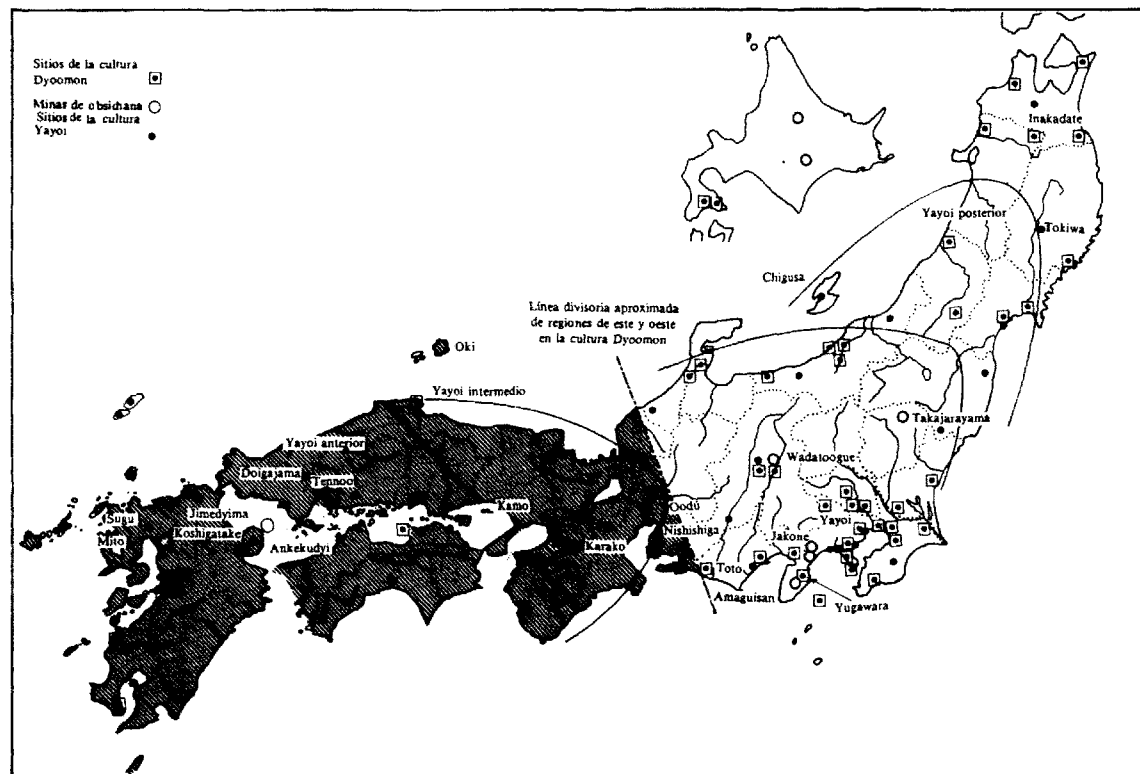
Según algunos autores como Umejara Takeshi, la cultura Dyoomon y sus portadores contribuyeron a la conformación de la ideosincracia cultural básica del pueblo japonés, la cual se conservó a pesar de las fuertes influencias externas posteriores. Destacan particularmente su herencia en la formación de la tradición "barroca" en la estética japonesa. Sin duda, en el proceso evolutivo milenario de la época Dyoomon se sentaron las bases de la población y de la cultura popular que constituyen el sustrato "indígena" que ha impreso rasgos peculiares a todos los elementos culturales introducidos desde afuera.

Los hombres Dyoomon usaban arcos y flechas de piedra que elaboraban mediante el pulido. También usaban instrumentos de hueso y madera y sabían tejer y construir chozas.

Época Yayoi

Entre los siglos II y III a.C. se produjo una importante innovación, el inicio del cultivo del arroz en campos inundados. Éste, desarrollado originalmente en el sur del Río Yangtze en China Oriental o en el sur de Corea, llegó primero a un área localizada al norte de la isla de Kyuushuu y luego se difundió rápidamente a lo largo del archipiélago japonés, hasta llegar a la punta sur de Hokkaido en el siglo III d.C. Junto con el cultivo del arroz se difundieron nuevos elementos culturales, prueba de la influencia continental, entre los cuales destaca un nuevo tipo de cerámica, característico de la época Yayoi, que tenía formas simples y regulares y se cocía a temperaturas mucho más altas (ilustración 1), y los metales, el hierro y el bronce, que aún cuando marcan dos etapas diferentes en el desarrollo de la humanidad, fueron introducidos a Japón en

Mapa 2. Sitios arqueológicos de las culturas Dyoomon y Yayoi



forma simultánea. El hierro se utilizó para herramientas y el bronce para utensilios rituales y ornamentales, como lanzas, espadas y unas piezas llamadas campanas, encontradas en las tumbas de los jefes político-militares, que aparentemente simbolizaban el poder. Por otra parte, la introducción del hierro hizo posible el amplio uso de la madera como instrumento de labor y para la construcción de canales de riego y drenaje, como se puede observar en las ruinas de Toro, prefectura de Shidzuoka. El arrozal se mantenía inundado y la cosecha se llevaba a cabo cortando las espigas.

Esta cultura se llama Yayoi por el lugar ubicado en el centro de Tokio donde se descubrió la primera pieza de cerámica que la caracterizaba. La época se divide en tres etapas, según su desarrollo y difusión. En la etapa temprana (200-100 a.C.), se difundió hasta el sur de Kyushuu, Shikoku y la parte occidental de Honshuu incluyendo la región de Kinki (que comprende las actuales Osaka y Kioto); en la intermedia (100 a.C.-100 d.C.) llegó hasta el sur de Toojoku; y en la tardía (100-200 d.C.) alcanzó la punta sur de Hokkaido. Sin embargo, la cultura Yayoi nunca tuvo importancia en Hokkaido; ahí la cultura Doyoemon siguió su propio curso de desarrollo sobre la base de la economía de recolección y se conformó la cultura Satsumon, que se considera antecesora de la cultura Ainu moderna.

La diferencia que se observa en los objetos encontrados en los monumentos sepulcrales de Yayoi indican que ya existía una estratificación social entre la población. Los hombres de Yayoi vivían en una comunidad constituida por un gran número de unidades domésticas: una casa grande con hogar y varias casas pequeñas constituían una unidad doméstica. En el centro de la comunidad había una plaza y un granero con piso elevado, grandes vasijas de cerámica servían para almacenar granos y la existencia de anillos de piedra sugieren un cierto avance en el hilado y el tejido.

La comunidad estaba encabezada por un jefe o jefa a quien asesoraba el consejo de ancianos. Hacia la época intermedia de la cultura Yayoi, ya existían formaciones estatales primitivas y mientras se destacaban jefes tribales como reyes, los esclavos, originados probablemente de prisioneros de guerra, eran usados para diferentes servicios requeridos por la nobleza tribal o enviados al extranjero como regalo o tributo. Por otra parte, las formas de entierro sugieren que ya los hombres de Yayoi tenían al espíritu de los muertos.

Fuentes chinas contemporáneas a la época señalan la existencia de un gran número de pequeños reinos en Japón en el siglo I a.C.: en el año 57 d.C. el rey de *Na de Wa* (nombre con que se llamaba a Japón en las crónicas chinas) envió una misión al emperador de la dinastía Han posterior, y en 107 el emperador recibió regalos de un rey de Wa entre los que se incluía a 160 esclavos.

Algunos autores, por ejemplo Ishida Eiichiro, consideran a la cultura Yayoi y a la introducción del cultivo del arroz como el momento crucial para la conformación de la lengua y la cultura japonesas. Sin embargo, si bien los ritos agrícolas relacionados con el arroz son fundamentales en la cultura popular, el uso ritual popular del tubérculo (taro), el castaño, el mijo y otros cereales asociados con la práctica agrícola arcaica, señalan la persistencia paralela de la tradición cultural pre-yayoi. En cuanto al origen del japonés, sería difícil afirmar que la lengua que hablaban los portadores originales de la nueva tecnología Yayoi diera origen al japonés actual o que a partir de la época Yayoi ya no existiera una diversidad lingüística o dialectal importante en las islas japonesas. No obstante, la innovación Yayoi constituyó, sin duda, una de las aportaciones mayores para la conformación de las características culturales peculiares del pueblo japonés, vigente aún a pesar de su antigüedad.

II. ÉPOCA ANTIGUA: SURGIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO

La cultura de los túmulos antiguos

Las formaciones estatales primitivas que aparecieron en la época Yayoi lucharon entre sí durante largo tiempo y gradualmente se fueron unificando a través de subyugaciones y alianzas. Aparentemente, para este proceso unificador tuvo cierta importancia el hecho de que en las islas japonesas se tuviera conocimiento de las luchas que se desarrollaban entre los estados en el continente y en la península coreana, a la caída de la dinastía Han posterior. Una buena ilustración de este proceso es el relato del gobierno de Pimiko, la reina del estado de Yamatai, a la que se refiere la crónica

de Wei en el capítulo de Wa. Al parecer, Pimiko era una reina-sacerdotisa que mantenía la unidad de varios pequeños estados que habían constituido una alianza para superar las guerras intertribales que se habían prolongado por más de siete lustros. En el año 239, Pimiko estableció relaciones con Wei a través de una misión, con el propósito de hacer reconocer su autoridad, tanto dentro como fuera de su reino.

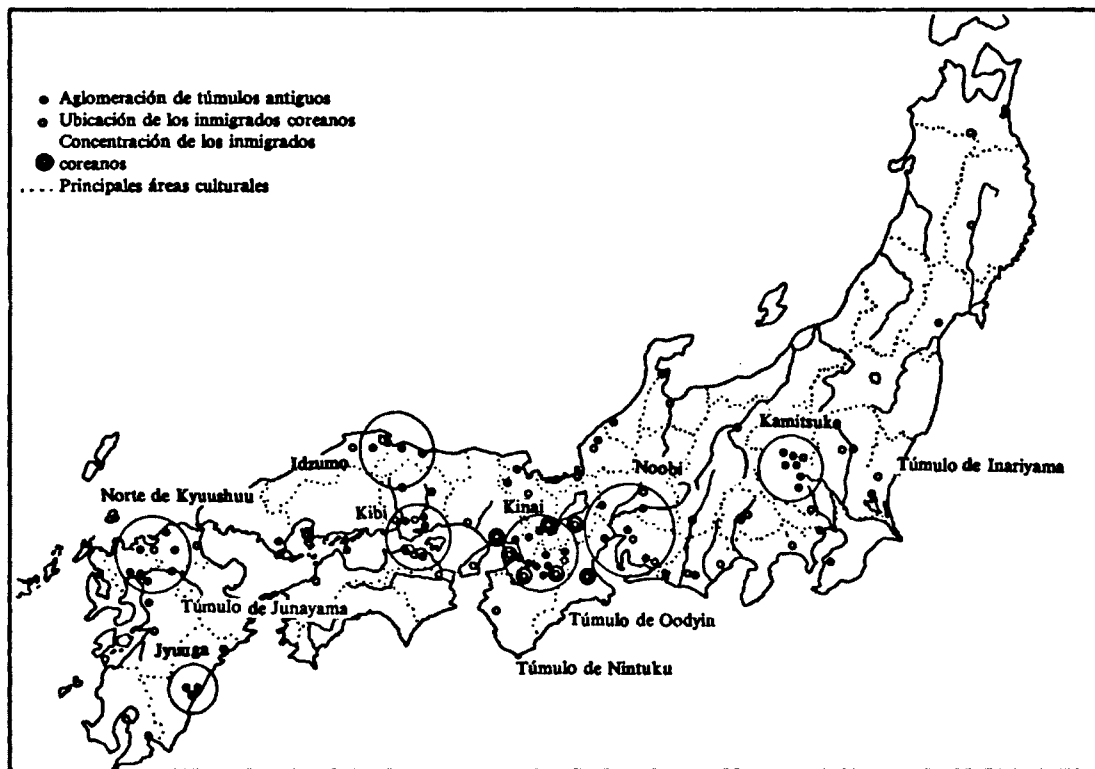
Hacía ya 70 u 80 años cuando, al erigirse un varón como rey en el país de Wa, estalló una guerra intestina que parecía no cesar nunca. Entonces, se acordó a una mujer como reina, a quien se llamó Pimiko. Ésta, conocedora de la hechicería, encantaba a su pueblo. A pesar de su edad madura, nunca tuvo un esposo. Su hermano menor la auxiliaba en el gobierno del país. Desde que se convirtió en reina, casi nadie la había visto. Mil esclavas la rodeaban y era sólo un varón quien le servía las comidas y bebidas, transmitía sus palabras y tenía acceso a ella. Grandiosos palacios, miradores y murallas fueron contruidos para la reina y estaban vigilados por guardias permanentes [...] A la muerte de Pimiko, se construyó un gran montículo para su tumba, cuyo diámetro medía más de cien pasos. Más de cien esclavos fueron enterrados para hacerle compañía. (Crónica de Wei sobre Wa).*

Aparte de las noticias sobre la reina Iyo, sucesora de Pimiko, quien envió una misión a Shin en 266, las fuentes contemporáneas no informaron más sobre Wa a lo largo de un siglo. Sin embargo, en dicho lapso ocurrió un importante avance en la formación del estado central. Desde fines del siglo III comienza la época conocida como la de los túmulos antiguos. Estos túmulos, que eran grandes tumbas de jefes políticos que encabezaban poderosos clanes, aparecieron primero en las regiones de Kinki y del Mar Interior, y luego en diversas partes del archipiélago, llegando por el norte hasta el sur de Toojuku (véase mapa 3). Los estudios de la distribución territorial de espadas con inscripciones y de espejos de bronce ornamentados, que fueron moldeados en Japón, indican que numerosos estados pequeños establecieron relaciones jerárquicas entre sí y sellaron alianzas que quizá sirvieron de base para la formación de un estado central.

Además de los artículos de bronce, en los túmulos se han en-

* La traducción de esta y otras citas es de la autora de esta sección, si no se indica otro nombre.

Mapa 3. Cultura de túmulos antiguos



contrado, por una parte, objetos personales de los muertos como armas, vestidos y accesorios y, por la otra, figuras de barro de gran variedad que servían para detener el deslave en el exterior del túmulo: mujeres y hombres, algunos vestidos de guerreros, animales domésticos incluyendo caballos, instrumentos de trabajo, utensilios y casas en miniatura (ilustración 2). A través de estos hallazgos, se pueden reconstruir imágenes de la vida y la cultura de aquella época. Ciertos rasgos culturales de los hombres de la época de los túmulos antiguos, se conservan hasta ahora en los ritos *shintoiístas* más arcaicos en los que tienen gran importancia conceptos como los de ánima, posesión, contaminación y purificación. También en las prácticas religiosas populares que giran alrededor de los ritos agrícolas, como es el caso de las fiestas anuales propiciatorias para solicitar la garantía de un buen ciclo agrícola, y en las de la nueva cosecha, para agradecer por la cosecha obtenida y solicitarla para el año siguiente.

El estado de Yamato

Hacia fines del siglo IV se construyeron enormes túmulos cuya forma particular combinaba el rectángulo con el círculo, en forma similar a la cerradura de una llave. Uno de ellos, que ha sido considerado como la tumba del *tennoo* (monarca japonés) Nintoku, se ubica en la planicie de Kawachi. Para la construcción de esta tumba, la cual está rodeada por una fosa triple, que mide 480 metros de largo, 305 metros de ancho y 33 metros de alto en la parte rectangular (ilustración 2), fue necesario movilizar una mano de obra sólo comparable a la que se requirió para la construcción de las pirámides prehispánicas o las faraónicas.

Los enormes túmulos y los ricos objetos hallados en estas tumbas señalan que fue hacia fines del siglo IV, a más tardar, cuando surgió en la región de Yamato un gobierno central lo suficientemente poderoso y próspero como para movilizar a una gran población a su servicio. El nuevo estado unificado estaba encabezado por un gran rey, el jefe más importante entre todos los jefes clánicos. Al extender su influencia, el gran rey marcaba en cada región un territorio bajo su dominio directo y obsequiaba objetos de bronce, símbolos de su poder, a los jefes locales que reconocieran la autoridad central.

A partir del siglo V, Wa y sus reyes nuevamente aparecen en

las fuentes chinas. La crónica de Sung, del imperio chino, por ejemplo, menciona a cinco reyes de Wa que enviaron tributos a las dinastías sureñas de China. El estado de Yamato mantenía contactos más estrechos con los estados del sur de la península de Corea: Paekche, Silla y pequeños reinos sureños. Bajo la presión de las invasiones nómadas provenientes del norte, los estados coreanos luchaban entre sí por la supervivencia. Según una inscripción en piedra que fuera hallada en el norte de Corea, Wa, como aliado de Paekche, envió sus soldados a combatir contra el ejército de Kōkuryō en el año 391. El gran rey de Wa mantenía un territorio de dominio directo en Mimana, en la punta sur de Corea, el cual tuvo aparentemente una gran importancia comercial. En 562 dicho territorio tuvo que ser abandonado frente a la ofensiva de Silla.

Huyendo de las guerras, un buen número de coreanos letrados, con conocimientos sobre diferentes oficios y nuevas tecnologías, llegaron a Japón en esta época. El comienzo de la producción doméstica de herramientas agrícolas más avanzadas, como puntas de hierro para el arado y el azadón, junto con la introducción de un nuevo sistema de control de aguas para los arrozales, permitieron abrir nuevas tierras de cultivo en áreas donde la construcción de canales de irrigación y drenaje era necesaria. Los arrozales se sacaban varias veces en el curso del ciclo de cultivo para oxigenar y fortalecer las raíces, para facilitar la cosecha y para el uso posterior del mismo campo en otros cultivos.

Sin embargo, no toda la población tuvo acceso inmediato a estas innovaciones agrícolas. La masa de la población continuó labrando la tierra con instrumentos de madera y piedra por mucho tiempo. Fueron tanto el gran rey como los nobles de su corte quienes dispusieron de las nuevas tecnologías. Estos le repartían puntas de arado, al igual que telas de seda cuya producción doméstica comenzó entonces, a los jefes de los clanes subordinados, como retribución o gratificación por su lealtad y sus servicios. Los coreanos inmigrados introdujeron también nuevas tecnologías textiles y cerámica, particularmente la cerámica gris oscura de Sue que se elaboraba con el torno y era mucho más resistente que las anteriores. Además introdujeron un nuevo estilo de vida, como, por ejemplo, habitaciones con pisos elevados y nuevas vestimentas que incluían faldas para las mujeres y calzones para los hombres, que usados entre los nobles comenzaron a desplazar a los vestidos simples hechos con lienzos de tela cosidos por los lados, con aperturas

para la cabeza y brazos, al estilo del huipil.

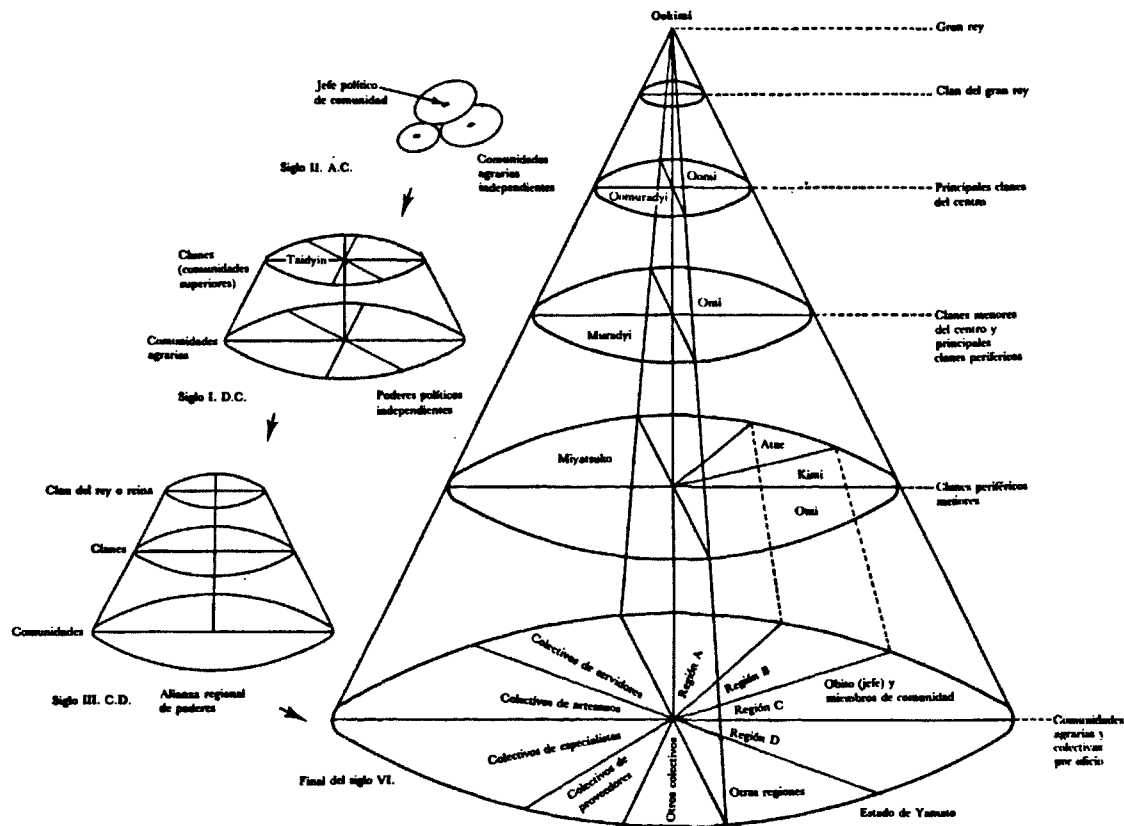
La aportación más importante de esta época fue la introducción de la escritura china. En el año 513, el rey de Paekche envió a Japón a los doctores de los Cinco Clásicos Chinos. Desde entonces estos funcionarios, encargados de los rituales, los usos y las costumbres de la corte y que conocían los textos confucianos clásicos, llegaron a Japón en varias ocasiones y jugaron un importante papel en la difusión de la escritura. Al principio, el chino sirvió aparentemente como una lengua funcional en la corte, pero gradualmente los caracteres chinos se fueron aplicando para la representación de sonidos y conceptos japoneses.

El gran rey, que era a la vez el jefe político y religioso, otorgaba títulos llamados *kabane* (como *omi*, *muraji*, *atol*, etc., véase sinopsis 1) a los jefes de los clanes, para confirmar el poder e influencia de éstos a cambio de su subordinación al poder central. Los jefes de los principales clanes ubicados cerca de Yamato y algunos nobles coreanos constituían la corte del gran rey y participaban en el gobierno; los clanes menores y los coreanos comunes desempeñaban diferentes funciones y oficios para la corte tales como los de guardianes, escribanos o funcionarios de oficina, maestros de la industria, de las artes y de los rituales. Los jefes de clanes de provincia eran responsables del gobierno local. Bajo todos estos clanes, que constituían la clase dominante, se distribuían las masas de trabajadores agrícolas que continuaban viviendo en comunidades fundamentalmente autosuficientes y artesanales que formaban colonias de población servil. Existían también los esclavos domésticos que pertenecían a la corte y a los jefes de los clanes. Esta primera organización política centralizada se conoce en la historiografía japonesa como el *shiseisei*, o sea, el régimen (*sei*) de los clanes (*shi*) y los títulos (*sei*).

Al mismo tiempo que el gobierno de Yamato fortalecía su organización centralizada, continuó con la conquista de tribus no sometidas, como los joyato y kumaso de Kyushuu y los emishi del noreste de Honshuu, probablemente ancestros de los ainu. A este respecto, las crónicas oficiales del siglo VIII, *Kodiyiki* y *Nijoshoki*, mencionan a gente llamada "arañas de la tierra" (*tsuchigumo*), que opuso resistencia a la unificación en diferentes lugares.

Con la expansión del poder central se creó la necesidad de construir una organización gubernamental más compleja y de adoptar ideologías capaces de legitimar el poder y mantener el orden. Así,

SINOPSIS 1 Establecimiento del estado Yamato



fueron introducidas diferentes artes auxiliares de gobernar tales como la astrología y el calendario, las adivinaciones, los mitos y las crónicas, apoyadas por nuevos sistemas filosóficos y religiosos como el confucianismo, el budismo y el taoísmo. Estos pensamientos, surgidos en China y en la India, se habían difundido en toda Asia oriental y llegaron a Japón a través de Corea, donde también sirvieron para la consolidación de los estados.

Según la enseñanza taoísta, el universo se concibe como el conjunto de dos fuerzas opuestas en constante interacción (*yin* y *yan*), que corresponden a lo negativo y lo positivo, lo oculto y lo aparente, lo femenino y lo masculino, etc. Parece que esta cosmovisión dualista dialéctica fue la que mejor se combinó con la cosmovisión del antiguo pueblo japonés que creía en la existencia de un espíritu en cada objeto, tanto animado como inanimado, y que adoraba todo objeto o fenómeno extraordinario en dimensión, fuerza y figura, capaz de causar emociones al ser humano en tanto recinto o manifestación de lo divino (*kami*). Hay que destacar que, aun cuando el estudio del proceso de la sincretización del taoísmo con la religión autóctona apenas está en sus inicios, su importancia se advierte en el hecho de que el título del monarca japonés, *tenno*, que entró en uso a partir del siglo VII, fue originalmente el concepto taoísta que significaba “rey del más allá”.

Al principio, cada gran rey establecía una nueva capital para evitar los efectos de la contaminación ocasionada por la suciedad urbana y por los malos espíritus, y para contar con el apoyo de ciertos clanes influyentes y evitar la influencia de otros. (En el mapa 4 se señalan varias capitales antiguas en Kinai, que originalmente quería decir el área circunscrita a la capital.).

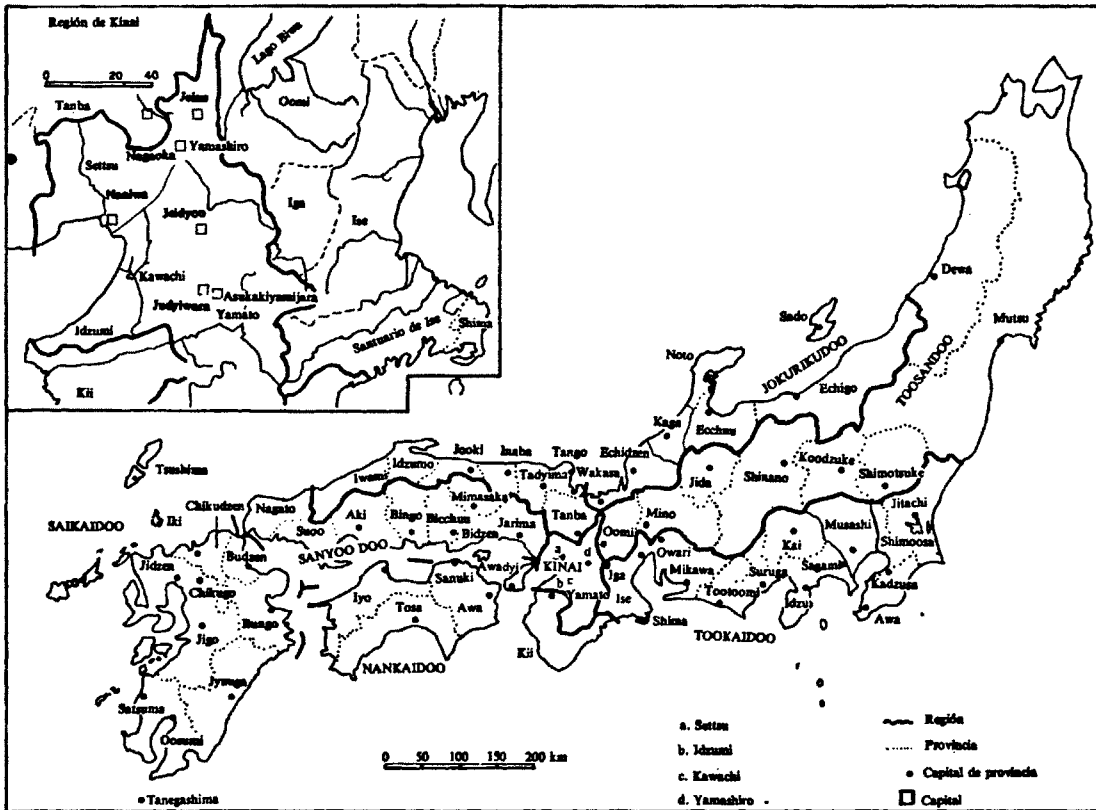
Para garantizar la continuidad del régimen y la legitimidad del poder, la sucesión del gran rey era hereditaria y no se excluía al sexo femenino. En el año 592 subió al trono la monarca Suiko, a quien asesoraba el príncipe Shootoku (524-622), en calidad de regente. Bajo su iniciativa se tomaron una serie de medidas que propiciaron una mayor institucionalización del gobierno y prepararon el terreno para una introducción más amplia y sistemática de la civilización china durante el siguiente siglo. Se establecieron, por ejemplo, doce rangos de nobleza y sus correspondientes funciones dentro del gobierno, y se adoptó una constitución de 17 artículos que establecía la soberanía del monarca y el principio del dominio de éste sobre todo el territorio y la población del país. Esta

constitución presenta un conjunto de preceptos morales destinados a los ministros y a los funcionarios, para el buen gobierno, la armonía, la buena fe y la imparcialidad. Todos estos valores se destacan en los diversos artículos, junto con recomendaciones concretas para la disciplina de los burócratas. Rechaza la avaricia y los abusos contra la población y recomienda la abstinencia. Hace énfasis en la soberanía del *tenno*: “Cuando recibierais órdenes imperiales, no faltéis en su cumplimiento escrupuloso” (artículo 3), y ordena “Que las autoridades provinciales, como el Kuni no Miyakko (jefe de provincia), no impongan tributos a la población” (artículo 12). Declara el budismo como la religión oficial: “Reverenciareis sinceramente a los tres tesoros, el Buda, la ley budista y el orden monástico” (artículo 2). También previene contra los abusos de los servicios públicos contra la población.

Ciertamente, en la época de Shootoku se hizo un esfuerzo por institucionalizar el ejercicio del poder. Shootoku envió una misión oficial al imperio Sui, encabezada por Onono Imoko, la cual incluía a estudiantes y monjes que habrían de traer a su regreso conocimientos sobre las nuevas instituciones, la erudición y las artes. Anteriormente, los embajadores japoneses enviados a las dinastías sureñas por los cinco reyes de Wa, habían aceptado que las misiones fueran tratadas como las de un país tributario. Shootoku trató de modificar estas costumbres y escribió una carta oficial, dirigida al emperador de Sui, en términos igualitarios: “El hijo del Cielo del país del sol naciente envía una carta al hijo del Cielo del país del sol poniente”.

Devoto del budismo, Shootoku patrocinó la producción de objetos de arte budista y la construcción de templos. En la historia del arte, esta época se conoce como época de Asuka por el nombre del lugar en donde se construyó el templo Yooryuu, algunos de cuyos edificios representan las construcciones de madera más antiguas que se conservan en el mundo (ilustración 3). No obstante lo anterior, la devoción de Shootoku se apoyaba en la convicción de que una ideología universalista ayudaría a vencer los regionalismos y las rivalidades interclánicas a favor de un estado unificado en torno al clan del gran rey. Para llevar a cabo esta política innovadora, Shootoku contó con el apoyo de Umako, jefe del clan Soga, que favorecía la importación de la civilización china. Umako había triunfado en la competencia por el poder contra los clanes tradicionalistas de Ootomo y Mononobe.

Mapa 4. División territorial bajo el régimen de Ritsuryoo



La reforma de Taika

Después de la muerte de Shootoku, el clan Soga conservó su influencia política dentro del gobierno, razón por la cual en el año 645 el príncipe Nakano-ooe, con ayuda de Nakatomi no Kamatarī, asesinó a los principales líderes de dicho clan y declaró el comienzo de una nueva política, consistente en la adopción más sistemática de las florecientes civilizaciones chinas de los imperios Sui y Tang. Como primera medida, se adoptó el sistema de periodización por eras, y se nombró a Taika como la primera era. Es por ello que dicho acontecimiento se conoce como la Reforma de Taika. Una vez iniciado el proceso de reformas, fueron nombrados asesores de estado los estudiosos y monjes que habían vuelto de su larga estancia de estudios en China.

Nakano-ooe, quien más tarde se convirtió en el *tenno* Tenchi, anunció que se llevarían a cabo una serie de importantes reformas entre las que se incluía el afianzamiento del dominio público sobre la tierra y la población; la abolición de la propiedad privada de los nobles y el establecimiento de prebendas anuales de acuerdo con el rango y la función; la organización del gobierno central y local según el modelo burocrático chino; el envío de misiones al Imperio Tang con el propósito de obtener un mayor conocimiento de esa civilización superior, contemporánea y vecina, que se comunicaba con toda Euro-Asia. De la misma forma, a través de Tang llegaron a Japón artes y artesanías de diferentes regiones del continente. Prueba de esto son los objetos que se conservan hasta hoy día en el almacén del *tenno* Shoomu (724-749), *Shoosoin*, en el templo Toodai. Encontramos instrumentos musicales de Persia y Asia central; máscaras de danzas de Asia del Sur; diseños ornamentales helénicos, aparte de gran cantidad de refinadas artesanías de China y Corea.

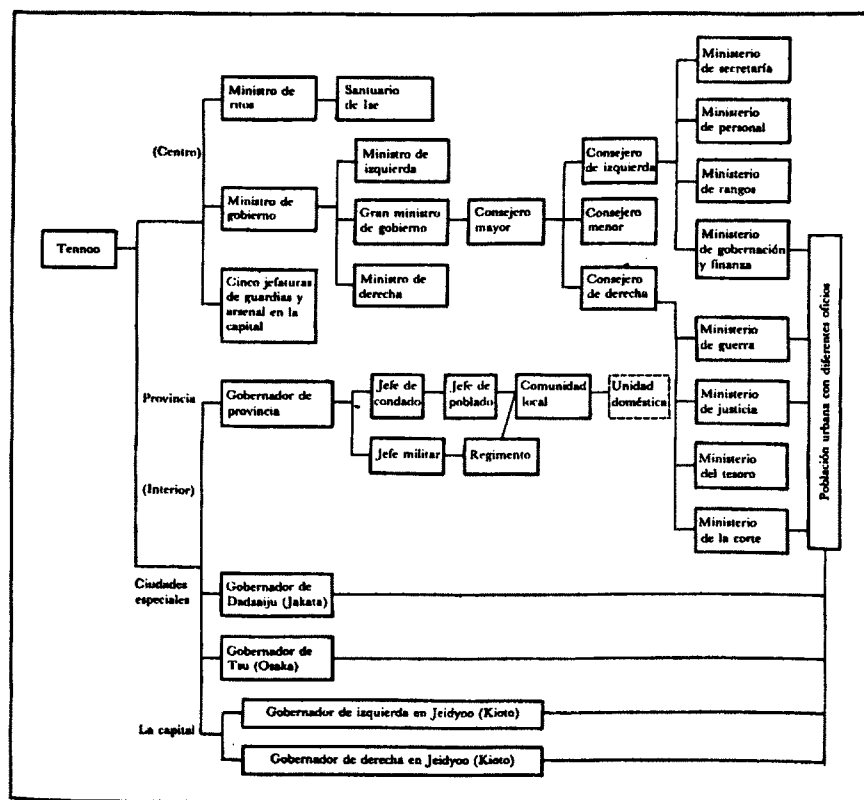
A la muerte del *tenno* Tenchi, en 672, se entabló una lucha por la sucesión entre su hijo, el príncipe Ootomo, y su hermano menor el príncipe Ooama. Este último venció a su oponente y ocupó el trono como el *tenno* Tenmu, y continuó con la política innovadora estableciendo un nuevo sistema de rangos nobiliarios y elaborando el primer código sistemático que habría de iniciar el gobierno de la ley: el código de la era de Taijoo (701). Bajo estos nuevos procedimientos, el *tenno* gobernaba directamente tomando las decisiones políticas más importantes en las audiencias ma-

tutinas y celebrando ritos y festividades que reafirmaran la unificación y supremacía del clan del *tenno*. También se avanzó en la institucionalización del gobierno con el establecimiento de una burocracia central y local. Como se puede ver en el mapa 4, el país fue dividido en diversas unidades territoriales: las regiones, las provincias, los condados y los poblados, con sus jefes respectivos, y para el gobierno central se formaron ministerios (véase la sinopsis 2).

La capital, Jeidyoo (actual Nara), era una réplica de Zhongán, la capital de Tang, y en ella, así como en la ciudad cabecera de cada provincia, se establecieron escuelas para la preparación de los burócratas que, en teoría, obtendrían puestos a través de exámenes sobre conocimientos de los clásicos chinos.

En cuanto a los aspectos administrativos, el gobierno registraba a la población tributaria del estado a través de la comunidad familiar que estaba constituida por varias unidades domésticas; pero la tierra de cultivo era otorgada al jefe de la comunidad a razón de una parcela por cada individuo mayor de 6 años, con base en el siguiente cálculo: a cada hombre, una extensión de alrededor de 23 áreas; a cada mujer, dos terceras partes de ésta, y a cada esclavo, un tercio de la misma. Por otra parte, las obligaciones tributarias y los servicios públicos que la población debía cumplir eran sumamente pesados: impuestos fijos en arroz por cada parcela; diez días de servicio o su equivalente en especie, por cada varón; impuestos en productos especiales de cada localidad, destinados al gobierno central; hasta 60 días de servicio anual por cada varón entre los 21 y los 60 años, para el gobierno provincial, todo esto además del servicio militar obligatorio para uno de cada cinco o seis varones. De esta manera, soldados-campesinos de leva tenían que pasar años en la guarnición de cada provincia, montando guardia en la capital o en Dadzaiju (actual Jakata), en el norte de Kyushuu, importante ciudad portuaria para la comunicación con el continente. Aun comparándola con la situación de los esclavos domésticos, la condición de los tributarios del estado no era de ninguna manera envidiable, de allí que algunos autores les hayan llamado esclavos del estado. Aparte, hubo esclavos públicos bajo diferentes nombres que cumplían distintas tareas manuales como la limpieza de vías y ser guardias de tumbas, y existían, además, las colonias de artesanos serviles y dependientes. No obstante todo esto, en Japón no se desarrolló plenamente la esclavitud, como una for-

SINOPSIS 2 Gobierno Burocrático Antiguo (régimen de Ritsuryoo)



mación socioeconómica, entre otras por las siguientes razones: en primer lugar, la naturaleza relativamente benévola permitía la sobrevivencia de los esclavos fugitivos y hacía difícil mantener gran número de ellos sin estrecha vigilancia; en segundo lugar, el cultivo del arroz, que requiere de un trabajo intensivo de la tierra, producía mejores resultados cuando el trabajador actuaba por su propia iniciativa y no bajo una supervisión constante.

El fundamento económico del antiguo régimen del *tennoo* descansaba en el principio del dominio público del estado sobre la tierra y la población. Sin embargo, ni el dominio privado de los jefes locales ni el comunal pudieron ser eliminados por completo, en especial, en la periferia del estado centralizado. Además, las tierras cultivables con su correspondiente población, que se repartían como prebendas entre la clase dominante —nobles de nacimiento, burocratas de la corte del *tennoo*, jefes militares, templos y santuarios— tendían a convertirse en dominios privados, a los que se les exentaba gradualmente de las obligaciones tributarias establecidas por la ley. Pero el factor más importante que erosionó el régimen centralizado antiguo fue la expansión de la heredad (*shoon*), unidad de tierra cultivada de propiedad privada, que surgió como resultado de la política oficial de fomento a la reclamación de tierras baldías. Así, por ejemplo, en el año 722, el gobierno propuso colonizar un millón de hectáreas y estableció que aquel que decidiera colonizar tierras nuevas podía explotarlas sin el pago de impuestos. Naturalmente, fueron sólo los nobles, los templos o los influyentes jefes militares quienes pudieron abrir nuevas tierras de cultivo, ya que podían disponer del trabajo de los esclavos domésticos y aún del de los campesinos de las tierras de dominio público bajo su autoridad. Además, poseían arados y azadones de hierro en grandes cantidades. La heredad atrajo también a los campesinos fugitivos, quienes preferían abandonar las parcelas de dominio estatal, a fin de librarse de las cargas impositivas y los servicios públicos.

Hacia fines del siglo IX, al difundirse ampliamente el uso de instrumentos de hierro entre la población común, los campesinos fueron realizando poco a poco reclamaciones de tierras baldías. Las comunidades familiares que disponían de excedente de trabajo abrían nuevas tierras para el cultivo y las registraban bajo el nombre de sus jefes. Las repetidas prohibiciones del cercamiento de baldíos por parte de los campesinos, a fines del siglo IX, son prue-

ba elocuente de tal situación. Para defender estas pequeñas propiedades privadas, llamadas arrozales con nombres (*myooden*), que solían ser objeto de invasiones por los jefes locales o de la confiscación oficial, el propietario original establecía un contrato de transferencia de propiedad a algún jefe o funcionario local, a cambio de protección. Este acto se llamaba encomendación (*kishin*). A su vez, estos protectores locales trataban de obtener una mayor seguridad, haciendo lo mismo con la nobleza y con los poderosos templos budistas de la capital. El usufructo de la tierra quedaba siempre en manos del donante original y la renta, comúnmente en especie, se distribuía entre los propietarios, tanto el intermedio como el superior. Estas tierras de propiedad privada bajo patronato múltiple también se llamaron heredades. Sus propietarios superiores lograron el establecimiento gradual de la inmunidad sobre dichos territorios, así como la exención de impuestos y servicios públicos, otorgándoseles el fuero jurídico-militar.

En el proceso de consolidación del estado centralizado burocrático, el budismo suministró el marco ideológico principal, por su carácter universalista y sistemático. Los grandiosos templos y los monasterios representaban a una civilización superior, a la vez que el poder central civilizador. Por ejemplo, el *tenno* Tenmu patrocinó la construcción del templo de los Cuatro Reyes Divinos que consagra a los reyes protectores de la fe budista. En el sutra se dice:

Entonces Buda dijo a los Cuatro Reyes Divinos: [...] “Si algún rey sostiene este sutra y hace ofrendas en su homenaje, yo lo purificaré de sufrimientos y enfermedades y le llevaré la paz a su conciencia. Protegeré sus ciudades, pueblos y aldeas y repeleré sus enemigos. Haré que desaparezcan para siempre las luchas entre los gobernantes de los hombres”.

“Sabed, Reyes Divinos, que los 84 000 gobernantes de los 84 000 ciudades, pueblos y aldeas del mundo tendrán cada uno su propia felicidad en su tierra; que todos serán libres y tendrán toda la clase de cosas valiosas en abundancia; que ninguno de ellos volverá a invadir el territorio ajeno; que todos recibirán recompensa de acuerdo con su conducta en la existencia previa; que nadie ya se dejará tentar por el vil deseo de tomar la tierra ajena; que aprenderán que cuanto menos el deseo, la bendición es mayor; que estarán libres de la guerra y la deuda. El pueblo de su tierra estará feliz y las clases altas y bajas se mezclarán como la leche y el agua. Respetarán el senti-

miento de unos a otros y se unirán alegremente para divertirse juntos, y con la compasión y modestia, incrementarán la fuente de bondad" (De Bary, *Sources of Japanese Tradition*, vol. 1, pp. 98-99).

En los templos la actividad religiosa y académica era intensa. Aparte de diferentes artes extranjeras, los estudiantes, los monjes y los doctores estudiaban las diversas enseñanzas del budismo y las escuelas de pensamiento originadas en el continente, como el confucianismo, el taoísmo y el cristianismo nestoriano. Pero, por sobre todo, se hicieron genuinos esfuerzos por introducir y arraigar el budismo en el país. Como parte de esos esfuerzos, el monje chino Gandyin (688-763) fue invitado por sus discípulos; ya anciano llegó a Japón a predicar, después de varios intentos fallidos de atravesar el Mar de China, en uno de los cuales perdió la vista. Para recibirlo se construyó el templo Tooshoo, el cual funcionó como centro de enseñanza y de ordenamiento de monjes. Por su parte, la nobleza competía por la construcción de templos, por el patrocinio del copiado de sutras y por la celebración de lujosas ceremonias para ganarse la benevolencia, no tanto de Buda, como del *tennoo* y de sus asesores, quienes con frecuencia resultaban ser doctos monjes. Bajo el patrocinio del *tennoo* Shoomu (724-749) se construyó en Jeidyoo el templo central de Toodai, con el famoso gran Buda, y se ordenó la construcción de un monasterio y un convento en cada provincia. En consecuencia, la expansión y el arraigo del budismo fueron tan exitosos que, a lo largo del siglo VIII, hubo monjes que ejercieron gran influencia en los asuntos de gobierno, tales como Dookyoo, monje asesor de la *tennoo* Shoomu, y los principales templos y monasterios llegaron a acumular muchas prebendas, heredades y demás privilegios. De allí que uno de los objetivos principales del traslado de la capital de Jeidyoo a Jeian (actual Kioto), en el año 794, fuera el de liberar al gobierno de la influyente fuerza budista.

Esta época de florecimiento de las artes budistas, especialmente de la arquitectura, la escultura y la caligrafía, se conoce con el nombre de la cultura Tenpyoo la cual según el cambio de estilo derivado de diferentes combinaciones de elementos asimilados de Europa y China más los nativos, se puede subdividir en las culturas Asuka, Jakujoo y Tenpyoo (ilustración 3). Durante esta época la influencia china alcanzó tal grado que el chino llegó a convertirse en el idioma formal de los escritores oficiales, y la literatura china fue

considerada como la única digna para los hombres cultos de la corte. Al mismo tiempo, surgió la necesidad de desarrollar un sistema de escritura que pudiera registrar las crónicas, los mitos, las leyendas, los cuentos y las canciones, transmitidos hasta ese entonces mediante la tradición oral. En el comienzo se usaban fonéticamente los caracteres chinos; esto estimuló el desarrollo de formas poéticas autóctonas, como el waka, que expresaba mejor los sentimientos japoneses. Con este sistema, Ootomo no Yakamochi logró compilar, a mediados del siglo VIII, una colección de más de 4 800 poemas, antiguos y contemporáneos, conocidos como la Colección de los Diez Mil Poemas (*Man'yooshuu*). Son muchos y muy diversos los autores de dichos poemas, entre los cuales se incluyen tanto algunos *tenno*, nobles, monjes y artistas destacados, como ciudadanos anónimos, soldados de leva y hombres y mujeres del campo. También su temática es variada y abarca desde las celebraciones solemnes de la corte, hasta las penas y alegrías en el amor, el dolor por la separación y la muerte, la miseria y la injusticia, etc. Además de ser un monumento literario de gran valor, esta colección constituye una importante fuente de información acerca de la sociedad y la mentalidad de los antiguos japoneses. El siguiente poema, atribuido al Gran Rey Yuuryaku de la segunda mitad del siglo V, refleja la consolidación del estado de Yamato y la soberanía del Gran Rey. Al mismo tiempo, tanto en su forma libre y simple como en su contenido, se pueden apreciar la sencillez de la vida y la moral de los primeros monarcas. Según la costumbre de la época, preguntarle su nombre y su domicilio a una muchacha significaba ofrecerle matrimonio. Ella contestaba si estaba de acuerdo.

Muchacha bella,
que portas la bella cesta,
Muchacha linda,
que llevas la linda pala,
y que recolectas las hierbas tiernas
en esta colina,
dime ¿dónde está tu casa?
Sólo yo domino,
sólo yo gobierno,
todo este país de Yamato.
Yo sí te diré mi nombre
Yo sí te diré mi casa.

Otros poemas narran las penas y el dolor por la separación entre los campesinos reclutados para el servicio público y sus mujeres. Al despedirse de su marido la mujer de un soldado de leva expresa sus sentimientos y su preocupación por el difícil camino que a él le tocará atravesar:

El camino de Shinano.
Camino recién abierto,
no vayas a pisar sobre los rastrojos
Ponte los zapatos, esposo mío.

El soldado de guardia de Dadzaiju recuerda a la mujer que aguarda su retorno:

¡Oh! mi esposa,
con las mangas empapadas de lágrimas,
me despedía parada en la esquina
del seto de juncos.

Estos poemas también nos dan información sobre la situación social. El siguiente poema de Yamanoueno Okura, poeta oficial de la corte, da cuenta de la precaria existencia de los pobres de la ciudad capital:

Preguntas y respuestas sobre la miseria

En la noche de lluvia con viento,
En la noche de nieve con lluvia,
No hay nada que hacer con el frío
más que sorber el agua caliente sobre
los residuos del *sake*
saboreando sal de roca.
Aún con toses y mocos, peinando
la barba encanecida con los dedos,
pienso orgullosamente que no
hay nadie que se iguale a mí.
Pero con este frío irresistible,
he de taparme con la cobija
de lino y con todas las ropas
a mi alcance.
Esta noche tan fría,
¿Cómo la pasarán los más pobres que yo?
Sus padres sufrirán de frío y hambre;
y sus esposas e hijos llorarán por las carencias.

Ni los amplios cielo y tierra te cubren,
ni el claro sol ni la luna te iluminarán.
Entre todos los hombres,
¿por qué te tocaría a ti tal suerte?
Hombre eres casi por casualidad,
a pesar de labrar la tierra como todos.
De tus hombros cuelga,
como algas del mar,
ropa deshilachada sin relleno de nada.
En el jacal, sobre un foso en la tierra,
sobre el suelo tapizado con paja,
languidecen los padres a la cabecera
y la esposa e hijos a los pies.
En el hogar no hay fuego,
y la araña tejè la telaraña en la olla
que hace tiempo dejó de cocer el arroz.
Se oye el grito lastimero del pajarraco nocturno.
Y se oye la voz del jefe de la aldea que,
como "para cortar lo reducido",
viene a hostigarte
por el pago de impuestos
hasta en esta hora de descanso.
¿No tendrá salida el camino de la vida?

En los años 700 y 718 fueron compilados los códigos de Taijoo y Yooroo que, como vimos, regían la vida de todos los sectores de la población. Aunque constituyen una valiosa fuente histórica, es necesario hacer una lectura crítica de ellos, en cuanto a su aplicación en la realidad. En esta época también se adoptó la tradición china de escribir crónicas oficiales. Así, en el Japón fueron escritas dos versiones paralelas de las crónicas: la *Crónica antigua* (*Kodyiki*), escrita en japonés en el año 712 según la narración de Jieda no Are y la *Crónica de Japón* (*Nijonshoki*), escrita en chino en el 720, según el modelo chino de crónicas dinásticas, con un amplio uso de crónicas anteriores (aunque ninguna de estas últimas se conserva hoy). Se ordenó también la elaboración de memorias de cada provincia (*Judoki*). Mediante la edición oficial de crónicas y memorias, el gobierno del *tennoo* trató de integrar y unificar la visión histórica en torno a la versión oficial del origen mitológico del pueblo y del estado, con el objeto de legitimar el poder y el orden existentes, en especial fijando los orígenes y genealogías de los clanes y las familias. Al margen de dicha intención, todos estos

documentos constituyen valiosas fuentes para el conocimiento de las visiones cosmogónicas e históricas de los japoneses en aquella época, y las influencias que sobre ellos han ejercido los mitos y crónicas de otros pueblos vecinos. A continuación veremos los mitos de la creación del mundo, del país y de la fundación de la monarquía según se cuentan en la *Crónica antigua*. Así da inicio la crónica:

Comienzo del cielo y la tierra

En el comienzo del cielo y la tierra, en el Llano de Alto Cielo surgió la deidad que se llamaba Deidad Amo del Centro del Cielo, *Amenominakanushi*. La otra que surgió luego fue Deidad Generación de la Altura, *Takamimusubinokami*. Y la otra fue Deidad Generación de Deidades, *Kamimusubinokami*. Estas tres deidades surgieron como deidades sin parejas y se ocultaron.

Luego cuando el país era joven y se parecía al aceite flotante y derivaba como medusa, nacieron algo como brotes de caña. De estos últimos surgieron, primero, Deidad Hombre Excelente Brote de Caña, *Umashiashikabijikodyi*; luego, Deidad Perpetuidad del Cielo, *Amenotokotachi*. Estas dos deidades también surgieron sin parejas y se ocultaron.

Las cinco deidades arriba mencionadas son las deidades del Cielo, que se consideran aparte.

Después surgieron otras deidades más y la última de las siete generaciones de deidades parejas fue la pareja de las Deidades de Invitación, *Idzanagui* e *Idzanami*. A estas últimas deidades les correspondió la tarea de creación de las islas japonesas. La crónica sigue:

Aparición de las islas japonesas

Entonces las deidades del cielo, todas al unísono le dijeron a las Deidades de Invitación, *Idzanagui* e *Idzanami*, "Completad y solidificad este país que aun flota". Les confiaron la misión entregándoles la Espada Encrustada de Joyas del Cielo.

Entonces, las dos deidades se pararon sobre el Puente Flotante del Cielo y bajando la espada mezclaron y revolvieron el agua salada con fuerza y cuando subieron la espada, el agua salada goteó a través de la punta de la espada y se acumuló hasta formar una isla. Esta fue la Isla de Onogoro. Descendiendo sobre esta isla establecieron el Pilar Central del Cielo y construyeron un espacioso palacio.

En este palacio, las dos deidades celebraron el primer matri-

monio y procrearon las islas japonesas. Después procrearon a las deidades de los diferentes objetos y de los fenómenos naturales tales como la lluvia, el viento, el fuego. Al parir el fuego, la Deidad Mujer de Invitación, *Idzanami*, se quemó y falleció. Se fue al país del más allá, de donde no podía regresar. La Deidad Hombre de Invitación, *Idzanagui*, sin embargo, fue a buscarla allí y se contó con la suciedad de la muerte.

Después de vencer una serie de obstáculos, logró escapar del mundo donde *Idzanami* reinaba. Aunque ésta prometió quitar mil vidas al día, *Idzanagui* respondió que procrearía mil quinientas vidas al día.

Idzanagui llevó a cabo el rito de purificación con el agua. En este acto, surgieron entre otras deidades, la Gran Deidad que ilumina el Cielo, *Amaterasu-oomikami*, la Deidad Hombre de Rabia Intrépida, *Susanoon-mikoto* y la Deidad Hombre Contador de la Luna, *Tsukuyomino-mikoto*. *Idzanagui* encomendó a estas tres deidades nobles el gobierno del Llano del Alto Cielo, del mar y de la noche, respectivamente.

Más tarde, cuando las islas japonesas estuvieron purificadas de los malos espíritus y deidades hostiles de la tierra, el nieto de la Gran Deidad que ilumina el cielo descendió a gobernar en ellas. Así se fundó, según *La crónica antigua*, el linaje de la monarquía japonesa de los *tenno*.

A partir de este momento, la crónica pasa de la "Edad de las Deidades" (Libro uno) a la de los "Hombres divinos", aunque sigue siendo mitológica y no histórica (Libro dos). Se comienzan, sin embargo, a reflejar algunos hechos históricos reales. Por ejemplo, la siguiente historia de la pacificación de las arañas de la tierra por el *Tennoo Djinmu*, el primer *tenno* mitológico, refleja seguramente el proceso de conquista de las tribus locales por parte del poder central emergente en Yamato:

Partiendo de ese sitio, cuando llegaba a la Gran cabaña en la fosa de Osaka, lo aguardaban numerosos guerreros arañas de la tierra que tenían colas. Escogió ochenta cocineros y le dio a cada uno una espada y les ordenó atacarlos cuando escucharan la canción de señal. La siguiente es la canción que *Djinmu* compuso para anunciar su batalla para derrotar a las arañas de la tierra:

En la Gran cabaña en la fosa de Osaka,
Hay gente, mucha gente.

Aunque haya muchos,
Los valientes hijos de Kume
Los acabarán golpeándolos con mazos,
Los acabarán golpeándolos con garrotes.
Los valientes hijos de Kume,
Ahora es el momento
para acabarlos con mazos,
para acabarlos con garrotes.

Al terminar de cantarla, desvainaron las espadas y mataron a los guerreros arañas de la tierra de un golpe.

El Libro dos también contiene algunos pasajes de alto valor literario como, por ejemplo, los episodios relacionados con Yamato Takeru, un guerrero astuto, valiente y cruel hacia los pueblos conquistados, quien a su vez fue víctima de un destino trágico.

Ya en el Libro tres, que comienza con el reinado del *tenno* Nintoku, aumenta el carácter histórico fáctico; al mismo tiempo, la narración se vuelve muy sucinta y se limita al registro cronológico de acontecimientos relacionados con los reinados de los *tenno* sucesivos, sin mayor explayamiento.

Manteniendo la práctica establecida por el Gran Rey, el *tenno* conservó muchas funciones religiosas tradicionales, particularmente los ritos agrícolas anuales. Sin embargo, al establecerse el régimen burocrático centralizado también comenzó a institucionalizarse el shintoísmo de estado, sobre la base del culto de la *Amaterasu* (Deidad del sol), ancestro mitológico del clan del *tenno*. La suprema sacerdotisa del santuario de Ise, donde se veneraba a *Amaterasu*, tenía que ser una doncella y pariente cercana del *tenno* en el trono.

Hegemonía del clan Judyiwara

La expansión de las heredades minó las bases del antiguo régimen burocrático centralizado, ya que los propietarios superiores de aquéllas, es decir, la nobleza capitalina, tenían esa condición gracias a su rango y a su influencia dentro del sistema mismo. De allí que, a pesar de importantes modificaciones, la burocracia del *tenno* mantuvo su existencia formal. Aún más, a principios del siglo IX, cuando se trató de revitalizar al gobierno central, se establecieron nuevas oficinas con una supervisión más directa por parte

del *tennoo* y sus asesores, como los secretarios paticulares (*kuroodo*) y los jueces-procuradores (*kebiishi*), al lado de la vieja burocracia que continuaba existiendo, aunque de manera más nominal que real.

Entre la nobleza se destacó en particular el clan Judiywara, descendiente de Kamatarí, quien fuera un importante asesor en la Reforma de Taika. En 858, Yoshijusa asumió la regencia del *tennoo* infante Seiwa, en calidad de abuelo materno, y en 887 Mototsune, sucesor de Yoshijusa, fue nombrado regente por el *tennoo* Uda. A partir de entonces, durante casi siglo y medio el clan Judiywara de hecho gobernó el país, monopolizando los puestos más importantes del gobierno y ejerciendo su influencia sobre el resto de la nobleza a través del control de los nombramientos para cargos públicos, especialmente los de gobernadores de provincias, muy codiciados porque eran puestos de gran interés económico. Su poder, sin embargo, se ejercía en nombre del *tennoo* y su influencia decansaba sobre la entronización sucesiva de los niños nacidos de los matrimonios de sus hijas con los *tennoo*. El *tennoo*, al igual que los demás nobles, tenía varias esposas entre las cuales se establecía una jerarquía, que dependía de la influencia de su clan y de su familia. Para elegir al príncipe heredero de entre los hijos de madres con igual estatus, era importante la preferencia del *tennoo*. Por lo tanto, se generó una competencia severa entre los diferentes nobles influyentes, los cuales trataban de llamar la atención del *tennoo* sobre sus propias hijas. Cada uno trataba de preparar lo mejor posible a la suya, rodeándola de los mejores artistas, músicos, calígrafos, estudiosos y poetas, que eran preferentemente mujeres. Esta fue la circunstancia que permitió el florecimiento de la literatura femenina de la época de Jeian, quizás la herencia literaria más importante de Japón.

Los poemas cortos continuaron siendo la forma literaria más popular. Kino Tsurayuki, compilador de la colección de Poemas Antiguos y Modernos (*Kokinshuu*) de 905, definió como la esencia del poema corto a la expresión honesta de la conmoción anímica. Los siguientes poemas son ejemplos representativos de este género lírico:

Del cerezo la flor no pierde pétalo sin viento.
El corazón humano desfallece en la calma.

Ki no Tsurayuki

Anheló mío el corazón acude a ti sediento.
 Cuando yo vuelva perderé el sendero.

Judiyiware no Kanemochi

(Traducción de Carlos Antonio Castro
 y Norimitsu Tsubura)

En esta época se desarrolló también el género narrativo de cuentos, en el cual se pueden distinguir los cuentos-poesía y los cuentos-ficción. Un ejemplo destacado de los primeros lo constituye *Cuentos de Ise*, escrito antes de 900. El protagonista, Ariwara no Narijira, es un viajero noble enamorado. La obra consiste en más de 120 textos breves, que presentan el contexto en el que se compuso cada poema y que, en su mayoría, tratan el tema del amor. Apparently, la obra tuvo una función pragmática, puesto que en esa época la etiqueta establecía que la correspondencia, especialmente entre el hombre y la mujer, tenía que contener un poema.

En cuanto a los cuentos-ficción, el ejemplo más destacado es *Cuentos de Taketori* de principios del siglo X. Los cuentos fantásticos de los chinos y de otros pueblos del continente asiático así como las leyendas budistas alegóricas difundidas en los siglos anteriores, como por ejemplo, *Leyendas sobre los espíritus de Japón*, quizá sentaron las bases para el desarrollo de los elementos fantásticos que abundan en los *Cuentos de Taketori*, cuya cristalización se da en la princesa Kaguya. Esta hermosa y divina criatura surge de un tallo de bambú; crece como hija adoptiva de un matrimonio anciano sin hijos; rechaza los ofrecimientos de matrimonio de cinco pretendientes nobles, imponiéndoles tareas imposibles, y finalmente regresa a la luna en un carro tirado por un toro, que fue enviado por el Emperador del Cielo, frente a los ojos de los soldados del *tennoo*, que estaban montando guardia, pero que se quedaron encantados en el momento crítico.

Más tarde, en cuentos budistas como *Cuentos de ayer y de hoy* (1106), comenzaron a registrarse las imágenes cotidianas de los hombres y mujeres comunes de la época, con un realismo vivaz y hasta atroz que impacta al lector. Esos cuentos sirvieron y sirven como una inagotable fuente de inspiración para los escritores modernos como Akutagawa Ryuunosuke y otros. El lector tal vez haya visto la película *Rashomon*, dirigida por Kurosawa Akira, basada en los cuentos de Akutagawa.

La ficción de lo real o el gusto realista se observó también en el surgimiento y desarrollo del “diario” como género literario. La práctica de llevar un diario oficial o privado en chino estaba ampliamente difundida entonces entre los nobles letrados que ocupaban puestos burocráticos. Para convertir en literatura el género del diario de viaje, Ki no Tsurayuki, autor de *El Diario de Tosa* (934) —obra precursora dentro del género— tuvo que recurrir a la ficción de que el autor era una mujer que quería imitar a los hombres en la escritura de un diario, pero que lo hacía en japonés, con el alfabeto silábico cursivo que usaban entonces principalmente las damas o para la correspondencia con ellas. El desarrollo de la literatura japonesa estuvo estrechamente relacionado con el desarrollo de una escritura apropiada para registrar el idioma.

La madre de Michitsuna, autora del *Diario de la vida efímera* (975), tuvo la clara conciencia de escribir una obra realista, que se basara en sus propias vivencias. En la parte introductoria escribió lo siguiente:

He observado que hasta los viejos cuentos llenos de las ficciones más corrientes tienen éxito. Se me ocurrió que si contara la historia de mi desdichada vida, sin ocultar la verdad, ésta constituiría una historia poco común. En ella se daría respuesta a la pregunta de cuál puede ser la suerte de una mujer que se casa con un hombre de alto rango.

En efecto, mediante este “diario”, escrito de manera retrospectiva cuando la autora ya era mayor, podemos compenetrarnos con el mundo interior de una mujer noble y con la tortuosa realidad de su vida conyugal con un poderoso hombre de estado. Con cierto distanciamiento de lo vivido, la autora logra demostrar el desfase de conciencia que existe entre el marido y la mujer en una situación de poligamia. A continuación se cita el texto que corresponde a un día del año 955:

[...] Mientras tanto, se había hecho claro que estaba embarazada. Pasé con incomodidad la primavera y el verano, y hacia el fin de la octava luna, tuve un niño. Durante ese tiempo, él me demostró su afecto en todas formas.

Pero las cosas cambiaron al mes siguiente. Una mañana, después de la despedida, jugueteando con mi caja de pinceles, descubrí

dentro una carta suya obviamente dirigida a otra mujer. Fue un golpe. Indignada decidí que al menos le haría saber que la había visto.

Habiendo visto una nota dirigida a otra,
imagino que ya no os veré más por aquí.

Pero él no dio muestras de enterarse y otros días de ansiedad pasaron para mí. Hacia finales de la décima luna, dando razón a mis sospechas, dejó de aparecer por tres noches seguidas. Cuando por fin regresó, me explicó con desenfado que había querido conocer mi reacción ante su ausencia. Sin embargo, no se quedó esa noche; al atardecer me anunció una cita impostergable en Palacio. Naturalmente desconfié de su argumento, y mandé que lo siguieran. El sirviente informó que su carroza se había detenido frente a una casa sobre un callejón angosto. Eso confirmaba mi sospecha. Estaba angustiada, pero no sabía en qué forma reprochárselo.

Días después, antes del amanecer me despertó un ruido de golpes en el portón. Sabía que era él; pero no estaba dispuesta a recibirlo, y no lo dejé pasar; luego, por lo visto se marchó, no dudo que a la casa del callejón.

Pensé que ya no cabía dejar las cosas como estaban. A la mañana siguiente le mandé, atado al tallo de un crisantemo casi marchito, un poema que escribí con más cuidado que de costumbre:

¿Conocéis el lento paso
que trae el amanecer
cuando se debe angustiado
esperar en lecho desierto?

“Mi intención era esperar hasta el amanecer ante vuestro portón”, contestó, “pero vino un mensajero y tuve que partir con premura. Os doy la razón en vuestro enfado, mas:

Aunque menos obstinado
que la noche de invierno,
igualmente es cruel la espera,
ante un portón insalvable.”

Y así, aunque en el fondo admitía su falta, se comportaba como si nada especial hubiera ocurrido, nada que pudiera ofenderme. Su actitud era insolente y desagradable; sólo deseaba que tuviera la delicadeza de disimular su nueva aventura. Podría usar algún pretexto cuando menos al principio, algo tan simple como el de estar ocupado con asuntos de la corte.

(*Estudios Orientales*, IV-3, traducción de Kazuya Sakai)

Para comprender plenamente el contenido de esta obra, es necesario hablar un poco sobre el sistema familiar y matrimonial de la época y sobre la posición de la mujer dentro de éste. Se practicaba entonces ampliamente, por lo menos entre los nobles, el tipo de matrimonio de esposo-visitante, en el cual la esposa permanecía en la casa paterna y procreaba allí mismo a los hijos. El principio patrilineal sobre los hijos empezó a adoptarse, pero la suerte de éstos dependía más de quién era el abuelo materno y no tanto de quién era el padre. Las hijas solían heredar la residencia paterna y un patrimonio que les garantizaba los ingresos necesarios. El marido tenía la obligación de proporcionarle a sus esposas e hijos ayuda y regalos en cada estación, pero no era el único sostén ni el responsable.

Esta situación creaba una gran incertidumbre en las relaciones matrimoniales y familiares, pero le proporcionó una relativa independencia a las mujeres de las familias acomodadas. De aquí se explica el surgimiento del *Diario de la vida efímera*, que es la mejor prueba de la mente objetiva e independiente de una mujer que, a pesar de llevar una vida emocional fuertemente dependiente del marido, pudo cristalizar sus vivencias en una obra.

Idzumi Shikibu (ca. 976-1046), una bella, sensual y talentosa dama de la corte de la señora Shooshi, una de las esposas principales del *tenno*, tuvo una vida diametralmente opuesta a la que llevó la madre de Michitsuna. Ella dejó numerosos poemas apasionados, de un profundo sentimiento humano, filosófico y religioso, que están compilados en dos colecciones. Entre sus amantes reales o ficticios se destacaron los príncipes Tametaka y Atsumichi. El *Diario de Idzumi Shikibu*, escrito en 1004, eternizó su apasionado romance con Atsumichi, un poeta sensible y excéntrico. El siguiente poema transmite la congoja del amor:

El colmo del querer se produce en el amanecer
luego de pasar una noche en blanco
sin ver al amado ni siquiera en sueños.

A la muerte de Atsumichi, los poemas surgieron como un torrente:

Sólo uno es mi cuerpo, mas
la mente se despedaza en mil partes,
y evoca uno, otro y muchos pensamientos más.

La cabellera negra se dispersa
al tirarme al piso entre lágrimas
y me hace extrañar aún más
a aquel que me la acariciaba.

Gradualmente, el pensamiento sobre la muerte del amado la hace tomar conciencia de la propia muerte y de la incertidumbre del más allá:

¡Ojalá pueda verte una vez más!
Como un recuerdo para el otro mundo
de incierta existencia.

No obstante la fama amorosa que tuvo Idzumi Shikibu, desde muy joven ella mostró una inclinación filosófico-religiosa que se puede advertir en el siguiente poema, inspirado por el sutra de la Flor de loto:

El camino del hombre,
saliendo de la obscuridad
vuelve de nuevo a la obscuridad.
¡Siquiera la luna iluminara
desde la orilla de la lejana montaña!

La culminación del género de cuentos de esta época y, al mismo tiempo, una de las glorias de la literatura mundial lo constituyen los *Cuentos de Guendyi*, escritos por Murasaki Shikibu hacia 1006. Después de una breve vida matrimonial que terminó con la muerte de su marido, Murasaki Shikibu sirvió como dama de compañía, también en la corte de Shooshi. Escribió sus cuentos por partes, para que circularan en la corte. Aunque existen dudas acerca de que los 54 capítulos fueran escritos por ella —ya que no se ha conservado el manuscrito—, los críticos están de acuerdo en dividir la obra en tres partes: la primera, que abarca desde el capítulo 1 hasta el 33, narra la historia de Guendyi Jikaru, el protagonista, cuyo modelo fue aparentemente Minamoto (Guendyi) Takaakira, hijo del *tenno* Godaigo, quien fue reducido al rango de súbdito y sin embargo, tuvo un papel activo en la política de la corte del *tenno*, y quien, a pesar de su lucha, no logró consolidar la influencia de su linaje frente al ascenso del clan Judiywara. El tono fundamental de la primera parte es optimista y culmina con la entro-

nización del nieto de Jikaru; la segunda parte, desde el capítulo 34 hasta el 41, presenta el conflicto interno que se desarrolla dentro de Jikaru, quien tiene que enfrentar la ironía del destino que hace que su hijo cometa contra él la misma ofensa de adulterio que él había cometido con la joven esposa de su padre, quien se parecía mucho a su propia madre. El tono predominante en esta parte es pesimista y se inclina hacia el budismo como único remedio para superar la oscura fatalidad humana; la tercera parte, desde el capítulo 42 hasta el 54, es la historia de Kaoru, hijo putativo de Guendyi. El tono melancólico y sombrío sigue persistiendo en esta parte también.

Cuentos de Guendyi presenta principalmente el mundo aristocrático de la capital Jeian y sus entornos, por lo cual refleja sólo una parte de la realidad de la época. Sin embargo, dentro de este límite, abarca una amplia gama de temas y situaciones, puesto que el protagonista es un noble enamorado que corteja a numerosas damas, bajo distintas situaciones, en búsqueda de la imagen femenina de su primer amor prohibido; por otra parte, también se involucra en las luchas políticas dentro de la corte. Sus descripciones minuciosas —la combinación de colores de los atuendos, por ejemplo— hacen recordar el amor a cada detalle del pasado que se encuentra en las obras de Marcel Proust. Es posible recrear a través de este libro la mentalidad de la gente de la época, con su fe en las diferentes fuerzas mágicas y en los espíritus tanto de los muertos como de los vivos que poseen a las personas, hasta llevarlas a la muerte.

El capítulo 2, titulado “La rama para hacer escobas”, presenta una interesante discusión que se desarrolla entre varios jóvenes nobles acerca de las mujeres pertenecientes a las clases alta, mediana y baja. Las mujeres de la clase baja se descartan sin ninguna consideración, confirmando así el límite que existe en la obra. Pero también se descarta a la mujer de la clase alta presentándola como la amada ideal. La conclusión es que las más interesantes son las mujeres de la clase media, en las que se incluye a las hijas de los gobernadores. Después, los amigos de Jikaru, mayores que él, narran sus experiencias con diferentes tipos de mujeres. En la obra todo esto sirve como un avance para la peregrinación amorosa de Jikaru, al mismo tiempo que nos permite saber la identidad de la autora y su visión de la sociedad contemporánea. Sobre esto volveremos más adelante.

Otro género literario que surgió en esta época, y que sigue siendo hasta ahora el preferido de los japoneses, es el del "ensayo". La obra más destacada de esta época y aun de épocas posteriores es *El libro de almohada*, escrito en 1001 por Sei Shoonagon, quien sirvió como dama de la corte de Sadako, rival de Shoooshi, desde 990 hasta 994. En la obra se puede apreciar el refinamiento de la sensibilidad estética que habría de moldear el gusto japonés de allí en adelante:

Para una cita secreta con un amante, la mejor estación es el verano.

Las noches son muy cortas, y antes del alba no se ha tenido ni tiempo de dormir. Además, como desde la noche anterior han quedado abiertas todas las persianas, se puede, todavía en el lecho, contemplar el jardín con el fresco aire de la mañana. Aún quedan algunas frases cariñosas para intercambiar antes que el hombre parta, y los amantes oyen, por sobre el murmullo amoroso, el graznido de un cuervo que pasa por el jardín, dándoles la impresión de haber sido descubiertos.

También produce una agradable sensación el invierno, cuando se está reclinado, cubierto de mantas, escuchando los susurros del amante, y se oye el tañido de la campana de un templo lejano como surgiendo de la tierra.

El primer canto de los gallos, que suena distante y extraño porque aún tienen el pico bajo el ala, a medida que amanece se va oyendo cada vez más próximo y distinto.

(Traducción de Kazuya Sakai)

Al mismo tiempo, esta sensibilidad estética estaba marcada claramente por su carácter aristocrático, como se puede ver en las siguientes líneas:

Cosas impropias

Las casas de los plebeyos cubiertas de nieve. Especialmente lamentable cuando se refleja en ellas la luz de la luna.

Encontrarse con un carruaje de carga en una noche de luna, o que el mismo esté tirado por un toro fino.

También el aspecto de una mujer vieja en su preñez.

Es desagradable ver a una mujer madura con un marido joven. Pero lo más impropio son los celos de ella cuando él visita a otra mujer.

La cara de un hombre viejo semidormido; o ese mismo hombre, barbado, masticando bellotas como un niño.

Una anciana que come una ciruela y hace muñecas con su boca sin dientes.

Una mujer de clase baja que lleva una falda-pantalón escarlata, que últimamente está de moda entre estas mujeres. [...]

Causa disgusto ver a un noble joven y atractivo sirviendo como censor. ¡Es realmente lamentable que una persona como el Capitán Medio [hijo de un príncipe] haya tenido que prestar servicios en ese cargo!

(Traducción de Kazuya Sakai)

Como se puede apreciar por lo expuesto anteriormente, la literatura Jeian fue creada principalmente por mujeres, además de que esta época se considera como la época dorada de toda la historia de la literatura japonesa. El surgimiento para ese entonces de tantas mujeres talentosas se relaciona con las características del poder aristocrático bajo la hegemonía de los Judyiwara.

Veamos ahora quiénes fueron las escritoras que acabamos de presentar.

Aunque la madre de Michitsuna vivió una generación antes que las otras, la mayoría de ellas fueron más o menos contemporáneas; en unos casos se conocían entre sí porque pertenecían a la misma corte, como sucedió con Idzumi y Murasaki Shikibu; en otros, sabían de sus respectivas existencias porque pertenecían a cortes rivales, como en el caso de las mencionadas antes y Sei Shoonagon.*

La mayoría de las autoras de la época provenía de familias pertenecientes al mismo estrato social, el de los gobernadores de provincia. Éstos constituían la nobleza media, cuyo cargo burocrático, a diferencia del caso de los gobernadores provenientes de la alta nobleza, los obligaba a residir personalmente en la provincia que administraban, lo que a su vez les permitía acumular grandes

* Sadako y Shooshi, las dos esposas principales del Tennoo Ichidyoo, eran hijas respectivamente de los regentes Michitaka y Michinaga. Ellos a su vez fueron hijos de Kaneie y de la princesa Toki. Kaneie era también esposo de la madre de Michitsuna.

La regencia de Michinaga marcó el máximo auge del clan Judyiwara, y éste lo expresó así en un poema:

Pienso que este mundo, mi mundo
está tan lleno como la luna llena.

riquezas, lícita e ilícitamente. Mientras no conseguían un nombramiento, los miembros de esta nobleza media solían fungir como administradores de las casas de la alta nobleza; por lo tanto, eran la gente educada y culta. Haciendo uso de su riqueza y de su cultura, el padre gobernador preparaba a sus hijas para un matrimonio mejor, o para el servicio en la corte de alguna dama distinguida.

Como señalamos antes, es interesante leer las argumentaciones a favor de las mujeres de la clase media como las mejores amantes, en los *Cuentos de Guendyi*. Uno de los acompañantes del joven príncipe Jikaru opina lo siguiente:

Yo dividí a las mujeres en tres clases. A las de alto rango y nacimiento les hacen tantas ceremonias, y sus defectos están tan bien ocultos, que podemos estar seguros de que nos dirán que son impecables. Acerca de las mujeres de la clase media, todos tienen permitido expresar su opinión y, por tanto, podemos tener suficientes evidencias, hasta contradictorias. En cuanto a las mujeres de las clases bajas, éstas no nos interesan.

Estas mujeres de amplios conocimientos y gran talento tenían, no obstante, que ocultar sus dones, según el buen parecer de la época. La señora Murasaki escribió en su *Diario de Murasaki Shikibu*:

Pero aun la mujer no puede carecer de conocimientos acerca de los asuntos públicos y privados. Para ella el mejor camino es sin estudiar sistemáticamente, ir enterándose de una y otra cosa, abriendo bien los ojos y los oídos. Entonces, si ella es atenta a todo lo que la rodea, pronto recolectará una cantidad sorprendente de informaciones [...] De verdad, en ocasiones la mujer debe pretender aun saber menos de lo que ella en realidad sabe, o decir sólo una parte de lo que le gustaría decir.

La demostración pública del dominio del chino por parte de una mujer estaba mal vista, según Murasaki, ya que el chino se consideraba propio de los hombres. Este comentario de Murasaki contrasta con el tono triunfante con el que Sei Shoonagon registra un incidente en el que hizo público que ella y su adorada ama tenían conocimiento de los poemas chinos. En una mañana nevada la señora Sadako le preguntó cómo estaba la nieve de la montaña Kooro. Sei Shoonagon respondió la pregunta sin palabras, nada más levantando la persiana que tapaba la vista del jardín, haciendo así alusión la siguiente poema de Li Po:

El sol está alto y he dormido suficiente,
Aún tengo pereza de levantarme.
Una casita y una colcha doble
No tengo nada que temer del frío.
Siempre me han gustado (el sonido) las campanas del templo
Recostado en mi almohada (las) escucho.
Las nieves del pico Xianglu
Descorriendo la cortina, (las) miro.

Es importante subrayar el hecho de que la literatura aristocrática de Jeian floreció sobre la base de estas mujeres de la nobleza media acaudalada que, bajo el sistema familiar matri-local todavía vigente entonces, podían contar con la residencia y el patrimonio para su vida diaria.

Ahora bien, la situación de las mujeres de la clase media no explica por sí sola el porqué del florecimiento de la literatura Jeian. La explicación hay que buscarla en la función social y política de las artes en el régimen aristocrático, bajo la hegemonía del clan Judiywara. Al establecer su control sobre el poder real, los Judiywara optaron por conservar al *tennoo* y a su burocracia, y más bien, trataron de aprovecharse de la figura del *tennoo* para fortalecer su control sobre los demás nobles. Este patrón de conducta, que se repetirá más de una vez en la historia política del país, hizo especialmente importante la tarea de atraer la atención del *tennoo* en turno, o del príncipe heredero, sobre las hijas, porque de esa manera los Judiywara mantuvieron su hegemonía, en calidad de abuelos maternos de los sucesivos *tennoo*.

Aparte de la literatura femenina de la corte, se produjo el surgimiento de otro género literario: la narrativa de la guerra. En 940, en el mismo año en que murió Taira no Masakado —quien encabezó una importante rebelión de los guerreros de las provincias del este en contra del gobierno del *tennoo* proclamándose como nuevo *tennoo*— se escribió la *Crónica de Masakado*. Esta obra se ubica entre la literatura y la crónica histórica.

Todavía hasta el año 901, se escribían como antes las crónicas oficiales de los *tennoo*; sin embargo, como un reflejo de la decadencia de su poder, poco a poco estas crónicas fueron sustituidas por los diarios de los jefes del clan Judiywara, o por narraciones históricas como *Cuentos de Eiga* (primera mitad de siglo XI), que narra con empatía el ascenso y la decadencia de los Judiywara, en parti-

cular, durante la gloriosa era de Michinaga, uno de los jefes más poderosos del clan.

Con el traslado de la capital a Jeian, se produjo una nueva tendencia dentro del budismo. Dos destacados monjes japoneses, Saichoo (766-822) y Kuukai (774-835) a su regreso a Japón después de varios años de estudio en China, fundaron templos en las montañas Jiei y Kooya, sentando la base de las sectas esotéricas de Tendai y Shingon, que tuvieron un profundo impacto espiritual sobre los nobles de Jeian, inclinados hacia el misticismo. Estos monjes trataron de conciliar los diferentes cánones morales conocidos entonces como el confucianismo, el taoísmo y el shintoísmo con las distintas sectas budistas. En un escrito, Kuukai resumió las diez etapas de la concientización religiosa. Según éstas, en la primera etapa el hombre se caracteriza por:

La mente animalesca y libidinosa.

El hombre masa en su locura no reconoce sus errores. Se mueve sólo por sus deseos y apetitos, como si fuera la cabra que empuja con su cabeza.

En la segunda etapa comienza a modificarse:

La mente ignorante, infantil pero obstinada.

Influida por las causas externas, la mente se despierta para ser moderada en el comer. La buena voluntad germina como semilla en buena tierra. [Confucianismo]

El proceso sigue en la tercera etapa:

La mente infantil sin temores.

Esperanzas paganas para renacer en el paraíso que, en momentos, hace saber qué es la paz. Esta mente es como un niño o como un becerro que sigue a la madre-vaca. [Brahmanismo o taoísmo popular]

Gradualmente el hombre avanza en la liberación de sus deseos, de su egoísmo y de su individualidad, y ya en la novena etapa:

La mente carece completamente de características propias. El agua carece de naturaleza propia, forma olas cuando se encuentra con el viento. El universo no tiene una forma determinada, pero con un mínimo de estímulo, se mueve adelante inmediatamente. [La secta Kegon del budismo, ampliamente difundida en la época Jeian.]

En la etapa final, la mente se llena del esplendoroso misterio del Buda cósmico.

La mente llena del brillo místico del Buda cósmico. Cuando la medicina de las enseñanzas esotéricas ha limpiado del polvo a la mente, las Verdaderas Palabras abrirán el cofre del tesoro. Cuando los tesoros secretos se muestran de repente, todas las virtudes se hacen aparentes. [La secta de las Verdaderas Palabras.]

La decadencia del Imperio Tang, los disturbios en Corea y en la región de Primoria y la consiguiente suspensión de las misiones japonesas a China, a partir de 894, estimularon la consolidación de la cultura clásica japonesa. El desarrollo de un estilo particularmente japonés se dio también en la arquitectura, la pintura, las artes decorativas y, en general, en el estilo de vida de la nobleza.

Cuando el control del gobierno central comenzó a debilitarse, los titulares de los arrozales privados, quienes a su vez eran jefes de la comunidad familiar y, por lo común, los donantes originales de la heredad para la nueva roturación, tuvieron que mantener a un grupo de hombres armados, a los que reclutaban de entre sus parientes y entre los vecinos de la heredad a cambio de protección, con la finalidad de resguardarse de los abusos de los propietarios vecinos o de los funcionarios locales. Fue así como surgieron los guerreros privados, que extendieron su influencia con el crecimiento de las heredades. Estos guerreros, a su vez, establecían relaciones de patronazgo con otros guerreros más fuertes, y buscaban la protección de un jefe guerrero poderoso, o constituían alianzas guerreras. Su influencia creció, especialmente en el noreste del país, donde todavía continuaban las luchas contra los aborígenes rebeldes, los llamados *emishi*, aún después de que éstos fueran conquistados en 801 por Wake no Kiyomaro. Este último fue nombrado

como el primer *shoogun*, título abreviado de *Sei Taishoogun*, que significa “Gran general para la pacificación de los bárbaros del este”.

Hacia fines del siglo IX, el gobierno central comenzó a recurrir al servicio de estos jefes guerreros, con el fin de garantizar la seguridad y el orden, aun dentro de la capital. En 934 y en 935, tanto en el este como en el oeste del país se produjeron importantes insurrecciones de jefes que desafiaban el poder central. Entre ellas se destacan la rebelión encabezada por Taira no Masakado, quien tenía su base en la amplia planicie de Kantoo, y la de Judyiwara no Sumitomo, que operaba en toda la zona del mar Interior. Por otro lado, en 1019, hubo una invasión en el norte de Kyushuu por parte de los toi, pueblo seminómada que se había establecido en el noreste de Corea. De allí que, para suprimir las rebeliones del siglo XII y controlar tanto las invasiones extranjeras como las actividades de la piratería, que amenazaban el comercio con Sung de China, los jefes guerreros de los clanes Taira, Minamoto y Judyiwara fueron llamados a ocupar puestos oficiales en el gobierno central.

Regencia de los *tennoo* en retiro

A partir de la segunda mitad del siglo XI, el clan del *tennoo*, en su esfuerzo por recuperar el poder y conciliar el régimen de dominio público de la tierra y de la población con el de las heredades, optó por establecer el registro oficial de las heredades. Por su parte, para contrarrestar la influencia del clan Judyiwara, los *tennoo* que abdicaron, es decir, aquellos *tennoo* retirados formalmente de sus funciones, pero todavía con una cuota importante de poder real, establecieron su propia corte y oficina de gobierno (*In*) e impusieron su autoridad por encima de la de los *tennoo*, quienes eran en su mayoría niños. También se apoyaron en los jefes guerreros, a quienes hacían responsables del gobierno de las tierras públicas, permitiendo así que éstas se convirtieran de hecho en heredades, transformándose ya en una especie de feudo. Por medio de una alianza con los *tennoo* abdicados, primero los Taira y después los Minamoto llegaron a controlar el gobierno central. La diferencia más importante entre las políticas de estos dos clanes guerreros consistió en que, mientras el primero trató de sustituir al clan Judyiwara adaptándose al orden y al uso aristocráticos tradicionales, el

segundo estableció un nuevo gobierno, subordinándolo sólo formalmente a la autoridad del *tenno*. Entonces, el gobierno militar coexistió con la burocracia central del régimen antiguo.

Durante el gobierno de los *tenno* en retiro (conocido como *Insei*), sobre todo bajo la iniciativa de Kiyomori, primer ministro y jefe del clan Taira, quien tenía ventajas en cuanto a las operaciones marítimas, se dio impulso al comercio con el Imperio Sung, de donde llegaban diversas misiones para establecer un control conjunto sobre los piratas y para intercambiar el oro de Japón con monedas y otros productos chinos.

Los siglos XI y XII abundaron en insurrecciones y guerras que trajeron como resultado la decadencia de los viejos clanes gobernantes y el ascenso de nuevos. Esta etapa de transición y de inestabilidad pareció favorecer el desarrollo de una religiosidad más profunda entre la población. La vieja aristocracia se inclinaba hacia el culto de Amidhave, culto con características milenaristas según el cual en 1052, al cumplirse 2 000 años de la muerte de Buda se iniciaba el milenio del debilitamiento de la Ley de Buda, que terminaría con la reencarnación de aquél, quien vendría a salvar a la humanidad entera. También aparecieron monjes como Kuuya y Joonen que predicaron para las masas populares y desarrollaron una nueva teología budista popular, según la cual bastaba con invocar el nombre de Buda con auténtica devoción para garantizarle a los individuos de cualquier origen social, incluyendo aquellos dedicados a los más ínfimos oficios, el acceso a la Tierra Pura en el más allá.

Otra nueva corriente budista, la Zen, fue introducida desde Sung a fines del siglo XII y se difundió entre los guerreros, los cuales buscaban métodos para lograr el autocontrol a la hora de la muerte. También se difundió la teología sincrética, según la cual los dioses indígenas del culto shintoísta eran encarnaciones japonesas de Buda y de los bodisatvas.

Bajo el auspicio entusiasta de los *tenno* en retiro y de los templos budistas se desarrollaron muchas artes budistas, principalmente pintura y escultura. En esta época proliferó también el arte de las pinturas en rollo, comúnmente combinadas con textos. Sus temas más frecuentes son las leyendas milagrosas sobre la fundación de algún templo o santuario; además hay cuentos ilustrados y caricaturas (ilustración 4). Tanto en los rollos como en otros géneros literarios aparece por vez primera la imagen de la gente común

—trabajadores del campo y de la ciudad, hombres y mujeres, santos y villanos. En la corte de los *tennoo* en retiro se apreciaban también los gustos rústicos: las danzas y la música popular que los campesinos bailaban e interpretaban al trasplantar las semillas de arroz.

Goshirakawa, quien permaneció en el trono sólo tres años (entre 1155 y 1158), pero que gobernó de hecho en calidad de *tennoo* en retiro durante dos períodos —desde 1158 hasta 1169 y desde 1181 hasta 1198— en una época en que se libraron durante casi medio siglo guerras continuas entre los clanes de Taira y Minamoto, patrocinó las artes populares y el rescate de las tradiciones orales. Él mismo compiló canciones populares de la época y escribió las instrucciones para su interpretación auténtica en una serie de volúmenes. Veamos algunos ejemplos tomados de esta colección, llamada *Secretos de los Cantos Virtuosos*, que reflejan diversos aspectos de la sociedad en transición:

En esta mansión hay buenos caballos,
es la mansión de un señor guerrero.
Sobre los hombros del acróbata
baila un pequeño acróbata.
El adivino que llegó es de Jakata.

En esta canción de ambiente festivo se advierte la fuerza pujante de un nuevo estrato social, el de los guerreros, que poco a poco afirmaba su base local. En cambio, la decadencia de la vieja sociedad y la inseguridad de la vida invitaban a una religiosidad profunda, como se advierte en la siguiente canción:

Buda está siempre presente
mas no es evidente.
Sólo en el amanecer mudo
él aparece como en la fantasía de un sueño.

Los tiempos de cambios se caracterizaban también por fuertes emociones y por una sincera pasión amorosa, como se refleja en la canción que sigue:

Ansiosos amantes
¿Qué sueño sueñan

en la noche de tan deseado encuentro?
Sueñan con abrazarse fija e intensamente.

Por otra parte, esta época de cambios políticos y sociales propició también la producción de narraciones históricas tales como *El gran espejo*, que narra a una cierta distancia la era ya desaparecida de la hegemonía del clan Judiywara; además, surgió la tradición de la literatura para recitación con acompañamiento de *biwa*, un instrumento de cuerda del tipo de una cítara, que dará frutos valiosos en la siguiente época.

III. ÉPOCA MEDIEVAL: DESCENTRALIZACIÓN DEL PODER Y LA CULTURA

Shogunato en Kamakura

Aprovechando el descontento que existía entre los nobles contra Kiyomori y su dictadura, Yoritomo, jefe del clan Minamoto, recibió órdenes de Goshirakawa para combatir la hegemonía de los Taira, por lo que movilizó a miembros y vasallos de su clan, principalmente de la región de Kantoo. Una vez obtenido el triunfo en la guerra, Yoritomo ordenó la persecución de los jefes guerreros que pudieran disputar el poder, como fue el caso de sus hermanos Yoshitsune y Noriyori, e hizo la guerra contra el clan guerrero Judiywara, que había consolidado su poder en el noreste del país y que protegió a Yoshitsune. Con el propósito de establecer y conservar el control sobre el territorio occidental, que anteriormente constituía la base de los Taira, en 1185 Yoritomo obtuvo permiso del *tenno* para nombrar a sus jefes guerreros más importantes como jefes militares de provincias, y a sus vasallos menores como jefes guerreros locales. Aún después de la pacificación de todo el territorio, Yoritomo mantuvo este sistema de control político-militar y estableció el gobierno en Kamakura, dando lugar a un importante giro en la historia japonesa. En 1192, Yoritomo logró obtener el nombramiento de Seiitaishoogun, lo que formalizó su poder como el máximo jefe militar, asumiendo de hecho todas las funciones del gobierno.

El *shoogun* otorgaba a los vasallos privilegios y poderes locales, y recompensaba sus méritos en la guerra nombrándolos ya fuera jefes militares de las provincias o jefes guerreros locales. A cambio, los vasallos estaban obligados a proporcionar guardias para Kamakura y Kioto en épocas de paz, y a combatir al lado del *shoogun* en tiempos de guerra. Los jefes militares de las provincias ejercían funciones militares y policiales mayores en contra de la subversión, el homicidio y las faltas en el servicio de guardia en Kamakura y Kioto. Los jefes guerreros locales se encargaban de mantener la seguridad local, garantizar los derechos de los propietarios de las heredades y supervisar que la población cumpliera con el pago de los impuestos.

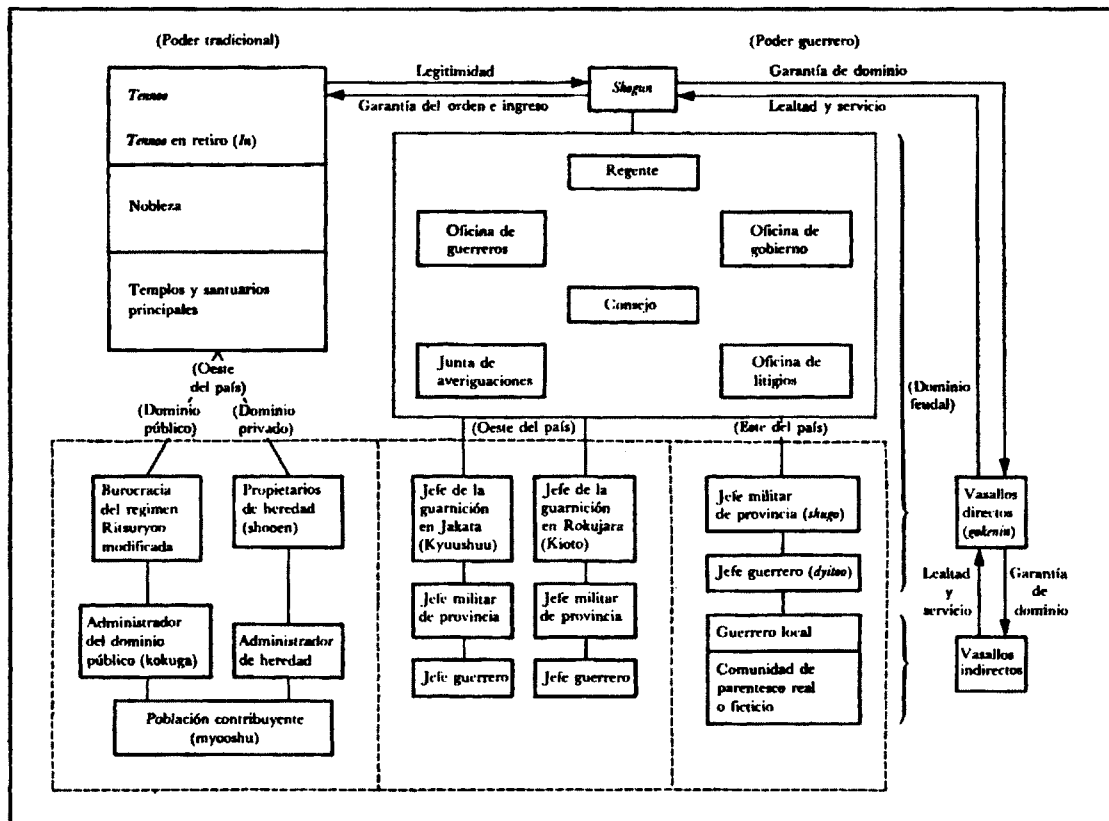
En un principio, el shogunato, gobierno guerrero, de Kamakura no pudo controlar todos los poderes del estado ni todo el territorio, puesto que paralelamente existía el poder del *tennoo*, aunque fuera nominal, el cual se apoyaba por un lado en el sistema de la burocracia centralizada, y por el otro en las heredades.

En 1221, Soshirakawa intentó derrocar el poder guerrero aprovechando el debilitamiento del shogunato por las sucesivas muertes de los hijos de Yoritomo. Este intento, conocido como la Insurrección de la era Dyookyuu, fracasó frente al firme liderazgo de Tokimasa, jefe del clan Joodyoo al cual había pertenecido Masako, esposa de Yoritomo. A partir de entonces se estableció una guardación en Kioto para vigilar al *tennoo* y a su corte, y los Joodyoo ocuparon hereditariamente el cargo de regentes al lado de los *shoogun* que, después de la caída de los Minamoto, siempre se elegían entre los príncipes reales o entre el clan Judyiwara. Con el pretexto de suprimir a los insurrectos, el *shoogun* de Kamakura logró nombrar como jefes militares de las provincias y como jefes guerreros locales a sus vasallos en todo el país, recompensándolos de esta manera. La consolidación del gobierno guerrero se reflejó en la elaboración del Código Guerrero de Dyooei, de 1232, que formalizó las normas que regulaban las relaciones entre el amo y sus vasallos, entre el jefe y otros miembros de la comunidad patriarcal, las funciones de los jefes militares de las provincias y de los jefes guerreros locales, etc. En el preámbulo se declaraba, además, que el fundamento del código era la razón —que era obviamente la razón de los guerreros— y que no se basaba en ninguna ley anterior. Pero más adelante se aclaró que el propósito de su compilación era el de difundir nuevas normas entre los guerreros y que

no se pretendía modificar de manera alguna las disposiciones de la corte, ni las leyes del antiguo régimen burocrático. Por lo tanto, bajo el shogunato Kamakura existieron paralelamente tres regímenes jurídicos: el régimen burocrático antiguo, el régimen privado de heredades y el régimen guerrero. El poder guerrero se consolidó sólo gradualmente, desplazando al primero y asimilando al segundo. El desarrollo institucional del gobierno guerrero reflejó este proceso. Finalmente, el shogunato Kamakura llegó a tener la organización que se señala en la sinopsis 3. Los guerreros solían ser reclutados entre los contribuyentes propietarios o sus parientes, y los jefes guerreros locales solían ser reclutados entre los titulares de los arrozales o propietarios primarios, que fungían como administradores de las heredades. El jefe militar de provincia se colocaba por encima de la autoridad del gobernador de provincia, que ya no tenía una función real.

En la segunda mitad del siglo XIII hubo varios intentos de invasión por parte del Imperio chino, bajo la dinastía mogola conquistadora de Yuan. A pesar de que en todas las oportunidades las invasiones fracasaron por la afortunada coincidencia de que los huracanes monzónicos hundieron los barcos invasores —por lo que más tarde dichos huracanes fueron llamados “vientos divinos” (*kamikadze*)— el shogunato tuvo que establecer una guarnición para pacificar el occidente y mantener un importante número de guardias en Kyuushuu, aún mucho tiempo después de la evacuación de las fuerzas invasoras. A pesar de la gran movilización que concitaron estos hechos, el shogunato no pudo ofrecer gratificación alguna a sus vasallos, y como resultado éstos acumularon deudas, originándose una crisis financiera de los guerreros. Esto obligó al shogunato a declarar una moratoria del pago de las deudas, dificultando aún más la consecución de préstamos para los guerreros. En consecuencia, aumentaron los abusos por parte de los jefes guerreros locales y de los guerreros subalternos. Teóricamente, la función de los jefes guerreros locales era la de proteger los derechos de los propietarios de las heredades y garantizar el pago de las rentas e impuestos, servicio por el cual cobraban una comisión sobre la renta. Sin embargo, frecuentemente los propietarios de las heredades se quejaban de los abusos de los jefes guerreros locales y algunos recurrieron a juicios en la corte de Kamakura, otros optaban por entenderse con los jefes guerreros locales haciéndolos responsables del cobro de las rentas de las heredades y otros más tomaron la

SINOPSIS 3 Consolidación del gobierno guerrero (shogunato Kamakura)



decisión de cederles una parte de su propiedad a cambio de garantías.

La pluralidad del poder bajo el shogunato Kamakura correspondía a un sistema de dominio múltiple sobre una misma tierra cultivada. Además del estado, que cobraba un impuesto, los propietarios de una heredad y el jefe guerrero local ejercían un dominio compartido, recibiendo su parte de la renta. Por un lado, el propietario-primario podía arrendar las parcelas y el arrendatario, si disponía de varias parcelas, podía subarrendar una parte de ellas cobrando rentas agregadas. Un aumento en la productividad de la tierra ofrecía una nueva oportunidad de apropiarse del producto excedente. De cualquier modo, tanto en las heredades como en la tierra de dominio público, los titulares de los arrozales eran los propietarios primarios dentro de esta estructura de propiedad múltiple, y constituían la base tributaria más importante.

Una mayor difusión de las herramientas de labor, en especial el uso de la hoz y del azadón con puntas de hierro, contribuyó al aumento de la productividad agrícola, mientras que en la zona avanzada de Kinki comenzó el sistema de doble cultivo en un año, combinando, por ejemplo, la siembra de arroz en primavera y la de trigo en otoño. Consecuentemente, se produjo un importante cambio en el sistema de producción agrícola: la parcela labrada más profundamente con el azadón y abonada con desechos domésticos o de fertilizantes vegetales resultó más productiva que los extensos campos labrados con el arado tirado por bueyes; a partir de ese momento se acentuó cada vez más el uso intensivo de mano de obra —patrón de desarrollo agrícola típicamente japonés—; gradualmente, las grandes unidades de cultivo colectivo, supervisadas por los titulares de los arrozales, fueron sustituidas por las unidades domésticas que, poco a poco, fueron consolidando el derecho exclusivo de usufructo sobre las parcelas, dejando de ser dependientes o subordinadas a la autoridad comunal.

Como resultado de la formación de excedentes, hubo un importante desarrollo del comercio y de la industria en algunos centros urbanos. Aparecieron mercados regulares que se instalaban de tres a seis veces por mes, en los que se comerciaban textiles, cerámica, herramientas y demás artículos de uso popular. Por otra parte, el comercio internacional lo llevaban a cabo mercaderes privados; no obstante, éstos debían afrontar grandes riesgos ante los piratas “japoneses” —llamados así por tener sus bases en las islas

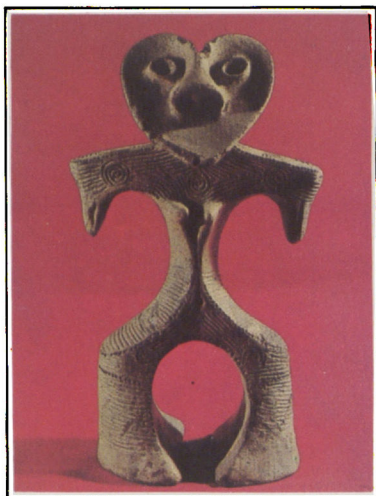
japonesas, aunque de hecho tenían orígenes multiétnicos— que dominaban los mares de Asia Oriental.

La difusión de la economía de mercado se reflejó en la conmutación de los impuestos y las rentas, que comenzaron a ser pagados en moneda. Comerciantes y artesanos itinerantes ofrecían sus servicios no sólo en las ciudades sino también en el campo. Se desarrollaron mejores medios de comunicación y transporte, en parte como consecuencia de la movilización para la defensa contra los invasores mongoles. Se inició también el sistema de giros a larga distancia y surgieron los gremios de mercaderes y artesanos bajo el patrocinio de algún templo o santuario. En Kioto, donde el poder del gobierno del *tenno* se debilitaba y la influencia del shogunato era limitada, los líderes de los principales gremios, los productores de *sake*, los almacenistas y los prestamistas, constituían la autoridad local y gobernaban la ciudad de manera bastante autónoma.

Desde el comienzo, el shogunato Kamakura trató de asimilar la tradición cultural aristocrática. Un ejemplo de ello fue el de Sanetomo, tercero y último *shoogun* de los Minamoto, quien sobresalió en la composición de poemas cortos y fomentó el estudio de las nuevas filosofías y religiones que tuvieron auge en China bajo la dinastía Sung, en particular, el budismo zen. Este último establece métodos estrictos para alcanzar la iluminación: la meditación y algunos ejercicios físico-mentales para templar el espíritu con el fin de afrontar la muerte. Esta práctica consiguió un gran número de seguidores, y bajo el patrocinio del shogunato, se desarrolló todo un sistema de monasterios zen. En estos monasterios surgieron algunos monjes destacados como Eidzai (1143-1215), quien estudió zen en China durante el Imperio Sung y fundó la escuela Rinzai, y Dooguen (1200-1253), quien rechazó el método convencional del ejercicio mental de concentración con la tarea llamada *koan*, abogando por una vida de retiro y meditación más auténtica, con el fin de lograr una iluminación no sólo momentánea sino duradera y cada vez más profunda.

Según se cuenta, Dooguen llegó a la iluminación sobre el método auténtico cuando estudiaba en China, donde pasó cinco años. Cierta vez, en un monasterio de budismo *chan* (zen chino), se encontraba estudiando los textos que registraban las palabras de los grandes maestros. Un monje chino se acercó y le preguntó para qué servía leer las palabras de los maestros. Dooguen le contestó

Cultura Dyoomon



Figurilla femenina de barro.
Dyoomon posterior.



Recipiente de barro ritual,
profusamente decorado.
Dyoomon medio.

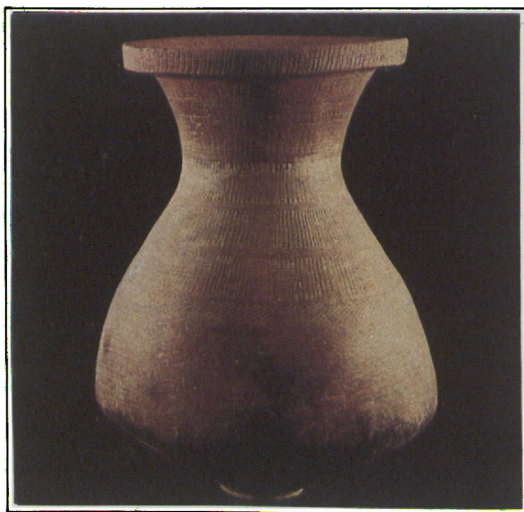


Recipiente de barro en forma
de cono. Se nota claramente
el dibujo de cuerda en la
superficie. Dyoomon
temprano.

Cultura Yayoi



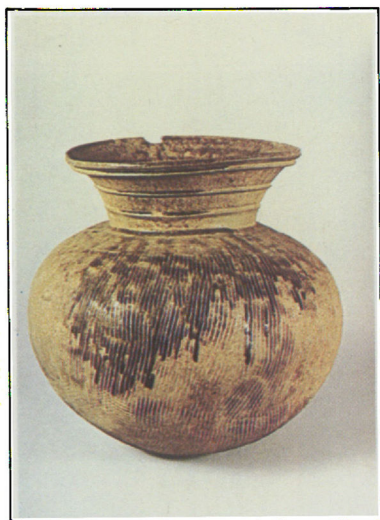
Pieza de bronce para uso ritual
en forma de campana.



Recipiente de barro
Yayoi.

Cultura de los túmulos antiguos

Janiwa o figurilla de barro que representa a un guerrero. Se utilizaba como retén y decoración del túmulo.



Cerámica de Sue.



Túmulo que se considera como la tumba del *tenno* Nintoku. Mide 486 m de largo, 305 m de ancho en la cuadrada anterior y 249 m de ancho en la redonda posterior.

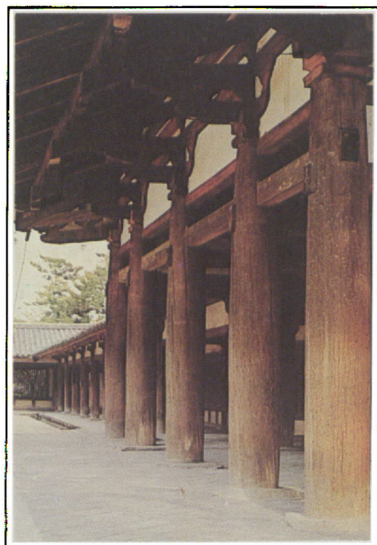




Escultura budista, al
estilo coreano.

Cultura Asuka

Cultura Jakujoo



Pórtico del templo
Jooryuu con éntasis.



Cultura Tempyoo

Escultura. Retrato
del monje chino
Gandhin.

Cultura de la época del gobierno del *tenno* en retiro



Rollo de la fundación de Shiguisan que narra la vida del monje mendicante Ippen.



Rollo de fábulas de Toba que presentan imágenes caricaturescas de la sociedad.

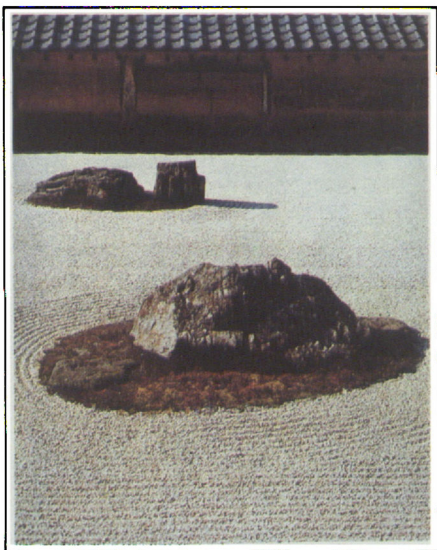
Cultura Kamakura



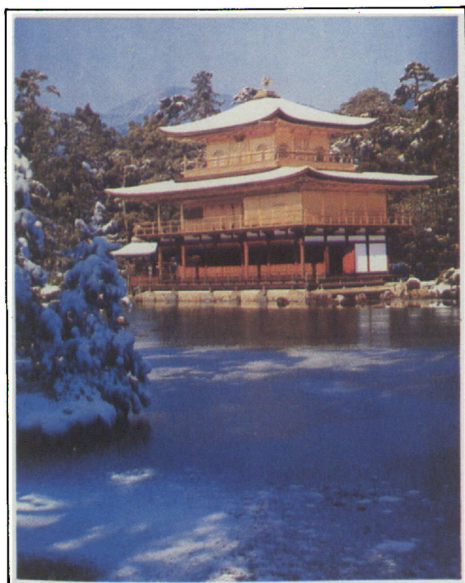
Guardián de Buda por
Dyookei.



Figura del monje Muchaku por
Unkei.



Jardín del templo zen de Ryooan.



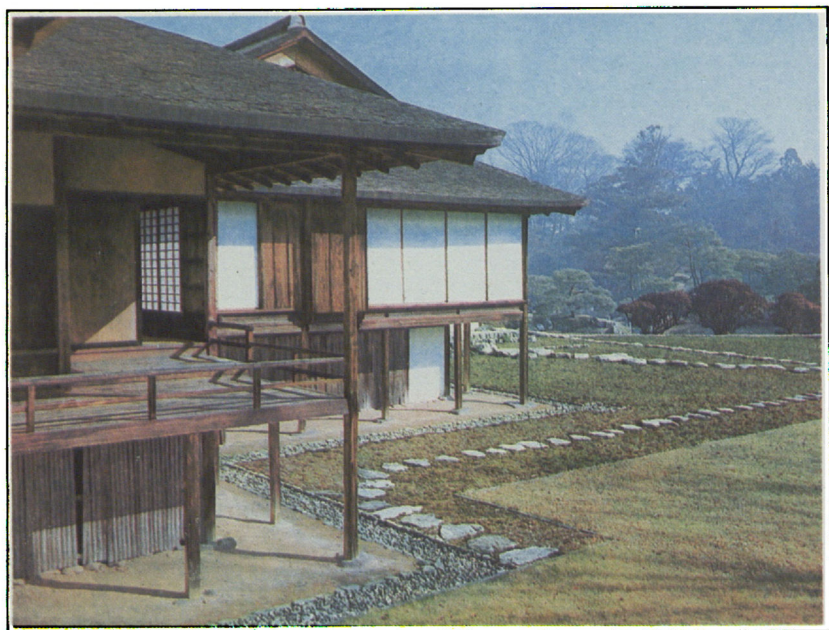
Cultura
Kitayama-
Jigashiyama

Pabellón de oro.

Cultura
Adzuchi-Momoyama



Biombo de los "bárbaros del sur" que presenta a los misioneros de distintas órdenes.



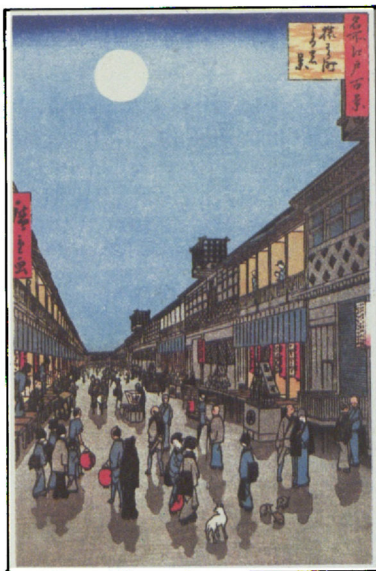
Villa de Katsura.

Cultura Edo 1



Grabado de madera que representa la belleza femenina en la cotidianidad de Utamaro.

Cultura Edo 2



Paisaje de Jiroshigue.
Grabado en madera.



Retrato de actor Sharaku.
Grabado en madera.

**Cultura
moderna 1**



Retrato de una niña de Kishida Ryuusei.

Oficina del Condado de Jigashi Yamanashi de la Prefectura de Yamanashi.





Óleo titulado *Maquillaje al aire libre* de la pintora Kooda Jarue.

Cultura contemporánea

Elegía a un conscripto novato de
Jamada Chimei.

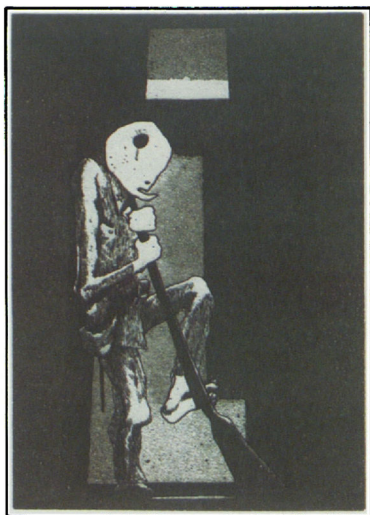
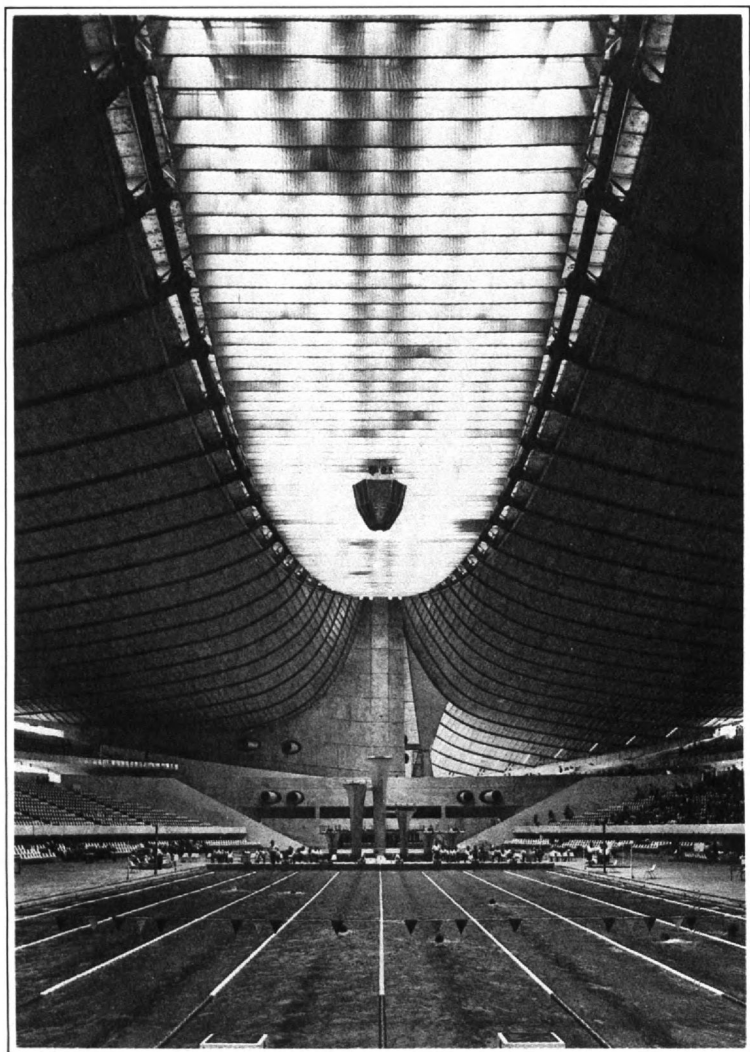


Figura de una diosa. Grabado en
madera de Munakata Shikoo.





Estadio Olímpico de la ciudad de Tokio. Diseño del arquitecto Tange Kenzoo.

que servía para conocer los pasos que habían seguido los maestros. El monje volvió a preguntar para qué quería conocer eso y él contestó que era para poder orientar a la gente cuando regresara a Japón. El monje repitió otra vez la misma pregunta y Dooguen respondió que era para beneficiar a la gente. Pero el monje siguió insistiendo con la misma pregunta hasta que Dooguen no supo qué contestar. Más tarde, sin embargo, entendió el significado de la pregunta y llegó a la conclusión de que sin saber ni una sola letra, sólo con sentarse a meditar para lograr la claridad sobre lo más importante y básico para el ser humano, se obtenía el suficiente conocimiento como para enseñar a la gente y nunca agotarse. En su tratado religioso *La esencia del método auténtico* desarrolló un pensamiento dialéctico *sui generis* que permitía liberar al hombre de la fatalidad casual —karma— y de la limitación temporal, para fundirse con la sabiduría cósmica. Ciertamente se había superado el pesimismo escatológico, basado en la convicción de vivir en el milenio de decadencia del budismo, que había predominado en la mente de los creyentes durante los siglos anteriores. La sabiduría está en uno y en todos los lugares, y en uno y en todos los instantes. No tiene límites espaciales ni temporales. Dooguen escribió:

Los objetos vienen y van y los límites aparecen y se desvanecen, pero la Sabiduría siempre existe y es invariable. Está presente donde quiera, sin distinción de lo cotidiano, de lo sagrado o de lo espiritual. Aunque haya flores vanas de falsas leyes, si se alcanza la sabiduría a través de la meditación, los objetos desaparecerán y los límites ya no existirán y sólo la verdadera naturaleza de la Sabiduría se afirmará con toda claridad. Aunque se destruyan el cuerpo y el alma, la sabiduría se va sin ser tocada. Es como cuando, al incendiarse una morada, su morador escapa de ella y se va. (Capítulo 5).

A pesar de las conductas reprobables del pasado, gracias a la compasión de los ancestros-budas, el hombre puede liberarse del karma. Para esto:

Si el alma o el cuerpo flojean o se pierde la fe, hay que arrepentirse con toda sinceridad frente a los budas pasados.

Entonces, por el mérito del arrepentimiento, uno se salvará y se volverá limpio de nuevo. Este mérito hará que crezca la fe pura y que se fortalezca la vigilia. Si se alcanza la fe pura de verdad, esto

tiene efectos tanto sobre sí mismo como sobre los demás. Sus beneficios llegan por igual tanto a todos los que tienen sentidos como a los que no los tienen. (Capítulo 25.)

En el campo de la arquitectura surgieron nuevos estilos en la construcción de los templos budistas, que fueron introducidos por aquellos maestros chinos emigrados a Japón como consecuencia de la caída de la dinastía Sung. En lo que respecta al arte budista, Unkei y otros establecieron una escuela de escultura más dinámica y poderosa (ilustración 5). Por su parte, el arte de los rollos continuó ampliando su temática y éstos comenzaron a registrar con mayor frecuencia las imágenes de la gente común. En la literatura y siguiendo con la tradición de los cuentos, en esa época se difundió la narración de las batallas, que se recitaba con acompañamiento del *biwa*, un instrumento de cuerda. Una de las obras más elaboradas y populares de este género lo constituye *Cuentos de Jeike*, donde se narra el auge y la decadencia del otrora poderoso clan Taira.

El autor de *Cuentos de Jeike* fue Nakayama Yuninaga, monje ermitaño con un amplio conocimiento de la poesía china, quien escribió la obra sobre la base de una crónica narrativa de las guerras entre los clanes Taira (Jeike) y Minamoto (Guendyi) de la era Chishoo (1177-1181), y le enseñó a un monje-recitador ciego cómo interpretarla con acompañamiento del *biwa*. Esto tuvo una gran aceptación y pronto apareció un grupo de recitadores especializados en interpretar *Cuentos de Jeike*. Más tarde, al difundirse la obra en diferentes medios, comenzaron a agregarse nuevas historias y hasta capítulos enteros, por lo que hoy en día se conservan versiones muy diferentes. No obstante, el tema persistente en todas las versiones es el de la transitoriedad de la vida humana, y la inevitable decadencia de los que se vanaglorian. Hay muchos personajes en la obra y algunos como Taira no Kiyomori, Kiso Yoshinaka y Minamoto Yoshitsune juegan papeles principales en una u otra parte; sin embargo, no existe un protagonista o héroe que constituya el eje de toda la obra. Las pinceladas del autor (o de los autores) lograron registrar la verdadera naturaleza humana y su aferramiento a la vida en las condiciones extremas de una batalla. Por ejemplo, esto se puede apreciar en las palabras de Taira no Tomomori, quien logró escapar en una lancha hacia Yashima mientras su hijo sacrificaba la vida cubriendo su retirada, después de la derrota en la famosa batalla de Ichinotani:

¿Qué padre, viendo que su hijo se lanza
contra el enemigo para salvarlo,
qué padre huye sin socorrer a su hijo?
Si se tratara de otra persona, lo juzgaría
quizá tajantemente. Pero cuando esto ocurrió
conmigo mismo, caí en cuenta de cuán difícil es
abandonar la vida.

Si *Cuentos de Jeike* verificó la validez del género de cuentos en la época de transición del poder antiguo de la burocracia aristocrática al poder medieval guerrero, y se popularizó a través de la interpretación realizada por los monjes-recitadores, la poesía corta alcanzó una de sus cimas más elevadas en esta época, con los poetas judiywara, Shundzei y Teika (padre e hijo), con el monje ermitaño viajero. Saigyoo, y con otros.

Saigyoo llevó una vida estética que era considerada ideal en su época. Cuando era joven sirvió junto con Taira no Kiyomori como guerrero-guardián de la corte del *tennoo* en retiro Goshirakawa, quien hábilmente manipulaba los clanes guerreros Taira y Minamoto. Mientras Kiyomori luchaba por el poder hasta, finalmente, lograr alcanzarlo, Saigyoo se retiró a los 26 años, abandonando a su esposa y a una hija, para convertirse en monje ermitaño. Sin ninguna atadura mundana vivió una vida consagrada a los ejercicios espirituales y a los viajes, pero en estrecha comunicación con los poetas judiywara que formaban el mundo literario privilegiado de la época, y que gozaban del patrocinio de las sucesivas personalidades políticas.

Saigyoo sentía un impulso interno irresistible que lo hacía errar por el país:

El alma errante
que no se ajusta a mi cuerpo.
¿Qué haré con ella?
¿Cómo la he de tratar?

Ya en su vejez, en su segunda visita al este del país, al observar el humo del volcán que desaparecía en el transparente cielo azul del otoño, escribió:

Sin rumbo se desvanece
mi pensamiento,
como el humo del volcán Judyi,
en el cielo, con el soplo del viento.

A pesar de, o quizá precisamente por haber alcanzado la maestría en la poesía corta, con naturalidad y fluidez, Saigyoo se lamenta de no lograr la tranquilidad de la mente:

Soy yo/culpable del sufrimiento
de mi cuerpo,
del incesante pensar
de mi mente.

No obstante, la muerte le llegó tranquilamente en un día de primavera, tal como lo había anticipado en unos poemas, algunos años atrás:

Quisiera morir en primavera
bajo la plena flor del cerezo
con la luna llena del segundo mes.

Ofrezcan flores de cerezo
cuando me muera,
para adorar a mi alma.

La literatura de la época alcanzó un gran desarrollo temático y adquirió un tono mezcla de historicidad y fatalismo, que reflejaba el cambio ocurrido en el estrato social de los autores: en lugar de las damas de la corte, quienes surgieron como autores fueron los monjes ermitaños, los cuales habían tenido experiencias en las batallas o en las luchas políticas por el poder, quizá del bando de los derrotados. Yoshida Ken Koo, autor de una famosa obra de carácter ensayístico titulada *Para ratos de ocio*, es uno de esos típicos ermitaños medievales.

Una nueva corriente que surgió en esta época dentro del género del ensayo fue la del ensayo filosófico, centrado en el transcurrir del tiempo y los cambios en la fortuna de los gobernantes o en el *modus vivendi* de la gente. Por ejemplo, *Notas desde mi cabaña*, de Kamo no Chomei (1153-1216), escrito en 1212, comienza como sigue:

El fluir del río es incesante, pero su agua nunca
es la misma. Las burbujas que flotan en un remanso
de la corriente ora se desvanecen, ora se forman,
pero no por mucho tiempo; así también en este mundo
son los hombres y sus moradas. [...]

No sabemos de dónde viene, a dónde va, el hombre que nace para morir. Tampoco sabemos a beneficio de quién se afana en construir casas que apenas si quedarán por un instante, y por qué razón sus ojos en ellas se deleitan. La manera de esta efímera vida, se asemeja al ejemplo del rocío en los pétalos de la campanilla. Puede bien el rocío caerse y la flor quedar, pero quedar para desvanecerse con el sol de la mañana.

(Traducción de Kazuya Sakai)

Como un reflejo del origen y de los nexos rurales de los guerreros, así como de la ubicación geográfica del centro del poder guerrero, se produjo en el este del país el surgimiento de nuevos centros culturales. Esto, aunado al mejoramiento en el nivel de vida de la gran masa de la población rural —a través de la difusión de mejores herramientas de labor y de la consolidación de unidades domésticas de producción— contribuyó a un importante avance de la cultura popular. Bajo estas condiciones tan estimulantes, surgen nuevos géneros dentro de las artes interpretativas de la época, como el teatro *noo* y el *kyooguen*, que tuvieron su origen en las danzas y las mímicas de la tradición popular, que eran entremeses generalmente cómicos.

Otro factor que contribuyó con el avance de la cultura popular fue el surgimiento y la difusión de las sectas populares del budismo. En oposición a la escuela *zen*, estas sectas enfatizaban la absoluta devoción a Buda y la fe en su intermediación para salvar al hombre en el más allá. Su práctica era sumamente simple; por ejemplo, la invocación del nombre de Buda, en el caso de la secta de la Tierra Pura, fundada por Joonen; la invocación del nombre de un sutra, según la secta de la Flor de Loto, fundada por Nichirén; la danza devocional acompañada con toques de campanillas de metal, en la secta de Dyi. En contraste con las sectas antiguas, esotéricas o no, que no le ofrecían la posibilidad de salvación a las masas populares, siempre ocupadas en ganarse la vida, ni a las mujeres, por considerar que sus ansias mundanas estaban más arraigadas que las de los hombres, las nuevas sectas de Kamakura predicaron la salvación indiscriminada. Criticaron el poderío y la riqueza de los grandes templos y rechazaron muchos tabúes y prohibiciones impuestos a los sacerdotes y a los fieles, como el celibato y la abstinencia de carne, pescado y otros alimentos. Nichirén declaró ser hijo de un rastroero, oficio ínfimo y condenado por la concepción budista convencional y por la costumbre social.

Las siguientes palabras de Shinran, fundador de la secta de la Verdadera Tierra Pura, ilustran las ideas fundamentales de estas sectas populares:

Buda tuvo compasión hacia nosotros, hombres plagados de ansias y deseos, que no somos capaces de superar las preocupaciones sobre la vida y la muerte. El motivo original del voto de Buda fue precisamente el de salvar a los malhechores. Los malhechores, que no cuentan en absoluto con su propio esfuerzo para la salvación, son los que más derecho tienen a ella ante los ojos de Buda. Por esto [Shinran] dijo que si los buenos alcanzan la salvación, cómo no habrán de alcanzarla los malhechores. (*Tannishoo*, prédicas de Shinran, compiladas por su discípulo Yuien).

Shogunato en Muromachi

El shogunato de Kamakura, debilitado a causa de la crisis financiera y el descontento entre los jefes guerreros, que no alcanzaron recompensa alguna por sus servicios contra las invasiones sinomongolas, cayó finalmente en 1333 frente a la insurrección de varios importantes jefes guerreros. Algunos de éstos, como por ejemplo Kusunoki Masashigue, se levantaron en armas en respuesta al llamado del *tenno* Godaigo, para reestablecer el gobierno directo del *tenno*. Otros se levantaron con la idea de ocupar el lugar de los Joodyoo. Ashikaga Takaudyi, por ejemplo, entró a Kioto con esta intención y, aprovechando la disputa por la sucesión entre dos linajes dentro del clan del *tenno*, apoyó al *tenno* Koomei contra Godaigo quien, en 1334, restauraría el poder del monarca. Sin embargo, su gobierno de Kioto duró sólo dos años y tuvo que retirarse a las sierras de Yoshino, instaurando allí la Corte del Sur. El *tenno* Koomei mantuvo la corte del norte, en Kioto, con el apoyo de Takaudyi y, en 1338, le otorgó a éste el título de *shoogun*, lo que legitimó su gobierno guerrero. Durante el período de estos dos *tenno* paralelos (que duró hasta 1392), conocidos como el de las Cortes del Norte y del Sur, tuvieron lugar varios combates entre ambos bandos, a lo largo de todo el país. En defensa de la legitimidad del linaje del sur, Kitabatake Chikajusa, consejero principal de la Corte del Sur, escribió su *Crónica del legítimo linaje de los monarcas divinos*, que representa un intento por elaborar una nueva teoría acerca del origen y la legitimidad de la autoridad del *tenno*.

La primera etapa del gobierno guerrero fundado por Takauchi, se caracterizó por la conquista gradual de los territorios controlados por las fuerzas de la Corte del Sur. Para mantener la lealtad de los guerreros hacia su gobierno, Takauchi nombró como jefes militares de provincia a sus principales jefes guerreros y les otorgó una mayor competencia como gobernadores civiles, autorizándolos a cobrarle impuestos especiales de guerra a la población y a ejercer control sobre los jefes guerreros locales. Teóricamente, estos jefes locales seguían siendo responsables de garantizar que la población cumpliera con el pago de las rentas a los propietarios de heredades. No obstante, el shogunato recibía muchas quejas de estos últimos contra el abuso de los jefes guerreros locales que, como se ha visto, solían apropiarse de las rentas. Como solución, el shogunato ordenó la división de cada heredad entre los propietarios y los jefes guerreros locales, consolidando el dominio territorial de cada parte. Fue a través de este arreglo que los propietarios de las heredades lograron evitar momentáneamente la pérdida total de la renta. No obstante, a la larga esto ofreció una oportunidad para la expansión de la base económica de los guerreros locales, y para los jefes militares de provincia significó la oportunidad de construir, mediante lazos de protección, una fuerza militar sólida constituida por guerreros locales, para el desplazamiento gradual de los propietarios de las heredades —la nobleza de la corte y los templos— en el terreno económico y político. Estos jefes militares de provincias del período Muromachi, con un poder relativamente autónomo, se convertían cada vez más en verdaderos señores feudales. En realidad, el gobierno de Muromachi llegó a constituirse sobre una alianza de poderosos señores feudales.

En 1392, la abdicación del *tenno* Gokameyama de la Corte del Sur, junto con la entrega de la espada divina —uno de los tres símbolos de la legitimidad del linaje— al *tenno* Gokomatsu de la Corte del Norte, puso fin a la coexistencia de los dos linajes, confirmando a la vez la supremacía del poder guerrero. Yoshimitsu, tercer *shoogun* de los Ashikaga, eligió Kioto como la sede de su gobierno Muromachi, simbolizando con esto la hegemonía guerrera sobre la nobleza y los templos, y adoptó una activa política exterior, además de dar patrocinio a las actividades culturales. No obstante, el shogunato Muromachi padecía de una cierta debilidad estructural. El mantenimiento del vice-shogunato en Kamakura ofre-

ció un centro alternativo de poder, y la autonomía político-militar de los señores militares tendió a aumentar, aún después de la solución del conflicto entre las Cortes del Norte y del Sur.

Estados en guerra

El poder del shogunato fue destruido por completo con la guerra de la era Onin (1467-1477), originada por la disputa de la sucesión shogunal, en la que se vieron involucrados los principales señores. La guerra destruyó la mayor parte de la antigua ciudad de Kioto y terminó sin que hubiera un vencedor definitivo, desvaneciendo los últimos vestigios de la autoridad central. Era, en realidad, el anuncio del advenimiento de una época de guerras intestinas que duraría más de un siglo y que se conoce bajo el nombre de "Estados en guerra" (*Sengoku*). A partir de esta guerra, los señores militares se retiraron cada uno a sus respectivos dominios y se dedicaron a fortalecer su base de poder, fortificando sus castillos y adjudicándole tierra y población a sus vasallos. También trataron de controlar a los jefes locales independientes mediante el vasallazgo, pues no podían eliminarlos por la fuerza. Cada vasallo o jefe local, a su vez, establecía lazos de vasallaje con los guerreros locales que encabezaban las comunidades patriarcales. Estas comunidades constituían también centros de actividad económica y el guerrero-patriarca administraba y supervisaba las actividades productivas. Los demás miembros de la comunidad patriarcal, incluyendo a soldados-campesinos reclutados en las comunidades aldeanas vecinas, desempeñaban trabajos en el campo o en el taller. El guerrero local cobraba los impuestos de la población para la autoridad superior de turno, a cambio del reconocimiento de sus privilegios e influencia.

Esta época de guerras, originada por el conflicto de Onin, se caracterizó por una marcada tendencia centrífuga en el ejercicio del poder. Los principales señores militares trataron de consolidar su dominio territorial, erigiendo su propio gobierno y estableciendo un código para su clan. Las islas de Japón fueron divididas en unidades políticas autónomas, que constituían estados de hecho: en el noreste de Honshuu, los Date; en el centro de la misma isla, los Takeda, Joodzoo e Imagawa se disputaban el poder central; en la costa del Mar de Japón tenían su base los Asakura; los

Rokkaku controlaban el área del lago Biwa, situada al noreste de Kioto; en el oeste de Jonshuu se encontraba el dominio de los Oouchi, que mantenían un activo comercio marítimo con el Imperio chino de Ming; los Choosokabe tenían control de Shikoku; los Sagara se establecieron en el centro y los Shimadzu en el sur de Kyuushuu. Los jefes guerreros menos poderosos formaban alianzas para crear una fuerza capaz de responder a los ataques de los señores vecinos. A partir del último cuarto del siglo XV, de hecho no existió el poder central del *shoogun*, ni funcionó la autoridad legítima del *tenno*. “La época de los reveses”, como se conoce en la historia japonesa a este período de inestabilidad política, marcó no sólo a los señores militares y guerreros, sino también al resto de la población. En ocasiones, los guerreros locales llegaban a ejercer el poder regional, formando alianzas entre sí. Por ejemplo, en la provincia de Yamashiro, vecina de Kioto, la unión de guerreros locales detentó el poder por ocho años a partir de 1485, rechazando el dominio de los señores Jatakeyama.

Aún los campesinos, los artesanos y los comerciantes formaban organizaciones locales de autodefensa que, en ocasiones, llegaron a ejercer cierta autonomía política. Por ejemplo, en las ciudades de Kioto y Jakata y en el nuevo e importante puerto de Sakai cercano a la actual Osaka, los hombres influyentes constituían la Junta de Consejeros, que tomaba las decisiones más importantes con respecto a la vida local y su relación con los señores feudales. También en el campo surgieron alianzas de comunidades aldeanas que concluían acuerdos sobre el pago regular de los impuestos y servicios con el señor feudal que controlaba el área, a cambio del respeto y la protección a la autonomía local. Estas alianzas de comunidades se levantaban en armas en caso de invasiones o de la violación de los acuerdos por parte de los señores.

Las sectas budistas populares, surgidas en la época Kamakura, frecuentemente sirvieron como ideologías aglutinantes para las organizaciones populares. Apoyándose en ellas, los jefes de estas sectas construyeron dominios feudales *sui generis* que competían por el control territorial con los señores de la guerra. La unión de Ikko, de la secta Verdadera Tierra Pura por ejemplo, controló varias provincias del Mar de Japón, nombró como gobernador al señor feudal de su preferencia y estableció poderes locales de los fieles.

El shogunato de Muromachi disponía de una base económica

constituida por dos fuentes principales de ingreso; por un lado, los impuestos a los territorios bajo su dominio directo, que se ubicaban a lo largo del país: el impuesto militar con el que se grababa a todo el país según la unidad de tierra; impuestos a los almacenes y comerciantes dedicados a la usura; y, por el otro, el control monopólico del comercio con el Imperio Ming, el cual, en ocasiones, se veía interrumpido por la piratería.

El Imperio Ming, fundado en 1368, envió una misión especial a Japón solicitando el control de la piratería "japonesa", que desde hacía un siglo constituía una amenaza constante para las embarcaciones mercantes de los mares de Asia oriental, y ordenó suspender el comercio con Japón, mientras no se llegaba a un acuerdo que garantizase la seguridad. El tercer *shoogun*, Ashikaga Yoshimitsu, envió una carta al emperador chino solicitando un comercio exclusivo controlado por ambos gobiernos, en el que Japón asumiría un estatus de país súbdito. Este tipo de comercio le produjo grandes beneficios al *shoogun*, puesto que éste recibía cuantiosos regalos de Ming. Más tarde, el gobierno del *shoogun* perdió el monopolio comercial y algunos templos budistas y señores del suroeste del país llegaron a patrocinar dicho comercio. Desde Japón se exportaba oro, cobre, abanicos, artesanías de laca y espadas, recibiendo a cambio monedas de cobre, hilos y telas de seda. Por otro lado, el comercio con Corea fue también activo, lo mismo que el comercio con el Sudeste asiático, desde donde llegaban productos tropicales como especias y maderas fragantes, vía el reino de Ryuukyu (Okinawa).

Estimulados por la necesidad de movilización militar y de actividades comerciales, en este período se desarrollaron medios de transporte y vías de comunicación, tanto por tierra como por mar; de la misma manera, la edificación de castillos y de otras construcciones para la defensa, estimuló la difusión de avanzadas técnicas chinas. Utilizando estos conocimientos, algunos señores feudales emprendieron obras para la irrigación y para el control de las inundaciones. También se trató de fomentar la productividad agrícola y demás actividades económicas para fortalecer la base territorial. Por lo tanto, a pesar de las guerras surgieron ciudades, que eran importantes centros administrativos, puertos, cruces de vías de comunicación, sitios de ferias y mercados regulares, frecuentemente patrocinados por los templos. Los gremios de comerciantes o de artesanos obtenían licencias de monopolio de la producción o de

la venta, bajo el patronazgo de algún gran templo o señor feudal. Comenzó una especie de producción en masa de espadas y herramientas y los utensilios domésticos como las ollas, las cazuelas y las ánforas de Seto llegaron a ser accesibles para un gran número de la población.

En cuanto a la agricultura, se introdujeron desde el continente nuevos cultivos, que más tarde llegarían a constituir elementos indispensables en la vida cotidiana, tales como el té y el algodón. El sistema de rotación de cultivos —arroz con otros cereales, oleaginosas y leguminosas— se difundió aún en las regiones más atrasadas, garantizando mejores condiciones para la subsistencia de la población. En las regiones colindantes con los grandes centros urbanos, como Kinki, o en las provincias aptas para ello, como Mikawa, se desarrolló la agricultura comercial de hortalizas y cultivos industriales (algodón, colza, ajonjolí, etcétera).

A pesar de las guerras intermitentes, la población logró mejorar su nivel de vida en esta época. Se dieron mejoras tanto en el aspecto material como social, llegando a tener oportunidades de reuniones para ceremonias de carácter religioso-social; fiestas anuales de las comunidades aldeanas y ferias en templos y santuarios. Por otra parte, en los nuevos centros urbanos, las reuniones de poemas eslabonados y ceremonias de té ofrecieron, además de un refinado entretenimiento, la oportunidad de disfrutar de una convivencia extraoficial entre comerciantes acomodados, monjes, artistas y guerreros.

Cultura Muromachi

Para la clase dominante y principalmente para la guerrera, al igual que en la época anterior, los templos y los monasterios *zen* constituyeron centros de actividad cultural. En ellos tuvo lugar el desarrollo de las pinturas en tinta china, caracterizadas por su sobriedad y fuerza, y de la jardinería y demás artes del *zen*. El shogunato adoptó el sistema de las Cinco Montañas, tomando el ejemplo chino, que consistía en el establecimiento de dos jerarquías paralelas entre los templos *zen* de Kioto y Kamakura y además estimuló la introducción de nuevas formas de pensamiento filosófico y político de China, especialmente el neoconfucianismo de Zhuxi, del Imperio Sung, quien destacó la importancia de los textos originales de Confucio (los Cuatro Libros) y de Mencio, frente los cinco clásicos que se estudiaban ampliamente hasta entonces. Zhuxi dedicó su esfuerzo

al esclarecimiento de la naturaleza humana y del universo, tratando de encontrar la razón única que ordena la materia y el espíritu.

La cultura de la época Muromachi se caracterizó, además, por la fusión de diversas tradiciones culturales. Desde un principio, el shogunato trató de asimilar la tradición aristocrática, para lograr una síntesis de ésta con la tradición guerrera de la época anterior. Fomentó también la asimilación de la nueva cultura china del Imperio Ming. El Pabellón de Oro, construido en Kitayama (Kioto) en 1397 como casa de descanso del *shoogun* Yoshimitsu, constituye uno de los monumentos representativos de esta síntesis (ilustración 6). La guerra de la era de Oonin (1467-1469) y la consecuente dispersión de nobles y monjes hacia otras regiones, en busca del patrocinio de algún señor, contribuyó a una mayor difusión en la provincia de la nueva síntesis cultural de Muromachi.

Al mismo tiempo, la cultura de la época se enriqueció al asimilar la tradición popular. Bajo el patrocinio del *shoogun* Yoshimitsu, Kannami Kiyotsugu (1333-1384) creó el *noo*, un nuevo género de arte escénico simbólico, a partir del arte rústico llamado *dengaku* que había ganado popularidad entre la población aristocrática capitalina en la época anterior. Dzeami Motokiyo (1363-1443), sucesor de Kannami, publicó aparte de muchas obras clásicas de *noo*, varios tratados sobre los principios y métodos de este arte escénico, entre los que sobresalen *El libro de la transmisión secreta de la flor* y *El libro de la flor suprema*. Por otra parte, muchas artes "tradicionales" japonesas de la actualidad como la jardinería, el arreglo de flores, la ceremonia del té y los poemas encadenados, se originaron y perfeccionaron en esta época, como resultado de los vínculos entre los nobles, los guerreros y la gente común. La presencia de comerciantes ricos de Kioto y Sakai, conocidos como *machishuu* (burgueses), entre los patrones de artistas y artesanos, es una elocuente prueba de esta situación.

Otra característica de la cultura Muromachi es la de su creciente secularización. El espacio cultural ya no se limitaba a las cortes aristocráticas o guerreras, ni a los templos. Los viejos templos, sostenidos por las rentas de las heredades, estaban en decadencia; para sobrevivir sin el patronazgo de la corte o de los nobles, los templos y santuarios, incluyendo el santuario de Ise, tuvieron que optar por una clientela más amplia y popular. Bajo el patrocinio de ésta, especialmente de los *machishuu*, surgieron ferias y fiestas anuales. De allí que era frecuente que estas celebra-

ciones tuvieran características más sociales y comerciales que religiosas.

IV. ÉPOCA PREMODERNA: LAS PREMISAS DEL JAPÓN MODERNO

Reunificación del país bajo Nobunaga y Jideyoshi

Restablecimiento del poder central por Oda Nobunaga

Hacia mediados del siglo XVI, se destacaron varios señores de la guerra, quienes pretendían controlar el poder central mediante la ocupación de Kioto, que seguía gozando del estatus de capital. El vencedor en esta lucha no fue ninguno de los viejos señores que habían consolidado su dominio feudal hereditario, sino Oda Nobunaga, hijo de un señor menor de la provincia de Owari. El hecho de que la región se caracterizara entonces por una alta productividad de la tierra, lo que aseguraba una base económica firme para las operaciones militares, quizá explique no sólo el triunfo de Nobunaga en la carrera por la hegemonía, sino también los triunfos de sus sucesores Toyotomi Jideyoshi y Tokugawa Ieyasu, quienes eran oriundos de la misma región. Como un primer paso hacia el poder, en 1560, Nobunaga derrotó a Imagawa, señor de la guerra que había sido considerado como posible vencedor en la lucha por el poder central. Más tarde, en 1568, entró a Kioto custodiando al *shoogun* Yoshiaki, quien antes había ido de un señor a otro en busca de protección. Sin embargo, una vez consolidado el control en Kioto y sus alrededores, Nobunaga expulsó al *shoogun*, dando fin al shogunato Muromachi. Acto seguido, Nobunaga obtuvo del *tenno* el título de ministro a la Derecha, lo que reforzaba su autoridad.

Además de los señores de la guerra, las fuerzas que más tenazmente se resistieron a la voluntad hegemónica de Nobunaga fueron las sectas religiosas. Por ello, en 1571, Nobunaga incendió el templo Enryaku, en el monte Jiei, viejo recinto budista que hasta entonces había constituido el centro de la fuerza armada de los monjes, poniendo fin así a la fuerza de la vieja aristocracia religiosa. En cambio, la guerra iniciada en 1570 contra Jongandyi, el tem-

plo principal de la secta popular de la Verdadera Tierra Pura, en Ishiyama (Osaka), fue una guerra difícil y cruel que duró diez años, hasta la derrota del templo.

En 1543, un barco portugués que se dirigía a un puerto chino naufragó y llegó a la isla de Tanegashima, situada al sur de la isla de Kyuushuu. El señor de Tanegashima recibió a los náufragos con hospitalidad, y al darse cuenta de la capacidad de sus armas de fuego ordenó a sus súbditos que aprendieran de los ibéricos el método de fabricación del armamento.

Las islas de Japón, señaladas por los cartógrafos europeos de la época como las islas de oro Gipangu —según el relato poco preciso de Marco Polo— resultaron no ser El Dorado con que soñaban los navegantes; sin embargo, se abrieron nuevas perspectivas comerciales que atrajeron a los mercaderes portugueses, quienes llegaban en barcos cargados de armas de fuego y de telas de seda provenientes de China. También para los misioneros, Japón pareció ser una tierra de promisión. En este sentido, las primeras cartas entusiastas de Fray Francisco Xavier, cofundador de la Orden de los Jesuitas, quien llegó a la punta sur del país en 1549, influyeron en la formación de esta idea. Después de él, llegaron a Japón un buen número de misioneros, quienes predicaron no sólo para los señores y los guerreros sino también para la gente del pueblo, principalmente en el suroeste del país y en Kioto y sus alrededores. Como consecuencia de esta expansión, en 1582, tres señores conversos de Kyuushuu le enviaron al Papa, en Roma, una misión de adolescentes, en representación de la comunidad cristiana del país, que en ese año se estimó en alrededor de 150 000 fieles.

El éxito del cristianismo entre los japoneses se explica en buena parte por el interés en desarrollar el comercio con la civilización ibérica. Aparte de las armas de fuego, las nuevas tecnologías de navegación, la construcción de barcos y edificios, las técnicas de impresión tipográfica, los conocimientos de geografía y física, las informaciones políticas contemporáneas acerca del resto del mundo, las ciencias renacentistas e incluso los nuevos sistemas de raciocinio y de valores, despertaron entre los japoneses una viva curiosidad y gran interés.

Nobunaga, particularmente intrigada por la nueva civilización traída por los ibéricos, rápidamente adoptó el uso de las armas de fuego y desarrolló una nueva táctica militar en la que el papel principal lo jugaba una gran concentración de soldados peones (la in-

fantería) y no los jinetes con pesadas armaduras (la caballería), como había ocurrido hasta entonces. La batalla de Nagashino, de 1575, en la que derrotó a los Takeda, estableció definitivamente su supremacía militar. Al año siguiente, Nobunaga ordenó la construcción de un castillo en Adzuchi, como sede del poder central. En busca de intercambio comercial, así como de protección, llegaban al castillo de Adzuchi mercaderes chinos, coreanos y portugueses, quienes fueron siempre bien recibidos. Algunos frailes como Luis Frois también visitaron a Nobunaga, quien estaba interesado en fomentar el cristianismo como contrapeso a la influencia vehemente de las sectas budistas populares.

A los ojos de estos primeros visitantes europeos, Kioto aparecía como la describen las siguientes palabras de João Rodrigues:

La ciudad es extremadamente limpia y en el medio de cada avenida amplia hay un canal de agua traída de las excelentes fuentes y arroyos. Las calles se barren y en ellas se esparce agua dos veces al día para conservarlas muy limpias y frescas, puesto que cada hombre se hace cargo de la parte que queda frente de su casa. Como la superficie está inclinada, no hay lodo y cuando llueve, se seca en muy poco tiempo. Las casas que están sobre las calles son comúnmente tiendas, oficinas y talleres de diferentes artesanías. Los espacios para habitación de la gente y cuartos para los visitantes se encuentran en el interior.

Algunas calles son muy largas y anchas y en un lado tienen pasajes cubiertos, por los que la gente puede caminar evitando la lluvia o el sol, o mirando las tiendas. [...]

La ciudad está bien provista de abundantes provisiones como, por ejemplo, presas de caza, aves del monte, pescados frescos de varios tipos de ríos y lagos, pescados de mares, especialmente en invierno cuando los traen desde el mar del norte de alrededor de nueve leguas de distancia y del mar del sur, de doce leguas de distancia. Hay muchas clases diferentes de legumbres y frutas según la estación. Se les transportan en la madrugada desde los sitios y granjas cercanos y se venden en los mercados donde se juntan doscientas o más personas. Además de los mercados donde se venden toda clase de alimento, hay hombres que ambulan por las calles vendiendo cosas y anunciando en voz alta que ofrece esto u otro. En toda la ciudad, hay un gran número de posadas y tabernas que proveen de comida a la gente que viene de afuera; también hay muchos baños públicos, donde aún ahora un empleado toca una corneta para invitar a la gente a bañarse, pues los japoneses son muy amantes del baño.

La gente de Miyako (Kioto) y sus alrededores es ecuaníme, cor-

tés y muy obligada. Se visten bien, son prósperos y son dados a continuas recreaciones, diversiones y pasatiempos como, por ejemplo, salidas de día de campo para apreciar las flores o jardines. Se invitan unos a otros para banquetes, comedias, obras, farsas y cantos de su género. Frecuentemente van en peregrinación y tienen gran devoción a sus templos. Tanto hombres como mujeres van a orar y a escuchar sermones en los templos, parece como si fuera algún aniversario.

Esta prosperidad de las ciudades era consecuencia de la política que adoptaban los señores feudales.

Nobunaga, por ejemplo, favoreció el desarrollo de los mercados y de los gremios libres, como una forma de alentar las actividades productivas y comerciales en todo el territorio bajo su control; ordenó, además, remover las aduanas y reparar los caminos y los puentes. Estas medidas servían al mismo tiempo para debilitar y finalmente someter por la fuerza a ciudades autónomas como Sakai. Sin embargo, el poderío de Nobunaga no duró mucho. En 1582 fue sitiado en el templo Jonnoo por uno de sus vasallos cercanos, Akechi Mitsuhide, y se suicidó.

Kinoshita (más tarde Toyotomi) Jideyoshi, uno de los jefes militares de Nobunaga, venció la fuerza de los Akechi en breve tiempo y se proclamó sucesor de Nobunaga. Jideyoshi, nacido en una familia campesina de la provincia de Mikawa, y cuyo padre había servido como peón en la infantería de los señores Oda, había hecho una rápida carrera militar como vasallo de Nobunaga. Después de pacificar las fuerzas de oposición en la región de Kinki, estableció como sede de su gobierno el magnífico castillo-palacio de Dyurakudai. El castillo de Osaka, construido con aportes de los señores vasallos en Ishiyama, era el símbolo de su hegemonía. En 1584, logró concluir la paz con las fuerzas de Oda Nobukatsu, hijo de Nobunaga, al obtener el apoyo de Tokugawa Ieyasu, a cambio del control sobre las ocho provincias de Kantoo. Al año siguiente sucumbieron los Choosokabe de Shikoku, y en 1587 los Shimadzu, que controlaban la mitad sur de Kyuushuu; en 1590 fueron derrotados los Joodzoo que dominaban el centro de Jonshuu y, finalmente, el mismo año, los Date y otros señores del noreste de la misma isla.

Jideyoshi, quien carecía de un prestigioso linaje guerrero, trató de reforzar su autoridad apoyándose en la figura del *tennoo*. Así obtuvo el nombramiento, primero de regente (*kanpaku*) y luego cam-

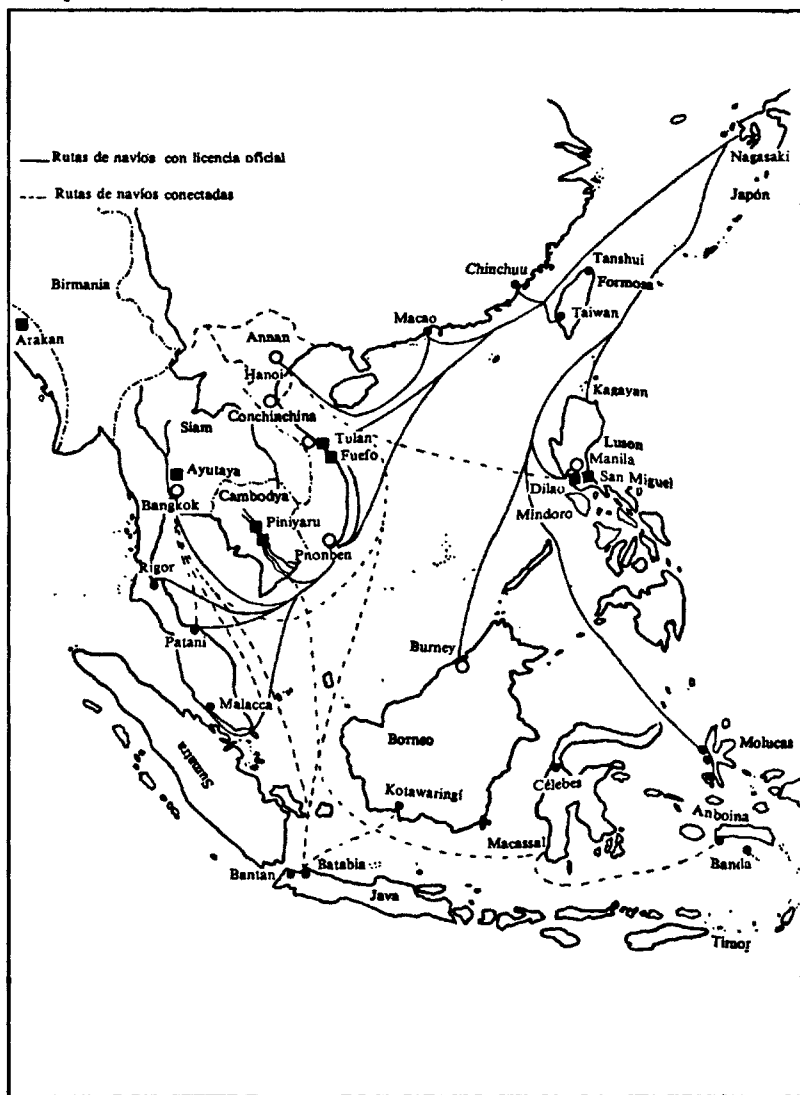
bió su apellido por el de Judyiwara en 1585; en el año siguiente fue gran ministro y, finalmente, recibió del *tennoo* el apellido Toyotomi. Tomando la lección de Nobunaga y con el fin de perpetuar su linaje, Jideyoshi cedió este cargo en favor de su hijo Jideyori, quien todavía era menor, permaneciendo en realidad en el poder como regente retirado (*taikoo*).

En el terreno administrativo, adoptó una serie de medidas radicales para construir una sólida base socioeconómica para su gobierno. En primer lugar, ordenó el catastro de tierra en todo el territorio bajo su dominio o de sus vasallos. Mediante este catastro, se consolidó la propiedad de la tierra del campesino contribuyente, acelerándose la disolución de la comunidad patriarcal, y se estableció además el principio de dominio de un solo señor sobre un territorio, eliminando la práctica medieval del dominio compartido. Al mismo tiempo, se fijó una nueva tasa y se estandarizó la forma de pago del impuesto sobre la tierra. Por otro lado, ordenó "la caza de espadas", para desarmar a los guerreros locales o a los soldados campesinos que no se integraran al servicio de Jideyoshi o de sus vasallos, pero además lo hizo con la intención de establecer una clara diferencia entre el estatus de los guerreros y el del resto de la población.

Jideyoshi desarrolló una activa política exterior; por un lado, promovió el comercio con el extranjero, otorgándole a los navegantes una licencia oficial con sello en tinta roja para certificar que no eran piratas; por el otro, ayudó a establecer, como se puede ver en el mapa 5, varias rutas marítimas en los mares de Asia oriental y sudoriental, producto de lo cual surgieron algunas pequeñas colonias japonesas en Manila y otros puertos del Sudeste asiático.

Como se ha visto, Jideyoshi permitió las actividades de los misioneros cristianos, por lo menos al principio, considerando que su presencia estimulaba el comercio con los "bárbaros del Sur" (*nanban*), como se llamaba entonces en Japón a los ibéricos. Sin embargo, en 1587, prohibió repentinamente la predicación cristiana y ordenó la persecución de los creyentes. Aparentemente, esta prohibición estuvo motivada por el temor a la capacidad de cohesión del cristianismo, que podía constituirse en una fuerza de oposición comparable a la de las sectas budistas populares de la Tierra Pura (Ikkoo) o la del Sutra de la Flor de Loto (Jokke). Por otra parte, también existió el motivo de la duda sobre las verdaderas intenciones de los misioneros españoles, en particular, de los fran-

Mapa 5. Actividades marítimas de los japoneses, siglos XVI-XVII



ciscanos, quienes ponían un gran empeño en ganar cada vez más espacios para la predicación en el país, al que habían llegado apenas en 1584, después de que Felipe II fue designado rey de España y Portugal, en 1580.

Por su parte los holandeses, comerciantes en todos los mares —que por entonces luchaban por su independencia nacional contra la Corona española— trataron de ganar el mercado japonés. Esta situación, combinada con la noticia de la conquista de las Filipinas por los españoles, proporcionó fundamentos para la decisión de Jideyoshi. Más tarde, en 1596, las palabras de uno de los marineros españoles del navío San Felipe, que naufragó a la altura de Tosa, isla de Shikoku, parecieron confirmar esta sospecha. El marinero dijo, según lo interpretaron las autoridades japonesas, que la Corona española tenía la intención de conquistar militarmente a Japón, tras la conversión al cristianismo de la población. Consecuentemente, en ese mismo año tuvo lugar una gran persecución de cristianos, tanto nativos como extranjeros, y Jideyoshi ordenó crucificar a 26 de ellos en Nagasaki, al año siguiente. Eran 6 frailes franciscanos; 3 jesuitas y 17 laicos japoneses. Entre los frailes franciscanos había un novohispano, conocido hoy como San Felipe de Jesús, puesto que el Papa santificaría más adelante a todos los mártires.*

Esta actitud de Jideyoshi se explica, además, por su temor a encontrar obstáculos y competidores para su plan de expansión regional. Así fue como, al terminar de someter a todo el país, mandó misiones a los gobiernos vecinos exigiéndoles el envío de tributos; tal fue el caso con el rey de Corea, con el gobernador de Goa, a quien consideró como representante del rey de Portugal, y con el capitán y gobernador general de las Filipinas en Manila, en tanto representante de la Corona española. Como el rey de Corea rechazó esta exigencia, argumentando que ya era tributario del Imperio Ming de China, Jideyoshi, en 1592, ordenó una expedición a Corea para expulsar a los chinos y demandar el sometimiento de los coreanos. Después de muchas pérdidas humanas y materiales frente a la tenaz resistencia coreana, los invasores llegaron a una tregua y se retiraron a su país. Al ver que las condiciones de la tregua no se cumplían, Jideyoshi ordenó una segunda expedi-

* En la pintura mural del siglo XVIII en la Catedral de Cuernavaca, se presenta la escena de la crucifixión y se lee la siguiente leyenda: "Resivenen iapon [...] emperador Tay Cosama mando martirizar por [...]"

ción, en 1597, que resultó todavía peor en cuanto a pérdidas, el agotamiento de los señores enviados y los daños a la población en general, motivo por el cual fue suspendida en 1598, justo a la muerte de Jideyoshi.

Cultura Momoyama

En la historia cultural, esta época de la reunificación del país y de grandes acciones político-militares y comerciales se conoce bajo el nombre de cultura Momoyama, por el nombre del lugar de Kioto donde Jideyoshi estableció su castillo-palacio Dyurakudai. Una de las características sobresalientes de esta cultura es el goce de la vida y los excesos, que llegaron en ocasiones hasta la extravagancia. Por otra parte, la presencia de elementos culturales ibéricos cristianos —los “bárbaros del sur” (*nanban*)— enriqueció y dio vitalidad y exotismo al estilo Momoyama, como se puede apreciar en los biom-bos *nanban* de la época (ilustración 7).

Kanoo Eitoku fundó una escuela de pintura mural decorativa, que se considera típica de la época, y creó un estilo grandioso, atrevido y libre, con un uso abundante del oro y la plata como elementos decorativos. Las nuevas expresiones artísticas surgidas en la época anterior, tales como el *noo*, la jardinería, la ceremonia del té, el arreglo de flores y los poemas eslabonados, llegaron a difundirse ampliamente. Al mismo tiempo, hubo un refinamiento en el estilo; como por ejemplo, en el caso de la escuela de té fundada por Senno Rikyuu, quien fuera maestro de arte a la vez que consejero político de Nobunaga y Jideyoshi. El alto a los combates y la prosperidad de las ciudades estimularon la aparición de nuevas artes populares, como las danzas extravagantes (*kabuki odori*), iniciadas por Okuni, bailarina de la provincia de Idzumo; las baladas urbanas y el teatro de muñecos con el acompañamiento del *shamisen*, nuevo instrumento de cuerda proveniente de las islas de Ryuukyuu. La cultura Momoyama floreció hasta principios del siglo XVII, cuando Ieyasu consolidó su shogunato en Edo.

Tokugawa Ieyasu y la fundación del shogunato en Edo

Tokugawa Ieyasu fue hijo de un pequeño señor feudal de la provincia de Mikawa. Cuando era menor, fue enviado como rehén

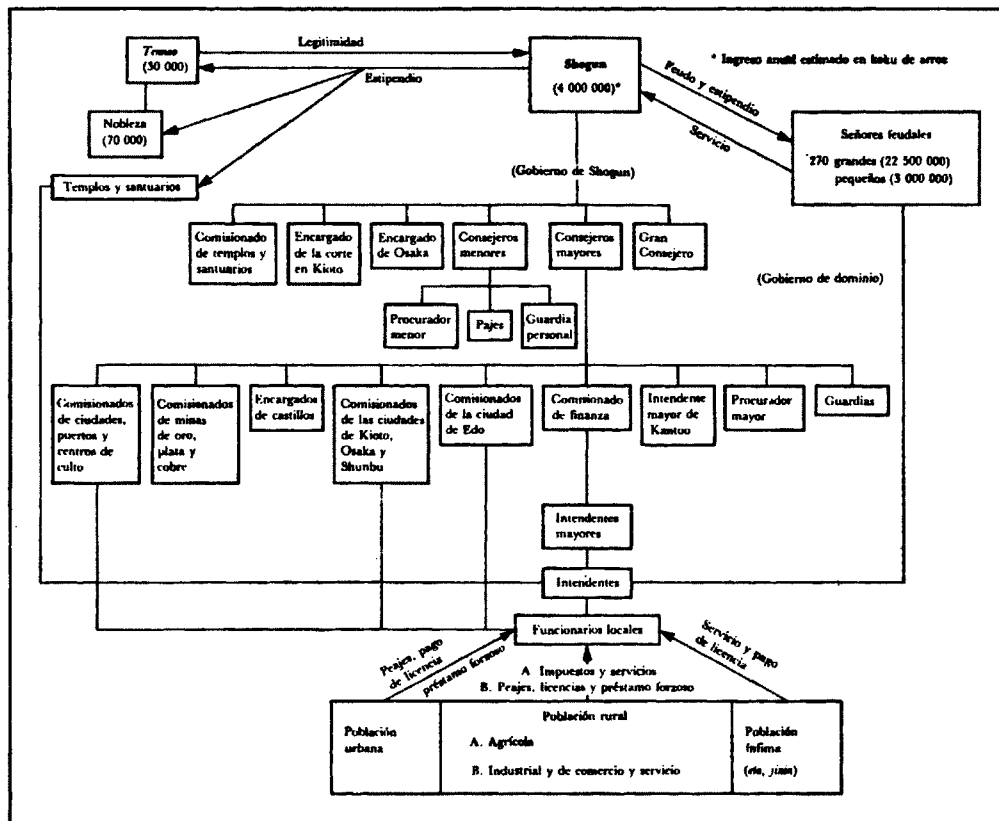
al castillo de un señor vecino, con quien su padre había establecido lazos de vasallaje. Participó en la lucha por el poder central como aliado y competidor de Nobunaga y Jideyoshi. A partir de 1590, al pactar con Jideyoshi y obtener las ocho provincias de Kantoo, concentró sus esfuerzos en la consolidación de su dominio y en la construcción de una base económica más firme. A la muerte de Jideyoshi, fungió como tutor de Jideyori, hijo aun menor de Jideyoshi, y ejerció de hecho el poder central. Cuando algunos jefes militares se opusieron a la hegemonía de Ieyasu, formando una alianza contra él, terminó derrotándolos en la batalla de Sekigajara, en 1600, y asumió plenamente el poder supremo. En 1603, obtuvo el nombramiento de *shoogun* del *tenno* y fundó el shogunato de los Tokugawa, en Edo (Tokio), que duraría más de 260 años. Finalmente, en la batalla de Osaka, en 1615, Ieyasu atacó a Jideyori, terminando con el linaje Toyotomi, eliminando así el peligro de sublevación de otros señores.

Bajo el gobierno de los tres primeros *shoogun* Tokugawa, se establecieron las bases del nuevo régimen feudal centralizado, en virtud del cual todos los señores vasallos tenían que establecer su residencia en Edo, donde habrían de mantener a sus esposas principales e hijos herederos. Los señores tenían por obligación el servicio militar, la ejecución y el financiamiento de las obras de construcción y, según el estatus de cada uno, el desempeño de funciones burocráticas en el gobierno central (sinopsis 4).

Los grandes señores (*daimyoo*) que tenían dominios cuyo producto anual oficial era de más de 10 000 *koku** de arroz, tenían la obligación de residir alternativamente en Edo y en el castillo en su dominio. Los señores debían obtener una autorización previa para el matrimonio, la sucesión y la herencia. El *shoogun* podía abolir, reducir, aumentar o trasladar el dominio de los señores; además, disponía del mayor territorio, cuyo producto anual estimado era alrededor de 4 millones de *koku*, de los cuales 3 millones eran distribuidos entre los pequeños señores, vasallos de confianza del *shoogun*. Tres cuartas partes del territorio del país fue ocupado por alrededor de 270 grandes señores de diferentes dimensiones y estatus (mapa 5). Existían tres casas que llevaban el apellido Tokugawa, que habrían de proporcionar un hijo adoptivo al *shoogun* en caso de que este último careciera de heredero varón.

* 1 *koku* = 180 litros.

SINOPSIS 4 Shogunato Tokugawa



Como cada *shoogun* creó nuevos dominios para sus hijos, el número de señores emparentados con el *shoogun* tendió a aumentar, amenazando las finanzas del shogunato. Entre los grandes señores había vasallos de confianza, que ocupaban puestos de responsabilidad en el gobierno de *shoogun*. Al contrario, los señores externos, es decir, aquellos que sucumbieron a Ieyasu en la batalla de Sekigajara, estaban marginados de las decisiones políticas del gobierno central y se ubicaban dispersos lo más lejos posible de Edo.

Cada señor mantenía, a su vez, a un grupo de vasallos guerreros proporcionándoles parte de su feudo o un estipendio anual. En principio, los guerreros (*samurai*) residían en Edo o en la capital del dominio y no podían dedicarse a ninguna actividad productiva, sino exclusivamente a los servicios, ya fueran éstos militares o civiles cuando tenían amo, o de libre profesión, como maestros, estudiosos, médicos, etc., cuando no tenían amo.

El *shoogun* obtuvo la legitimación de su poder por parte del *tenno*, y a cambio garantizó un estipendio anual y la protección del monarca y de su corte de aristócratas. Éstos fueron concentrados en Kioto y puestos bajo la vigilancia de un funcionario del *shoogun*.

Bajo el shogunato, cada secta budista o shintoísta estuvo organizada jerárquicamente, con un templo o santuario principal a la cabeza y capillas rústicas en las aldeas. Los principales templos y santuarios conservaron sus dominios o recibían un estipendio anual.

Más tarde, el gobierno del *shoogun* exigió que cada habitante se afiliara a una u otra secta budista o, eventualmente, shintoísta, para establecer así el control ideológico. Esto lo veremos más adelante.

Una vez asegurada la supremacía político-militar del *shoogun* sobre los demás señores, Ieyasu y sus sucesores trataron de afianzar aún más el régimen mediante el control social, a través de un sistema de estatus y el fortalecimiento de la base económica. Según el sistema de estatus, la población total (de alrededor de 26 millones, en 1721) fue dividida en cuatro categorías: los guerreros (10%), los campesinos (80%), los artesanos y los comerciantes (10%), y dos pequeñas categorías especiales: la suprema, conformada por el *tenno* y los nobles, y la ínfima, compuesta por los limpiadores, los curtidores, los rastrosos, los verdugos, los artistas, las prostitutas y otros intocables llamados *eta* y *jinin*. En principio, no se podía cambiar libremente de estatus, ni desempeñar ocupaciones que no correspondieran a lo establecido; para cada estatus se

asignaba un área de residencia y se prohibía el matrimonio y la adopción entre los diferentes estatus, sin previo permiso oficial. El *shoogun* estableció reglamentos particulares para cada estatus, como fue el caso del reglamento para los guerreros o del reglamento para el *tenno* y su corte.

Los campesinos, que constituían la base tributaria del shogunato, ocupaban la segunda categoría después de la de los guerreros. Para fortalecer la base económica, el gobierno del *shoogun* adoptó una serie de medidas que incluían, por ejemplo, la reclamación de tierras y patrocinó grandes obras de irrigación, además del control de las inundaciones. Gracias a estas obras, la vasta planicie de Kantoo llegó a producir importantes cantidades de arroz, junto con otros cereales y oleaginosas. Con el propósito de conservar una base tributaria estable, el shogunato de Edo promovió aún más la política de consolidación de las unidades domésticas de producción agrícola, apoyando de esta manera a los pequeños campesinos (*jonbyakushoo*) como contribuyentes.

El decreto del *shoogun* de 1643, que prohibió la compra-venta de tierras, y otro posterior que prohibió la subdivisión de las parcelas, ilustran claramente la preocupación del gobierno por mantener un número estable de campesinos-contribuyentes. Además, para asegurar el pago de impuestos, cuya tasa era alta, el gobierno adoptó el estricto y severo sistema de la responsabilidad colectiva para todos los contribuyentes de una aldea, comprometiendo como último responsable al jefe de aldea, para asegurar el cumplimiento del pago de los impuestos. En esa misma línea, para facilitar el cálculo de las finanzas del gobierno, se estableció el sistema de estimación del producto anual promedio de la tierra en *koku* de arroz, fijando determinadas tasas de conversión para distintos productos. Este sistema permitió, por lo menos teóricamente, evaluar los feudos en términos productivos y unificar el criterio impositivo, sin recurrir al mecanismo de mercado que podía minar el fundamento de la economía feudal.

En 1649, el *shoogun* Iemitsu decretó el reglamento sobre la vida de los campesinos. El siguiente fragmento ilustra cómo el gobierno feudal trató de asegurar su base tributaria a través de la difusión de la ética confuciana, que enfatizaba la piedad filial y la responsabilidad familiar:

Deben tener amor profundo y respeto hacia los padres. Este amor

se manifiesta, en primer lugar, en cuidarlos para que no se enfermen y conserven la salud. Pero lo más agradable para los padres es que el hijo no se emborrache, que no comience riñas y que se comporte bien; que los hermanos convivan amistosamente, los mayores protejan a los menores y los menores obedezcan a los mayores. Los que observen lo dicho, recibirán benevolencia de las deidades, terminarán sin perturbaciones el camino de la vida, madurarán bien sus granos en el campo y la cosecha para ellos será buena. Siempre deben comportarse bien y debidamente; tratar de vivir con comodidad porque si la persona es pobre, aunque quiera atender bien a sus padres, no podrá hacerlo. (Michiko Tanaka, *Movimientos Campesinos en la formación del Japón Moderno*, p. 94.)

En lugar de la comunidad patriarcal, que entró en decadencia bajo el impacto del nuevo régimen de la tierra basado en los campesinos contribuyentes, se consolidó la familia patriarcal como unidad de producción y consumo.

Todavía a fines del siglo anterior, aun entre los guerreros, la posición de la mujer en la familia era relativamente independiente, en particular si contaba con algún patrimonio propio. El padre jesuita Luis Frois señala en su tratado *Culturas comparadas de Europa y Japón en 1585*, lo siguiente:

En Europa, la hacienda es común entre los casados; en Japón cada parte tiene la suya separada y a veces la mujer presta dinero a su marido con alto interés. (Joseff Franz Schiitte, *Kultur-Gegensatze Europa-Japan*, p. 124.)

No obstante, la estabilización de la sociedad bajo el orden feudal jerárquico, reforzado con las normas confucianas de las relaciones humanas, junto con la alienación casi completa de las mujeres de la vida pública afectó profundamente el estatus social de la mujer de la clase guerrera. Según la enseñanza confuciana de la época la mujer debía practicar tres formas de obediencia: cuando niña a los padres; cuando adulta al marido y cuando vieja, al hijo. Mientras la mujer adúltera era castigada con la muerte inmediata, el marido podía e incluso debía mantener a varias concubinas aparte de la esposa legítima, para asegurar el nacimiento de un hijo, ya que el linaje de señor feudal o guerrero podía discontinuarse si no había un hijo heredero.

Las mujeres campesinas, comerciantes, artesanas o artistas mantuvieron una situación relativamente mejor, en comparación

con la de las mujeres de la clase guerrera. Sin embargo, la asimilación de las costumbres y de la ideología guerrera entre las familias campesinas y comerciantes acomodadas contribuyó a que las mujeres trabajadoras del campo y la ciudad también pasaran a ocupar una posición inferior.

La economía de los grandes dominios tendía a la autosuficiencia, por lo menos en un principio. Cada señor trató de fomentar la agricultura y la producción local de los bienes de primera necesidad. Sólo el excedente de arroz, una vez satisfechas las necesidades del dominio, era enviado a Osaka, donde agentes comerciales del *shoogun* y de los señores se hacían cargo de su venta y almacenamiento. Osaka constituyó el mercado central donde se concentraban también otros productos regionales como el papel, la cera vegetal, los textiles y diversos productos artesanales. El gobierno del *shoogun* controló también otras ciudades y puertos de importancia económica como Niigata, principal puerto sobre el mar de Japón; Kioto, que en esta época se destacaba como un centro textil refinado y de artesanías de lujo, aparte de ser la sede del *tennoo*, y Nagasaki y Jirato, puertos exclusivos para el comercio exterior oficial.

La política de "aislamiento del país" y el desarrollo del comercio exterior

La política de "aislamiento del país", que constituyó uno de los principios políticos del gobierno de los Tokuwaga, significó el monopolio por parte de éstos de las relaciones exteriores, especialmente del comercio exterior. Con excepción de los señores de Tsushima y Satsuma, de Kyuushuu, quienes controlaban el comercio con Corea y Ryuukyu respectivamente, ningún señor podía participar directamente en el comercio con el extranjero. Todo contacto con el exterior se restringía a Nagasaki y al principio también a Jirato, ambos puertos localizados en Kyuushuu, y un número limitado de comerciantes con licencia especial participaban en el comercio con los chinos y los holandeses, los cuales desplazaron a los portugueses, después de que a éstos se les prohibió la llegada a Japón.

Los primeros *shoogun* tenían gran interés en promover el comercio exterior, que tan buenas ganancias producía. Bajo las condiciones monopólicas, el volumen de importación de telas de seda y de otros artículos de lujo fue en aumento hasta alrededor de 1680.

A cambio de ello, Japón exportaba plata y cobre, cuya producción también estaba controlada por el gobierno del *shoogun*, por lo que hubo un marcado interés en mejorar las técnicas extractivas y de refinamiento de estos metales. En 1610, Ieyasu envió una misión a Nueva España, encabezada por Tanaka Katsusuke, comerciante de Kioto, para establecer relaciones comerciales y también, aparentemente, para obtener conocimientos sobre el método de amalgamación de la plata desarrollado en esas tierras. Tres años después Date Masamune, uno de los señores externos más grandes, que tenía dominios con un producto anual estimado de 560 mil *koku* de arroz, envió una misión a Roma, vía Nueva España, aparentemente con el tácito consentimiento de Ieyasu. Esta misión, de más de 20 guerreros, iba encabezada por Jasekura Tsunenaga (1571-1622) y la guiaba el franciscano Luis Sotelo. Jasekura logró obtener una audiencia del Papa Paulo V, pero tuvo que regresar a Japón en 1620 sin lograr los objetivos fundamentales de su misión: reanimar el comercio, que era la meta del señor Date y establecer un nuevo episcopado en el noreste del país, que era lo que buscaba Sotelo.

El interés de Ieyasu por el extranjero y por el comercio con éste, quedó vivamente registrado en el relato de Will Adams, un piloto inglés que llegó a la costa japonesa como náufrago y fue hecho prisionero, aunque más tarde se convirtió en vasallo y consejero de Ieyasu en materia de asuntos exteriores, con el nombre japonés de Miura Andyin. He aquí lo que escribió acerca de su primera audiencia con Ieyasu:

Entonces él me preguntó si nuestro país estaba en guerra. Le contesté que sí estaba en guerra contra los españoles y portugueses, estando en paz con todas las demás naciones. Luego me preguntó en qué creía. Dije que creía en el Dios que creó el cielo y la tierra. Me hizo varias preguntas más sobre las cosas relacionadas con la religión y otras, como por ejemplo, por qué ruta llegamos al país. Al obtener un mapa del mundo entero, le señalé que llegamos a través del estrecho de Magallanes. Él lo dudó y pensó que yo le mentía. Así de una cosa a la otra, me quedé a su lado hasta la media noche. Al ser interrogado sobre qué mercancías llevamos en nuestro barco, le mostré todo. Al final cuando él ya estaba a punto de irse, le comuniqué nuestro deseo de establecer comercio, como los españoles y portugueses ya lo hacen. Él me respondió algo, pero no lo entendí. Ordenó que me llevaran a la prisión. Dos días después me llamó de nuevo

e inquirió sobre las cualidades y condiciones de nuestros países, de las guerras y las paces, de las bestias y ganados de todas las clases, y de los paraísos. Pareció que estuvo satisfecho por mis respuestas a todas sus preguntas. Sin embargo, fui enviado de nuevo a la prisión, aunque esta vez mi alojamiento fue en otro lugar y mejor. (Cooper, *They came to Japan*, p. 115.)

La adopción de la política de aislamiento, a pesar de lo atractivo del comercio transpacífico, se explica por el temor hacia una acción conquistadora, oculta tras la actividad misionera, y la posibilidad de que los señores subordinados formaran una alianza con los extranjeros en contra del *shoogun*. La rebelión de decenas de miles de campesinos cristianos en Shimabara y Amakusa, en el oeste de Kyuushuu, en 1638-1639, reforzaron aún más la convicción acerca del riesgo político del cristianismo. El *shoogun* Iemitsu vio, no sin razón, una amenaza potencial en la gran capacidad de resistencia y cohesión de los campesinos rebeldes, unidos bajo la bandera de la cruz y temió una intervención extranjera en favor de ellos; sin embargo fue más bien la fuerza del *shoogun* la que solicitó el apoyo de los cañones de un barco holandés para atacar el castillo de Jara, en la referida rebelión. La expulsión de los conversos japoneses que no quisieron abandonar la fe engrosó el número de las pequeñas colonias japonesas en las islas Filipinas y en las costas indochinas (se señalan en el mapa 4), aunque con el tiempo estas colonias desaparecieron, disolviéndose entre la masa de la población local.

La sustitución de los portugueses por los holandeses en el intercambio comercial se debió a que estos últimos separaban claramente los asuntos espirituales de los negocios; además, los holandeses habían surgido como una nueva nación mercantil marítima—después de obtener la independencia de España en 1581—lo que los convertía en los principales aportadores de la civilización occidental, moderna y vigorosa a los ojos de los japoneses.

A pesar de la prohibición oficial, se seguían descubriendo intermitentemente a cristianos ocultos, quienes aceptaban severos castigos como la muerte y el destierro, con un espíritu de martirio que impresionaba mucho a las autoridades japonesas. En consecuencia, en la década de 1660 se adoptó el sistema del registro anual de la afiliación religiosa de toda la población, a la vez que se dieron a conocer los decretos del *shoogun* que establecían un orden jerárquico dentro de cada secta religiosa. Las sectas budistas popula-

res, otrora la más importante fuerza de oposición ante el poder central, se convirtieron en los instrumentos principales de este control religioso, que obligaba a toda la población a pertenecer a una u otra secta, en principio budista. Los sospechosos, los que habían sido cristianos y sus parientes hasta el octavo grado, debían pisar imágenes sagradas de Jesús o de la virgen para demostrar que no eran creyentes. Para viajar fuera de los límites de las aldeas cercanas, al principio era necesario llevar una carta del monje residente de la aldea y, más adelante, una de las autoridades aldeanas donde se certificaba que el viajero no era cristiano y donde se señalaba su domicilio y el destino de su viaje.

Para abastecer con alimentos y artículos básicos a la numerosa población urbana, el *shoogun* y los señores fomentaron el comercio y la industria artesanales en la capital y en las ciudades con castillos. Le otorgaban concesiones y licencias de monopolios a diferentes gremios, a cambio del suministro estable de bienes y, a diferencia de los campesinos, comerciantes y artesanos, no pagaban impuestos regulares. Bajo tales condiciones, la población urbana creció, atrayendo el excedente de la población campesina. Así fue como hacia fines del siglo XVII aparecieron grandes ciudades con cientos de miles de habitantes, como Osaka y Kioto, cuya función era fundamentalmente económica, convirtiéndose en centros tanto artesanales como comerciales. Con el crecimiento de Edo como una gran ciudad de casi un millón de habitantes, el mercado nacional giraba alrededor de dos polos: Osaka y Edo. Al principio, Osaka constituía el polo más importante y sus comerciantes se destacaron como agentes financieros de los señores, pero más tarde Edo cobró una mayor importancia económica.

*Desarrollo socioeconómico y cultural
en el siglo XVIII y las políticas del shoogun*

Agricultura y economía de mercado. La política de colonización y habilitación del campo alcanzó su límite hacia fines del siglo XVII. A partir de entonces, el esfuerzo por aumentar la producción se concentraba en el aumento de la productividad por unidad de tierra.

En diferentes regiones, los *ronoo*, “campesinos experimentados”, desarrollaron técnicas y sistemas de cultivo novedosos en forma independiente utilizando, por ejemplo, nuevas herramientas que mejoraban la productividad agrícola, como el azadón denta-

do para el labrado profundo y el “trillador de mil dientes” que hacía el trabajo de varias personas por lo que lo llamaban el “tumba-viudas”, ya que su actividad había sido hasta entonces la ocupación que se le destinaba a las mujeres necesitadas. Los libros chinos sobre agricultura, que en aquel entonces se importaban, eran difundidos con el apoyo oficial, pero además comenzaron a escribirse otros libros nuevos como una forma de registrar y divulgar los métodos e instrumentos que ofrecían mejores resultados; tal es el caso, por ejemplo, de la *Colección completa de obras sobre agricultura* de Miyadzaki Anteí (1667).

A partir de fines de siglo XVII surgieron nuevas tendencias en la agricultura y en la economía rural en general, que indicaban una mayor integración a la economía de mercado. Por un lado, en las regiones de Kinki y Tookai primero, y posteriormente en otras, se propagó el uso de fertilizantes comerciales como sardinas secas, el bagazo del prensado de aceite, excremento humano (de los centros urbanos), etc., que sustituían a los abonos vegetales; por el otro, fueron divulgados nuevos cultivos, especialmente industriales, como el algodón, las oleaginosas, las moreras para la cría de gusanos de seda y las hortalizas en las cercanías de los grandes poblados, al igual que las semillas mejoradas de arroz, cebada, soya y otros cultivos tradicionales. También se desarrollaron las industrias domésticas rurales de textiles y alimentos; así, los campesinos vendían parte de su trabajo o el de su familia a los comerciantes o empresarios de su propia aldea o de las ciudades cercanas. Por otra parte, también comenzó la especialización regional de la producción, como por ejemplo, el algodón en Kinki y la costa del Pacífico central; la cría de gusanos e hilados de seda en las provincias montañosas de Kai, Shinano, Koodzuke y Shimotsuke; la producción de junco para esteras en la región del mar Interior, etc. Los productos, tanto agrícolas como industriales, se concentraban en los mercados de Edo y Osaka para su redistribución.

Al comienzo del shogunato premoderno, sólo un número limitado de mercaderes, ligados con el *shoogun* o con los señores poderosos, participaba en este comercio a larga distancia. Un caso típico es el de la casa Koonoike, que se inició como productora de *sake* fino con un nuevo método de refinamiento, en la aldea de Koonoike, estableció tiendas en Osaka y llegó a vender *sake* en Edo. Más tarde estableció el servicio de cabotaje para el transporte de carga y de los señores del oeste y de su cortejo, que iban y venían

para cumplir con la obligación de la asistencia alternada. El paso siguiente fue la operación de casas de cambio en Edo y Osaka y el financiamiento de grandes obras de habilitación de la tierra.

Hacia fines del siglo XVII aparecieron nuevos comerciantes, basados más bien en el consumo masivo de la población urbana en expansión. La casa Mitsui, por ejemplo, surgió en 1673 como la tienda de textiles Echigoya, en Edo. Extendió sus filiales también hacia Osaka y Kioto, y luego operó casas de cambio. Por la diferencia del metal-moneda (Edo a base del oro; Osaka, plata) y por la necesidad de giros para las transacciones diferidas o de larga distancia, su papel adquirió gran importancia.

En el cuadro 2 se puede apreciar que ya para 1736 se había conformado un mercado nacional de considerable tamaño con dos centros principales, uno de los cuales era Osaka.

Si bien la introducción de cultivos comerciales mejoró el nivel de vida material de la población rural, también creó la necesidad de dinero y la consecuente dependencia de los comerciantes o de los empleadores. Además, con la reducción de la autosuficiencia económica de los hogares y de las comunidades a causa de los cultivos comerciales, el abastecimiento de los alimentos básicos se convirtió en un importante problema. Sin embargo, el gobierno feudal se preocupó principalmente por asegurarle el abastecimiento de comestibles a la población urbana. En consecuencia, en los años de malas cosechas derivadas de desastres naturales como las sequías, las bajas temperaturas en verano o las inundaciones, se produjeron hambrunas en diferentes regiones. En estos años, los campesinos necesitados acumulaban deudas con los prestamistas, los comerciantes o los campesinos ricos, que entonces se apropiaban de las tierras a través del embargo. Se dio así la concentración de la tenencia de la tierra, a pesar de la prohibición oficial de la transferencia, con lo que surgió una nueva clase de terratenientes.

Cultura Guenroku. A partir de la fundación del shogunato en Edo, el neoconfucianismo de Zhuxi fue adoptado como la ideología oficial. Ieyasu le ordenó a Jayashi Radzan la fundación de una academia oficial en Edo, para educar a los hijos de los señores y guerreros. Un buen guerrero (*samurai*) debía manejar bien tanto las armas como las letras. Los grandes señores siguieron este ejemplo y patrocinaron las academias de estudios confucianos en las ciudades con castillos. Algunas de esas academias se destacaron por

CUADRO 2

IMPORTACIÓN EN EL PUERTO DE OSAKA EN 1736

<i>Artículo</i>	<i>Cantidad</i>	<i>Precio (kan)^a</i>	<i>Lugar de origen (Provincia)</i>
Arroz	39 742 560 (litros)	8 638	Dewa, Satsuma, Koochi, Idzumi, Ise, Shima, Owari, Mikawa, Tootoomi, Mino, Mutsu, Ecchu, Echidzen, Echigo, Kaga, Noto, Tango, Inba, Idzumo, Jarima, Bien, Bichuu, Bingo, Aki, Suoo, Nagato, Kii, Awadyi, Shikoku, Chikudzen, Chikugo, Budzen, Bungo, Jidzen Jigo
Semilla de colza	23 194 620		Bungo, Bidzen, Jigo, Chikugo, Bichuu, Bingo, Idzumi, Koochi, Settsu, Ecchu, Iwami, Jarima, Suoo, Kii, Awadyi, Awa, Sanuki, Chikudzen, Budzen, Jyuuga, Satsuma, Tshushima
Papeles		6 884	Suoo, Bungo, Yamato, Settsu, Musashi, Mino, Mutsu, Tamba, Iwami, Jarima, Bichuu, Bingo, Aki, Nagato, Kii, Sanuki, Iyo, Tosa, Chikudzen, Chikugo
Tela de seda	836 900 (metros)	1 458	Koodzuke, Kaga, Tango, Kai, Yamashiro, Jitachi, Echidzen
Tsumug ^b	80 500	190	Shinano, Jitachi, Yamashiro, Shimoosa, Musachi, Kamiosa
Tela de algodón blanqueada	11 783 910	5 172	Awadyi, Bidzen, Jarima, Koochi, Yamato, Idzumi, Settsu, Suoo, Kii, Awa, Iyo, Bungo, Budzen
Lino	356 471	1 073	Musashi, Iwami, Aki, Tadyima, Shinano, Shimotsuke, Dewa, Wakasa, Echidzen, Bingo, Bungo, Inba

CUADRO 2
(Continuación)

<i>Artículo</i>	<i>Cantidad</i>	<i>Precio (kan)^a</i>	<i>Lugar de origen (Provincia)</i>
Tela de algodón	962 327	3 597	Yamato, Yamashiro, Idzumi, Koochi, Settsu, Bichuu, Sanuki
Tapete de junco	616 298 (piezas)	1 167	Bingo, Tanba, Oomi, Bidzen, Bichuu
Cera vegetal	354 885 (kg)	2 374	Satsuma, Echidzen, Iwami, Aki, Jidzen, Yamashiro, Musashi, Hida, Mutsu, Dewa, Echuu, Ecigo, Tanba, Inba, Bidzen, Iyo, Chidkudzen, Chhikugo, Jigo
Índigo	1 800 150	1 246	Awa, Settsu
Té elaborado	839 820	695	Yamashiro, Iga, Yamato, Ise, Owari, Oomi, Mino, Tanba, Kii, Jyuuga
Tabaco	1 609 834	1 966	Musashi, Koochi, Yamato, Idzumi, Settsu, Kai, Jitachi, Koodzuke, Shimotsuke, Mutsu, Jarima, Bidzen, Bichuu, Bingo, Aki
Hez de la prensa de aceite ^c	2 802 206	463	Settsu, Mutzu, Dewa, Echigo, Aki, Bidzen, Bichuu, Bingo, Nagato, Kii, Sanuki, Iyo, Chikudzen, Chikugo, Budzen, Bungo
Sardinas secas ^c		3 493	Awa, Musashi, Kamiosa, Shimoosa, Jitachi, Bingo, Suoo, Nagato, Kii, Awa, Iyo, Shoodoshima, Tosa, Chikudzen, Chikugo, Bungo, Jidzen, Jyuuga, Tsushima

^a Unidad de peso. 1 kan = 3.75 kg. También sirve como unidad de dinero en la moneda de cobre.

^b Tela de seda de calidad inferior con hilo de seda anudado.

^c Fertilizantes.

Fuente: Ooishi y otros, *Nijon...*, p. 71.

una gran actividad intelectual, con lo que estimularon el surgimiento de diferentes escuelas no ortodoxas de confucianismo, como la escuela de Wang Ynagming desarrollada por Nakae Toodyu (1608-1648) y la escuela fundamentalista de Itoo Dyinsai y Yama-ga Sokoo (1622-1685). Este último, pensador independiente, elaboró el fundamento moral para la existencia del estatus *samurai*. En su obra *El camino del samurai* escribió:

La ocupación del *samurai* consiste en reflexionar sobre su propio modo de vida; ofrecer servicio leal a su señor, si tiene amo; profundizar la fidelidad en la amistad, y, antes que nada, dedicarse al cumplimiento del deber de acuerdo con su posición. En la vida de cada quien es inevitable involucrarse con obligaciones entre padre e hijo, hermano mayor y menor y marido y mujer. Aunque éstas son las obligaciones morales básicas para todos los hombres sobre la tierra, los campesinos, artesanos y comerciantes no disponen de tiempo libre en sus ocupaciones y, por lo tanto, no pueden actuar siempre de acuerdo con el Camino ni llevar una vida ejemplar. El *samurai* está exento de las ocupaciones de los campesinos, artesanos o comerciantes y puede confinarse a sí mismo para practicar el Camino. Si alguien en los tres estratos del común transgrede los principios morales, el *samurai* lo castiga, para mantenerlos en alto.

Para el *samurai* en lo externo no basta con saber las virtudes marciales y civiles, sino hay que manifestarlas. Por lo tanto, externamente, debe estar siempre listo en lo físico para servir a la primera llamada e internamente debe cumplir con el Camino entre señor y súbdito, amigo y amigo, padre e hijo, hermanos mayor y menor y marido y mujer.

En su corazón, conservar el Camino de paz, pero sin olvidar sus armas listas para su uso. Los tres estratos de la gente común lo tomarán como maestro y lo respetarán. Siguiendo su enseñanza, distinguirán lo fundamental de lo secundario.

Hacia fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, destacados estudiosos confucianos como Arai Jakuseki y Muroo Kyuusoo actuaron como consejeros cercanos a los *shoogun*. Desde allí enfatizaron la importancia de la educación como recurso del gobierno. Arai Jakuseki, por ejemplo, estableció el reglamento del buen gobierno, basado sobre el código moral confuciano, para los intendentes y los funcionarios locales, y el *shoogun* Yoshimune fomentó la educación popular como parte de su política de reforzamiento del shogunato.

En torno a la era Guenroku (1688-1703), tuvo lugar un importante avance en los diferentes campos del conocimiento y de las artes, destacándose Seki Takakadzu, en las matemáticas; Kaibara Ekken, en la botánica; Kechuu, en los estudios filológicos del japonés antiguo y de los dialectos; Arai Jakuseki, en los estudios críticos y positivos de la historia y la Escuela de Mito —establecida por Tokugawa Mitsukuni, señor de Mito y nieto de Ieyasu— inició la elaboración de la *Gran Historia de Japón* y la compilación de las fuentes históricas, que eran indispensables para esta grandiosa tarea. A pesar de la extrema restricción de los contactos con el exterior, los conocimientos científicos de Europa occidental se asimilaban a través de los libros traducidos y publicados en chino y también a través de los médicos de la factoría holandesa en Nagasaki.

Aparecieron también importantes producciones literarias y artísticas en las que se advierte una fuerte influencia de la burguesía urbana. Partiendo de la tradición de los poemas encadenados, Matsuo Bashoo creó una nueva forma breve de poesía, el *jaiku*, que comprimía en sólo 17 sílabas la imagen concreta del mundo circundante, a la vez que el estado anímico del autor en un momento dado. A diferencia de los poemas encadenados que se componían más bien para la diversión refinada, el *jaiku* de Bashoo tendía a tener un tono melancólico. Bashoo realizó numerosos viajes de contemplación a lugares históricos y de gran belleza natural. *Sendas de Oku* constituye un diario poético de uno de sus viajes al noroeste del país.

¡Ay, yerbas del verano!
Eso es todo lo que queda
del sueño de los héroes.

(Traducción de Octavio Paz. Bashoo, *Sendas de Oku*, UNAM, 1957, p. 58).

Este comentario del poeta acerca de lo efímeras que son las hazañas humanas lo produjo al visitar en pleno verano las ruinas donde, un siglo atrás, los señores de la guerra habían combatido por el poder. Bashoo tuvo como patrones a los comerciantes urbanos (*choonin*) acomodados, quienes lo invitaban a presidir las reuniones de poemas encadenados.

Por esta época comenzaron a aparecer escritores profesiona-

les, quienes podían vivir del sueldo de dramaturgos para uno o varios teatros (ya fuera el de muñecos, *ningyoodyooruri*, o el *kabuki*, una lujosa forma de teatro que combina elementos del drama y la revista) como Chikamatsu Mondzaemon, o el pago de los derechos de autor, como Ijara Saikaku. Estos autores profesionales escribían sus dramas y novelas inspirándose en los acontecimientos de su época y en los recientes sucesos históricos. Chikamatsu nació en 1653 como hijo de un guerrero. Cuando su padre perdió el empleo por quedarse sin amo, él y su madre se trasladaron a Kioto para servir en las casas de la nobleza, donde Chikamatsu asimiló la cultura clásica japonesa. En el comienzo, destacó como autor de piezas históricas para el teatro de muñecos y luego para el *kabuki*, pero su fama quedó establecida cuando en 1684 se conoció su primer drama de ciudadanos (*choonin*), *Doble suicidio de amor en Sonedzaki*. Según Chikamatsu, el requisito fundamental del drama de ciudadanos es la existencia y el desarrollo de los conflictos entre “el sentimiento” y la “obligación”. *Doble suicidio de amor en Tennoamidyima*, la mejor pieza de este género, es un buen ejemplo de cómo las múltiples obligaciones de cada personaje son tan ineludibles que al transformarse en conflictos sin solución orillan a los protagonistas al doble suicidio, a pesar de la buena voluntad de casi todos los involucrados.

Dyijee, el protagonista de *Doble suicidio de amor en Tennoamidyima*, es dueño de una papelería en Osaka y está profundamente enamorado de una cortesana, Kojaru, de Sonedzaki, el barrio de tolerancia. Tajee es un comerciante rico que compite por ella y que está a punto de pagar por su libertad, a pesar de que Kojaru no lo quiere. Osan, la esposa de Dyijee, se percata de la aflicción de su marido y teme por su vida, ya que sólo la muerte podía ser solución para los enamorados. Decide entonces escribirle a Kojaru:

“La tristeza de ser mujer la compartimos. Le ruego que haga un esfuerzo inhumano por cortar con él, para salvarle la vida”.

Kojaru le responde:

“Aunque el señor me sea más importante que yo misma o que mi vida, ante la obligación humana frente a usted, juro cortar con él”.

Al enterarse, a través del hermano mayor de Kojaru, que ésta ya no tiene interés en él, y que está a punto de entregarse a Tajee,

Dyijee se enfurece y la inculpa por su deslealtad. Osan, por el temor que le provoca la decisión de morir que ha tomado Kojaru, revela lo de las cartas y le pide a su marido que pague por la libertad de la cortesana, y ofrece vender sus pertenencias para completar el dinero. En ese momento llega el padre de Osan quien, enojado por el trato que está recibiendo su hija, la divorcia y se la lleva a su casa por la fuerza. Dyijee, que es hijo adoptivo, se siente arrinconado por el daño irreparable que le ha causado a su familia adoptiva. Kojaru también se encuentra en una situación sin salida. Los dos se escapan de los ojos vigilantes del patrón de Kojaru, para seguir el camino del doble suicidio. Aun entonces a Kojaru le preocupa romper el juramento que le ha hecho a Osan de no llevar a Dyijee a la muerte. Para apaciguar el desprecio, el enojo y los celos, los dos se cortan el cabello, a la manera de los monjes, a fin de estar libres de las ataduras mundanas y mueren separados el uno del otro.

Otro escritor destacado de la época fue Ijara Saikaku, quien nació en 1642, y fue hijo de un comerciante de Osaka. Trabajó como comerciante durante los años del auge inicial del capital comercial bajo el shogunato Tokugawa. Al principio su nombre adquirió fama como el de un poeta extraordinariamente prolífico, y desde 1684 mantuvo la primacía de una altísima productividad: 23 500 pequeños poemas en 24 horas. A los 41 años se convirtió en novelista y siempre mostró un interés insaciable por todas las facetas de la condición humana: "No hay nada más simpático que el ser humano, y mi interés hacia él crece de día con día". A sus ojos, toda la gente, sin importar su situación social o su profesión, valía lo mismo:

La mente humana no es distinta entre todas las personas. Si alguien lleva la espada larga, es un guerrero; si el gorro de pico, sacerdote shintoísta; si la ropa negra, bonzo; si el azadón, campesino; si el hacha de mano, artesano; si el ábaco, comerciante. Hay que saber que el oficio de cada familia tiene valor.

Saikaku abarcó en su obra de ficción tres temas principales: la vida amorosa de los hombres y las mujeres; la ridiculez de los guerreros que tratan de guardar las apariencias sacrificando los dictados del sentimiento, y la tragicomedia cotidiana de la vida calculadora de los habitantes de las ciudades. Su primera novela, *La*

vida amorosa de un hombre, publicada en 1682, constituye una parodia de *Cuentos de Guendyi*. La novela trata de los 54 años (alusión a los 54 capítulos de la obra clásica) de las aventuras amorosas de Yonosuke, comerciante, príncipe de la era Guenroju, desde su primer amor, a la edad de 7 años, hasta su partida en una embarcación hacia la Isla de las Mujeres, a los 60 años. En esta y otras novelas amorosas, Saikaku pone a la luz el motivo primario de la vida de los hombres: Eros.

En sus obras sobre este tema, como *El almacén familiar a perpetuidad de Japón* y *El munao de los cálculos*, Saikaku describió con humor y simpatía las múltiples y variadas situaciones de la vida de los comerciantes, afirmando la virtud de la riqueza honestamente ganada. A través de estas obras, se puede visualizar el animado barrio comercial de Naniwa (Osaka) a fines del siglo XVII:

Desde el puente de Naniwa, hacia el oeste, se divisa el panorama de miles de tiendas de mayoreo, cuyos techos se juntan uno con otro, y la blancura de los muros de sus almacenes luce más que la nieve del amanecer. Las montañas de costales se mueven tiradas por los caballos, haciendo un ruido tremendo igual al de un trueno. Flotan, como hojas de sauce caídas sobre el río, un sinnúmero de lanchas, que van y vienen entre los grandes barcos y las orillas. Los vendedores de arroz son robustos y vivaces, como bambúes del bosque. Las páginas de los libros de contabilidad se agitan por el movimiento y las cuentas del ábaco vuelan como granizo; el ruido del conteo de las monedas resuena como un trueno, y el viento favorable para los negocios hace que se levante la antepuerta. [...] (*Nijon Koten bungaku taikei*, vol. 48, p. 42.)

Sobre el origen social y el ciclo de la vida de los comerciantes, Saikaku se expresó así:

Aunque de origen humilde, si les llega el momento, podrían ser patrones y andarían con sus gorros doblados y sus palos y harían cargar a sus acompañantes mudas de calzado, todos son hijos de los labriegos de Tsu o Idzumi. Los primogénitos se quedan en las casas y los hijos menores llegan a la ciudad como aprendices. Mientras son unos mocosos, les toca hacer mandados; una vez que ya se han cambiado dos o tres mudas de uniformes, han llegado a usar los escudos familiares y han adoptado el peinado que usa un joven comerciante, acompañan al patrón a oír música o a ver teatro *noo* y a pasear en lancha. Aprenden a escribir en la arena y también a sumar y restar

con el ábaco, mientras cuidan a los niños. Rápido pasa el tiempo, y de nuevo cambiarán de peinado para salir a cobrar a los clientes. Cuando llegan a ser oficiales menores, comienzan a emprender sus propios negocios, quedándose con la ganancia si la hubo y apuntando las pérdidas en la cuenta del patrón. Al fin llega el momento de independizarse, pero aun queda pendiente la reposición de la pérdida. Aunque el patrón acepte la conciliación, sólo llegarían a ser vendedores ambulantes. Muchos siguieron este camino, pero algunos si llegaron a ser millonarios. Todo depende de la conciencia de cada uno. (*Ibidem.*)

Saikaku y Chikamatsu expresaron ampliamente la ética y la estética de la clase comerciante, que comenzó a acumular poderío económico, pero cuya participación política fue muy limitada.

Esta misma clase patrocinó la cultura epicúrea y barroca de los barrios de las cortesanas, así como las diferentes artes para el entretenimiento y el adorno de la vida, como por ejemplo las modas en el peinado y las prendas de vestir, la decoración interior y los bailes y cantos de salón. Este florecimiento cultural urbano se conoce bajo el nombre de cultura Gueroku, por haberse producido principalmente en la era Guenroku. Al mismo tiempo, bajo la protección de los señores feudales, el arte y la artesanía se difundieron y florecieron más allá de las tres principales ciudades, en las ciudades con castillos de la provincia.

Reforma de la era de Kiojo

A partir de mediados del siglo XVII, el gobierno del *shoogun* comenzó a tener dificultades financieras debido a los gastos ocasionados por las grandes obras, que incluyen la construcción del santuario Tooshoo en Nikkoo —donde Ieyasu fue venerado como deidad— y los gastos suntuarios de los señores, mediante los cuales se distinguían sus rangos. En suma, los grandes gastos ocasionaban el aumento del egreso anual, con el agravante de que el ingreso anual no se acrecentaba al mismo ritmo. El aumento en la producción agrícola durante el siglo XVII no siempre se tradujo en el incremento de impuestos, ya que el estrato medio situado entre el pequeño campesino contribuyente y el señor, y que estaba representado por los comerciantes locales, los prestamistas y los terratenientes —los cuales frecuentemente financiaban las obras de irrigación y de colonización— hacía suyo el excedente de la pro-

ducción. Además, la burocracia feudal se dejaba sobornar por la población, la cual trataba de obtener una baja estimación de su cosecha durante la vista anual. Por otra parte, el comercio y la industria en expansión todavía no se tomaban lo suficientemente en cuenta como fuentes de ingresos por la vía de los impuestos.

El comercio exterior provocaba la salida de importantes cantidades de plata y cobre del país a cambio de la importación de telas de seda, dando lugar con ello a la escasez de metal para monedas, con la consecuente tendencia deflacionaria, lo que condujo a una baja en los precios del arroz, que afectaba a la clase guerrera. Para resolver esta dificultad financiera, Arai Jakuseki, en calidad de consejero del *shoogun* Ienobu, reorganizó la burocracia del shogunato, especialmente a nivel local, y limitó el monto de las importaciones, fomentando la producción doméstica de telas de seda, de medicinas, etc.; por otro lado, sustituyó la exportación de metales por productos marinos secos, ingrediente culinario muy apreciado en China.

El *shoogun* Yoshimune (1716-1751) continuó la política de reforzamiento del shogunato, política que posteriormente se conocería como la Reforma de la Era de Kioojo (1716-1735). Nombró como asesores y funcionarios de alta responsabilidad a individuos de talento, sin importar su rango, y para aliviar las dificultades financieras del *shoogun* obligó a los señores a aportar hasta un 10% de sus ingresos anuales a cambio de la suspensión temporal de la asistencia alternada en Edo. Ordenó también la cancelación de las deudas de los campesinos a los terratenientes-prestamistas y la devolución a sus dueños originales de las tierras embargadas o vendidas. Esta última medida le creó problemas de financiamiento a los pequeños campesinos necesitados, porque se redujo radicalmente la oferta de préstamos. Como consecuencia, se produjeron una serie de levantamientos campesinos, en demanda de la abolición de tal ordenanza. A partir de este momento, Yoshimune optó por la cooperación del estrato medio rural de terratenientes, comerciantes y prestamistas y ya no trató de suprimirlo.

A partir de la reforma, se generalizó el sistema de la tasa fija de impuesto. Según este sistema, la aldea debía pagar una cantidad invariable de impuesto anual, independientemente de la extensión de los cultivos y de las condiciones de la producción, y sin la necesidad de recibir la inspección oficial anual sobre la cosecha. Al adoptar este sistema, se llevó a cabo una nueva revisión de las

tierras, para fijar el producto anual promedio, que serviría como base para el cálculo de los impuestos. La medida dio sus frutos: el impuesto anual total se incrementó momentáneamente. Sin embargo, a la larga, este sistema favoreció también al campesinado, especialmente a los terratenientes, puesto que el aumento de la productividad de la tierra dejaba un excedente disponible. Hasta la década que va desde 1756 hasta 1765, el impuesto anual sobre la tierra que obtenía el gobierno del *shoogun* aumentó, tanto en términos absolutos como relativos. Pero más adelante se estancó e incluso fue disminuyendo gradualmente y nunca se pudo recuperar el monto alcanzado en aquella década, a pesar de los esfuerzos de los gobiernos feudales.

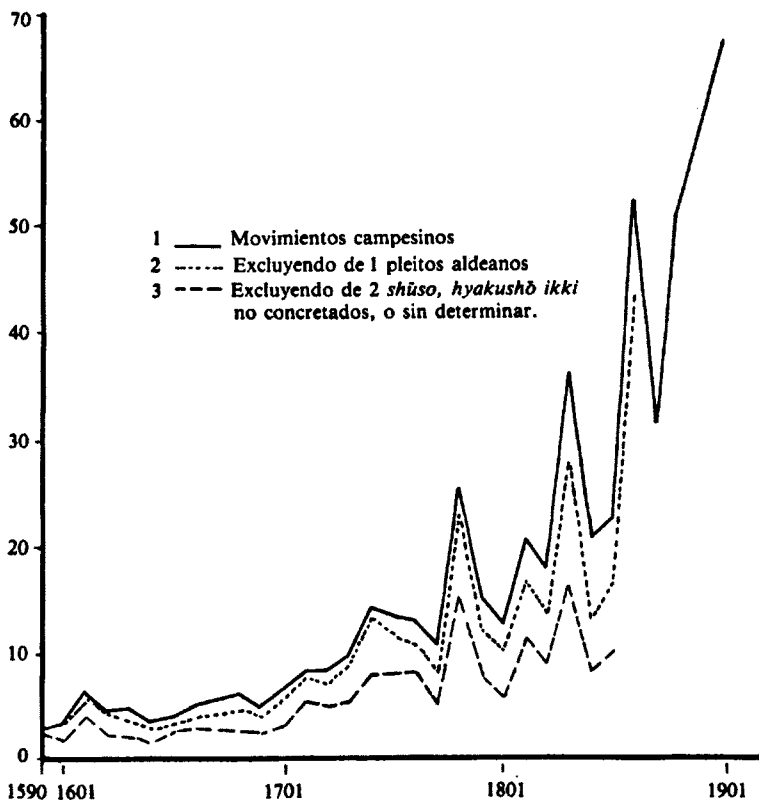
Dos fueron las razones principales para que no aumentara el ingreso de los señores feudales por concepto de los impuestos sobre la tierra: primero, la creciente protesta campesina bajo la forma de peticiones, fugas colectivas, demandas por la fuerza y destrucción de propiedades, y segundo, el crecimiento del estrato medio rural de campesinos ricos (*goonoo*), que acumulaba tierra por compra o embargo, establecía comercios e industrias y, además, desempeñaba frecuentemente alguna función administrativa en el gobierno local o del dominio. Desde el punto de vista del señor feudal, estos campesinos ricos desviaban el excedente agrícola que debía destinarse a los impuestos.

Para prevenir los levantamientos campesinos, el shogunato estableció severos castigos, que incluían la pena capital para los líderes, y fomentó la denuncia, premiando a los denunciantes. No obstante esto, los movimientos populares de protesta aumentaron en número y extensión. Es así como en la década de 1780, en coincidencia con varios desastres naturales, la protesta campesina alcanzó su máximo (gráfica 1).

(Para hacer frente a la formación del nuevo estrato medio rural, estrechamente relacionado con el mercado, el shogunato optó por la política promercantil de Tanuma Okitsugu, consejero personal del *shoogun* Iejaru entre 1767 y 1786, según la cual debía hacerse un aumento en el cobro de impuestos y en el pago de las licencias por actividades comerciales e industriales, a cambio de una mayor libertad y de la puesta en práctica de una política de fomento mercantil. El shogunato contrató a los comerciantes ricos de las grandes ciudades como asesores financieros, lo que dio pie para el soborno de los funcionarios del *shoogun*, puesto que la contrata-

GRÁFICA 1

PROMEDIO ANUAL DE MOVIMIENTOS CAMPESINOS EN CADA DÉCADA (1590-1911)



ción oficial implicaba un gran beneficio. Esta política también aceleró la penetración de la economía de mercado en el campo, difundiendo la subocupación campesina, como en el caso del trabajo a domicilio bajo el control del capital comercial, especialmente de la industria textil. Por otra parte, el aumento de las actividades

no agrícolas produjo el alza de los salarios de los jornaleros agrícolas; esto hizo poco rentable la explotación empresarial de las grandes extensiones de tierra, motivando que éstas se arrendaran en pequeñas parcelas a los campesinos, e incluso comenzó a haber parcelas abandonadas, cuando su productividad era baja. Consecuentemente, se produjeron éxodos rurales y se le dio preferencia a los cultivos comerciales en vez de a los de granos. Así, en años de mala cosecha, escaseaba el alimento y los gobiernos feudales tenían que distribuir víveres para combatir el hambre y aplacar los motines de arroz, no sólo en las ciudades sino en las zonas rurales integradas en la producción comercial.

*Problemas internos y externos
en el shogunato Tokugawa tardío*

Al llegar al poder en 1787, el *shoogun* Ienari destituyó a Tamuna Okitsugu y nombró como consejero mayor a Matsudaira Sadanobu, quien inició la Reforma de la Era de Kansei en ese mismo año, en medio de un gran motín en las ciudades de Edo y Osaka causado por el alza en los precios del arroz. El objetivo fundamental de la reforma fue el del reforzamiento del shogunato, y las medidas adoptadas tuvieron características básicamente conservadoras. Se decretó el ahorro y la frugalidad y se fomentaron la agricultura y las artesanías campesinas; se trató de restringir las actividades comerciales e industriales rurales, fortaleciendo el control de los gremios autorizados en las grandes ciudades; se intentó detener el éxodo rural, regresando al campo a la población urbana desempleada y marginal; hubo un esfuerzo por difundir las enseñanzas confucianas entre la población campesina y, finalmente, se combatieron las corrientes alternativas dentro del confucianismo, mediante la prohibición de las heterodoxias. Estas medidas conservadoras, sin embargo, no tuvieron éxito, ya que no era posible el regreso a la economía autárquica ni tampoco la recuperación del antiguo modo de vida. Tan sólo se causó un impacto negativo entre los medios intelectuales y artísticos de las ciudades.

Durante las eras de Bunka (1804-1817) y Bunsei (1818-1829), el *shogunato* concentró sus esfuerzos en el fortalecimiento de las bases financieras, mediante el desarrollo de las actividades productivas en general y la integración del estrato medio rural al servicio

de la burocracia feudal local. En la región de Kantoo, donde se ubicaba Edo y donde el *shoogun* tenía grandes extensiones de tierra bajo su dominio directo, surgieron varios centros comerciales y una red de mercados locales. Los terratenientes y empresarios rurales (*goonoo*), quienes tenían interés en el reconocimiento oficial de sus derechos *de facto* y en la reglamentación de las transacciones mercantiles, colaboraron con el gobierno feudal cumpliendo con las funciones locales de gobierno.

Los señores feudales también trataron de fortalecer la economía de sus respectivos dominios, valiéndose de estudiosos con amplios conocimientos prácticos sobre agronomía, industria, asuntos militares, etc., que se empleaban como asesores en los gobiernos de los diferentes dominios. Entre éstos destacan Jonda Toshiaki y Satoo Nobujiro, quienes recomendaron una política económica mercantilista hacia afuera y el fomento de la actividad agrícola industrial dentro de cada dominio.

Presiones desde afuera. Durante la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a darse cambios en cuanto a las relaciones internacionales en Asia. Como se ilustra en el mapa 6, Inglaterra desplazó a los portugueses y a los holandeses y comenzó a penetrar en la India, la cual llegaría a constituirse en una de las fuentes de acumulación originaria de capital más importantes para la revolución industrial británica. Por otra parte, el Imperio ruso se extendió hasta llegar a las orillas del océano Pacífico; en Asia Oriental estableció su frontera con el Imperio Ching de China, y en América ocupó Alaska. En varias ocasiones, llegaron exploradores rusos a las costas de Japón, comunicando el deseo del zar de establecer el intercambio comercial. Incluso, en 1768 se abrió una escuela de lengua japonesa en Irkutsk, un poblado sobre el lago Baikal. Para mantener una guarnición en el lejano Oriente, amén del acceso a puertos que no llegaran a congelarse, Rusia necesitaba del suministro de alimentos y la protección de los náufragos.

Esta expansión europea en Asia, en particular la rusa, causó inquietud entre los japoneses, que por ese entonces se dedicaban a los estudios holandeses (*rangaku*). Jayashi Shihei, por ejemplo, recomendó explorar y colonizar Jokkaidoo, una de las cuatro islas principales de Japón ubicadas en el norte del país, que estaba habitada entonces por los ainu, y en la parte sur, en el dominio de Matsumae, se estableció un reducido número de colonos y comer-

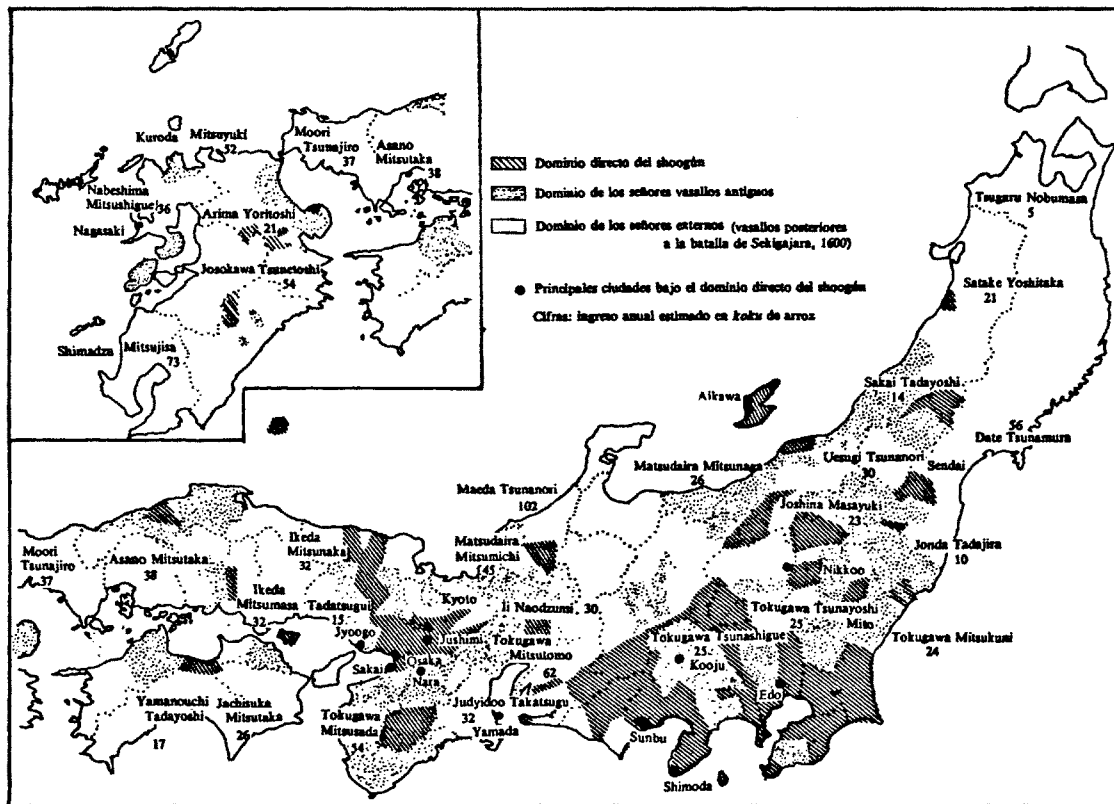
ciantes japoneses. En 1785, por orden del *shoogun*, Mogami Tokunai exploró Jokkaidoo y, más tarde, las islas Aleutianas. A partir de entonces, se intensificaron las actividades comerciales y colonizadoras de los japoneses en esta región (mapa 6). Los ainu, desplazados de su territorio original, se replegaron hacia regiones inhóspitas y su sociedad comenzó a sufrir las consecuencias: reducción demográfica, diferenciación social interna, mestizaje y asimilación cultural, y aunque se rebelaron contra la penetración japonesa, como lo prueba el último levantamiento de 1789 en Kunashiri, fueron reprimidos por la fuerza militar de la guarnición del norte, instalada allí para prevenir la expansión rusa. En 1792, el enviado especial de Rusia, Laksman, llegó al puerto de Jakodate en Jokkaidoo solicitando el establecimiento de un intercambio comercial, lo cual fue rechazado al igual que otras propuestas hechas en ese entonces por misiones de otras potencias europeas.

Desde principios del siglo XIX, embarcaciones inglesas y francesas empezaron a aparecer en las aguas de Asia Oriental y, ocasionalmente, algunos naufragos llegaban hasta las costas japonesas. En 1808, por ejemplo, después de la capitulación de los Países Bajos ante Napoleón, un buque de guerra inglés llegó abruptamente a Nagasaki, bajo el pretexto de que lo perseguía un barco holandés. Gran Bretaña intentaba aprovechar el momento para despojar a los holandeses de Asia. La respuesta del shogunato a esta situación fue el reforzamiento de la defensa costera y, en 1825, ordenó atacar cualquier barco extranjero que intentara acercarse. El mantenimiento de tales refuerzos en la guardia costera agregó nuevos gastos a los señores feudales.

La verdadera situación del país frente a las potencias europeas, que expandían su dominio colonial en India, el sudeste asiático, el Pacífico del norte y China, y que avanzaban rápidamente tanto en el terreno económico como en el político y militar, era prácticamente desconocida. Solamente un pequeño número de funcionarios del shogunato y los estudiosos, quienes habían tenido acceso a la literatura en holandés y mantenían contacto con los comerciantes y médicos extranjeros en su segregada residencia de Nagasaki, pudieron percatarse de la gravedad de la situación e insistieron en la necesidad de obtener más conocimientos acerca de Occidente.

Problemas domésticos. Durante la década de 1830, las hambrunas se

Mapa 6. Distribución de dominios bajo el shogunato Tokugawa (1664) Principales señores



sucedieron año tras año; la de 1836-1837 en particular, afectó a gran parte del país y acabó con cientos de miles de vidas. Tuvieron lugar numerosos movimientos populares, tanto en las ciudades como en el campo, que exigían alimentos y la reducción de los impuestos. Como puede observarse en la gráfica 1, esta década marcó un nuevo récord de los levantamientos campesinos. Se incrementó el número de ataques a las propiedades de los especuladores con el arroz y de los prestamistas y en ocasiones los rebeldes llegaron incluso a destruir esas propiedades, según ellos injustamente acumuladas, en nombre de la Deidad que Repara el Mundo. La rebelión de los pobres, que tuvo lugar en la ciudad de Osaka en 1837, bajo el liderazgo de Ooshio Jeijachiroo, excomisionado de la policía de la ciudad y seguidor de la heterodoxia confuciana de Wan Yan-ming, representó en este contexto un primer y significativo cuestionamiento público de la legitimidad del shogunato.

En ese mismo año, la tripulación del barco estadounidense *Morrison* trató de desembarcar, bajo el pretexto de devolver a algunos naufragos japoneses y proponer el establecimiento del comercio. No obstante, el *shoogun* ordenó rechazar a estos extranjeros y, en 1839, encarceló a Watanabe Kadzan, a Takano Chooei y a un grupo de estudiosos que criticaron la política exterior oficial del aislamiento y señalaron la necesidad de establecer relaciones exteriores y promover los estudios sobre Occidente, para poder enfrentarlo. A pesar de la severa persecución contra este grupo, tenían sus partidarios aun dentro de los funcionarios del shogunato. En contraposición, surgieron entonces grupos ultraconservadores o nacionalistas radicales de la Escuela de Mito y de la de Jirata, que abogaban por la política de rechazo a los extranjeros y por la necesidad de venerar al *tennoo* como el alma del “país divino”.

En 1841, bajo iniciativa de Midzuno Tadakuni, el consejero mayor principal del *shoogun* Ienobu, comenzó la llamada Reforma de la Era de Tenpoo. Midzuno ordenó una frugalidad estricta para los guerreros y la gente común, y trató de reglamentar hasta los más mínimos detalles de la vida cotidiana, para reprimir así la frivolidad y el consumo excesivo que habían caracterizado, según él, las décadas anteriores. Para la Era de Tenpoo, las deudas acumuladas de los señores ascendían a grandes sumas de dinero, que en ocasiones eran varias veces el monto de sus ingresos anuales. Para resolver este problema, el *shoogun* decretó la cancelación de las deudas, medida que provocó el retiro de la colaboración de los comer-

ciantes, que eran sus financieros. Acto seguido, Midzuno ordenó la disolución de los gremios de comerciantes oficialmente autorizados, los cuales controlaban la red de distribución nacional, por considerarlos responsables del alza de los precios que afectaba a los guerreros, que vivían de estipendios fijos. Por otro lado, intentó controlar directamente a los nuevos comerciantes y empresarios rurales mediante el registro y el control administrativo. Para mejorar las finanzas del *shoogun*, recurrió a préstamos forzosos de los comerciantes y acuñó monedas de baja ley, lo que produjo un efecto inflacionario. Para frenar la inmigración de la gente pobre hacia las ciudades, prohibió la entrada de trabajadores temporales a Edo y obligó a los vagabundos y a los desempleados a trabajar en talleres-reclusorios o a abandonar la ciudad. Midzuno trató, además de fortalecer la base económica y político-militar del shogunato mediante la consolidación y expansión del dominio directo del *shoogun* en Kantoo, haciendo que se les devolvieran tierras de su dominio a los pequeños señores de la región, lo que creó una oposición dentro de la misma clase gobernante. Ya para 1843, Midzuno tuvo que abandonar su puesto en el gobierno.

Más o menos en la misma época, se llevaron a cabo reformas administrativas de índole económica en diferentes dominios. Algunos grandes dominios de los señores externos ubicados en el suroeste del país, por ejemplo Satsuma, Chooshuu y Tosa, lograron fortalecerse como consecuencia de la exitosa aplicación de esas reformas. En estos dominios, surgió un nuevo liderazgo modernizador de tendencia mercantilista, que integró a los comerciantes y a la clase media rural en la tarea de expandir la producción bajo el monopolio comercial del dominio. También se intentó fomentar la producción agrícola mediante la colonización de nuevas tierras y obras de infraestructura agrícola. El dominio de Satsuma, en particular, gozaba de una situación financiera privilegiada, por su monopolio del azúcar proveniente del reino de Ryuukyuu, país tributario del señor de Satsuma. La estructura del gobierno del dominio se caracterizaba por ser una de las más conservadoras, ya que aún existían guerreros locales con residencia en el campo, tal como se practicaba en la época medieval. Sin embargo, frente a lo que fueron las dificultades financieras de la clase samurai en otros dominios, estos guerreros rurales se mantuvieron estables. Las frecuentes visitas de ingleses, franceses, rusos y norteamericanos a las islas de Ryuukyuu, para llevar a cabo un intercambio comer-

cial limitado con una tácita autorización del *shoogun* —aun antes de la apertura oficial del país— ofrecieron la oportunidad de acumular una mayor experiencia en cuanto a las relaciones exteriores y obtener conocimientos sobre Occidente. Bajo las condiciones del aislamiento, el shogunato y algunos otros dominios del sudoeste emprendieron la tarea de modernizar las fuerzas armadas, adoptando algunos elementos de la tecnología industrial militar del Occidente y obteniendo conocimientos a través de los libros holandeses, como por ejemplo, para la construcción de altos hornos para la fundición del acero.

La noticia de la derrota del Imperio Ching en la Guerra del Opio de 1840, sacudió a los dirigentes del shogunato. En 1842, finalmente fue abolido el decreto del rechazo indiscriminado de las embarcaciones extranjeras, emitido en 1825, y en su lugar, se decretó la facilitación del abastecimiento de agua y combustible indispensable a todo barco que se acercara a la costa, para evitar la provocación de enfrentamientos militares. Esta política “blanda” del *shoogun* fue criticada, entre otros, por los nacionalistas radicales de la Escuela de Mito, y los activistas *protennoo* agitaron a la vieja nobleza de la corte y lograron que se decretara el edicto del *tennoo* acerca de la defensa costera en 1846 y 1850.

Cultura Kasei. La expansión de la economía de mercado y los consecuentes cambios sociales derivados de ella, constituyeron el trasfondo de la llamada Cultura Kasei (Kasei se forma tomando las sílabas terminales de las eras de Bunka y Bunsei, 1804-1829), cuya característica fundamental fue la divulgación de diferentes elementos culturales entre las masas populares, tanto urbanas como rurales. Los conocimientos sobre la lectura, la escritura y el cálculo se difundieron ampliamente, mediante la enseñanza impartida por maestros aldeanos, que podían ser monjes residentes, funcionarios aldeanos u otras personas educadas. Según un cálculo, la alfabetización a mediados del siglo XIX alcanzó a más de la mitad de la población masculina.

En aquella época comenzaron a publicarse libros para consumo popular en grandes tirajes; por ejemplo, obras de ficción de Santoo Kyooden y diarios de viaje humorísticos e ilustrados de Dyuppensha Ikku, que tuvieron gran éxito. El grabado multicolor policromo en madera, que alcanzó un importante desarrollo en la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente sobre el tema

del "mundo flotante" (*ukiyo*), y que reflejaba la vida frívola de las grandes ciudades, durante el período Kasei diversificó sus temas abarcando fantasías, noticias de actualidades, costumbres y paisajes renombrados. Entre los famosos grabadores anteriores a Kasei, puede mencionarse a Sudzuki Jarunobu, Kitagawa Utamaro y Tooshuusai Sharaku, y del período Kasei, a Andoo Jiroshigue y Katsushika Jokusai (ilustración 8).

En la segunda mitad del siglo XVIII surgieron dos nuevas corrientes de estudios: los estudios holandeses, desarrollados fundamentalmente por el fuerte interés hacia las ciencias occidentales, y los estudios nacionales. En 1774, un grupo de médicos japoneses tradujo el libro de anatomía *Tafel anatomía*, pues los impresionó la precisión de los informes acerca de los órganos del cuerpo humano, que verificaron comparando con un cadáver al que le efectuaron la autopsia. Al mismo tiempo, el interés por los elementos autóctonos de Japón hizo surgir los estudios nacionales. Kamono Mabuchi (1697-1769), quien estudió la *Colección de los diez mil poemas*, y Motoori Norinaga (1730-1801), quien estudió *Crónica antigua*, *Cuentos de Guendyi* y otras obras clásicas, sostuvieron que antes de la influencia budista y confuciana existió una cultura japonesa autóctona, libre del adoctrinamiento religioso o moralista. Por su parte, Sugae Masumi (1754-1829), quien viajó ampliamente y registró las costumbres y los dialectos locales, señaló la conservación de esos elementos autóctonos en la cultura popular. Janiwa Jokichi (1746-1821), un filólogo ciego, compiló y publicó la *Gran colección de obras clásicas en japonés*. A pesar del intento oficial de reprimir las nuevas corrientes de estudio e imponer la ortodoxia confuciana, éstas se difundieron a partir del período Kasei, no sólo entre el estrato guerrero o el de los comerciantes prósperos, sino también entre el estrato medio rural. Jirata Atsutane (1776-1843), sucesor de Motoori, contó con una amplia red de discípulos y seguidores en diferentes regiones, quienes predicaron la reivindicación de la tradición cultural autóctona y la restauración del poder del *tenno* como gobernante real.

En el período Kasei, la enseñanza confuciana se divulgó ampliamente en el estrato medio urbano y rural. La Escuela del Corazón (*Shingaku*), ética burguesa sincrética basada principalmente en el confucianismo, tuvo a principios del siglo XVIII una gran difusión entre la gente acomodada y emprendedora de todo el país. Ninomiya Kindyiroo, quien era de origen campesino, a fines del

shogunato asesoró a muchas aldeas y dominios feudales en la reorganización social y recuperación de la economía agrícola, mediante la implantación de la austeridad, el ahorro y la laboriosidad. Nomiya representa un ejemplo de asimilación y aplicación práctica de esta ideología en las condiciones de hambruna y éxodo rural.

En la misma época surgieron nuevas religiones populares, tales como las *Konkoo-kyoo*, *Oomoto-kyoo* y *Tenri-Kyoo*. Éstas le ofrecían refugio a la gente pobre, aplastada por las hambrunas o las quiebras originadas por las condiciones del mercado, y les prometían el fin cercano de sus sufrimientos y la renovación del mundo (*yanaoshi*). Estas nuevas religiones compartieron algunas características comunes: el sincretismo religioso, que se ve en la incorporación de elementos del budismo, el taoísmo, el confucianismo, y particularmente, el shintoísmo popular; la orientación hacia solucionar problemas aquí y ahora, y el que sus fundadores, de un origen social común, sufrieran el deterioro económico y desgracias familiares antes de llegar a la iluminación.

Las dificultades socioeconómicas de las últimas décadas del shogunato Tokugawa se destacaban por el aumento de las expectativas de la población, resultado de una mejora paulatina de su nivel de vida real, y creaban una mayor tensión social derivada de las hambrunas y los levantamientos campesinos. Estas mismas condiciones propiciaron el surgimiento de un sinnúmero de nuevas religiones populares con sus prácticas curativas religiosas y la difusión de peregrinaciones masivas.

Los fundadores de las nuevas religiones —por ejemplo, Nakayama Miki quien fundó *Tenri-Kyoo*— solían tener constituciones físicas débiles, que los hacían especialmente sensibles frente a las tensiones que se producían dentro de sí y a su alrededor. En sus prédicas comúnmente se expresaban los anhelos de liberación del pueblo, colocado en una camisa de fuerza bajo el shogunato Tokugawa tardío. Nakayama Miki, quien vivió durante 28 años una vida ejemplar de ama de casa de una familia campesina rica e industrial, como instrumento de reproducción y fuerza de trabajo, al ser poseída por la deidad de origen, predicó la salvación para aquellos con una vida de trabajo honesto. En su comunidad ideal, el hombre y la mujer, unidos por el amor mutuo, constituyan el pilar del mundo.

Fin del "aislamiento" y el movimiento antishoogun

Llegada de Perry y terminación forzosa del "aislamiento". Después de anecharse un vasto territorio mexicano en 1848, Estados Unidos comenzó a colonizar California, donde se había descubierto oro, y a desarrollar una mayor actividad en el Pacífico. Los barcos norteamericanos llegaban a las costas de Japón, atraídos por el mercado chino y por la caza de ballenas. Los barcos de vapor que comenzaban a navegar por el océano requerían de un frecuente abastecimiento de carbón, para lo cual eran muy convenientes como base las islas japonesas. En esta época, antes del establecimiento de las relaciones oficiales niponorteamericanas, hubo intercambio de naufragos, pues era frecuente la llegada de naufragos europeos o estadounidenses. Mientras que los funcionarios del *shoogun* empezaban a convencerse de la necesidad de aprender otros idiomas occidentales, aparte del holandés, algunos naufragos japoneses regresaron a su patria con nuevos conocimientos. John Mandyroo, un joven naufrago japonés, por ejemplo, hizo estudios de navegación en Massachussetts y regresó a su país con el cargo de oficial de marina en un barco estadounidense. Otro caso muy interesante fue el de trece naufragos japoneses que fueron recogidos por un barco, aparentemente de piratas, y abandonados en la península de Baja California en 1841. Pasaron varios años en el puerto de Mazatlán y en otros lugares, y seis de ellos lograron regresar a su patria. El capitán Jatsutaroo y otros dejaron algunos de los primeros testimonios del México independiente, que se publicaron más tarde como memorias: *Naufragio de Jatsutaroo*, *Cuentos sobre México* y otros.

En junio de 1853, el comodoro Mattheew C. Perry (1794-1858), al mando de cuatro buques de guerra a vapor, se presentó en Uraga, pequeño puerto cercano a Edo, y le entregó al gobierno del *shoogun* una carta oficial del gobierno norteamericano, en la que se exigía el establecimiento de relaciones. En el mismo año, la misión rusa encabezada por el comandante en jefe de la Flota del Lejano Oriente, Putyatin, llegó a Nagasaki exigiendo lo mismo. Ante esto, el consejero principal del shogunato, Abe Masajiro, trató de lograr la unidad política señalando las circunstancias críticas para la soberanía nacional, hizo consultas con el *tenno* y su corte y pidió, además, la opinión de los señores feudales. No obstante, ni los unos ni los otros estaban preparados para afrontar una realidad internacional crítica y carecían de la información necesaria.

Estas consultas sólo sirvieron para aumentar la autoridad del *tenno* y debilitar la hegemonía del *shoogun*.

En enero del año siguiente, Perry regresó por la respuesta, encabezando una flota de siete buques de guerra. El shogunato tuvo que firmar el Tratado de Amistad niponorteamericano bajo la presión de las armas. En seguida firmó tratados similares con Gran Bretaña, Rusia y los Países Bajos. Entretanto, el shogunato trató de reforzar la defensa nacional mediante la construcción de fortificaciones costeras, la creación de un ejército moderno con nuevas armas de fuego, el establecimiento de academias navales y escuelas de estudios "bárbaros" (occidentales). También adoptó una serie de reformas político-administrativas para promover hombres de talento y centralizar las decisiones. En algunos dominios con iniciativa como Mito, Satsuma, Chooshuu, Jidzen también se llevaron a cabo reformas militares y se construyeron altos hornos y plantas para la producción de armamento.

El primer cónsul norteamericano, Townsend Harris (1804-1878), quien se estableció en Shimoda en 1856, exigió la conclusión del Tratado de Comercio y la apertura de más puertos, y presionó al gobierno de Edo con mayor determinación cuando le llegó la noticia de la conclusión del Tratado de Tienhsin entre el Imperio Ching y Gran Bretaña y Francia. El gran consejero Ii Naosuke firmó el Tratado de Comercio y Amistad mutua en junio de 1859, a pesar de la objeción del *tenno*. Bajo este tratado, Japón prometió la apertura de cinco puertos, además de Edo y Osaka, y la libertad de comercio. Era un tratado desigual, puesto que reconocía la extraterritorialidad para los extranjeros; el gobierno japonés no podía fijar aranceles sin previo acuerdo del gobierno norteamericano y, además, no podía revisar el tratado por su propia voluntad. Sobre la base del principio del "trato al país más favorecido", cláusula que también se aplicaba unilateralmente en beneficio de las potencias euroamericanas, se concluyeron tratados de naturaleza similar en el mismo año con las demás potencias.

Apertura de puertos y reestructuración económica. En 1859, al iniciarse el comercio exterior en los puertos de Nagasaki, Jakodate (Jokkaido) y Yokojama, se produjo un aumento en la demanda de alimentos, hilos de seda, té, "semillas", huevecillos de gusanos de seda, etc., lo que provocó el auge de algunos cultivos y manufacturas, pero también causó escasez de bienes de consumo e insu-

mos para la producción doméstica y el alza de los precios de los granos. Más tarde, cuando comenzó a importarse algodón de mejor calidad y en mayor cantidad, la producción doméstica de este cultivo bajó radicalmente, al punto de que prácticamente desapareció en el curso de unas décadas (cuadro 2). Se desencadenó una gran inflación, principalmente a causa de la especulación monetaria, ya que en Japón el valor relativo de la plata en relación con el oro era cinco veces mayor que en el exterior, aparte de que el reacuñamiento de monedas y la emisión liberal de papel moneda terminó por acentuar, aún más, la inflación.

La escasez de víveres y el alza de precios en los bienes de consumo básico (cuadro 3) atacaron duramente a las masas populares de las ciudades y a las zonas de agricultura comercial, especialmente a aquellas de la cría de gusanos de seda. Otro grupo social que se vio particularmente afectado fue el de los *samurai* de bajo ingreso; en suma, creció el descontento social contra la política del shogunato.

Por otra parte, los intentos del shogunato por controlar el desarrollo del comercio exterior, a través de medidas como la que decretaba que los cinco principales artículos de exportación (granos, aceites, cera vegetal, telas e hilos de seda) debían ser exportados sólo a través de los mayoristas de Edo, fueron vanos, ya que hubo que abandonar esa política a causa de la protesta de los extranjeros y la resistencia de los comerciantes locales. Por el contrario, la comercialización interna se reorganizó rápidamente en función de la exportación a través de Yokojama. Además, surgieron nuevos mayoristas y corredores, que comenzaron a establecer control sobre los pequeños productores y los comerciantes locales.

Movimiento antishogun. Cuando el shogunato concluyó los tratados desiguales sin el consentimiento del *tenno*, hubo una fuerte reacción de parte de los nacionalistas radicales. Hubo asesinatos políticos, como el de Ii Naosuke, y se produjeron muertes de extranjeros frecuentemente por motivos mínimos, como ofensas no intencionales a las costumbres japonesas. El shogunato trató de restar fuerzas a la oposición acercándose al *tenno* por medio del matrimonio de Kadzunamiya, hermana menor del *tenno* Koomei, con el *shoogun* Ieshigue.

Por su parte, algunos grandes señores externos consideraron la crisis del shogunato como la oportunidad para extender su influen-

CUADRO 3

MOVIMIENTO DE PRECIOS A MENUDEO EN LA CIUDAD DE OSAKA A PARTIR DE LA APERTURA DE LOS PUERTOS (Promedio)

Año	Cebada (1 koku ^a)		Trigo (1 koku)		Soya (1 koku)		Sal (2 to ^b)		Sake bebida del arroz (1 koku)		Aceite vegetal (1 koku)	
	mon ^c	bu ^d	mon	bu	mon	bu	mon	bu	mon	bu	mon	bu
1959	66	5	87	0	102	0	2	30	145	0	400	0
1960	90	0	140	0	164	0	2	19	150	0	560	5
1961	71	0	156	0	192	5	2	80	197	0	605	5
1962	75	5	149	0	157	5	2	90	205	0	687	0
1963	87	5	150	0	117	5	3	75	240	0	795	5
1964	115	0	163	5	227	5	11	40	285	0	1072	0
1965	169	0	104	5	317	5	15	70	475	0	1226	0
1966	220	0	569	0	600	0	15	70	850	0	1737	0
1967	290	0	286	5	797	5	21	0	1450	0	2418	0

^a Medida de volumen. 1 koku es aproximadamente 180 litros.

^b Medida de volumen. 1 to es una décima de koku, o sea 18 litros.

^c Medida de valor para monedas de cobre.

^d Medida de valor. 1 bu es una centésima de mon.

Fuente: *Dainijon sodzeishi* (Historia de impuestos de Gran Japón), vol. 63, citado en Kadyinishi Mitsujaya *et al.*, *Nijon shijon shugui no seiritsu*. (Establecimiento del capitalismo en Japón), vol. 1, Tokio, Departamento de Publicaciones de la Universidad de Tokio, 1965, p. 147.

cia y tomaron la bandera *protennoo*, como justificación de su desobediencia al *shoogun*. Las actividades antiextranjeras radicales de Chooshuu y Satsuma tuvieron como objetivo provocar conflictos con los extranjeros para crearle dificultades al shogunato. Por otro lado, las expediciones punitivas de las potencias contra estos dominios, terminaron por hacer que éstos fueran conscientes de que para enfrentar militarmente a las potencias, antes que nada era menester modernizar las fuerzas armadas, establecer la industria y, especialmente, constituir un estado nacional centralizado.

A continuación veremos cómo Ernest Satow, el primer diplomático inglés con un perfecto dominio del japonés, observa y explica las consecuencias de esta expedición naval en su memoria *Un diplomático en el Japón Meidyi*.

Las noticias del exitoso resultado de nuestras operaciones navales y de la conclusión de un convenio con el Príncipe de Chooshuu fueron transmitidas de inmediato a nuestros representantes en Yokojama. Éstos no perdieron el tiempo y visitaron al gobierno del Tycoon (*shoogun*) para constatar su aparente complicidad con Chooshuu, como quedó comprobado mediante las copias de las órdenes provenientes de Kioto, que Ito nos ha entregado. Su explicación era endeble y los representantes no tuvieron ninguna dificultad en obtener de los ministros el consentimiento para pagar cualquier indemnización de guerra que pudiera deber Chooshuu, o para además abrir un puerto en el mar Interior, para el comercio exterior [...] El objetivo principal que él [el cónsul general inglés R. Alcock] buscaba era obtener la sanción del Mikado (*tennoo*) para los tratados, con el objeto de poner fin a la agitación contra el comercio exterior llevada a cabo por los señores hostiles en nombre del Mikado, desde la apertura de los puertos. Ahora que Satsumu y Chooshuu, los dos líderes de la oposición, han sido llevados a entrar en razón, él pensaba que para el gobierno del Tycoon sería cosa fácil —si deseaba sinceramente cumplir con las obligaciones del tratado— afianzar su autoridad y obligar a todo el país a aceptar la nueva política de relaciones internacionales. Fijar una indemnización tenía únicamente el fin de proporcionar un medio de presión sobre el gobierno del Tycoon, para procurar la ratificación de los tratados por parte del Mikado y, en consecuencia, ampliar las relaciones comerciales.

En medio de todo este proceso, en 1864, el *shoogun* ordenó la movilización de una expedición punitiva contra Chooshuu, como forma de demostrar su autoridad frente a las potencias extranje-

ras. No obstante, ninguno de los señores estuvo dispuesto a lanzarse en serio a una guerra y la expedición fue suspendida por la muerte de Ieshigue.

Mientras los Estados Unidos y Rusia estaban ocupados por las guerras y los problemas en otras latitudes, Inglaterra y Francia intensificaron su intervención en los asuntos de Japón. Napoleón III trató de establecer la influencia francesa, mediante el apoyo financiero y la asesoría política al shogunato. En efecto, algunos funcionarios buscaban poner en práctica un proyecto absolutista bajo el shogunato modernizado. Por su parte, el gobierno inglés, que promovía el liberalismo económico, favorecía más bien la oposición al shogunato.

En el siguiente extracto de la carta de Saigó Kichinosuke (Takamori) a Okubo Ichidzoo (Toshimichi) —ambos principales dirigentes del movimiento *antishoogun*— se puede apreciar cómo ambas potencias trataban de influir sobre el curso de la transformación política. Saigoo da un informe sobre el contenido de su conversación con Satow:

Le dije que quería discutir acerca de la solución a los problemas japoneses que proponían los franceses, a lo que Satow respondió que él quería lo mismo. Le señalé que en opinión de los franceses, Japón debe tener un gobierno único y concentrado, como en todos los países occidentales, y que hay que privar a los señores de sus poderes. Antes que nada sería deseable la destrucción de los dominios de Shoo-shuu y Satsuma, y que todos se unieran en esto. Le pregunté qué pensaba de esta propuesta. Satow entonces respondió que el resultado de tal acción podía preverse a través de los dos intentos anteriores de someterlos; que un gobierno que solo no logró someter a Choos-huu, seguramente no podría quitarle los poderes a todos los señores.

Le pregunté cómo se puede auxiliar a una gente tan débil, y no recibí respuesta. Dijo que no era posible discutir eso, pero que cuando comenzaron a hablar públicamente de ello ya se habrían tomado las medidas para ayudar al gobierno y derrotar a los señores. Se dice que en dos o tres años se juntaría el dinero suficiente, se adquirirían máquinas y, con la ayuda francesa, se declarararía la guerra. *Los franceses entonces enviarían sus tropas de apoyo.* Sería peligroso para los señores si no hubiera otra potencia para apoyarlos. Sin embargo, si se supiera la noticia de que Inglaterra también enviaría las tropas para protegerlos, las tropas auxiliares francesas no podrían moverse. Dijo Satow que, por lo tanto, era necesario llegar a un acuerdo firme de antemano. La idea inglesa es que el soberano de Japón tiene que

controlar el poder del gobierno y que los señores deben estar sujetos a él, y que debe establecerse una constitución política seria, similar a la que existe en los demás países [...]

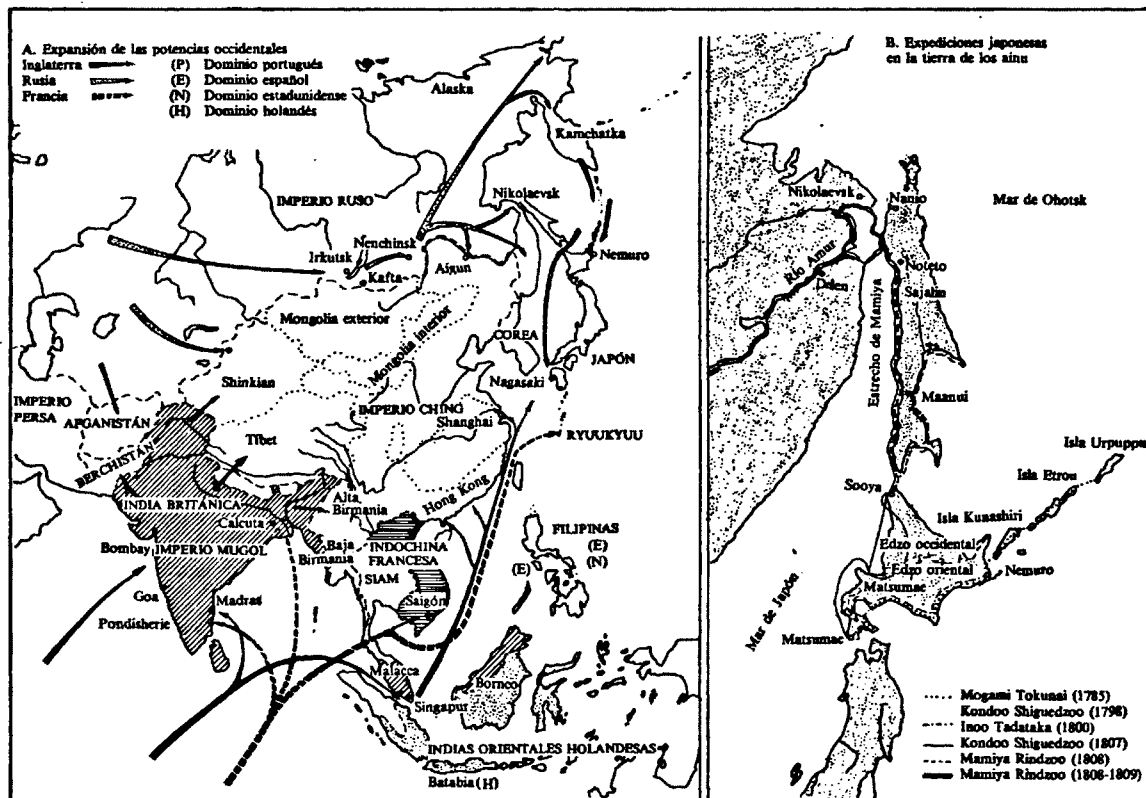
A pesar de que esto fue lo que ellos declararon respecto del emperador de Japón, en Kioto, Su Majestad no comprende ni acepta que esto sea así y sigue sosteniendo la idea de que la admisión de los extranjeros contamina la capital. Puesto que este estado de cosas no es deseable, Satow continuó, hay que establecer una forma bien definida de gobierno frente a todos los países y sostener relaciones. En caso de que se deseara consultar con Inglaterra, se ofreció para servir gustosamente como intermediario, y dijo que estaría dispuesto a conseguir el auxilio que yo le había solicitado. Yo le respondí que *la transformación política de Japón es una tarea que nos corresponde a nosotros, y que nos daría vergüenza frente a los extranjeros solicitar ayuda ajena.*

La posibilidad de una intervención extranjera alarmó a algunos dirigentes nacionalistas moderados —entre ellos Sakamoto Ryooma— quienes hicieron esfuerzos por unificar las fuerzas *antishoogun* de los señores, de los *samurais* revolucionarios dedicados a la causa nacionalista con las de la burguesía urbana y rural que simpatizaban con la causa.

La reestructuración de la producción y la reorganización de la distribución causaron desajustes en determinados sectores de la población; además, el alza de los precios golpeó a mucha más gente tanto en las ciudades como en el campo. El aumento de los gastos militares y el frecuente vaivén de señores y funcionarios resultaron en un incremento de los impuestos y servicios, en particular, del transporte. Éste fue otro factor que incrementó el descontento popular. Así, en menos de una década, a partir de la apertura de los puertos antes de la caída del shogunato, aumentó el número de levantamientos campesinos y motines de arroz, llegando a su máximo en 1886 (gráfica 1).

En estas circunstancias, el nuevo y último *shoogun* Tokugawa, Keiki, trató infructuosamente de reconciliarse con el *tennoo*, pero bajo la presión conjunta de las fuerzas *antishoogun*, que incluían también a la nobleza de la corte, el *tennoo* dio la orden secreta de derrotar a la fuerza del *shoogun*. A pesar de que Keiki renunció al título de *shoogun* y le devolvió el poder al *tennoo* en diciembre de 1867, estalló una guerra civil entre las fuerzas *antishoogun* y una parte de la armada del *shoogun*, encabezada por Enomoto Takeaki y los señores *proshoogun* del noreste del país. En enero de 1868

Mapa 7. Relaciones internacionales en Asia oriental, siglo XIX



se declaró la Renovación Meidyi y, en febrero de 1869, terminó la guerra civil con la caída del fuerte de Jakodate, la base de la fuerza *proshoogun*.

En el verano de 1868, las principales ciudades y carreteras entre Kioto y Edo se vieron envueltas en un movimiento popular de éxtasis conocido como "Eedyaika", una especie de gran carnaval que se extendía como llama en llano seco. Aún cuando existen pruebas de que hubo manipulación por parte de algunos astutos dirigentes *antishoogun* como Saigoo Takamori, no hay duda de que la caída del shogunato fue recibida con gran júbilo por las masas de la población. Las peticiones hechas por los campesinos rebeldes de Aidzu o de la isla de Oki, en ese mismo año, permiten entrever cuáles eran algunos de sus anhelos: la reducción de los impuestos a la mitad, la cancelación de las deudas y la participación en el autogobierno local. Cuál fue la suerte reservada a los movimientos campesinos en la nueva etapa de la historia será el tema a desarrollar en el siguiente ensayo de este libro.

DE LA MODERNIZACIÓN A LA GUERRA

Omar Martínez Legorreta

LA APERTURA DE JAPÓN: LAS PRESIONES INTERNAS Y EXTERNAS

El Japón de finales de la época Tokugawa constituía una sociedad en proceso de cambio. Todos los esfuerzos políticos y de control social realizados por los shogunes Tokugawa para mantenerse en el poder fueron cada vez menos efectivos, principalmente porque éstos no pudieron entender que la sociedad no había permanecido estática durante todo el tiempo que duró su gobierno. El shogunato no había sido capaz de encontrar una solución a agobiantes problemas económicos que no entendía, como tampoco de controlar cambios sociales que no aprobaba. La política de aislar al Japón de todo contacto con el extranjero había tenido éxito en evitar que los enemigos políticos internos se aliaran con las potencias extranjeras —lo que era muy común en esa época en otras partes del mundo—, pero no había podido evitar el contacto con ideas extranjeras.

Durante más de dos siglos el shogunato había mantenido la práctica política de que el emperador reinaba, pero el shogún era el que verdaderamente gobernaba. Como hemos visto en la parte anterior, durante todo ese período se había ido desarrollando una oposición contra el gobierno de los Tokugawa, pero no fue sino hasta mediados del siglo XIX cuando aparecieron varias líneas ideológicas de ataque contra el shogunato, mismas que se aprovecharon para lanzar los primeros ataques frontales. De esas líneas, los líderes renovacionistas pusieron énfasis sobre todo en una: la teoría de la restitución del poder a la institución del emperador, cuyo gran poder y prestigio habían sido usurpados indebidamente por

el shogún en el pasado. Con esta idea se presionó con insistencia creciente, conforme se veía el declinar del poder de los Tokugawa. Ese movimiento interno contó con un aliado involuntario y decisivo en el exterior: el empuje creciente de las potencias occidentales que, a mediados del siglo XIX, se encontraban en plena expansión territorial y en una abierta competencia por asegurar vías marítimas, mercados y fuentes de aprovisionamiento en Asia.

La apertura del Japón a las relaciones diplomáticas y comerciales con las naciones occidentales, en 1853, la llevó a cabo Estados Unidos, diez años después de que Inglaterra forzara violentamente la apertura de China a raíz de las Guerras del Opio. Era la época de las fabulosas ganancias en el comercio del té y de otros artículos provenientes de China y de la "diplomacia de las cañoneras". La industria textil norteamericana había crecido a un punto en el que necesitaba mercados importantes y veía a China como la gran oportunidad, en la misma forma en que cien años después, en nuestro siglo, muchos países volverían a verla. Japón no parecía tener los mismos atractivos comerciales, pero era necesario contar con puertos de recale para el reabastecimiento de combustible y provisiones. El archipiélago quedaba en el camino de la gran ruta transpacífica que debían recorrer los buques que realizaban el comercio con China.

En el territorio de los Estados Unidos, la carrera hacia el oeste se había detenido en la costa, pero los intereses comerciales y las facilidades de la navegación a vapor incrementaron las actividades de la armada norteamericana en el Pacífico. A ello se aunaba la preocupación con que los norteamericanos veían los movimientos de los buques británicos en China y en el área alrededor de las islas japonesas, así como la expansión de Rusia en Asia hasta llegar al Pacífico. Cuando los rusos —que ya habían llegado con una expedición al norte de la isla de Jokkaidoo, a finales del siglo anterior— intentaron establecer relaciones con Japón, la marina norteamericana instó al Departamento de Estado a reconocer la urgencia de forzar al Japón a abrirse a sus necesidades.

La marina de los Estados Unidos estaba en pleno esfuerzo para tratar de asegurar bases navales en el Pacífico, así como de asegurar el control de una conexión o de un paso que fuera posible de construir entre los océanos Atlántico y Pacífico, en el sur. Esos planes ambiciosos estaban apoyados firmemente por la política exterior de Norteamérica que había decidido su expansión territorial

asegurando la anexión de Texas —al que había ayudado a independizarse de México— para posteriormente llevar la frontera de Texas hasta el río Bravo y de paso hacerse de Arizona, de Nuevo México y finalmente de California. Al mismo tiempo, no escondía su ambición de controlar el paso de Tehuantepec, donde podría construirse un canal interoceánico.

Toda aquella expansión, a expensas de la debilidad de México, sirvió de campo de pruebas para vigorizar los músculos de la marina de los Estados Unidos, que ensayaba así los últimos adelantos de la balística en nuevos buques, sobre todo en la invasión a Veracruz de 1847. En dicha expedición, bajo las órdenes del general Winfield Scott, participó un oficial al mando de uno de los buques que sitiaron el puerto, acción en la que demostró gran habilidad y don de mando. Ese oficial no era otro que el comodoro Matthew C. Perry, quien cinco años más tarde recibió la misión de establecer relaciones con Japón.

Perry, al mando de un escuadrón de "Barcos Negros", entró en la bahía de Edo en julio de 1853. Después de largas demoras, pudo entregar al gobierno shogunal una carta del presidente Fillmore de los Estados Unidos en donde explicaba su interés por firmar un tratado de amistad, comercio, aprovisionamiento de carbón y vituallas para sus barcos de recale y ayuda para sus náufragos. Aquella carta la acompañó Perry de una personal suya al emperador, en la que explicaba los deseos de su presidente. Con las cartas entregó varios presentes al shogun, entre los que estaba un grabado que ilustraba la toma de Veracruz, apenas unos años atrás, donde se podía apreciar la eficacia de los cañones de sus barcos. Después se retiró con el anuncio de volver la primavera siguiente.

Para febrero de 1854 Perry estaba de regreso. Un mes más tarde, después de ejercer presiones y hacerle amenazas al gobierno shogunal, que con su presencia había entrado en la fase final de su crisis hegemónica, consiguió la firma de un tratado. Mediante éste se establecía la apertura a los buques de los Estados Unidos del puerto de Nagasaki y de otros dos puertos más; el suministro de avituallamiento y combustible para los barcos; el permiso para la instalación de un consulado residente en Shimoda, junto a Yokohama, y la aceptación de una cláusula que sería más adelante la base de sus futuros tratados en el área, la de la "nación más favorecida". Cabría al primer cónsul residente de los Estados Unidos en Japón, Townsend Harris, negociar y firmar en 1858 un nue-

vo tratado en el que se incluyó la cláusula sobre el principio de extraterritorialidad. Éste ya se había incluido en los tratados con China, pero hábilmente se había mantenido fuera de las negociaciones de Perry.

El éxito de los Estados Unidos abrió las puertas a las otras naciones europeas, ansiosas por firmar contratos con Japón. Así, entre los años 1854 y 1857, los británicos, los rusos y los holandeses negociaron tratados separados, los cuales guardaban gran semejanza con el firmado con los Estados Unidos.

En el tratado entre Estados Unidos y Japón se podían ver los principios básicos de la política norteamericana en Asia, orientada a la coincidencia total entre sus intereses económicos y políticos. Los económicos eran mantener el mercado mundial tan abierto y competitivo como fuera posible, para lo cual era necesario forzar a los países reacios a aceptar el comercio internacional. Al propio tiempo no se debía permitir que las ambiciosas naciones europeas trataran de apoderarse de los países asiáticos débiles, por lo que era necesario fortalecerlos para que pudieran mantener la puerta abierta. Para lograr esto empezó a funcionar la "asistencia técnica" de los Estados Unidos, cuando el cónsul Harris ofreció a los japoneses los servicios de asesoramiento de oficiales navales y militares norteamericanos, así como las facilidades necesarias para la construcción de buques.

Poco después de la firma del tratado con los Estados Unidos, los japoneses tuvieron la oportunidad de conocer las proezas de las fuerzas armadas conjuntas británico-francesas en el sitio a Beijing, donde éstas redujeron a cenizas el Palacio de Verano para aleccionar a los chinos, y obligarlos a cumplir con lo establecido en los tratados, de lo que el gobierno imperial chino trataba de desentenderse.

No cabe duda de que todos aquellos acontecimientos que se produjeron en China y en las aguas cercanas al archipiélago japonés tuvieron mucho que ver con los cambios en la situación interna del Japón. La llegada de Perry y de sus buques ocurrió en un momento en que el poder shogunal se encontraba debilitado. Las ambiciones de los clanes rivales, encabezados por Satsuma y Choshu, los llevaron a dar el golpe definitivo aprovechándose de la firma forzada de los tratados, que se le había impuesto al shogún. Las ambiciones políticas de los clanes sureños ya les había conducido a choques armados, independientes del poder central del shogún,

contra las fuerzas extranjeras. En 1863, una expedición conjunta, formada por fuerzas británicas, norteamericanas, francesas y holandesas, bombardeó la capital de Choshu. Esa demostración de fuerza militar dejó en claro la superioridad de las armas occidentales y la inutilidad de mantener la política de reclusión. Por su parte, ante las potencias extranjeras quedó en evidencia que el shogún ya no era la autoridad suprema del país y que no tenía el control del mismo, de allí que en 1866 insistieran en que el emperador ratificara los tratados firmados hasta ese momento. De esta manera se completó todo un proceso, tanto en el interior como en el exterior de Japón, y se inició otro conocido como la Renovación Meidyi.

LA RENOVACIÓN MEIDYI Y LAS TRANSFORMACIONES INTERNAS

Los principios de la llamada época moderna en Japón se sitúan convencionalmente en el año 1868, cuando subió al trono imperial un nuevo emperador cuyo reinado llevaría el nombre de Meidyi. Fue entonces cuando llegó a su fin el largo gobierno de los Tokugawa y cuando se restauró ostensiblemente la institución imperial, con sus antiguas glorias. Este nuevo período se conoce como la época Meidyi y al suceso que le dio origen se ha denominado la Renovación Meidyi.

El advenimiento de la llamada Renovación Meidyi, un movimiento clave en el proceso de modernización del Japón sin el cual no es posible entender las características que tuvo la apertura de Japón hacia Occidente, ni tampoco el tipo de respuesta que dio al mundo occidental, significó, entre otras cosas, la rápida creación de un estado moderno, centralizado y absoluto, y la adopción de una economía moderna, capitalista-industrial, bajo el patrocinio y control de dicho estado. Esto no sólo permitió que Japón (en uno de los plazos más breves que la historia conoce) se sacudiera de la sujeción a determinados vínculos coloniales, como los tratados desiguales por ejemplo, sino que posteriormente pasara a ser un competidor y un reproductor de los mecanismos de dominación colonial en la región asiática oriental. Para entender la mecánica que operaba en la nueva situación, debemos fijarnos en las circunstancias internas de Japón y en los hombres que llegaron al poder en

1868 y que fueron los responsables de que, en el corto lapso de cincuenta años, Japón saliera de su estado de aislamiento y llegara a ser una potencia asiática y mundial.

Para 1865, las facciones de los clanes contendientes que controlaban el poder político en Japón ya habían aceptado, dentro de la política nacional, el principio de intercambio diplomático y comercial con Occidente. La primera fase de la revolución del siglo XIX se había completado, pero había que decidir quién debía controlar y llevar a cabo esa nueva política. Los japoneses involucrados en esto estaban seguros de que ni el sistema dual de gobierno, ni el shogunato, ni el militarismo feudal eran los adecuados para servir al Japón en sus nuevas relaciones con el exterior. Esas instituciones habían resultado inservibles. En la nueva fase se necesitaba un gobierno nacional fuerte, capaz de controlar los clanes y de crear una estructura política unificada que pudiera tratar con los extranjeros en un plan de igualdad.

Los que así pensaban eran sobre todo los jóvenes samurai de los clanes occidentales quienes, con base en su capacidad y experiencia, eran los que controlaban la política de sus clanes, y habían relegado a sus *daimya* al papel de meras figuras decorativas. Fueron estos hombres los que completaron la revolución política entre 1867 y 1869, destruyeron el shogunato, despojaron del poder y de sus posesiones a los Tokugawa, restauraron al emperador como el gobernante supremo, abolieron el feudalismo, y dieron a su nación un gobierno constitucional centralizado, aunque no democrático. Este proceso, revolucionario para algunos, llevado a cabo en apenas veinte años, habría de poner al Japón en el grupo de las grandes potencias en los umbrales del siglo XX. Se trató de una revolución política, económica y hasta cierto punto social de gran importancia no sólo para Japón, sino también para China y el resto de Asia, Europa y el mundo entero. Este movimiento es el conocido como la Renovación Meidyi.

El poder político era la meta de todas las alianzas y movimientos entre clanes, y también del intento de reconquista de los dos últimos shogunes. La llamada "purga de Ansei" liquidó a Ii-Naosuke, quien había firmado los tratados de 1858 sin la autorización imperial, y apresuró el ascenso al shogunato de Keiki, el quinceavo y último shogún. Al mismo tiempo que cambiaba la sucesión shogunal, cambió la imperial y subió al trono uno de los emperadores más famosos en la historia japonesa, el emperador Mutsuhito. Éste

inició a los 15 años de edad el reinado Meidi, y su primera medida fue la de revocar la política antiextranjera de sus predecesores.

En 1867, el daimyo de Tosa exigió la renuncia del shogún y la restauración de todo el poder al emperador. Esa exigencia fue apoyada por todos los otros daimyo del oeste. El shogún se vio forzado a renunciar, con la esperanza de ser nombrado el principal consejero del emperador y así mantener su poder. Sin embargo, los revolucionarios se proponían la completa erradicación de todo lo que fuera Tokugawa y así sobrevino una corta guerra civil que terminó con los Tokugawa y, por lo tanto, con el shogunato y el antiguo sistema de gobierno dual. El pueblo japonés se encontró, de pronto, gobernado precariamente por una institución imperial a la que había reverenciado durante siglos y a la que había tratado de conservar tan perfecta que no fuera afectada por los asuntos de la vida diaria.

¿Cuál es la razón por la cual los jóvenes samurai revolucionarios, principalmente los de Satsuma y Choshu no iniciaron un nuevo shogunato bajo su control? En su momento la Renovación se explicaba como un producto de las ambiciones e intrigas del clan; sin embargo, para los revolucionarios, todos los males identificados no se remediarían con una mera sustitución de shogunatos. Por otra parte, se debe tener en cuenta que si bien fueron los samurai jóvenes los que guiaron el movimiento de restauración, fueron los grandes comerciantes de Osaka y Kioto los que los financiaron. Es decir, que además de las ambiciones locales y personales, había otras motivaciones para el cambio no tan personales como la lealtad al emperador, quien a pesar de haber sido relegado por los shogunes a un lugar muy secundario, aún representaba un indudable poder del que había carecido el shogunato. Ese poder casi mágico fue el que sirvió a los jóvenes revolucionarios para reclamar la legitimidad de la restauración y desarrollar el culto o veneración que subrayaba la "divinidad" de la familia imperial. Se revivió así el shinto puro, un shintoísmo que habría de enfatizar como nunca antes la figura del emperador como la deidad central y suprema de la nación.

Muchos daimyo y samurai temieron que el poder en el nuevo régimen fuera monopolizado por los jóvenes líderes revolucionarios. Eso obligó al joven emperador Mutsuhito a expedir el *Juramento Imperial* que sentaba los principios sobre los que iba a descansar el nuevo gobierno imperial.

El juramento imperial sobre los cinco principios

El 14 de marzo del cuarto año de Keio (1868)

- Item. Estableceremos ampliamente consejos y regiremos la nación de acuerdo con la opinión pública.
- Item. Los de arriba y los de abajo tomarán parte activa en asuntos de Estado.
- Item. Para que no haya descontentos tanto los funcionarios como la gente del común tendrán posibilidades de alcanzar sus aspiraciones.
- Item. Se abandonarán las viejas costumbres indígenas y todo se basará en los principios justos e imparciales de la naturaleza.
- Item. Se buscará el conocimiento en el mundo para fortalecer el fundamento del Imperio.

Para llevar a cabo la transformación nunca antes conocida en nuestro país, yo soy el primero en dar el ejemplo estableciendo el fundamento de la nación por medio del juramento a los Dioses de la Tierra y del Cielo, y señalando el camino de protección y seguridad para todo el pueblo. Os pido que coopeéis y os esforcéis de acuerdo con estos principios.

En el momento en que este documento fue redactado, las fuerzas políticas y el nuevo orden eran todavía muy vagos y estaban por definirse; sin embargo, el espíritu del *Juramento* sería invocado años más tarde por los líderes políticos en sus luchas por obtener un gobierno representativo.

La Renovación le dio la oportunidad a los jóvenes líderes samurai de destruir el feudalismo y abrir así el camino hacia un gobierno verdaderamente nacional. La iniciativa partió, de nuevo, de los clanes del oeste, cuyos daimyo —aconsejados por sus líderes samurai que ahora controlaban al emperador— devolvieron sus feudos al emperador en 1869, con la promesa de que sólo mediante la devolución de su poder recibirían mayor poder. El emperador cambió su residencia al castillo shogunal en Edo —a la que se le cambió el nombre por Tokio, “la capital del Este”— y ordenó a los señores reasumir su residencia en la nueva capital y poner sus ejércitos a la disposición del gobierno del soberano. Después se pudo “invitar” a los daimyo restantes a que siguieran el ejemplo, invitación a la que siguió el edicto imperial de 1871 que abolió los feudos y los clanes. Así se destruyó formalmente el feudalismo como estructura política.

El cambio en el edificio político afectó en lo material a todas las clases sociales. A los daimyo se les concedió a cambio de sus posesiones una pensión anual que consistía en un décimo de lo que antes recibían nominalmente, y que en efectivo era más; se vieron libres de la carga de mantener a sus samurai y la mayoría de sus deudas fueron asumidas por el nuevo gobierno o canceladas. Ninguno obtuvo distinción política en el nuevo gobierno.

Los efectos fueron distintos para los samurai, que en 1871 comprendían 450 000 familias. Los ingresos que recibían de su señor feudal, medidos en arroz, eran pocos y aún así fueron reducidos a la mitad; se les ordenó despojarse del distintivo de su clase, las dos espadas, y se les impulsó a entrar en el campo de los negocios y las finanzas. Sin embargo, ese cambio era muy difícil para hombres cuya única profesión habían sido las armas; que consideraban que sus feudos les debían la vida y cuya mentalidad estaba restringida por la filosofía militar del *Bushido*. Esa nueva sociedad que les quitaba la mitad de sus ingresos y su monopolio de portar armas —puesto que entre las nuevas medidas el ejército nacional se formó por conscripción universal— y, lo que era peor, los encaminaba hacia lo que la filosofía confuciana definía como el mundo despreciable del comercio, provocó un profundo malestar en la otra clase guerrera. Los samurai menores se ajustaron con relativa facilidad, pero la mayoría no pudo hacerlo. Esos descontentos y sus descendientes intelectuales, habrían de tener un papel importantísimo en la historia posterior, en la lucha de Japón por convertirse en una potencia mundial.

Por su parte, los grupos capitalistas, los banqueros, los comerciantes en arroz y los mercaderes ricos le dieron la bienvenida a la Renovación y a que se hubiera abolido el feudalismo. Los Mitsui y los Sumitomo, que habían financiado la revolución, no quedaron sin su paga, ya que el nuevo gobierno asumió muchas de sus deudas.

Los efectos de la abolición del feudalismo fueron experimentados, principalmente, por la clase campesina. En 1871, 80% de la población de Japón lo constituían campesinos, en su mayoría cultivadores independientes; sin embargo, al abolirse los dominios feudales en ese mismo año, el sistema de tenencia cambió y subieron a 30% las tierras cultivadas que estaban bajo arriendo. Antes de la Renovación se había efectuado una adquisición subrepticia de tierras por parte de la nueva clase capitalista de terratenientes,

la cual ahora fue legalizada. El campesino se vio liberado de sus obligaciones feudales y se convirtió nominalmente en un propietario libre que pagaba sus impuestos, no en especie sobre el valor de su cosecha sino en moneda sobre el valor de su tierra, de acuerdo con el nuevo sistema de tributación a la tierra impuesto a partir de 1873; por otra parte, el campesino era libre de vender su tierra e irse a la ciudad. Así se abrió el camino para la desposesión del campesino y la creación de la moderna agricultura japonesa con sus relaciones únicas terrateniente-arrendatario.

Entre las primeras reformas de la nueva era Meidyi se debe destacar la educativa. De conformidad con el *Juramento Imperial*, que arengaba a todos a buscar el conocimiento donde éste se hallase, se estableció un Ministerio de Educación (1871) por medio de una ley que proclamaba que “toda la gente, alta o baja y de ambos sexos, debía recibir educación de tal manera que no hubiera una sola familia en todo el imperio, o un miembro en alguna familia ignorante o analfabeto”. Tradicionalmente en Japón la educación estaba restringida sólo a hombres de la sociedad privilegiada; pero ahora, si bien ya se había establecido desde antes, la educación elemental se volvía obligatoria. El nuevo sistema era una modificación de los sistemas norteamericanos de primaria y secundaria, por el cual los niños y las niñas, desde los seis años, debían seguir el sistema de seis años en materias elementales, al que se añadía la inculcación de la más completa reverencia y lealtad al emperador. A las niñas se les subrayaba la preparación para su papel posterior de esposa y madre, con lo que Japón se adelantó a muchos estados occidentales. Por su parte, las universidades se organizaron sobre el modelo francés, pero era notable la insistencia —de inspiración alemana— sobre el entrenamiento vocacional en todo el sistema.

Ésta fue también una revolución tan importante como la revolución política y económica. Pese a sus errores iniciales, el nuevo sistema educativo alcanzó dos grandes aciertos: por un lado, creó un pueblo letrado y, por el otro, una nación que, a partir de estas condiciones, marcharía a la cabeza en ciencia y tecnología. Sin embargo, como fuerza puramente intelectual no creó, ni fue su intento crear, una filosofía democrática. Para los restauradores era necesario que la nueva educación ayudara a lograr la transición de un estado feudal a un estado moderno, autocrático y a la defensa frente a las potencias extranjeras. Así pues, la educación

se limitó a lograr los propósitos específicos de “la unificación nacional, la lealtad incuestionable, la adquisición de una moderna técnica científica y económica y el perfeccionamiento de la defensa nacional”.

Por otro lado, la transformación material y técnica del Japón fue rápida y dramática. Todos los adelantos mecánicos de la época aparecieron en el comercio, los negocios y los transportes. Se abolieron las barreras locales del comercio y las comunicaciones y se permitió la libertad de cultivos. Las técnicas de planeación de las ciudades y la nueva arquitectura se vieron en Yokohama y Kobe. Se instituyó el sistema postal y telegráfico y se empezaron a construir los ferrocarriles, así como las primeras compañías navieras. La industria textil fue modernizada; se fundó el Banco Central del Japón para financiar el comercio exterior y para el control de cambio, y a éste le siguieron otros bancos inspirados en el sistema bancario norteamericano.

El entusiasmo japonés por el mundo occidental también se extendió al mundo de las ideas y, naturalmente, hizo su aparición en Japón la filosofía política occidental, especialmente el liberalismo dominante del siglo XIX. ¿Qué filosofía y qué estructura gubernamental debía levantarse sobre los cimientos de la Renovación Meidiy? Su nuevo programa educativo indicaba que el nuevo gobierno sería nacionalista y estaría centralizado al estilo japonés, pero ¿sería también democrático, basado en una constitución, con partidos políticos y sistema económico según lo entendían los grupos políticos y económicos influyentes en las llamadas democracias occidentales? La respuesta se pudo ver en el desarrollo y en el juego de las fuerzas políticas internas, sobre todo conforme iban reaccionando ante los resultados de la misión Iwakura a Europa y Norteamérica. Algunos miembros de esa misión, fuertemente impresionados por lo que vieron del poderío occidental, a su regreso formaron un partido de la paz, en oposición a un partido de la guerra, compuesto por audaces militares exsamurai, que abogaban por una guerra en Corea y Formosa. Este partido se retiró del gobierno y constituyó el inicio de una oposición política encabezada, entre otros, por Saigo Takamori.

Para manejar la nueva situación política nacional, el gobierno de la Renovación creó un Ministerio del Interior o de Gobernación, con un control inmediato sobre los gobiernos prefecturales y de las ciudades. La oposición demandó entonces la creación de

una asamblea nacional electiva, lo que fue rechazado por el gobierno. Esto motivó el inicio de una serie de levantamientos, el más serio de los cuales fue la Rebelión de Satsuma, encabezada por Saigo Takamori, en contra de la política general del gobierno para con los samurai y sus tradiciones. La supresión de esa rebelión demostró en Japón que el viejo orden había terminado definitivamente.

Hacia 1880, en medio de una gran agitación interna, el gobierno convocó a asambleas municipales; sin embargo, la agitación continuó y se transformó en violencia popular cuando se denunciaron en público las corruptas maniobras financieras de los Satsuma y Choshu. Eso hizo que se expidiera un edicto imperial anunciando la creación de un parlamento para 1890. Los Satsuma y Choshu, al haber relegado a puestos muy inferiores a los miembros de otras clases como los Tosa, crearon una oposición que ahora usaba el pretexto del abuso en los altos puestos para forzar la cuestión de un parlamento nacional y sus naturales concomitantes, los partidos políticos.

Aparecieron así el llamado Partido Liberal (Jiyuto) organizado en 1881 por Itagaki (Tosa), y el Partido Progresista (Kaishinto) organizado por Okuma en 1882, y posteriormente el Partido Imperialista (Rikken Teiseito). Estos partidos presentaron plataformas políticas muy elaboradas: el primero, estaba por la soberanía popular al estilo Rousseau; el segundo, deseaba un régimen constitucional restringido según el modelo británico, y el tercero, aun cuando aceptaba una constitución, deseaba esencialmente un sistema prusiano. Históricamente, esas plataformas políticas representaron los primeros bocetos japoneses de un gobierno moderno y liberal; sin embargo, no tenían un fundamento sólido en las tradiciones del pensamiento japonés. De hecho esos partidos *no* representaban principios políticos, propiamente tales, sino las ideologías personales de los líderes. En este sentido aquellos primeros partidos estaban modelados sobre la idea confucianista de que el gobierno es una cuestión más de hombres que de leyes.

Mientras los partidos políticos clamaban por una constitución liberal, el gobierno dio los primeros pasos para redactar el documento que preservaría el poder de la oligarquía, y creó una comisión de investigación constitucional encabezada por Ito Hirobumi. Se decidió crear un departamento ejecutivo antes de la adopción de la constitución, para que éste se familiarizara con sus labores

antes de que se le exigiera adaptarse a un parlamento. Así apareció un gabinete modelado sobre el gabinete alemán de esa época. Después, se nombró un consejo privado con Ito como presidente y, cosa muy importante, se introdujo un sistema de mérito en la burocracia y se prepararon códigos de ley pública y privada.

Como las leyes japonesas de antes de la Renovación habían sido hechas sobre el modelo chino, y como las potencias occidentales objetaban que sus nacionales se tuvieran que sujetar a las leyes japonesas, las nuevas leyes tuvieron que inspirarse en los modelos occidentales. Esto último fue el resultado de comprender que si se quería abolir la extraterritorialidad occidental, había que adoptar principios de jurisprudencia aceptables para Europa y los Estados Unidos. Así, se compilaron un código penal y un código de procedimiento criminal que estuvieron profundamente influidos por el derecho francés. Más tarde apareció el código civil, con base en el código francés y con contribuciones alemanas y de otros países, lo que permitió que se terminara con la extraterritorialidad en 1899.

Así se puede ver cómo varios de los instrumentos más importantes del nuevo gobierno ya se habían creado y operaban antes de que la misma constitución fuera creada. Eso condujo a la estabilidad de los asuntos políticos, pero también le permitió a la facción gobernante, encabezada por Ito Hirobumi, mantener el monopolio del poder.

Ito se apoyó principalmente en tres miembros de la misión Iwakura, que habían viajado y observado los sistemas de los países occidentales, para redactar la nueva constitución; con ellos formó una oficina dependiente de la casa imperial para evitar toda presión política de los liberales. Cuando el borrador estuvo terminado, lo ratificó el consejo privado, creado por Ito con ese propósito específico, el cual habría de perdurar bajo la constitución como el cuerpo más alto de consejeros del soberano. Cuando el trabajo estuvo listo, el emperador Mutsuhito, el 11 de febrero de 1889, aniversario de la fundación tradicional de Yamato, otorgó la constitución como un regalo imperial a su pueblo.

LAS BASES DE LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA DEL ESTADO MODERNO

De entrada, la constitución denegaba toda oportunidad para la crí-

tica. Para los aristócratas del consejo privado, que veían el trabajo de Ito a la luz de las tradiciones políticas japonesas, la constitución bien podía ser la prueba de un avance progresista, pero en realidad con ella la aristocracia no sólo había derrotado al liberalismo, sino también había ignorado el principio verdadero de las instituciones representativas. Habían creado un marco de trabajo para el gobierno, el cual estaba diseñado admirablemente para perpetuar el absolutismo oligárquico en el que había tenido su origen. De esta manera, a partir de 1889, el gobierno japonés estuvo dominado por una élite de poder compuesta por la familia imperial, el *genro* (estadistas ancianos) y la Cámara de los Nobles o Cámara Alta.

La preocupación central de los líderes era la de proteger las prerrogativas imperiales y, por ese camino, su propio poder, contra cualquier reto de los menos informados y menos capaces, que esperaban ejercer el poder a través de las instituciones representativas. Los líderes fortalecieron sus posiciones en la corte alrededor del trono a través de una nueva nobleza proveniente de los nobles de la antigua aristocracia cortesana y de los *daimyo*, según su importancia por antigüedad, más los líderes samurai que se dieron rangos y títulos hasta alcanzar algunos de ellos el rango de príncipe, como Ito Hirobumi.

La gran novedad de la constitución fue la de crear una Cámara de Representantes conformada totalmente por elección, pero la categoría de elector se le otorgó sólo a los ciudadanos que pagaban 15 yenes o más de impuestos directos. La Cámara Baja tenía formalmente igual autoridad que la Cámara Alta y las dos constituyeron la dieta, cuyos poderes estaban restringidos a votar los impuestos y el presupuesto.

Entre las razones principales por las que los oligarcas accedieron a darle a los representantes populares una participación real, aunque limitada, en el poder político, estaba la suposición correcta de que por ese medio se podía crear un sistema político estable que permitiera válvulas de escape, así fueran puramente en oratoria, a los descontentos. Por otra parte, los líderes también se dieron cuenta de que nada impresionaría más favorablemente a las naciones occidentales que una forma de gobierno constitucional en Japón, con instituciones representativas y procedimientos legales justos y claros como los de aquellas naciones. El éxito de la rápida modernización del gobierno japonés, según cánones occidentales,

fue la razón principal de que Inglaterra renunciara a la extraterritorialidad y que le siguieran otras naciones; así, Japón obtuvo la igualdad diplomática con el Occidente.

Los poderes del emperador eran muy amplios. Tenía derechos soberanos y los ejercía dentro de la constitución, convocaba y prorrogaba la Dieta, disolvía la Cámara de Representantes, determinaba la organización del gobierno, nombraba funcionarios y oficiales militares, ejercía poderes administrativos y de mando sobre el ejército y la armada, declaraba la guerra y negociaba la paz, etc., pero todos esos poderes y prerrogativas los ejercía sólo con el consejo de sus asesores, fueran éstos ministros de estado, de la casa imperial, o jefes militares.

Después estaba el *genro*, cuya existencia ilustraba el hecho de que el gobierno constitucional de Japón, que aparecía a los ojos de los extranjeros como una institución de tipo occidental en su estructura y en su funcionamiento, era en realidad típicamente japonés. El ejercicio del poder se llevaba a cabo a través de un número de órganos agrupados alrededor del emperador. Los dos órganos más importantes fueron el gabinete, bajo la dirección de un primer ministro, y el consejo privado. El gabinete tenía el deber de llevar los asuntos administrativos, en tanto que el consejo privado era más bien un grupo alrededor del emperador, encargado de diseñar políticas. A estos dos grupos se añadió, como una tradición no escrita, un tercer grupo o institución que se volvió muy importante e influyente: el llamado *genro* o grupo de estadistas decanos. Los *genro* eran los líderes políticos del período Meidi. Después de una vida política activa, éstos se convirtieron en los consejeros más importantes del emperador, llegando a constituirse en el núcleo central del poder político. Este grupo de estadistas dominó la escena política durante treinta años después de promulgada la constitución; de su seno salieron prácticamente todos los primeros ministros y la mayoría de los presidentes del consejo privado. Dominaba —aunque no directa o legalmente— el ejército y la marina, a través de los jefes máximos de cada rama, que eran miembros del *genro*. En el caso japonés, el *genro* fue la pieza central para hacer funcionar una administración absolutista en el marco de un gobierno representativo.

También se podía observar el ejercicio efectivo del poder en otros campos, como en el terreno de los asuntos militares, que estaba controlado por hombres cercanos al emperador. Se había es-

tablecido una dualidad casi perfecta entre los asuntos militares y los asuntos civiles. Los movimientos de las fuerzas militares no eran controlados por el gabinete, sino por el llamado comando supremo. Este organismo era teóricamente otro aspecto del poder imperial, pero en la práctica estaba constituido por un grupo de altos oficiales que usualmente eran miembros del *genro* y actuaban en nombre del emperador. A finales del siglo XIX la práctica era que los ministros de guerra y marina del gabinete fueran aprobados por las fuerzas armadas de las que eran miembros activos. Como militares que eran, estaban bajo la autoridad del comando supremo y de los superiores de sus servicios respectivos; en esta forma los militares podían en cualquier momento forzar a esos hombres a renunciar a sus puestos en el gabinete. Con este procedimiento, los militares podían provocar la caída de cualquier gabinete o impedir la formación de uno nuevo, sólo con rehusar la colaboración de los miembros de las fuerzas armadas. La única forma en que los militares podían ser mantenidos a raya por otras fuerzas políticas, era a través del control que tenía la dieta sobre las ampliaciones al presupuesto. Como la razón principal del incremento constante del presupuesto eran las exigencias de más dinero para el ejército y la marina, las autoridades militares estaban en conflicto constante con los líderes de los partidos políticos.

Si bien la constitución describía la forma en que la oligarquía gobernaba Japón, no basta para explicar por qué los *genro* pudieron mantener el control durante tanto tiempo y con tal efectividad. Las razones del funcionamiento del sistema estaban en otra institución. El proceso intelectual de la Renovación Meidyi se centró en la restauración de las pasadas glorias del Japón y de la institución imperial, de allí que lo importante fuera la institución más que la persona misma del emperador, porque esa institución, con todos los mitos que la configuraban, era el símbolo de la unidad de un pueblo. Como se ha visto, los shogunes Tokugawa conservaron vivo el mito de que el emperador era la fuente de todo poder, y fueron muy cuidadosos en hacer que cada shogún fuera investido por el emperador. Por su parte, los líderes de la Renovación hicieron de la institución imperial el símbolo central de su sistema ideológico. El emperador se convirtió en el objeto de la veneración nacional y debía ser aceptado por todos como el gobernante absoluto de la nación. Su prestigio nunca había sido tan grande, pero su poder personal permaneció limitado. Cuanto mayor era

la reverencia hacia el emperador y su poder absoluto, tanto más grande era la autoridad de aquellos que gobernaban en su nombre. Por esa razón los líderes de la Renovación se empeñaron en desarrollar el culto o la veneración al emperador, para hacer de éste el símbolo de la unidad nacional y transferir a su persona los fuertes lazos de lealtad feudal, que no habían sido debilitados o destruidos por los cambios sociales de la época Tokugawa.

Desarrollar la lealtad personal hacia el emperador era necesario a causa de la destrucción de las instituciones feudales. Los Tokugawa habían creado una lealtad jerárquica según la cual los campesinos eran leales a su señor feudal, el señor feudal al shogún y el shogún al emperador. Con los cambios sociales se fue produciendo un vacío, que los líderes llenaron con la idea magnificada del emperador: todos los japoneses debían ser iguales al menos en un aspecto: la reverencia al emperador y la obediencia a sus órdenes. Se consideraba que el emperador y el estado eran una y la misma cosa. De esta manera, el nacionalismo japonés tomó una forma que ya no era común entre las naciones occidentales. Se necesitaba crear la imagen del emperador como el objeto de la veneración nacional, porque por primera vez en la historia japonesa había surgido la necesidad de una lealtad masiva.

Como era lógico, hubo que tomar importantes medidas para fortalecer aquella imagen. Los poderes del emperador fueron definidos por ley en la constitución y como ésta había sido promulgada por el emperador mismo, sólo él tenía la capacidad de iniciar enmiendas y cambios; además, la constitución misma estaba por encima de críticas, pues a nadie le estaba permitido criticar al emperador; su persona era sagrada e inviolable. Él tenía el mando supremo del ejército y de la marina, poder que debía ejercer a través del consejo de ministros, y en ésta, como en otras prerrogativas que le reconocía la constitución, no podía haber interferencia alguna de la dieta. Era natural que la oligarquía japonesa, especialmente el grupo que controlaba el nuevo régimen, se apoderara del emperador como su pieza más valiosa y pusiera gran cuidado en evitar disputas sobre la sucesión mediante una ley de la casa imperial y un ministerio del mismo nombre, que se encargaba de manejar todos los asuntos del emperador y su familia. Hubo un tiempo en que la política japonesa parecía una lucha por apoderarse del cuerpo del emperador; por esa razón, el ministro de la casa imperial y los que con él trabajaban, tenían que ser seleccionados

con gran cuidado, ya que controlaban el acceso al emperador.

Sin embargo, no bastaba con definir la posición del emperador en la constitución, se debía crear también una base emocional para provocar la obediencia y la reverencia necesarias. La oligarquía lo intentó, haciendo del emperador la figura central de la religión shinto, revivida con el apoyo oficial. Esto se hizo a costa de minimizar las otras religiones. El budismo hubo de sufrir intentos iniciales para menguar su importancia entre el pueblo, en contra de la política que habían seguido los Tokugawa. El cristianismo también fue reprimido, si bien después de 1873 fue de nuevo tolerado; sin embargo, siempre fue visto con sospecha, a causa del reto peligroso que representaba para conservar las bases ideológicas del estado.

En su nueva forma, el shinto era una presentación y elaboración renovada del antiguo principio de la veneración o culto a los antepasados. La doctrina se refería a los orígenes divinos de Japón, su gente y su emperador; tales orígenes imponían la obligación de una lealtad ilimitada al emperador, quien expresaba la voluntad de los dioses. De esto no se necesitaba mucho esfuerzo para llegar a la conclusión de que los que habían sido bendecidos de esta manera tenían la obligación de gobernar el mundo y establecer sus instituciones divinas. Ésta fue la mezcla de mito e historia, leyenda y realidad, que hicieron los reformadores Meidyi para modelar un instrumento extraordinario para lograr la lealtad de las masas hacia la institución imperial y la persona del emperador. En ese momento histórico le dieron a Japón una unidad que tal vez no habría alcanzado de otra forma, al mismo tiempo que un sentido de unicidad que le habría de servir no sólo para contrarrestar las ideologías extranjeras, sino también para años más tarde y bajo nuevas circunstancias, impulsar y llevar a cabo su propio proyecto nacional, hegemónico-expansionista, en el Asia del este.

Una vez que se tenía el símbolo, el problema siguiente era lograr que la gente, como un todo, entendiera la idea y tomara una actitud positiva hacia ella. Eso se logró con el establecimiento de la educación elemental universal, que estaba planeada no sólo para entrenar a la población en cuestiones técnicas, sino también para adoctrinar a la gente en la versión de la tradición japonesa que envolvía la doctrina de la divinidad del emperador. Todo niño japonés creció así con la creencia de que el emperador era divino

y de que todos los japoneses participaban de una descendencia común de la diosa del sol, Amaterasu. El retrato del emperador estaba en todas las escuelas e instituciones públicas, y las ceremonias de deferencia especial a tan augusta presencia eran parte de la rutina diaria. El emperador era la cabeza espiritual y temporal del estado, y los ministros eran responsables ante él, no ante el pueblo o la dieta.

Todos los ciudadanos eran responsables del bienestar de la nación. La sociedad estaba en primer lugar. En esta atmósfera no era fácil que progesaran movimientos como el liberalismo o el socialismo, que estaban en su apogeo en los países occidentales. Dentro del pensamiento político japonés no existía línea de distinción alguna entre los derechos individuales y la autoridad del estado. Todas las ideas básicas anteriores ayudaron a configurar la definición del gobierno japonés, cuya estructura ideológica, creada por los líderes de la Renovación, cumplió ciertamente los propósitos de éstos, especialmente durante los primeros años; más tarde, sin embargo, fue puesta a prueba por el Japón que ellos crearon. Desde un principio esa estructura fue aceptada con más naturalidad y facilidad en los pueblos que en las ciudades; parecía haber sido hecha a propósito para los campesinos, que habrían de formar el ejército y cuya lealtad era prioritaria. El poder formidable del estado dio vida y mantuvo activo un sistema que duró hasta el final de la segunda guerra mundial; pero, para ese entonces, ya hacía tiempo que los profundos cambios sociales que inevitablemente trae consigo la industrialización, así como las influencias intelectuales que no fue posible mantener afuera, habían minado las bases de aquel sistema y preparaban la nueva época.

Aquella fue también, sin duda alguna, una revolución cultural. El nuevo gobierno apoyaba y animaba la adopción de las costumbres occidentales, como parte de su plan de destruir los "viejos malos hábitos". Se pensaba que el fortalecimiento material de la nación tenía que descansar en nuevas costumbres, iguales a aquellas que podían observarse en los países más adelantados y que se suponía eran los cimientos de un estado moderno y poderoso. Los habitantes de las ciudades, más dispuestos a ensayar e intentar nuevos hábitos y todo lo que constituyera novedad, respondieron con entusiasmo. Los campesinos de los pequeños poblados, lejos de las ciudades, respondieron con una mezcla de esperanza y miedo; los cambios podrían tal vez mejorar sus condiciones de vida, pero al

mismo tiempo las innovaciones podrían arrebatarles sus costumbres y creencias tan arraigadas, a las que no estaban tan prestos a renunciar.

Durante dos decenios se produjo una especie de locura colectiva, más notable en las ciudades, por todo lo que fuera occidental, ya se tratara de objetos o de ideas. Los historiadores japoneses llaman a esta época el "período de la intoxicación", que fue agudamente captado por el pincel y el lápiz de los artistas japoneses de la época, más que descrito en la literatura. La misma percepción aguda condujo a que los artistas japoneses, en el siglo XVI, captaran a los portugueses y españoles que llegaron con los primeros buques mercantes.

LA EXPERIENCIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los líderes de la Renovación, con toda su experiencia, pensaron cuidadosamente la cuestión de cuánto ejercicio de poder efectivo había de darse a los partidos políticos, y hasta dónde podía funcionar la dieta, de tal manera que la democracia y su ejercicio se hicieran aparecer como una realidad a los ojos de los países extranjeros. La importancia de ese razonamiento se revela frente al triste ejemplo de China y sus problemas con las potencias europeas. Es posible que en los inicios de esa nueva experiencia, los líderes japoneses no fueran conscientes de que darle a los representantes populares una participación real y creciente en la vida política y en el poder político contribuiría a lograr un sistema más estable. Pero, si bien no lo podían saber a ciencia cierta, su intuición les aconsejó dejar espacio en la constitución para un crecimiento en el ejercicio democrático, que se inició con el uso de oratoria en la dieta, como válvula de escape, y con la formación misma de los partidos.

Desde que el emperador otorgó la constitución, los líderes de la Renovación, agrupados en el *genro*, monopolizaron los cargos más altos del estado, hasta 1918. Desde que en 1885 se estableció el cargo de primer ministro, hasta 1918, sólo en dos breves ocasiones dicho cargo no estuvo en las manos de ese grupo; esa alta posición se rotaba entre Ito, y Yamagata, Katsura y Terauchi del grupo o clan Choshu; Kuroda, Matsukata y Yamamoto de Satsuma; Okuma de Hizen y Saionji, noble de la corte. Los mismos hombres dominaron el consejo privado, el ejército y la marina. Es ob-

vio, pues, que dominaban hombres de los grupos Satsuma y Choshu.

La dieta se reunió por primera vez en 1890, pero los partidos políticos, que ya existían, habían iniciado la oposición al gobierno por su falta de efectividad en revisar los tratados desiguales firmados con los países extranjeros. Japón no tenía todavía un sistema judicial que satisficiera a las potencias europeas y a los Estados Unidos, y no había logrado persuadir a esas naciones a que renunciaran a la extraterritorialidad. Con base en el sistema francés, Japón reorganizó su judicatura. El primer código penal y de procedimiento criminal, sobre el modelo francés, fue promulgado en 1880 y se puso en práctica en 1882. Igualmente, se aprobó en 1889 un código de procedimientos civiles tomado del modelo alemán, pero sólo hasta 1899 entró en vigor el nuevo código comercial. La mayor parte de estas reformas estaba sólo en el papel, ya que no existía un número suficiente de abogados con entrenamiento adecuado como para ponerlas en vigor. Con ello se retardaba, para conveniencia de las potencias extranjeras, la abolición de la extraterritorialidad.

En 1882 el conde Inoue, ministro del exterior, negoció con los representantes extranjeros en Tokio la revisión de los tratados desiguales, pero sin ningún éxito. Su sucesor, el conde Okuma, volvió a insistir en 1887 en la revisión y sólo pudo obtener la firma de un tratado con México, en 1888, negociado sobre las bases de igualdad. No obstante que México, como hicieron notar los representantes extranjeros en Tokio cuando informaron a sus gobiernos de ese hecho, "no era una potencia", ese modesto triunfo fue muy importante para el gobierno japonés que pudo esgrimirlo en las sucesivas negociaciones. En muestra del aprecio del emperador Meidyi y del gobierno de la Renovación hacia México —por aquel tratado que se firmó en las circunstancias descritas—, se otorgó un terreno convenientemente situado, para edificar allí la sede de la representación diplomática mexicana, donde ésta se encuentra actualmente.

Sin embargo, el fracaso de Okuma en lograr nuevos tratados sobre una base de igualdad con los otros países, ocasionó la caída del gobierno del premier Kuroda, y abrió el paso para que Yamagata, un samurai Choshu y un militarista lleno de planes, llegara a primer ministro. Con él se inició una época de enfrentamientos constantes entre el gobierno y la dieta, sobre todo acerca del pre-

supuesto militar, que era cada vez más grande. El juego de los partidos políticos en la dieta y entre ésta y el gobierno era de oposición entre los distintos grupos, sobre todo Hizen y Tosa, contra el monopolio del poder de los grupos Satsuma-Choshu. El arma principal del enfrentamiento era la exigencia de que el gabinete fuera responsable ante la dieta, lo que era un reto directo a la constitución misma. Los líderes de los partidos iniciales y más poderosos de entre los nueve que se formaron cuando se dio vida a la nueva política, el Jiyuto y el Kaishinto, en abierta oposición a la oligarquía Satsuma-Choshu, trataron de suspender la constitución hasta lograr que los partidos tuvieran participación en el control político. El gobierno respondió con una medida a la que habría de recurrir con frecuencia en los años siguientes: disolver la cámara de representantes y forzar nuevas elecciones.

La nueva cámara no fue mejor que la anterior en cuanto al problema del control del gabinete, que se había convertido en el punto de prueba. A Matsukata le siguió Ito, pero la cámara no se sometía; Ito renunció durante un breve período, pero regresó pronto armado de un edicto imperial cuyos efectos se borraron con rapidez. Ante una nueva disolución de la dieta hubo una renovada insistencia, esta vez con la pretensión de enviar una petición al trono mismo: la dieta fue disuelta nuevamente. Ito, que había sido el principal artífice de la constitución, se encontraba frente a una situación ingobernable y aparentemente sin salida; fue entonces cuando tomó una decisión que resolvió temporalmente el problema con la dieta: se puso a favor de una guerra con China por el problema de Corea. Ante la disyuntiva de continuar bloqueando al partido de la guerra dentro de la oligarquía, o de renunciar y dejar el lugar al príncipe Yamagata —el principal abogado de la guerra— o de unir a la oligarquía con la nación al precipitar un conflicto con China, escogió esto último, con el resultado de que por primera vez todo el país apoyaba al gobierno. Ya no hubo problemas con la nueva dieta, la cual votó que se le diera al gobierno todo el dinero que necesitara para la guerra.

La historia de todo este período, el último decenio del siglo XIX, estuvo marcada por la rivalidad personal entre Ito y Yamagata. Éste fue el caso de dos personalidades que simbolizaron la lucha entre las dos ramas de la oligarquía, la civil y la militar, y que gradualmente se iría transformando en un conflicto entre los militares y los partidos. Los dos hombres pertenecían al mismo clan,

el Choshu, y ambos hicieron contribuciones muy importantes al Japón de la Renovación. Yamagata fue el que organizó la fuerza militar en Choshu, la cual incluyó por primera vez campesinos en sus filas. Viajó a Europa para estudiar y observar las cuestiones militares y a su regreso organizó el primer ejército japonés moderno. Fue él el responsable de que se instituyera la conscripción, y el que sofocó la rebelión Satsuma. Yamagata no creía en la democracia ni en sus instituciones, y fue ministro del interior antes de que se promulgara la constitución; bajo ésta fue primer ministro, no obstante haber aceptado con dificultad ese documento. Durante su período como primer ministro, al observar el comportamiento de la dieta, tomó la determinación que los políticos de partido, mientras él pudiera impedirlo, nunca interferirían con los intereses del ejército, los cuales estaban por encima de todo. Este punto de vista fue la causa de su enemistad con Ito.

La guerra con China de 1894-1895 se llevó a cabo en suelo coreano, como otras veces antes y como volvería a suceder después. Yamagata y Oyama dirigieron las expediciones militares y triunfaron, volviendo al país como héroes. Ito negoció con China el Tratado de Shimonoseki en términos favorables para Japón. Fue una guerra rápida y una victoria relativamente fácil, que le demostró a los occidentales que Japón había dominado las armas modernas, y que en adelante habría que tomar en cuenta a esta nueva potencia en todo plan sobre Asia oriental. Tan fuerte fue el impacto de aquella demostración que, al sentir la competencia japonesa en China y frente al peligro de perder sus intereses en ese país, Rusia, Francia y Alemania obligaron a Japón a devolver la península de Liaotung. Ito tuvo que cargar con la culpa, pues los militares japoneses gritaron su inconformidad al verse obligados a ceder sus trofeos de guerra.

A partir de aquellas escaramuzas políticas, el último decenio del siglo XIX vio a Ito maniobrar mediante negociaciones con los partidos, tratando de dejar siempre fuera del alcance de éstos el control del gabinete a través de la dieta. De haber logrado los partidos ese control, seguramente se habría puesto en peligro también el programa de desarrollo económico, el cual estaba basado en gran parte en los impuestos sobre la tierra y las industrias locales, tales como las fábricas de sake. La violencia del ataque de los partidos políticos contra el gobierno se basaba en el cargo de que éste usaba aquellos fondos para la construcción de grandes industrias, de

las cuales la militar era la más notable. El resultado de esas violentas campañas fue, de nuevo, la disolución de la dieta, cuando ésta no aprobó la ley de impuestos sobre la tierra.

En el último año del siglo pasado, Ito empezó a considerar la idea de organizar un partido de gobierno, pero se enfrentó con la oposición de Yamagata, enemigo de los partidos políticos. Después vino el primer intento de los partidos de formar un gobierno, pero después de dos años el experimento terminó en fracaso, debido a las divisiones internas y a las continuas peleas por ocupar los mínimos puestos. En ausencia de Ito, le llegó a Yamagata y a los militares la oportunidad de formar un gobierno; a pesar de que Ito había logrado organizar un nuevo partido político, casi como el partido oficial, para tratar de contrarrestar la creciente influencia de los militares, tuvo que renunciar a la jefatura del partido, dejar el lugar al príncipe Saionji y retirarse a la presidencia del consejo privado, no sin haber pasado por la difícil circunstancia de hacer que su partido, el Seiyukai, votara en favor de la ley de impuestos sobre la tierra, destinada a fortalecer los gastos militares para la inminente guerra con Rusia.

Mientras Japón más incrementaba sus compromisos con el exterior, mayor se hacía la influencia de los militares dentro de la oligarquía. A partir de 1900 se hizo efectiva la regla, introducida por Yamagata, de que sólo los altos oficiales en activo podían ser ministros del ejército y la marina. Como no hubo ninguna oposición a esta regla, a partir de entonces los militares podían hacer caer un gabinete, al rehusarse a nombrar ministros del ejército y la marina en tanto la composición del gobierno no tuviera su acuerdo. Conforme crecía la convicción de que la guerra con Rusia era inevitable, los partidos políticos perdieron la batalla en hacer que el gabinete fuera responsable ante la dieta, y se dedicaron a negociar para obtener puestos en cada nuevo gobierno y a votar patrióticamente los fondos necesarios para el ejército y la marina. En 1904 llegó la nueva noticia del desarrollo alcanzado por el Japón, cuando éste atacó a los rusos en Puerto Arturo y, tras dos años de lucha encarnizada, infligió la primera derrota asiática a una potencia europea moderna.

En el primer decenio del presente siglo el gobierno estuvo apoyado por el partido Seiyukai, y como primeros ministros se alternaron Katsura y Saionji. La guerra con Rusia ocasionó la ola de esperado fervor popular patriótico que se sobrepuso a todo con-

flicto político interno; al terminar la guerra, la cámara baja reflejó el sentimiento popular de lo poco que se había obtenido de una inversión tan cara en recursos humanos y económicos. Saionji hizo frente a la crítica e Ito fue enviado a Corea como primer residente general, cargo que aceptó con la esperanza de contener las ambiciones militares y evitar la anexión de Corea. Ito estaba convencido de que esta anexión iba a poner a Japón en mayores dificultades y le daría mayor prestigio y poder a los militares, con la inminente distracción de los recursos de capital que eran necesarios para el desarrollo industrial de Japón.

Las maniobras políticas internas empujadas por los militares resultaron en el cambio del premier; los militares nombraron a Katsura, procedieron a anexarse Corea y usaron como pretexto para levantar el clamor popular en favor de la anexión, el asesinato de Ito por un coreano en la ciudad china de Harbin. Con Saionji anulado al ser nombrado como el último miembro del *genro* y con la muerte de Ito, terminó aquel grupo distinguido de creadores del Japón moderno. Con el episodio de Corea creció la influencia de Yamagata y de los militares, influencia que duró hasta la muerte de esa figura en 1922. Para entonces, sin embargo, habían ocurrido grandes cambios en Japón, particularmente en la esfera de la vida económica.

LA MODERNIZACIÓN ECONÓMICA

La Renovación Meidiyí no significó el paso inmediato a la industrialización capitalista. Las iniciativas político-administrativas fueron las que dominaron primeramente las acciones de los reformadores Meidiyí. Los líderes de la Renovación se habían lanzado a la conquista del enorme poder político que lograron, como requisito indispensable para lograr los cambios económicos que tenían en mente. Se habían propuesto construir una economía lo suficientemente industrializada como para colocar y sostener a Japón en un lugar preferente en el mundo moderno. Los miembros de la oligarquía estaban de acuerdo en aquella meta, pero Ito y Yamagata, como los representantes más sobresalientes de las dos tendencias dentro de la oligarquía, diferían en el monto de los recursos nacionales que debían invertirse para fortalecer las fuerzas militares, y cuánto debía dedicarse a desarrollar la economía.

Por otra parte, los líderes de la oligarquía tuvieron buen cuidado en imponer la mayoría de las medidas necesarias para el desarrollo de una economía capitalista, antes de verse obligados a conceder una constitución. Para que dicha economía se conformara ya existían las bases obtenidas años atrás: se había logrado la abolición de las instituciones feudales; la legalización de la propiedad privada de la tierra; el establecimiento de un sistema de leyes de tipo occidental; un sistema de educación obligatoria; la organización del gobierno central y local en departamentos y ministerios modernos, y un avance sustancial hacia la desaparición de las barreras legales entre las clases sociales. El gobierno inició la construcción de ferrocarriles, introdujo el telégrafo para uso comercial, un sistema postal y un sistema bancario; reformó el sistema monetario y permitió los viajes al extranjero. Por otro lado, aparecieron periódicos y revistas y se apoyó la idea de que los negocios eran una ocupación respetable y deseada. Los líderes usaron con admirable discreción el prestigio del emperador, quien se hizo un hombre muy rico y cuya familia pronto estuvo mezclada provechosamente en casi toda nueva empresa importante en Japón y después en las colonias. Los comerciantes ricos se hicieron aristócratas, y a los nobles se les permitió volverse capitalistas. Los hábitos y costumbres cambiaron grandemente, los samurai se cortaron el cabello y se vistieron a la manera occidental y el calendario gregoriano entró en vigencia en enero de 1873.

La resistencia principal frente a las costumbres occidentales y al ritmo acelerado de la industrialización provino de los elementos rurales; es decir, de los propietarios de las tierras, que tuvieron como portavoces a Itagaki y al mismo Okuma. Los antiguos daimyo con sus pensiones y los exsamurai con su espíritu de empresa se dedicaron al comercio y a la pequeña industria, como la de hacer sake por ejemplo, con lo que alcanzaron gran éxito. Sin embargo, no querían pagar muchos impuestos, y menos aún si éstos eran utilizados para financiar los planes ideados por la oligarquía. En ese momento, los líderes se negaron a resolver el problema de la acumulación de capital mediante la contratación de préstamos extranjeros aduciendo, con toda razón, que ello traería el control extranjero; no en vano conocían la experiencia de China en esa materia. El dinero tenía que venir de la única fuente principal de ingresos en un país agrícola, los impuestos sobre la tierra, sobre la base del 3 % anual de su valor, lo que aseguró y estabilizó

los ingresos efectivos del estado. En esta forma, el problema económico estaba íntimamente imbricado con el político.

Otra medida inteligente fue la decisión de traspasar al sector privado todas aquellas empresas estatales que no estaban relacionadas directamente con las necesidades militares. Los historiadores han ofrecido muchas explicaciones del porqué de esa decisión: el alto costo de operación de las fábricas propiedad del gobierno; las posibilidades de las fábricas que ya habían cumplido su propósito de servir como modelo de demostración, y que ahora debían seguir desarrollándose bajo el dinamismo de la iniciativa privada y, sobre todo, la estrategia de que mediante la venta a precios bajos de las propiedades del gobierno a los exsamurai, capaces y ambiciosos, se podía distraer la oposición de aquella clase descontenta. El proceso empezó en 1881, y en 1887 el gobierno apoyó a la iniciativa privada en la construcción de ferrocarriles. Cuando se reunió la primera dieta, los intereses agrarios eran con mucho la representación mayoritaria en la cámara baja, por lo cual, cuando el gobierno trató de aumentar los impuestos sobre la tierra, se encontró con una oposición fuerte. De los 300 distritos electorales, sólo diecisiete eran urbanos y en la primera elección las clases comercial e industrial sólo tuvieron diecinueve representantes, número que aumentó paulatinamente, sin lograr la mayoría, pues a finales del siglo sólo eran cuarenta y dos. La tarea principal de la cámara baja era la de atacar al gobierno sobre cualquier asunto, en especial sobre los impuestos, los precios y subsidios gubernamentales.

Los representantes de los intereses agrarios en la cámara baja conocían bien las condiciones generales de pobreza y opresión de los campesinos; sin embargo, habían sido elegidos por los que pagaban los impuestos. La revolución agraria que se había iniciado con la institución de la propiedad privada y la igualdad ante la ley del campesino y el samurai, ocasionó cambios muy serios en el campo. En general, se hizo mayor la tendencia a diferenciar entre el propietario y el campesino, tanto económica como políticamente. En Japón la propiedad de la tierra no se daba en gran escala, pero la diferencia entre los extremos de la escala existente era muy considerable y las políticas de los gobernantes la hicieron todavía mayor, pues aumentó el número de los arrendatarios y disminuyó el de los terratenientes. Había, además, una gran diversidad de la propiedad que iba desde los terratenientes que vivían en el lu-

gar y supervisaban a sus arrendatarios, hasta los que eran parcialmente dueños, y aún cultivadores, y mitad empresarios en las empresas rurales; los terratenientes ausentistas; los puramente arrendatarios, y al final de toda aquella escala, los campesinos sin tierra. Con el simple hecho de exigir en efectivo el pago del impuesto sobre la tierra, los renovacionistas desencadenaron varias consecuencias. Si bien el impuesto era de hecho más bajo que en la época Tokugawa, el terrateniente se veía obligado a obtener el efectivo dependiendo de los mercados urbanos. El arrendatario continuó pagando su renta en especie, sobre la base de un porcentaje sobre la cosecha, lo que era una ventaja para el terrateniente y una desventaja para el campesino. El arrendatario casi siempre estaba en deuda y se veía obligado a vender la cosecha por adelantado; una vez en las manos de los usureros era difícil librarse de ellos. Sus rentas pagadas en especie no le permitían beneficiarse de los precios crecientes del arroz y los productos manufacturados eran cada vez más caros. Estas condiciones condujeron inevitablemente a disputas entre los terratenientes y los arrendatarios y a las rebeliones campesinas esporádicas, también conocidas como los "motines de arroz".

El gobierno tomó la iniciativa de poner a la disposición de los campesinos mejores semillas, implementos, fertilizantes, bancos rurales, escuelas agrícolas y estaciones experimentales. Mucho del interés del gobierno estaba motivado por el deseo de asegurarse productos para exportar, de ahí que también diera su apoyo a la producción de té y de seda, productos que más tarde tendrían muy altos rendimientos. La exportación de seda japonesa alcanzó a la exportación china en 1910, lo que indica el grado de dependencia del mercado mundial que los campesinos japoneses habían alcanzado. Esta estrecha asociación se convirtió en un gran riesgo, como lo demostró la baja de compras del mercado norteamericano ocasionada, sobre todo, por la actitud de los industriales estadounidenses, para quienes resultaba demasiado molesto el éxito de esa industria en lo que ellos consideraban sus mercados. Un solo cultivo, el del algodón, no le interesaba al gobierno, e hizo esfuerzos por desanimarlo. Ante la evidencia de que el algodón indio era superior al cultivado en Japón, el gobierno se lanzó a la mecanización de la industria de hilados y tejidos con base en el algodón indio, y así desapareció la industria artesanal basada en el algodón doméstico. Cuando el gobierno se decidió a prestar su apoyo a

la industria textil, añadió este elemento de dirección industrial a la nueva estructura económica. La industria textil fue la que sentó el patrón de las relaciones entre el campo y la ciudad, al traer mano de obra barata de los poblados y establecer así un bajo nivel de salarios para todas las otras industrias. Forzó el ritmo de desarrollo en el comercio exterior y en las compañías mercantes y navieras y fue un importante factor de acumulación de capital. En particular, la industria textil se benefició de los privilegios comerciales que obtuvo de China, como resultado de la guerra sino-japonesa y la firma del Tratado de Shimonoseki.

En la etapa temprana de la industrialización, la industria textil de Japón, como la de otras partes, se apoyó principalmente en el trabajo femenino con bajos salarios. Tanto en las hilanderías rurales como en las primeras plantas de hilado de algodón, la gran mayoría de los trabajadores eran mujeres, muchas menores de edad, provenientes de la clase campesina. Éstas eran tratadas en muchos casos por la fuerza, y eran alojadas y alimentadas en dormitorios de las compañías, donde se combinaba el sistema fabril occidental con el paternalismo y la disciplina estricta tradicional de Japón. Los bajos salarios, aun en comparación con otros en Japón, y la prohibición de cualquier tipo de organización laboral para negociar mejores condiciones, junto con la pobreza de las instalaciones, el hacinamiento y las condiciones insalubres, parecían haberse copiado también de Inglaterra. En ambos países el sistema fabril en sus inicios se basó en el trabajo de las mujeres, que parecían ceñirse mejor a la disciplina del trabajo y eran menos hábiles para defenderse de los abusos industriales.

Entre las muchas experiencias del paso a la modernidad, la etapa de la modernización económica en Japón fue muy penosa, por lo forzado del proceso y por el breve tiempo en que se alcanzó. El campo financió la industrialización, y el precio lo pagó el campesino japonés, que sufrió —quizá como en ninguna otra época en su historia— la exigente opresión de un régimen que forzó a toda costa su plan, sin reparar en los sacrificios que le imponía a su pueblo. Para 1895 la revolución industrial había hecho su franca aparición en Japón.

Todos aquellos cambios económicos, políticos y sociales le sirvieron al gobierno en sus esfuerzos por revisar los tratados desiguales que se negociaban con las potencias extranjeras. Las tentativas anteriores (a las que nos referimos páginas atrás) no habían

tenido mayores resultados y la cámara baja criticaba constantemente al gobierno por su ineficacia y el poco progreso alcanzado. En 1894, el gobierno le propuso a los británicos una revisión que sería seguida por las otras potencias, animadas por el ejemplo inglés. En un nuevo tratado que se firmó aquel año, Japón e Inglaterra convinieron en la cláusula de la "nación más favorecida", en la abolición de la extraterritorialidad, en los derechos recíprocos de viaje, residencia, navegación y religión, así como en las concesiones tarifarias de largo alcance. El tratado entraría en vigor en 1899, con la condición de que las otras potencias estuvieran de acuerdo, cosa que sí hicieron. Para 1899, los japoneses habían logrado recuperar su autonomía tarifaria y para 1911 habían terminado todas las restricciones que les habían impuesto los tratados desiguales.

El impulso a la mecanización de la industria se intensificó durante y después de la guerra sino-japonesa. Para entonces el gobierno se sentía lo suficientemente fuerte para negociar préstamos extranjeros, necesarios para el pago de las deudas y la inflación causadas por la guerra, así como para auxiliar con créditos y subsidios e impulsar una legislación protectora que tanto deseaban las nuevas industrias. En 1896, Japón cambió al patrón oro gracias a la enorme indemnización que le impuso a la vencida China.

Los resultados de los esfuerzos de Japón por industrializarse y ampliar su comercio exterior se pueden ver en las cifras de esos años, que muestran una tendencia a la disminución de las importaciones manufacturadas y al aumento de las exportaciones. Antes de 1895 las importaciones de Japón eran como las de cualquier otro país agrícola: artículos manufacturados. Después de 1895, las importaciones tendieron a ser cada vez más de materias primas y de artículos semimanufacturados, a cambio de los cuales Japón exportaba manufacturas terminadas o semielaboradas. A la industria japonesa le tomó algún tiempo adquirir todo el equipo de capital, máquinas y herramientas que necesitaba para cubrir el mercado doméstico; de hecho, su balanza comercial permaneció desfavorable hasta la primera guerra mundial.

El capitalismo japonés no se desarrolló como un capitalismo estatal ni tampoco como el resultado de la empresa privada, sino como una mezcla de ambos. Inmediatamente después de la Renovación los líderes japoneses tuvieron que hacer casi todo: buscar

y encontrar el capital, seleccionar las empresas, entrenar a los administradores y a los obreros, asegurar el abastecimiento de materias primas, importar los consultores, asesores y directores extranjeros y vencer a la oposición. Por un momento pareció como si el estado planeara ser el propietario y controlar cualquier cosa importante; sin embargo, todas las industrias, salvo las más estratégicas, se entregaron a la iniciativa privada a un precio muy bajo, preferentemente a los asociados políticos. El gobierno continuó dirigiendo, estimulando, subsidiando, protegiendo y controlando, pero sin poseer ni manejar las nuevas industrias, excepto aquellas importantes para la guerra. En esa forma, el sector privado industrial japonés llegó a depender de la política gubernamental y de su ayuda en una combinación única, difícil de entender para otros países.

Hay dos razones principales de por qué los hombres de negocios estaban tan íntimamente vinculados con el gobierno. Por una parte, el proceso de industrialización tuvo que contar con el apoyo de todo el poder del estado y, dado que los recursos eran limitados, había que utilizarlos de acuerdo con un plan determinado para evitar desperdicios; por la otra, la presión de las potencias extranjeras era demasiado grande para que pudiera ser vencida fácilmente por un sector privado sin protección alguna. Hoy en día esa relación única continúa, aun cuando el proceso de industrialización se ha cumplido y ha llevado a Japón al inicio de una nueva etapa de su desarrollo.

La segunda razón es que la antigua clase de los comerciantes, que se había desarrollado con los Tokugawa, no había podido establecer su liderazgo económico, a pesar de la importancia que tuvo en la Renovación. Los nuevos líderes de la industrialización eran miembros de la antigua clase guerrera y no de la clase comerciante. Si bien había habido alguna incursión de los daimyo y de los samurai en el campo de los negocios, aún antes del fin de los Tokugawa, e incluso había habido matrimonios entre familias samurai y comerciantes, los negocios habían seguido en manos de aquella clase despreciada y de bajo nivel social. Los líderes se propusieron darle a la actividad comercial un aura de respetabilidad, de tal manera que los exsamurai se incorporaran a ella y se constituyeran en sus guías. Las razones de esto no son difíciles de comprender: el prestigio de los guerreros no se había empañado con la caída de los Tokugawa; por el contrario, se había afianzado con el lide-

rato de la Renovación, y así el código guerrero se había extendido a los conscriptos campesinos que formaban el ejército nacional. Los líderes se entendían con hombres de su clase y confiaban en ellos. Para ser un empresario en los inicios de la época Meidyi se requería tener algo más que habilidades comerciales; se necesitaba tener también cualidades de liderazgo y la confianza y el apoyo del gobierno. Por ello, el liderazgo en la industrialización y, en general, en el sector económico les llegó de manera natural a los exmiembros de la clase guerrera gobernante, aún cuando fueran pobres; no así a los comerciantes, socialmente despreciados, a pesar de su riqueza y de la igualdad legal de la que ya gozaban. El gobierno estaba muy preocupado con el problema económico de los exsamurai y de los daimyo. Todos habían alcanzado una compensación económica a cambio de la pérdida de sus ingresos anteriores, y lo que hicieran para sobrevivir era su asunto personal. Muchos se pudieron reajustar a los nuevos tiempos y para ellos hubo las opciones de la industria, el servicio al gobierno o la política. La medida de vender las fábricas propiedad del gobierno a empresarios privados fue parte de la política general de hacer que el mundo de los negocios se volviera respetable para los miembros de la antigua clase guerrera, a fin de darles a algunos de ellos un impulso inicial que los motivara a animar a otros a seguir el mismo camino.

Ese reclutamiento de exsamurai para las filas del comercio y la industria, la banca y el comercio exterior, trajo hombres con valores similares o iguales a los de los samurai de Satsuma y Choshu, que constituían el mando nacional de la Renovación. Fueron hombres que incorporaron a la economía la visión que tenían de la política y que no veían nada malo en una asociación estrecha entre la oligarquía política y la económica. No tenían ningún deseo de restringir y controlar el poder del gobierno, sino más bien competían por su protección fuerte y paternalista.

Sin embargo, a pesar de todo el apoyo oficial a la empresa privada, la estructura de la economía japonesa estaba altamente centralizada. En el período entre la Renovación y la guerra ruso-japonesa, es decir, durante el final del siglo pasado y los primeros años del presente, apareció un conjunto de grupos financieros, conocido como *zaibatsu*, cuya relación con el gobierno era muy estrecha y casi completamente subordinada. Los nombres más conocidos entre el *zaibatsu* eran Mitsui, una casa anterior a la Renovación,

Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda; los tres primeros se dedicaban al comercio, la banca y la industria pesada y ligera. Yasuda, Kawasaki y Shibuzawa estaban concentrados más en la banca y las finanzas; Asano y Okura en la industria. Esas grandes casas, que llegaron a tener un poderío económico enorme, introdujeron en el campo de la economía los esquemas del paternalismo y del control centralizado que existían en el campo político. Cuando pedían apoyo a sus amigos en el gobierno, lo hacían también a través de los lazos familiares y de parentesco que eran tan importantes para mantener la unión. Algunos *zaibatsu* están organizados puramente como un *trust* familiar, con todas las acciones en poder de una familia, en una manera peculiarmente japonesa de adaptar las formas de una sociedad anónima a las condiciones nacionales. Otros se extendían a todo tipo de empresas, en una serie de alianzas donde las obligaciones y lealtades fuertemente feudales eran la base de funcionamiento de lo que aparecía al exterior como una sociedad anónima de tipo norteamericano.

Muchos de los acuerdos entre los miembros del *zaibatsu* no se consignaban por escrito; los compromisos contraídos por los miembros del grupo se hacían cumplir mediante la presión social manifestada en términos de un código de honor, en forma distinta de la guerra económica que se llevaba a cabo entre las compañías rivales. El *zaibatsu* desempeñó un papel considerable dentro de la economía y la política japonesas, sólo inferior en importancia al del gobierno mismo. Fue especialmente importante su contribución al establecimiento de la industria moderna, especialmente de la industria pesada.

Desde el punto de vista del gobierno, las grandes casas financieras e industriales tenían un doble papel que desempeñar. Eran las puntas de lanza necesarias en el proceso de modernizar la industria y la agricultura. Sería difícil precisar qué tanto hubiera avanzado Japón en su progreso tecnológico si no hubieran existido aquellas organizaciones de gran fuerza económica y con un poderoso respaldo gubernamental. El *zaibatsu* no eran todos los negocios japoneses, pero eran los más fáciles de identificar y, ciertamente, el canal de comunicación más expedito y conveniente. El segundo papel que la oligarquía le asignaba al *zaibatsu* era el de ser una nueva fuerza política que pudiera equilibrar el peso de los intereses de los terratenientes en la dieta; sin embargo, los hombres de negocios estuvieron renuentes a correr el riesgo de formar un partido

político independiente que en algún momento los pusiera en contra del gobierno, situación que no podían siquiera imaginar.

En vez de acceder a formar un partido, el *zaibatsu* pagó su deuda política de dos maneras: enriqueciendo a sus patrocinadores, y actuando como un puente entre la oligarquía y los líderes de los partidos políticos. La mayoría de las compañías del *zaibatsu* tenían conexiones políticas con los líderes del gobierno y con los partidos. No obstante las rivalidades, las grandes casas comerciales jugaban un papel muy importante y arrastraban tras de sí a las firmas menores. El precio de la estabilidad aparentemente lograda en los principios del siglo actual fue el de la corrupción y de los escándalos públicos; pero éstos no eran tan grandes como para que el país no pudiera salir adelante, ni eran mayores de los que se daban en los países occidentales que Japón trataba de alcanzar.

Las características más importantes del crecimiento industrial de Japón fueron el énfasis puesto sobre la industria pesada más que sobre la ligera; el hierro y el acero, la industria química, los astilleros e industrias de máquinas-herramientas fueron la causa de la importación continua de maquinaria extranjera y de un balance comercial desfavorable. Según varios economistas japoneses, en 1905 había 2 500 compañías industriales con un capital de 189 millones de yenes; en 1920 eran casi 12 000 compañías con un capital de más de 3 billones de yenes. En el mismo período, el número de fábricas aumentó de poco menos de 10 000 a casi 46 000 y la fuerza de trabajo pasó de medio millón de obreros a un millón y medio. Este desarrollo fue posible gracias a las políticas proteccionistas, los préstamos domésticos y extranjeros, y las inversiones extranjeras directas. Pero no sólo progresó la industria pesada; también la industria ligera logró avances, en especial durante la primera guerra mundial, cuando Japón se colocó a la vanguardia mundial en textiles.

Otro índice de la industrialización creciente de Japón fue el incremento del gasto público, que creció de 300 millones de yenes poco antes de la guerra ruso-japonesa, a más de un billón de yenes después de la primera guerra mundial. De ese presupuesto, el porcentaje para fines militares nunca fue menor del 33% y llegó al 49% en 1921. Los préstamos negociados continuamente para la guerra y para la construcción de ferrocarriles en el continente, incrementaron la deuda nacional cinco veces.

Desde una perspectiva global, y a manera de síntesis, diremos

que el gobierno de Meidyi quedó firmemente asentado en el transcurso de poco más de una década, pues en ese tiempo logró desmantelar el aparato feudal y reemplazarlo por muchos de los elementos que constituirían el tramado básico de la sociedad moderna. Fue en verdad una transformación desde arriba, efectuada con una cantidad relativamente pequeña de violencia, en comparación con otros ejemplos que la historia nos da.

Sin duda, una de las cosas que influyó en la determinación de la naturaleza del movimiento y en su posterior consolidación fue la composición y las características sociales de los líderes que lo impulsaron; en segundo lugar, estuvieron la acción y la presión del contexto histórico internacional que obligó a los japoneses a actuar rápidamente. El que Japón haya tenido que crear en una generación lo que otros pueblos lograron en siglos, hizo que no se pudiera dar cabida a productos como las instituciones liberales. Japón saltó de un feudalismo tardío al capitalismo sin haber pasado por el período del liberalismo político; esta razón fue un elemento determinante para la forma que tomaría el Japón moderno. La rapidez con que Japón tuvo que crear un estado moderno que pudiera defenderse de las invasiones, y crear simultáneamente una sólida base económica, una industria y un sistema educacional compatible con una nación industrializada moderna, etc., determinó que estos cambios los llevara a cabo un grupo de burócratas autocráticos y no la masa del pueblo, a través de órganos democráticos de representación. Este cambio paternalista y autocrático les parecía el único factible a los líderes Meidyi, en su intento por evitar que el Japón se convirtiera en un país colonial más, al estilo de los del resto de Asia.

Por otro lado, el impacto del comercio occidental sobre la estructura feudal japonesa, ya en crisis, fue lo que apresuró la transformación social de un régimen feudal a uno capitalista. El alto grado de penetración del capitalismo en la vida rural, con el consiguiente desarrollo de la agricultura comercial, y luego el fuerte arraigo capitalista en la industria, fue el mecanismo que convirtió brusca y rápidamente a Japón en un moderno estado industrial. A esta situación se llegó sin un cataclismo revolucionario, tras un proceso de adecuación y ajuste del aparato de gobierno, aun cuando el detonante que aceleró este proceso fue la presión y amenaza de Occidente.

El mecanismo y las formas utilizadas por los renovadores Meid-

yi, así como las reformas realizadas, la mayoría de corte capitalista, permitieron sólo un débil impulso a ciertas formas de las democracias occidentales.

Para llevar a cabo pacíficamente todas estas transformaciones, no por una revolución popular sino desde arriba, era preciso que los elementos clave del antiguo orden recibiesen cuando menos una compensación razonable. Así, en 1869 el gobierno les garantizó a los daimyos la mitad de sus ingresos a cambio de la renuncia a sus feudos, y a los samurai les aseguró su permanencia en la nueva burocracia estatal. En consecuencia, la modernización japonesa no entrañó la liquidación de la antigua clase dirigente feudal sino todo lo contrario. El proceso de desintegración del régimen Tokugawa posibilitó al sector de las clases dirigentes tradicionales que, desgajándose del orden imperante, llevara a cabo una transformación desde arriba, a fin de promover los cambios necesarios para el progreso industrial, cuidándose sobre todo de conservar una posición favorable frente al poder y a los beneficios que éste otorga.

La destrucción del feudalismo Tokugawa desde arriba frenó cualquier intento de parte del pueblo, particularmente de los campesinos y de los ciudadanos pobres de la ciudad, por extender el movimiento antifeudal desde la base social. Una vez derribado el antiguo orden y abolidas las inmunidades y los privilegios feudales, el nuevo gobierno se colocó firmemente en contra de cualquier demanda en torno a la profundización de las reformas, como también en contra de cualquier intento por restaurar el antiguo régimen. Tal política requirió una poderosa maquinaria estatal con un cuerpo policiaco y una fuerza militar a su disposición. Esta tendencia represiva hace que algunos caractericen al régimen como el Absolutismo Meidi; pero no hay duda de que ésta fue una forma eficaz para iniciar la modernización económico-industrial y la construcción de un poderío militar, con el cual no sólo se pretendía derogar las condiciones de subordinación a que fue sometido Japón en su apertura hacia Occidente, sino también competir con este último.

De esa manera, el poderío militar alcanzado sirvió, en primer lugar, como una defensa contra cualquier intento de invasión de las potencias occidentales; en segundo lugar, impidió todo intento interno por volver al pasado y, sobre todo, sirvió para reprimir las tendencias liberales, que en esos años trataban de poner en prác-

tica y extender las incipientes ideas democráticas. No hay que olvidar que tanto estas fuerzas armadas como la burocracia estatal estaban compuestas, en su mayor parte, por exsamurais y antiguos señores feudales, los cuales tenían sentimientos hostiles hacia toda manifestación genuinamente liberal. En tercer lugar, el poderío militar sirvió para impulsar la expansión colonial japonesa, manifiesta ya en la intervención en Corea en 1875 y en la guerra sino-japonesa en 1894-1895. Se materializaba así uno de los máximos lemas del proyecto nacional Meidyi: "enriquecer al país, fortalecer el ejército".

Hay dificultades para caracterizar globalmente a la Renovación Meidyi como una revolución liberal, en parte porque, a pesar de que la modernización capitalista minó el orden agrario y produjo algunos cambios importantes, no afectó sustancialmente la estructura agraria. Por otro lado, se consiguió contener y desviar los descontentos y presiones del campesinado, evitando así una revolución campesina. Sin embargo, no se puede ser demasiado categórico y considerar que la Renovación Meidyi fue sólo una modernización de la forma del viejo sistema feudal, que funcionó bajo las directivas de una superestructura absolutista. Ello significaría negar históricamente el conjunto de transformaciones e innovaciones que hicieron posible la edificación del moderno estado capitalista industrial japonés, el cual permitió darle una respuesta efectiva a Occidente.

En vista de lo anterior, consideramos que no es posible asimilar con exactitud el proceso de la Renovación Meidyi a ninguno de los modelos histórico-políticos occidentales. Esto se deriva de la singularidad de la historia japonesa, que también de una manera muy singular logró revertir, en brevísimo tiempo, las condiciones ominosas a que fue sometido Japón en su apertura inicial a Occidente.

PRESIÓN DEMOGRÁFICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Como una de esas paradojas que la historia suele presentar, el triunfo japonés sobre Rusia en la guerra ruso-japonesa (1904-1905), el cual se destaca como la primera victoria de una nación asiática no occidental sobre una nación europea-occidental, no tuvo, sin embargo, los mismos efectos exitosos e impactantes entre la so-

ciudad japonesa. En efecto, la guerra contra China primero y la victoria sobre los rusos después, aparte de significar un triunfo para Japón y la reafirmación definitiva de su vocación imperialista, favoreció a los nuevos empresarios, quienes especularon y consiguieron ventajosos contratos con el estado para proporcionar armas y municiones, pero afectó profundamente a la gran masa de los trabajadores urbanos y de los campesinos, los cuales debieron soportar, a cuenta del programa de expansión militar, los altos precios y la inflación. Al mismo tiempo, la alta concentración poblacional y la consiguiente agudización de las condiciones de vida y de trabajo terminaron por incrementar las protestas, la profusión de las huelgas, la organización de sindicatos y los conflictos sociales no exentos de violencia. La presión demográfica, un fenómeno nuevo para el Japón, fue sin duda un elemento que contribuyó a configurar la nueva realidad japonesa.

Con la industrialización vino aparejado un incremento sostenido de la población. Para 1920, la población había crecido de 35 a 56 millones, con un crecimiento anual de 437 000 personas. Desde 1920 hasta 1940 el incremento anual fue superior aún, pues subió a 800 000 personas. En 1920 la población de Japón era el doble de la de 1850, y a pesar de los indudables logros en la agricultura, la población sobrepasó la producción de alimentos en las islas japonesas.

El gobierno estaba muy consciente de la presión demográfica sobre los recursos territoriales disponibles, e hizo varios esfuerzos para solucionar el problema. De las islas propias, sólo Hokkaido ofrecía posibilidades, pero su clima difícil no estimulaba el asentamiento de agricultores japoneses, a pesar de los consultores norteamericanos llevados para desarrollar la isla, en especial las minas de carbón. Éste fue uno de los pretextos que llevaron a Japón a anexarse Corea, país con una población menor y un nivel de vida inferior; sin embargo, los agricultores japoneses no querían ir a competir con los coreanos, a menos que se les ofrecieran privilegios especiales. De los 400 000 japoneses o más que se fueron a Corea en los diez años siguientes a la anexión, aproximadamente la mitad vivía en las ciudades principales, donde eran oficiales, empleados administrativos o banqueros y muy pocos eran campesinos.

Cuando el tratado de Portsmouth —que concluyó la guerra sino-japonesa— le dio a Japón una base en Manchuria, el gobierno japonés anunció que en un período de diez años enviaría un millón

de colonos a las partes bajo su control. Veinte años después había menos de 70 000 japoneses en Kwangtung, la mayoría en Puerto Arturo y Dairen, y no más de 250 000 en toda Manchuria, frente a los 30 millones de chinos que la poblaban. De hecho a Manchuria habían emigrado más coreanos que japoneses. En esas condiciones, no es extraño que el gobierno japonés haya abandonado toda esperanza de resolver su problema demográfico con la emigración a sus nuevas colonias. Por otra parte, un poco más de medio millón de japoneses se había ido a otros países en América Latina, principalmente a Brasil y México, sobre todo cuando las leyes migratorias de países como los Estados Unidos fueron cerrando las puertas a esas migraciones. Para 1926, el gobierno japonés llegó a convencerse de que con su insistencia en la migración había aparecido el riesgo de levantar sospechas en otros países, riesgo mayor que los posibles beneficios para los emigrantes.

El crecimiento de la población trajo consigo problemas que se complicaron debido a las distinciones sociales, lo cual ha sucedido en todos los países industrializados. Hubo una marcada ampliación en la base de los propietarios de las industrias y en el comercio, debido al crecimiento y a los mayores campos que abarcaban las negociaciones del *zaibatsu*, lo cual estimuló la aparición de muchas otras empresas. Este crecimiento estuvo aparejado con el crecimiento de una gran clase trabajadora en las ciudades y en las fábricas. La industria japonesa se caracterizaba por bajos sueldos, largas horas de trabajo, gran número de mujeres, sobre todo en la industria textil, y el sistema de maquila en establecimientos pequeños. El gobierno japonés trató de anticiparse a la creación de los sindicatos por medios legales, lo cual no impidió que se produjeran numerosas huelgas en las que se exigían mayores salarios; sin embargo, fueron movimientos locales, espontáneos y sin coordinación alguna. Es decir, el trabajador no tenía manera de comunicarse con su gobierno, como no fuera a través de huelgas o revueltas. A este respecto, los japoneses tienen una larga e interesante historia de rebeliones campesinas y de revueltas urbanas. Los movimientos conocidos como los "motines de arroz" de 1918, en plena guerra mundial, son una ilustración excelente de las relaciones entre el pueblo y el gobierno en aquellos días. El gobierno no pudo prever los motines, pero sí tuvo éxito en evitar que fueran explotados por los movimientos de extrema izquierda.

La historia de los motines empieza con la extraordinaria cose-

cha de arroz de 1916, la mayor hasta entonces en la historia de Japón, a la que siguieron dos años de cosechas pobres durante los cuales las existencias de arroz bajaron, y los precios se dispararon en 1918. Los edictos gubernamentales que fijaban los precios no pudieron ser mantenidos, y algunas de las grandes casas comerciales pronto monopolizaron el grano. Los motines empezaron en un poblado pequeño del norte de Japón, donde varias amas de casa hicieron en vano algunas demostraciones contra el monopolio y contra el saqueo del arroz de su poblado para llevárselo a los almacenes de las grandes casas comerciales. Los motines se extendieron por todo el país, a 33 ciudades y 201 poblados. El gobierno emitió declaraciones haciendo un llamado a las antiguas virtudes, culpó a la prensa por sus noticias sensacionalistas, hizo colectas forzadas de arroz en Corea, lanzó a las tropas contra los amotinados y, finalmente, realizó grandes importaciones del grano desde países del sudeste de Asia. Los motines de arroz terminaron tan rápidamente como habían principiado, una vez que hubo el grano.

Las ganancias en la agricultura no fueron como en la industria, y aquélla apenas si se pudo mantener al nivel de la creciente población, sin que pueda decirse que elevó el nivel de vida de las masas que vivían de ella. No hubo mecanización de la agricultura, como sí había habido en la industria, y la regla continuó siendo el cultivo en pequeña escala. El tipo de cultivos preferido por sus altas ganancias ligó las condiciones económicas del campo a las del mercado mundial. Los terratenientes tenían así enormes ganancias, pero no los campesinos arrendatarios, quienes debían pagar a veces hasta el 50% de la cosecha como renta. Las antiguas relaciones entre los campesinos y los señores cambiaron y se dieron choques continuos entre ambos. Los campesinos culpaban de todo a las ciudades, y desarrollaron actitudes anticapitalistas hacia el Occidente.

Occidente estaba asociado con las ciudades y con todos los cambios en el vestido, en la familia y en la mujer. Sin embargo, a pesar del peso de las tradiciones, los campesinos formaron sindicatos, lo que vino a ser otra muestra de la inquietud en el campo no siempre tan conservador como usualmente se cree.

JAPÓN Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El primer impacto del estallido de la guerra entre las potencias cen-

trales y los aliados, en 1914, logró la dislocación del mercado financiero internacional centrado en Londres, la destrucción de los canales usuales del comercio internacional y un serio colapso de los precios del arroz y de la seda cruda. El gobierno japonés declaró una moratoria y dio poderes extraordinarios a su ministro de finanzas para regular la compraventa del arroz. Se trazó un programa a largo plazo para mejorar los métodos de la agricultura, poner más tierra bajo cultivo y dedicar más capital para la agricultura. La guerra le cortó a Japón la mayor parte de sus fuentes de productos químicos, drogas, acero, maquinaria, vidrio, papel y lana, forzándolo así a fabricar todo eso. El gobierno tomó la iniciativa de apoyar a los fabricantes domésticos que sustituyeran a los fabricantes extranjeros y produjeran lo que no estaba disponible en el exterior. Para mediados de 1915 la economía japonesa se había ajustado a la nueva situación, con ayuda de los pedidos de municiones de los aliados y de la oportunidad inesperada de explotar los mercados del sudeste de Asia, debido a la preocupación de las potencias que usualmente surtían esa área. Como consecuencia, las viejas industrias se ampliaron y aparecieron nuevas para surtir la demanda. A fines de 1915, Japón estaba en medio de un crecimiento industrial fenomenal para poder surtir las necesidades de los países aliados y las de los asiáticos, que tenían cortado el acceso a sus antiguas fuentes de suministros. La mayoría de las materias primas y de los mercados necesarios para la industria japonesa estaban situados en Asia. La guerra hizo que Japón concentrara la atención sobre Asia en general y sobre el imperio japonés en particular. Formosa y Corea se desarrollaron como fuentes de arroz, azúcar y otros alimentos así como de materias primas, para uso exclusivo de Japón. Los japoneses llegaron a concluir que un suministro garantizado de materias primas en el continente y un acceso privilegiado a los mercados de toda Asia eran esenciales para el mantenimiento de su economía. Durante el período de la guerra, Japón se convirtió en el centro industrial de Asia, una experiencia que no le sería fácil olvidar cuando el conflicto terminó.

Desde 1915 hasta 1920 Japón gozó de un gran período de prosperidad económica, pero ese crecimiento industrial y comercial tenía fallas de base, con serios problemas para el futuro de la estructura económica. Los enormes superávits obtenidos no se gastaron en forma constructiva. Por ejemplo, se hizo poco para pagar la deuda exterior y se gastó mucho en préstamos para los señores de la gue-

rra en China, los famosos préstamos Nishihara, que finalmente tuvieron que ser absorbidos por el gobierno. Para finales de la guerra la estructura de costos y precios estaba completamente desequilibrada. Los esfuerzos del gobierno por resolver los problemas de un mayor poder de compra, del déficit de los productos de consumo y de la inflación de la moneda, fueron casi inútiles. Los intentos por evitar la exportación de arroz y apoyar la importación del grano fallaron, y el precio del arroz continuó subiendo aceleradamente, hasta que en agosto de 1918 estallaron los "motines de arroz", que ilustran una de las principales características del crecimiento industrial japonés anterior y simultáneo a la guerra. Mientras que el ingreso nacional crecía, su distribución era cada vez más desigual, de tal forma que en una época de gran prosperidad nacional había también una pobreza generalizada y gran inquietud tanto en los poblados como en el campo.

Al terminar la guerra mundial había en Japón más negocios y más hombres de negocios de los que había habido antes. Con el crecimiento de la riqueza se produjo un aumento del prestigio para todo el grupo. La fama del *zaibatsu* fue tanto mayor cuanto que por primera vez los militares dejaron de ser indiscutibles, sobre todo después de que la expedición a Siberia se reveló como una aventura costosa y que la política en pro de una China fuerte terminó en la retirada de Shantung, y se derrocharon inútilmente millones de yenes en préstamos a los señores de la guerra chinos. Japón salió victorioso de la guerra y asociado con las democracias, pero el prestigio que le confirió esa victoria a las ideas democráticas hizo que Japón se percatara de que había modelado muchas de sus instituciones sobre el ejemplo prusiano. Cuando el trabajo de Bismarck quedó hecho pedazos y los aliados formularon los principios del llamado esquema democrático se hizo claro que la cooperación internacional y la expansión de los negocios, más que las aventuras militares, eran la nueva vía para la prosperidad nacional de Japón. La declinación de los viejos líderes y el prestigio de los hombres de negocios no trajo consigo cambios fundamentales en las instituciones políticas japonesas. El grupo de negocios alcanzó mayor influencia en los asuntos políticos, pero esa influencia se ejercía dentro del sistema imperial existente. Los hombres de negocios japoneses veían a los partidos políticos como instrumentos que se podían usar para obtener políticas favorables a los negocios. Todos los partidos importantes eran financiados por el

zaibatsu. El dinero del *zaibatsu* aceitaba los engranajes del gobierno, porque enriquecía tanto a los burócratas como a los políticos, y los ponía a trabajar por el mismo fin. Más que unirse a los partidos para luchar contra la burocracia, o con la burocracia para aplastar a los partidos, el *zaibatsu* buscaba siempre el compromiso político más que el conflicto.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO Y LAS NUEVAS CONDICIONES

La primera guerra mundial marcó el inicio de una nueva era para Japón. Casi todos los líderes de la Renovación y de la modernización habían muerto o eran muy ancianos. El liderazgo había pasado a manos nuevas. El crecimiento económico alcanzado puso a prueba la solidez de las relaciones sociales y cambió el acomodo de las clases sociales. Los grandes cambios económicos y sociales crearon condiciones nuevas para el desarrollo político japonés, y esas condiciones iban a verse influidas por los esquemas de ideas y creencias que venían de los sustratos ideológicos anteriores. El esquema dominante era la ortodoxia oficial creada por el régimen Meidiy. El gobierno había tenido el gran cuidado de desarticular las ideas que pudieran haberle ofrecido al pueblo alternativas a la ideología oficial. Los militares y los burócratas estaban listos para apoderarse de cualquier cosa que llegara de Occidente y sirviera a sus propósitos, pero sus fines estaban bien delimitados y no iba a ser fácil modificarlos.

El Edicto Imperial sobre la Educación, de octubre de 1890, estuvo diseñado para contener la invasión ideológica de Occidente y para convertir el sistema educativo en un arma poderosa del estado. El edicto definió a la moral como el objetivo de la educación y transformó el sistema educativo en el responsable de inculcar las virtudes nacionales. Se logró así una mezcla muy bien pensada de todo lo prestigioso de los antiguos preceptos y normas del confucianismo, del shintoísmo y del budismo con el fin de realzar las dos virtudes cardinales básicas, la lealtad y la devoción filial, como las bases morales del nacionalismo japonés. Poco a poco el ministerio de educación tomó el control del proceso educativo, al disponer el currículum y preparar incluso los textos para la escuela primaria. En especial, se preocupó también por la preparación de los maestros, a los que se les acostumbró a que la disciplina y

la obediencia debían ser automáticas. El sistema educativo se concibió para fortalecer todas las ideas que sirvieran a los propósitos del estado y para excluir todas las maneras de pensar que fueran peligrosas para ese predominio estatal y es cierto que tuvo éxito, sobre todo en las áreas rurales; sin embargo, en las escuelas privadas de las ciudades estuvieron de moda muchas filosofías educativas provenientes de Estados Unidos e Inglaterra.

A pesar del sistema educativo y de la atmósfera antiintelectual, los intelectuales de Japón tuvieron una importante función que desempeñar. Primero, tradujeron a su lengua casi toda obra extranjera de cierta importancia, ya fuera ésta de literatura o de ciencias naturales, el *Manifiesto comunista*, Tolstoi, Disraeli, etc. A pesar de la intransigencia de la censura, una ojeada a las listas de las obras publicadas revela la amplia variedad de libros disponible para cualquiera que deseara leer. Segundo, los intelectuales expresaron las tensiones sociales y los movimientos intelectuales de la época. Tercero, los intelectuales que eran activistas, y los activistas con pretensiones intelectuales, ayudaron a modelar la política de su época y la del porvenir. Al terminar la primera guerra mundial, el espectro ideológico de Japón era mucho más variado y rico del que los líderes del gobierno habían deseado.

Entre aquellas corrientes de pensamiento que llegaron a Japón procedentes de Occidente y tuvieron alguna influencia estuvieron, desde luego, el liberalismo y el socialismo. Una de las corrientes del pensamiento político japonés se formó a partir de una especie de alianza entre el liberalismo occidental y el descontento en el campo. Los samurai disidentes que organizaron los primeros partidos políticos, utilizaron las ideas liberales occidentales para enfrentarse a la oligarquía y tratar de destruir su monopolio. Para 1918 todos aquellos partidos habían sido apaciguados lo suficiente como para permitir el primer intento de un gobierno de partido. Esa gimnasia política no llegó a ser tomada en serio ni por la oligarquía ni por la burocracia, pues ninguna de las dos se sentía realmente en peligro. Sin embargo, hubo algunos hombres dentro de la tradición agraria general que, por razones personales o de otra índole, se negaron a someterse y empezaron a manejar otros conceptos y otras fuerzas sociales en su lucha por el poder. Un hombre como Oi Kentaro vio las posibilidades de trabajar políticamente con los pobres y formó su propio partido, interesado en las condiciones de la tenencia de la tierra y del trabajo urbano. Él pensaba

que las condiciones del pueblo podían mejorarse con una mayor intervención del gobierno en la economía y sin mayor apoyo a la iniciativa privada, y se sentía atraído por el socialismo occidental.

El aumento de traducciones al japonés de importantes obras del socialismo occidental así como del número de lectores estimuló la formación de una Asociación para el Estudio del Socialismo, en donde se mezclaban socialistas cristianos y discípulos de Oi Kentaro. Para 1901 ya había suficientes activistas intelectuales como para formar el Partido Social Demócrata, que el gobierno suprimió a las tres horas de su creación. Entre los líderes se encontraba Katayama Sen, quien se distinguiría después como uno de los más notables comunistas japoneses. Cerrado el camino a la acción política, los integrantes del grupo volvieron a escribir y publicar novelas y artículos sobre las condiciones sociales, el imperialismo y el antimilitarismo, además de muchas otras ideas revolucionarias para su tiempo, que indicaban una actividad intelectual y un razonamiento en verdad extraordinario. Algunas veces ese socialismo expresado en los libros y las revistas se volvió violento, y la combinación con la violencia era peligrosa para el gobierno tanto como la mezcla del socialismo con los cristianos pacifistas. Como una organización abierta era prácticamente imposible, muchos intelectuales fueron perseguidos por la policía y muchos de sus escritos prohibidos. Aquellos pensadores tenían muy poco contacto con los obreros y los campesinos que decían representar y guiar; no obstante, fueron culpados por el gobierno de la violencia entre los trabajadores, como en el caso de la huelga de la gran mina de cobre Ashio, en 1907, de la que no fueron responsables. El movimiento socialista-anarquista no logró conquistar el poder por la acción directa, pero dejó tras de sí la tradición de amistad con el movimiento revolucionario ruso y la idea de que aquellos que desearan obtener el poder debían tomar en cuenta a los campesinos y a los obreros. La importancia de este primer movimiento socialista está en que fue el primer esfuerzo serio por encontrar símbolos que pudieran atraer el apoyo de las masas.

Otra corriente del pensamiento político japonés que se originó también con los ajustes de los samurai y de la Renovación fue la que se inició con la Sociedad Genyosha, cuyo nombre indicaba el empuje para cruzar el mar y expandir el poder japonés en el continente. Los miembros de esa sociedad, establecida en 1881,

proclamaban una lealtad inquebrantable al emperador y al país, pero no toleraban otras ideas sobre el destino de Japón. Apoyaban así los esfuerzos de los oligarcas por mantener a la población "con una sola mente" y en ocasiones fueron utilizados por los militares para influir en las elecciones. Uno de sus líderes más notables fue Toyama Mitsuru, quien durante más de cincuenta años promovió el concepto de la unidad de Asia bajo la gúfa de Japón. Él y algunos amigos ayudaron a Sun Yat-sen y a otros líderes chinos, con la idea de que así ayudaban a China a fortalecerse contra el enemigo común: el imperialismo occidental. También le dieron ayuda a Emilio Aguinaldo, en las Filipinas, en su lucha contra los Estados Unidos. En ese sueño de la unidad asiática, estaba implícito que la jefatura sería de Japón; China sería un vecino amistoso y subordinado, agradecido al Japón por su ayuda para librarse del yugo extranjero.

Esas ideas fueron la base para la creación de la Sociedad del Dragón Negro, nombre tomado del movimiento proguerra con Rusia para extender las fronteras de Japón hasta el río Amur o Hei Lung Kiang (río del Dragón Negro, en el norte de China). Dicha sociedad tenía un programa que era una mezcla de reforma interna y expansión hacia el exterior. Esa expansión debía interesar a todos los países asiáticos, de los que Japón sería el líder. La reforma significaba la destrucción de las influencias occidentales en la mente de la gente y la imposición del concepto militar de una vida dedicada a las necesidades de un estado constituido por soldados-campesinos. El sistema educativo, con todo y su énfasis en la lealtad y la devoción filial, estaba demasiado occidentalizado, pues el espíritu nativo del pueblo japonés estaba siendo minado por el capitalismo y la democracia. Esta sociedad nunca tuvo un programa positivo o constructivo que ofrecer. Después de la primera guerra mundial, aparecieron muchas sociedades semi-secretas para combatir las ideas democráticas en Japón.

La importancia de esas sociedades no estuvo en su número, ni en la violencia que desataron o los métodos que utilizaron, sino en los líderes ocasionales que produjeron y las ideas que promovieron. Mantuvieron viva la tradición de que las ideas heterodoxas debían ser suprimidas por medio de la violencia o de la intimidación. En particular, mantuvieron e impulsaron la idea de que el destino de Japón estaba en primer y último lugar en Asia, de la cual había que expulsar al hombre blanco. Esta forma de ultra-

nacionalismo en ocasiones puso en aprietos al gobierno y se puede decir que hasta el final de la primera guerra mundial, aquellas sociedades chauvinistas no tuvieron un papel importante que desempeñar. Fue sólo con el creciente prestigio de las ideas democráticas, que coincidió con el declinar del *genro*, cuando las ideas de aquellas sociedades se hicieron importantes, sobre todo por boca de su exponente más notorio: Kita Ikki.

Este personaje que dedicó buena parte de su vida a ayudar a la revolución china fue producto del medio rural en el que su familia tenía una pequeña industria. Observando los cambios que experimentaba Japón, construyó su propio modelo de un país poblado por soldados y campesinos gobernado por gente como él: gente orgullosa, diligente, obediente y patriótica. Kita Ikki leía mucho de ciencia y filosofía occidentales en búsqueda de elementos de apoyo a sus ideas de que los jóvenes samurai podían tomar los asuntos públicos en sus manos, si no aprobaban el gobierno de los que estaban encargados del destino nacional. Kita Ikki buscó oportunidades para influir sobre el destino de China pero se desilusionó de la actuación del doctor Sun Yat-sen, y culpó parcialmente al gobierno japonés por el fracaso de la revolución china, a causa de los empréstitos hechos a los señores de la guerra chinos. Respecto de Japón, pensaba que era necesaria una nueva renovación, ya que la última había instaurado un nuevo shogunato formado por el *zaibatsu* y los partidos políticos, que estaba destruyendo el espíritu nacional, o *kokutai*. El grupo llamado Rosokai, anti-democrático e intensamente nacionalista, se interesó en las ideas de Kita, en especial las que se referían a cómo reconstruir la nación. Aquella utopía se podría alcanzar si se lograba que el emperador suspendiera la constitución durante tres años, y se estableciera una relación directa entre el emperador y el pueblo. Por “pueblo” Kita tenía en mente un comité militar que establecería la ley marcial mientras se reformaba la sociedad, una tarea que se llevaría a cabo sin la carga de las viejas pandillas financieras y los políticos de partidos. En lugar del consejo privado y de otros oficiales de la corte se crearía un grupo de consejeros de 50 miembros, todos patriotas notables, para asesorar al emperador. Otro consejo deliberativo remplazaría a la cámara alta, y la cámara baja sería elegida por sufragio universal.

Una de las reformas clave que propugnaba Kita era la limitación de la propiedad privada; el estado debía apoderarse del exce-

dente de capital y pagar una compensación por la tierra, la que sería vendida a los campesinos mediante un plan de compra a largo plazo. Debía de haber pensiones para la gente de edad avanzada, educación obligatoria hasta los dieciséis años y había que abolir la enseñanza del inglés y el juego de béisbol. Por último, el gobierno seguiría una política exterior expansionista basada en el concepto de un Asia revolucionaria. Este programa atrajo a muchos oficiales militares jóvenes y pobres; sin embargo, en sus aspectos económicos como la reforma agraria, el socialismo estatal, etc., sólo años después llamaría poderosamente la atención. Los libros que exponían este programa fueron prohibidos por la policía en 1920, pero siguió siendo leído, en ediciones mimeografiadas, por los militares jóvenes a los que atraía en especial la proclama: "El realizador de un programa de reconstrucción para Japón debe ser el constructor de un gran imperio revolucionario". Las ideas de Kita produjeron la fórmula que los militares consideraban más importante para resolver el problema de la industrialización doméstica y la expansión al exterior. Su premisa decía que el liderato de Japón en Asia suponía la exclusión de las potencias occidentales y la aceptación por los otros países asiáticos de la ayuda japonesa en la reconstrucción de sus sociedades. La independencia de los países asiáticos debía lograrse bajo la guía de Japón.

La fuerza del programa de Kita residía en que suministraba a los oficiales del ejército y de la armada y a otros grupos de poder una explicación plausible de todos los males de la sociedad y les daba un programa de acción. No existía un programa similar para los japoneses que se hubieran sentido atraídos por la democracia. Los únicos otros intentos de retar la ortodoxia fueron los de dos profesores de la Universidad Imperial de Tokio: Minobe Tatsukichi con su teoría orgánica respecto al lugar del emperador dentro de la estructura estatal, y Yoshino, con su insistencia en el respeto a la voluntad popular y al sufragio universal. Este último estaba interesado en el individualismo en el sentido occidental y era así un opositor de las ideas, que en esos días llegaban por oleadas, procedentes de Rusia y de la revolución bolchevique. La lucha ideológica en las dos primeras décadas del siglo veinte originó también algunas nuevas escuelas de pensamiento que serían muy importantes en el futuro. Para ese entonces, ya se habían formulado las ideas principales que habrían de ser adoptadas por los radicales derechistas, mientras que había pocas de corte liberal o democrá-

tico. Con estas limitaciones en el sistema ideológico se dieron los cambios económicos y sociales de los años de la guerra.

LA "DEMOCRACIA TAISHOO": LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL GOBIERNO

La muerte del emperador Meidiyí, en 1912, puso simbólicamente fin a la primera etapa de la evolución del Japón como nación moderna. Le sucedió su hijo, el emperador Taishoo, dando lugar así a la Era Taishoo, que se extendió hasta 1926. El Japón que encontraba el nuevo emperador era muy diferente del que había confrontado su padre. Por lo pronto, el país ya era una potencia asiática indiscutible y, una vez transcurrida la primera gran guerra, también llegaría a serlo a nivel mundial transformándose, por tanto, en un nuevo actor en el campo de las rivalidades imperialistas en la región.

En el ámbito interno, Japón debía enfrentar las nuevas exigencias y ajustes que demandaba su extraordinario desarrollo industrial y, sobre todo, confrontar una gran efervescencia social que, bajo distintos signos y motivaciones, exigía una mayor apertura en la participación política. Este fenómeno se hizo manifiesto sobre todo a partir de los años veinte, momento cuando ya se conocía el éxito de la revolución bolchevique en la Rusia zarista y cuando el modelo político de las democracias occidentales, triunfantes en la primera guerra mundial, gozaba de un gran prestigio internacional. Bajo estos signos inspiradores, y la presión de los movimientos sociales, se abrió en Japón un interludio político de casi una década, conocido como la Democracia Taishoo, o la época de los partidos políticos en el gobierno de Japón.

El período que va desde el final de la primera guerra mundial hasta la crisis de Manchuria se conoce como el del "gobierno de los partidos", en el sentido de que durante ese tiempo se hizo por primera vez el experimento de dejar el poder en manos de los políticos de partido. Esto significa que durante esos años en el puesto de premier y en los ministerios hubo, mediante arreglos y compromisos, hombres pertenecientes a los partidos políticos; sin embargo, eso no significó la existencia de un gobierno que tratara de poner en práctica distintas políticas, según las diferentes plataformas ideológicas de cada partido. No fue un gobierno en el que los con-

servadores sucedían a los liberales y donde se alternaban fórmulas distintas de gobierno, como sucedía en otros países. Esto no podía llegar a ser, a menos que la cámara baja dominara la dieta y a menos que el ejecutivo fuera responsable ante el pueblo. Si lo anterior se hubiera dado en Japón, eso habría significado la modificación de la institución imperial, hasta transformarla en una monarquía constitucional limitada, así como una restricción considerable de la posición privilegiada de las fuerzas armadas. Esto significa que, dentro del marco de referencia existente, por primera vez en la historia de Japón se le dio a los políticos de partido la oportunidad de tener una mayor participación en el gobierno de Japón, pero eso no fue más que una mera gimnasia política, sin contenido real.

El primero de esos gobiernos fue el de Hara Takashi, presidente del partido Seiyukai; ese gobierno duró desde septiembre de 1918 hasta noviembre de 1921. Hara fue escogido para el puesto por el *genro*. El hecho de que él fuera la cabeza del partido mayoritario fue accidental, pues no era una práctica común del *genro* ni una necesidad constitucional que se seleccionara al premier de las filas del partido mayoritario. Sin embargo, la importancia real del nombramiento de Hara estuvo en el hecho de que, por primera vez, el premier estaba en la posición de poder lograr un compromiso entre las varias fuerzas de la política japonesa. La política del gabinete de Hara no indica que estuviera bajo la dominación de un grupo determinado, pero era claro que el *zaibatsu* ejercía más influencia en ese entonces que antes. La alianza entre los partidos y el *zaibatsu* se basaba en la conveniencia más que en principios políticos comunes.

Hara fue un buen político, hábil y lleno de recursos, que tuvo la ventaja de tratar con los militares cuando el antimilitarismo era fuerte, y cuando los militares estaban divididos entre sí respecto a la política a seguir en el continente. El grupo militar estaba acostumbrado a trazar su propia política exterior, actitud que había llevado al país a tener una doble diplomacia: la del gobierno y la de los militares. Los resultados de eso fueron los préstamos del grupo Anfu a los señores de la guerra chinos, sin la intervención del ministerio de relaciones exteriores. Otra expresión de aquella doble política exterior fue la intervención en Siberia, hecha con la esperanza de controlar la parte oriental y consolidar la hegemonía japonesa en Manchuria. Hara trataba de remendar la situación de

Siberia y preparaba una retirada lo más digna posible a las fuerzas japonesas, al mismo tiempo que trataba de consolidar sus ventajas en China. Su oportunidad surgió con el establecimiento de la Liga de las Naciones. En la conferencia convocada para fundar esa organización, la delegación japonesa guiada por Saionji maniobró muy hábilmente, pero no pudo obtener que se incluyera en la carta de la Liga una cláusula de reconocimiento de la igualdad racial. Al no obtener esto, Japón presionó con su reclamación sobre los antiguos intereses alemanes en Shantung (China), y con un mandato sobre las islas del Pacífico al norte del Ecuador, que eran de Alemania, y que Inglaterra, Francia e Italia le habían prometido en los tratados secretos de 1917. China volvió a ser víctima en las negociaciones y Japón obtuvo lo que quería en la firma del Tratado de Versalles. Cuando se formó la Liga de las Naciones, Japón obtuvo un lugar como miembro permanente del consejo, de acuerdo con su categoría como uno de los Cinco Grandes. Poco antes de la muerte de Hara, Japón se hizo miembro de la Corte Mundial en La Haya y se unió a la Organización Internacional del Trabajo.

Durante el gobierno de Hara, el Comintern principió en 1920 la organización sistemática de los partidos comunistas en Japón y China, cuando estableció su oficina para el Lejano Oriente en Shanghai. Los agentes rusos hicieron contacto con los socialistas japoneses, la mayoría de los cuales eran anarquistas o sindicalistas, y a través de ellos desarrollaron varias asociaciones que para 1921 eran muy activas, y pudieron enviar representantes a la Conferencia de los Pueblos del Lejano Oriente, realizada en Moscú en febrero de 1922. Los comunistas japoneses trabajaban sobre un programa conocido como la "Tesis Bukharin de 1922" en el que se proponía una revolución en dos etapas, la democrático-burguesa y la revolución proletaria, adaptada a Japón, un país independiente, capitalista e imperialista de propio derecho. Al Partido Comunista Japonés le tocaba reunir el frente popular y destruir la influencia de los grupos que no pudiera dominar. Esta política se aplicó a la Federación Japonesa del Trabajo, que se había establecido en 1919 y amalgamaba setenta y un sindicatos. Los comunistas y los socialdemócratas se combinaron para promover el concepto de sindicatos nacionales controlados desde el centro, contra los sindicatos pequeños favorecidos por los sindicalistas y los anarquistas. Fue tal su éxito que aumentó el número de huelgas de protestas y de

demonstraciones políticas contra el gobierno; y éste, en junio de 1923, hizo arrestar a prácticamente todos los miembros del partido comunista.

De los gobiernos que sucedieron al de Hara, mencionaremos en especial el de Tanaka, durante el cual se deterioraron las relaciones con China y la posición comercial de Japón en ese país. El deseo de tener una política más fuerte respecto de China se puso de manifiesto cuando la revolución nacionalista ya estaba en marcha en aquel país y las fuerzas de Chiang Kai-shek se dirigían hacia el norte, donde estaban las fuerzas del general Chang Tso-lin, señor de Manchuria, quien había actuado como protector de los intereses especiales de Japón allí. Las tropas japonesas, conocidas como el ejército de Kwantung, con el pretexto de proteger las vidas y propiedades de los japoneses en Manchuria arreglaron las cosas a su manera en Tsinan, donde se enfrentaron a la expedición nacionalista china. Sin el conocimiento ni la aprobación del Ministerio de Guerra ni del premier, las tropas japonesas arreglaron también el asesinato de Chang Tso-lin, en espera de que ese incidente proporcionara la excusa suficiente para la conquista de Manchuria. Todas esas acciones de los militares originaron presiones en Japón para meter en orden a las fuerzas japonesas e incluso el propio emperador fue de ese parecer; pero, sin el apoyo de los generales japoneses, quienes no podían —o no querían— castigar a los responsables e imponer disciplina, y ante el hecho de que los militares no cedían un punto al control civil, Tanaka dimitió en 1929. El general Tanaka se hizo muy famoso como el autor de un documento conocido como el Memorándum Tanaka, que supuestamente trazaba las líneas de las futuras expansiones militares de Japón en el continente asiático y en otras partes. Ese documento parece haber sido una falsificación, no obstante lo cual tuvo grandes repercusiones.

El gobierno sucesor fue encabezado por Hamaguchi, jefe del partido Minseitō, quien presidió durante los años en que a Japón le tocó enfrentar y resentir los efectos de la depresión económica mundial de 1929-1930. Sus políticas para sacar el país de la postración financiera y económica y ponerlo de nuevo en el camino de la prosperidad le hicieron enfrentarse con la oposición de los burócratas y de los militares, ya que esas medidas restringían severamente los privilegios de unos y otros. Hamaguchi no sentía temor del consejo privado y se creía que deseaba abolir el estado

mayor del ejército y la armada, cortar el acceso al trono a los militares, cambiar el contenido de la educación militar y otra serie de medidas similares. Este programa sólo tuvo el efecto de unir a los altos jefes del ejército y la armada con los oficiales jóvenes, que para ese entonces ya tenían bien clara la visión de que sólo ellos podrían salvar a la nación, mediante un golpe de estado.

Hamaguchi murió en un atentado y le sucedió Shidehara, quien libró una dura lucha contra el ejército respecto de la política a seguir en Manchuria, aunque finalmente los militares lo arreglaron todo a su manera. Apenas unas horas después de que el premier declarara públicamente que no había problemas entre China y Japón que no pudieran arreglarse pacíficamente, los oficiales jóvenes del ejército provocaron el incidente de Mukden, que dio principio a la conquista de Manchuria y condujo al establecimiento del estado títere de Manchukuo. Incapaz de controlar los conflictos entre los partidos de burócratas y militares, ni de arreglar la situación económica, el premier renunció. A Shidehara le siguió Wakatsuki y a éste Inukai, pero todos fueron incapaces de hacer frente al creciente militarismo. Aquella situación contribuía a convencer al pueblo de que la democracia y el sistema de partidos significaban corrupción, sabotaje a la nación en favor de intereses comerciales y depresión económica. Se decía que cuando se había formado el primer gobierno de partido con Hara, la nación estaba floreciente y próspera, pero que mientras los políticos y los hombres de negocios habían estado en el gobierno, la depresión había asolado al país. Algunos de los militares jóvenes decían que había sido el *zaibatsu* el que había planeado la depresión.

Con semejantes ideas, los oficiales del ejército y la armada estaban ya listos para entrar en acción. Se trazaron planes para dos golpes de estado que fallaron poco antes de las fechas fijadas, por haber sido denunciados en la prensa. Sin embargo, el 15 de mayo de 1932 se produjo un incidente en el que participaron una veintena de oficiales del ejército y la armada más algunos civiles que se les unieron. Atacaron los cuarteles de la policía en Tokio, varios bancos y asesinaron al premier Inukai, después de lo cual se rindieron voluntariamente a la policía. El juicio público subsiguiente sirvió de foro para la exposición y el debate de las ideas que los conspiradores adujeron como los motivos de su acción: que la nación sólo se salvaría si se destruía el *zaibatsu*, a los partidos políticos, a los burócratas corruptos y a todos los responsables de la po-

lítica exterior débil, de la inquietud en el campo, de la explotación de la gente y del deterioro del espíritu nacional. La forma como se dio publicidad a los juicios y sentencias fue hábilmente manipulada y puso en evidencia que la marea estaba en contra de los partidos políticos y que había un clima de opinión favorable a los planes de los elementos más extremistas entre los militares.

LA OPORTUNIDAD DEL MILITARISMO JAPONÉS

Durante el decenio desde 1931 hasta 1941 los militares tuvieron una posición de predominio entre los grupos de poder en la política japonesa. Los militares, los burócratas y los partidos políticos tenían cada uno sus fuentes de poder. Los altos oficiales del ejército y la armada tenían acceso directo al emperador, gran influencia sobre la formación del gabinete, una vasta maquinaria educativa y gran prestigio. Los funcionarios civiles más altos de la burocracia administraban la maquinaria del gobierno, controlaban algunas de las ramas del gobierno que no eran elegidas, como el consejo privado, y tenían posiciones guía en los partidos. Los políticos de partido dependían, para mantenerse en su posición, de la autoridad que la constitución le daba a la cámara baja. El *genro* había tenido en sus manos los resortes del control de los tres grupos. Durante los años veinte, cuando el poder de los *genro* declinaba, la influencia predominante era la alianza entre los partidos y la burocracia, fomentada y financiada por el *zaibatsu*. En los años treinta la balanza del poder estaba en favor de los militares. La opinión pública estaba cada vez más en contra del *zaibatsu* y los partidos, y tomó una actitud de falta de respeto hacia la Dieta. La aparición de activistas militares dentro de las fuerzas armadas cambió el carácter de los militares, transformando al ejército en un grupo de poder unificado que atrajo a muchos de los burócratas y de los políticos, sustrayéndolos del *zaibatsu* y de los partidos. La conquista de Manchuria fue un movimiento decisivo en la lucha por el poder, y suministró una base territorial semiautónoma para el poder del ejército. Mientras eso sucedía afuera, en el interior se terminaba la base ideológica que le daría a los militares el impulso y la dirección definitiva en la conquista del poder.

La ideología que guiaba a los militares japoneses estaba basada en un nacionalismo que brotaba de una población compuesta de soldados y campesinos, con la correspondiente tradición de res-

peto por las virtudes militares de disciplina, devoción al deber, reverencia al emperador, valentía y sencillez que no podían ser destruidas por las nuevas ideas y costumbres occidentales. En vista de las tradiciones japonesas, convencer a la gente era más fácil para los militares que para los comerciantes. El elemento más importante del nacionalismo japonés fue la ausencia de las virtudes económicas de la clase media, tal como se habían dado en Inglaterra o en otros países capitalistas. El prototipo ético dominante en el nacionalismo japonés seguía siendo el guerrero, no el comerciante. Los portavoces del ultranacionalismo, que llegaron a ser tan influyentes en el pensamiento japonés, no tuvieron que acudir a ideas extranjeras; les bastó apoyarse en conceptos tradicionales japoneses para tener éxito. Entre los pensadores activistas incluiremos a Kita Ikki, anteriormente mencionado, cuyas ideas tuvieron gran influencia entre los oficiales jóvenes del ejército. Kita añadió a los conceptos que formaban la doctrina del "Comercio Imperial", otros que venían del socialismo y del imperialismo. Gondo Seikyo visualizó un Japón agrario y descentralizado, y atacó al capitalismo y al estado. Okawa Shumei fue quien reformuló las ideas de Kita y Gondo para adaptarlas al ejército. Su posición y sus contactos como hombre rico, su educación y su carrera burocrática, así como sus amistades en los altos círculos militares, le ganaron la admiración de muchas y numerosas amistades, lo cual le permitió crear esa mezcla de chauvinismo y marxismo que habría de caracterizar el programa militar de los años treinta.

El programa ponía énfasis en las ideas de control estatal de la maquinaria industrial y de los obreros industriales, ideas que venían de movimientos socialistas en otras partes, pero al mismo tiempo se apoyaba en las frustraciones del Japón agrario. Bajo esta inspiración se formaron muchas sociedades patrióticas en todo el país, a las que se unieron civiles y líderes militares. En esas sociedades se mezclaban los propósitos personales de los participantes, sin una finalidad común. Sólo se distinguió una asociación de oficiales jóvenes, conocida como la Sociedad del Cerezo en Flor, que en 1930 tenía un programa de acción revolucionaria. Mientras se había podido contar con el ejército, las sociedades patrióticas y los pequeños grupos terroristas no representaban un verdadero peligro o amenaza, pero cuando los oficiales del ejército se hicieron los jefes del ultranacionalismo, aquellos grupos se convirtieron en un movimiento radical revolucionario. No eran fascistas ni comu-

nistas, pero se inspiraron en el éxito que habían tenido aquellos grupos pequeños y disciplinados al tomar el poder violentamente en Rusia, Italia y Alemania. Con todo esto se unieron en Japón dos fuerzas poderosas: el impulso de expansión al exterior y el movimiento anticapitalista y antioccidental en pro de un nacional-socialismo.

La conquista de Manchuria, planeada por un grupo de oficiales del ejército de Kwantung, fue presentada ante Japón y al mundo como un *fait accompli*. Hicieron explotar una bomba en la vía férrea cerca de Mukden y usaron el incidente, al que calificaron de provocación china, para tomar la ciudad de Mukden y lanzarse a la conquista de las tres provincias del noreste de China. Tokio no pudo echarse atrás, aunque el gobierno y el emperador mismo estaban grandemente preocupados por el problema en que los había metido la falta de disciplina en el ejército. Todo el asunto fue una prueba de fuerza entre los elementos radicales del ejército y el gobierno, en la que perdió el gobierno, al no poder poner en ejecución medidas disciplinarias. Como resultado, el gobierno tuvo que aceptar la política que había iniciado el ejército de Kwantung, hecho sobre el cual no había habido una oposición internacional significativa. Los militares radicales parecían haber escogido bien el momento y el lugar, tanto respecto de Japón como del resto del mundo. El gobierno chino llevó su caso ante la Liga de las Naciones, pero en ese organismo nunca se consideró seriamente la posibilidad de poner en práctica sanciones contra Japón. A cada llamado de la Liga le correspondía un avance de las fuerzas japonesas, hasta que la ocupación de Manchuria quedó completada. La Liga mandó una comisión investigadora encabezada por Lord Lytton, quien presentó un informe; sin embargo la Liga no decidió acción alguna, conformándose con no reconocer la conquista de Manchuria. La falta de política y de acciones concertadas entre los miembros de la Liga y la ausencia en ese organismo de los Estados Unidos, que seguía sobre el asunto su propia política, no permitieron que la Liga tomara una decisión y aplicara sanciones al Japón. La desaprobación de la Liga hizo que en 1933 Japón se retirara de dicho organismo.

En este episodio en la Liga de las Naciones, México, que se había adherido al organismo y era miembro desde 1931, fue prácticamente el único país que se levantó en la tribuna para condenar la invasión japonesa y defender la integridad territorial de China.

En febrero de 1932, los japoneses anunciaron la creación del nuevo estado de Manchukuo, que tuvo como emperador a Puyi, último emperador chino abdicado. Manchukuo comprendía las tres provincias del noreste de China más la provincia de Jehol. Japón reconoció el nuevo estado en septiembre del mismo año, una semana después de que la Comisión Lytton terminara su informe a la Liga de las Naciones. Nunca hubo dudas sobre quién gobernaba en Manchukuo. El embajador japonés ante el nuevo estado, el comandante en jefe del ejército de Kwantung y el gobernador de los territorios arrendados, eran una y la misma persona. Los militares se dedicaron, desde luego, a la organización de lo que llamaban su "paraíso" en Manchuria, sin la interferencia de Tokio, y para ello su siguiente paso fue la instalación de una Comisión de Asuntos de Manchuria en Tokio, presidida por el ministro de guerra, con lo cual el ministerio de asuntos de ultramar y el de asuntos extranjeros perdieron todo control sobre los asuntos de Manchuria. Después, los militares tomaron el control de las empresas japonesas en Manchukuo, empezando por la más importante de todas, el ferrocarril Sudmanchuriano, cuya administración se hizo cargo también de todos los ferrocarriles de Manchuria, incluso del Ferrocarril Oriental Chino, adquirido a la Unión Soviética en 1935.

Para adquirir el enorme capital necesario para las inversiones, así como para la dirección técnica, los militares necesitaban tanto del gobierno japonés como de los odiados *zaibatsu*. Antes que pedir la participación y la colaboración de las antiguas casas empresariales como Mitsui o Mitsubishi, el ejército decidió desarrollar su propio *zaibatsu*. El miembro más famoso del nuevo *zaibatsu* fue Aikawa, que tenía experiencia en el desarrollo de industrias de hierro, acero y química. Se le dio un puesto de gran influencia y su compañía quedó como el núcleo de la Compañía de Industria Pesada de Manchuria que se instituyó en 1937. Fue en Manchuria donde por fin el ejército pudo establecer una relación directa con el estado y la industria privada, a lo que durante mucho tiempo había aspirado en Japón. Los hombres que planearon y dirigieron el imperio militar-industrial de Manchukuo bien pronto habrían de llegar al poder en Japón; entre ellos, el general Tojo, fue uno de los que inició su carrera en Manchukuo.

No hay duda de que los japoneses hicieron progresar en gran medida la agricultura, la industria y las comunicaciones en Man-

chukuo, aunque éstas fueran más de tipo estratégico. Las empresas mineras y manufactureras estaban íntimamente integradas a la economía japonesa; Manchukuo exportaba a Japón la mayor parte de los productos de sus minas y de sus industrias básicas para su acabado. Sin embargo, no tuvieron éxito en sus planes de llevar una gran colonización japonesa y coreana, pero sí en restringir la inmigración china.

La conquista de Manchuria terminó con toda esperanza de un arreglo pacífico con la China nacionalista, la cual nunca aceptó el hecho consumado. El ejemplo que dio el ejército de Kwantung habría de ser imitado más tarde por otras guarniciones militares japonesas en el norte y en el centro de China, sobre todo durante la guerra sino-japonesa. Manchukuo fue la causa de la separación de Japón de la Liga de las Naciones y del deterioro de sus relaciones con las grandes potencias. Para no ser menos que el ejército, la armada japonesa canceló los acuerdos sobre desarme naval que tenía con Gran Bretaña y con Estados Unidos, y así se dio otro paso hacia un mayor aislamiento de Japón.

Para 1936, Japón estaba listo para aliarse con la Alemania nazi y con la Italia fascista. Manchukuo fue una demostración práctica de la inevitable "Nueva Restauración". El desarrollo de una nueva base territorial en el continente, hecho por los militares, lanzó a Japón a una semieconomía de guerra, cambió en gran forma la estructura de su comercio mundial y bloqueó toda alternativa de buscar mercados en forma pacífica. La depresión económica mundial y las restricciones y las cuotas económicas que le siguieron intensificaron las dificultades de Japón y pusieron al *zaibatsu* a la defensiva. En cuanto a la política interna del país, la aventura de Manchuria le dio al ejército una ventaja decisiva en la lucha por el control del poder desde 1932 hasta 1936.

La lucha del ejército por el poder en Japón incluyó una hábil propaganda utilizada por grupos civiles derechistas que trataban de convencer a la gente de la irresponsabilidad de los políticos y de la corrupción del *zaibatsu*. Durante la época de los gobiernos de partido, la burocracia, los partidos y el *zaibatsu* formaban una alianza que era lo suficientemente fuerte para mantener a raya a los militares, aunque sin destruir su poder. En el período de 1932 a 1936 esa alianza se rompió y la lealtad de los burócratas se depositó en los militares. En el decenio siguiente, la suerte de Japón la decidiría una nueva combinación de ejército y burocracia.

Pero para poder dominar la política japonesa, el ejército tenía que resolver sus conflictos internos. Había algunos miembros distinguidos que tomaban en serio la prohibición imperial de mezclarse en política, pero también había dos grupos militares intensamente politizados. Uno era conocido como la Facción del Camino Imperial, la *Kodo ha*, un grupo activo que creía que el *zaibatsu* y los partidos políticos debían ser destruidos. Este grupo tenía como amigos y patrocinadores a varios generales como Araki, Mazaki y Hata y estaba fuertemente influido por las ideas de Kita Ikki. El otro grupo era la Facción Control, *Tosei ha*, formada por oficiales de alto rango, cuyos espíritus guía eran el general Nagata y el general Tojo; estos hombres estaban influidos por las ideas de Okawa, preferían trabajar mediante métodos legales para controlar el poder y llevar la voz cantante en todas las ramas del gobierno y en toda la economía. Estas dos facciones estaban en pugna y durante los gobiernos de los almirantes Saito y Okada se ocuparon de realizar una serie de maniobras para obtener el poder. La última y más espectacular de éstas fue el intento de un grupo de oficiales jóvenes por instaurar la Restauración Showa, como ya la llamaban. En febrero de 1936, un grupo de aquellos oficiales jóvenes, con tropas a su mando, ocuparon el edificio de la Dieta y el cuartel de la policía, y enviaron hombres para asesinar a un gran número de líderes políticos y de militares de alta graduación. Apenas pudo escapar el primer ministro, el almirante Okada, pero fueron asesinados ministros y generales, así como muchos otros altos funcionarios. El incidente terminó cuando se informó a los sublevados a través de la radio y de volantes que el emperador ordenaba volvieran a sus cuarteles.

La Facción Control aprovechó la situación, pues los cabecillas del motín fueron ejecutados, sus simpatizadores superiores en el ejército fueron transferidos a la reserva y el propio Kita Ikki fue ejecutado, como jefe e inspirador del grupo. La lucha por el poder entre las facciones del ejército se decidió así a favor de la Facción Control, que habría de dominar Japón. El nuevo gobierno, que encabezaba Hirota, hubo de aceptar un programa de siete puntos llamado de Renovación Política Nacional. Ese programa comprometía al gobierno a ampliar el armamento, imponer un rígido control de la educación, mayores controles sobre el comercio y la industria, mayores impuestos, mayores existencias de materiales de guerra y un apoyo sin reservas al ejército en Manchuria. A ese

paso siguió otro de gran importancia, la conclusión con Alemania del pacto anti-Comintern, en noviembre de 1936.

La protesta de la Dieta por lo que llamó "diplomacia doble" hizo caer al gobierno de Hirota, provocando la formación de un nuevo gobierno que encabezó el general Hayashi, quien duró en el poder sólo cuatro meses. Las nuevas elecciones, en abril de 1937, fueron las últimas en las que el pueblo japonés tuvo la oportunidad de elegir de entre los partidos. Cuando en junio de 1937 resultó primer ministro el príncipe Konoe, se había escogido a un hombre que había sido preparado por Saionji, tenía el apoyo de la corte y de los altos burócratas y era aceptable para los partidos y el ejército; hasta el pueblo dio la bienvenida al gobierno de Konoe. Para el mes de julio siguiente, Japón estaba en guerra con China, y habría de seguir en ese estado hasta 1945.

JAPÓN CONTRA CHINA: PRINCIPIA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN ASIA

Mientras lo anterior sucedía en Japón, el ejército japonés estacionado en Manchukuo no había permanecido ocioso. La Facción Control lo consideraba un factor estratégico de movimientos más amplios en el continente, en tanto que la facción rival lo veía como una base que había que reforzar para la lucha futura con la Unión Soviética. Japón siguió así de hecho las dos políticas, al enviar recursos a Manchuria para convertirla en una base militar y económica al mismo tiempo que presionaba el norte de China y Mongolia Interior, donde trató de ensayar la misma receta que habían utilizado en Manchuria; incluso los japoneses encontraron un tal príncipe Teh, para encabezar un estado mongol independiente. Detrás de este intento estaba el general Tojo, quien era uno de los jefes del ejército de Kwantung, y estaba obsesionado con la posibilidad de una alianza de China con los soviéticos. El proyecto fracasó, pues las tropas mongolas apoyadas por las japonesas fueron derrotadas por el ejército chino.

Las acciones del ejército de Kwantung, y en general del Japón en China, favorecieron la realización del frente unido, la fugaz colaboración de Mao Tse-Tung con Chiang-Kai-shek, entre el gobierno chino nacionalista y los comunistas chinos para luchar contra el invasor. En julio de 1937, la lucha por el control del norte

de China se agravó hasta convertirse en una guerra no declarada entre los dos países, a partir del incidente de Lukouchiao o Puente de Marco Polo —de nuevo provocado por los japoneses— que condujo a la ocupación de toda la región de Pekín-Tientsin. Inglaterra y los Estados Unidos se alarmaron por ese paso hacia la guerra, pero no hicieron nada, como tampoco hizo nada Alemania, fuera de advertir a Japón que una guerra en gran escala llevaría a China a lanzarse en los brazos de la URSS, en cuyo caso no podría hacer nada, no obstante los términos del pacto anti-Comintern. El gobierno japonés y el Estado Mayor hicieron esfuerzos por encontrar un arreglo, pero las negociaciones hubieran tenido que llevarse a cabo en secreto, sin el conocimiento del ejército, que se habría opuesto.

China, por su parte, concluyó un tratado de no agresión con la Unión Soviética en agosto de 1937, y apeló a la Liga de las Naciones. Ésta convocó a una conferencia de las potencias signatarias del Tratado de Washington, la cual no tuvo ningún resultado para los chinos y sólo sirvió para antagonizar más a Japón. Shanghai fue cercada por el ejército japonés y finalmente cayó, luego se puso sitio a Nankín, y cuando ya el gobierno nacionalista parecía estar a punto de alcanzar un acuerdo con el gobierno japonés, los militares japoneses (deseosos de terminar de una vez con el régimen nacionalista) tomaron Nankín, hecho que presentaron de nuevo a su gobierno como un hecho consumado, con lo cual el gobierno tuvo que reajustar sus negociaciones. El gobierno chino no deseaba romper las negociaciones, pero el plan presentado por Japón era totalmente inaceptable. Chiang Kai-shek pidió ayuda al presidente Roosevelt pero no fue escuchado; finalmente Konoe, considerando que la actitud china ante las proposiciones de Japón constituía un rechazo de la oferta de paz, abandonó las negociaciones y le comunicó a Alemania —cuyos embajadores en Tokio y Nankín habían mediado en las negociaciones— que retiraba el reconocimiento al régimen nacionalista y sólo volvería a negociar con otro gobierno. Los japoneses no escucharon el consejo de Alemania, cuyo acertado análisis de la situación habría de comprobarse con el tiempo. El embajador alemán en Tokio le dijo a Hirota que de seguir adelante con la guerra, ello traería como consecuencia poner en peligro las relaciones de Japón con la Gran Bretaña, llevaría a China a hacerse bolchevique y debilitaría a Japón frente a Rusia.

Después de la caída de Nankín, el ejército japonés se apoderó de Cantón y Hangchow. Chiang Kai-shek hizo saber secretamente a los japoneses que para terminar la guerra estaba dispuesto a reconocer Manchukuo, aceptar una Mongolia Interior autónoma y que lucharía contra los comunistas, pero que no pagaría indemnización alguna ni aceptaría soldados japoneses estacionados en suelo chino; sin embargo, esos términos no fueron aceptados. En noviembre de 1938, Konoe anunció el establecimiento de un Nuevo Orden de Asia Oriental que presentó como "una estructura nueva de paz basada en la verdadera justicia". De hecho, fue una denuncia unilateral hecha por Japón de todo el sistema de tratados existente en el Lejano Oriente. En ese Nuevo Orden había un lugar para China si se renovaba conforme a los deseos de Japón. Chiang Kai-shek no se dio por enterado y los japoneses siguieron una táctica de tratar de aislar su régimen de las potencias extranjeras. En marzo de 1940 Japón estableció un régimen títere en Nankin, encabezado por Wang Ching-wei, quien firmó un tratado de paz con Japón en noviembre, en el que aceptaba virtualmente la ocupación total de China por las tropas japonesas.

Los Estados Unidos e Inglaterra, que habían venido dando ayuda financiera al gobierno nacionalista chino, habían mantenido abierta la carretera a Birmania (Burma Road) y trataban de mantener a flote la moneda china. Los avances de Japón —que ponían en peligro sus intereses en China— los alarmaban, lo que contribuyó al deterioro de las relaciones de esos países con Japón; pero, sus advertencias al gobierno japonés no tuvieron efecto alguno. Así, a partir de 1939, Konoe inició lo que llamó una "estructura de defensa nacional", que constituía una política regional en Asia oriental basada en una economía cerrada para Japón, Manchukuo y China, con los necesarios ajustes en este sentido a su política exterior. Ése era el programa del ejército. Nombró un grupo asesor para formular la política interior e incluyó en él a representantes de los partidos, de la burocracia y del *zaibatsu*, para diluir la presencia militar; sin embargo, cada vez más los militares se hacían cargo de los puestos públicos que antes desempeñaban civiles.

En marzo de 1938 se expidió una ley de movilización general que le dio al gabinete poderes para gobernar por decreto, abrogando así capítulos enteros de la Constitución. Konoe dejó el puesto de premier durante un año —cuando fue sustituido por Hiranuma— pero volvió muy pronto y nombró como ministro de guerra

al general Tojo, lo que indicaba que el ejército estaba listo para acelerar el paso y hacer realidad la meta de una nueva estructura interna y un nuevo orden en el exterior. En octubre de 1940 los partidos políticos se disolvieron voluntariamente y Konoe inauguró la organización política de un solo partido. El régimen de Konoe hizo grandes avances hacia una completa movilización para la guerra, de los recursos nacionales humanos y naturales. Se dedicaron grandes sumas de dinero a la investigación científica militar; las organizaciones militares dispusieron de científicos y técnicos; se establecieron controles centralizados para manejar el combustible, la fabricación de municiones, el control de la inflación y de la educación y se estableció la censura de todos los medios de comunicación. El ejército reajustó su línea de mando para combinar operaciones aire-suelo, y se preparó para aprovechar la siguiente oportunidad de extender el nuevo orden en Asia oriental.

JAPÓN Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En 1939 empezó la guerra en Europa y la situación militar existente allí dejó descubiertas a las Indias Orientales holandesas y a la Indochina francesa, así como el prospecto tentador de las posesiones británicas, ya que la batalla de Inglaterra duraría poco, según los cálculos japoneses. Para los planes de Japón apenas si podía haber una mejor oportunidad. Antes de cualquier movimiento, el problema era llegar a un entendimiento completo con Alemania y, de ser posible, con la Unión Soviética. El segundo gabinete de Konoe creyó en la necesidad de asegurar un pacto con el Eje. El ministro de asuntos exteriores Arita anunció que los países de Asia oriental y de los mares del sur eran geográfica, racial, histórica y económicamente muy cercanos entre sí y que estaban destinados a cooperar estrechamente, por lo cual era necesario que hubiera una fuerza estabilizadora en cada región. Incumbía a Japón la responsabilidad de establecer una "esfera de coprosperidad" para el Nuevo Orden.

Las primeras acciones concretas empezaron en Indochina donde los japoneses deseaban asegurar suministros de arroz, hule, carbón, estaño y un fácil acceso al sur de China. Japón se arregló con Siam —que por ese entonces había cambiado su nombre a Tailan-

dia— y le cedió una porción de Camboya y parte de Laos a cambio de perder su libertad de acción; además, no fue incorporada en la “esfera”. En septiembre de 1940 Japón firmó el Pacto Tripartito con Alemania e Italia, por el cual tendría su nuevo orden en Asia oriental, mientras que Alemania e Italia tendrían el suyo en Europa. Acordaron ayudarse entre sí en el caso de que alguno fuera atacado por otro país aún no implicado en la guerra; esta última previsión estaba especialmente dirigida a los Estados Unidos, pero los rusos sintieron que también iba dirigida contra ellos. En las negociaciones que siguieron, los japoneses trataban febrilmente de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, que les ayudara en sus maniobras en China y en el sudeste de Asia, pero tuvieron que contentarse con un Pacto de Neutralidad que se firmó con Moscú en abril de 1941. No bien acababan de hacerse los ajustes de todos aquellos compromisos cuando Hitler atacó la Unión Soviética en el mes de junio siguiente. Japón consideró la conveniencia de atacar a los soviéticos del lado de Alemania, pero decidió esperar y ver, e informó a los rusos que acataría el pacto de neutralidad, pues se daba cuenta de que no podía dar la batalla en los dos frentes y estaba más interesado en el botín del sur del Pacífico.

En julio de 1941, Japón movió sus tropas para entrar en Indochina, haciendo caso omiso de la petición de Estados Unidos de que garantizara la neutralidad de ese país; dos días después el presidente Roosevelt ordenó la congelación de todos los depósitos japoneses en los Estados Unidos, con lo que el comercio entre los dos países se detuvo. El mismo día, Inglaterra y los dominios británicos congelaron también los fondos japoneses y el gobierno de las Indias Orientales holandesas sujetó todos los tratos comerciales con Japón a un permiso oficial. La imposición de sanciones económicas forzó a Japón a tomar varias decisiones de gran importancia. Por un lado, no quería interrumpir su comercio con los Estados Unidos —que le era vital— pero, por el otro, no podía atarse al compromiso de detener su movimiento hacia el sur, tal como se le pedía. El riesgo de guerra con Inglaterra y los Estados Unidos hizo que Japón tuviera inconsistencias y titubeos durante unas semanas, pero se impuso finalmente el punto de vista del general Tojo, quien presionaba por considerar que el tiempo para lograr sus metas era cada vez menor. Konoe tuvo que presentar una declaración política en la que afirmaba estar de acuerdo con que se hicieran los preparativos de guerra contra los Estados Uni-

dos, Inglaterra y Holanda, los que debían estar listos antes del mes de octubre siguiente; de no haber antes un arreglo con aquellos países, se iría a la guerra. Las negociaciones no tuvieron los resultados previstos y Konoe renunció con todo su gabinete, dejándole el paso libre a Tojo, quien se convirtió en primer ministro, en ministro de guerra y ministro del interior en octubre de 1941.

El 5 de noviembre de 1941, una conferencia imperial aprobó ir a la guerra si fallaba un intento más por llegar a un arreglo con los Estados Unidos, antes del 25 de noviembre. El premier Tojo envió sus demandas a través del embajador japonés en Washington. El secretario de estado Hull, de acuerdo con los británicos, contestó con un borrador de acuerdo en el que pedía a Japón que se uniera en un pacto multilateral de no agresión con Gran Bretaña, Holanda, la Unión Soviética y los Estados Unidos; asimismo, Japón debía respetar la integridad territorial de la Indochina francesa y acatar el principio de igualdad de oportunidad comercial. También le pedían a Japón que retirara sus tropas de China —excepto de Manchukuo—, que renunciara a sus privilegios de extraterritorialidad y que no proseguiera su expansión en el Pacífico sur. La reacción japonesa ante ese borrador fue la de ir a la guerra. El primero de diciembre la conferencia imperial aprobó la decisión de atacar tomada por Tojo. La respuesta formal japonesa a la proposición de los Estados Unidos se envió el día 6 de diciembre, con instrucciones de entregarla el día 7 de diciembre. Ese día, Japón atacó Pearl Harbor en Hawaii, minutos antes de que la nota se le entregara al Secretario Hull. Japón le declaró la guerra a Estados Unidos y a Gran Bretaña, y ambos países contestaron con sendas declaraciones. El 11 de diciembre, Alemania e Italia le declararon la guerra a los Estados Unidos, cuyo congreso les declaró de inmediato la guerra.

En Japón, el razonamiento hecho por los partidarios de la guerra demostró estar equivocado, pero por el momento pareció acertado. Japón estaba seguro de la derrota de la Unión Soviética y de Gran Bretaña por Alemania e Italia. Dada esa seguridad, Tojo se decidió por la guerra, pues contaba con que Japón tendría las manos libres en Asia oriental. Una Europa dominada por Alemania ocuparía la atención de los Estados Unidos en el Atlántico, por lo que preferiría llegar a un entendimiento con la Gran Esfera de Coprosperidad de Asia oriental, más que enfrentarse sola en esa área con Japón. Tanto éxito tuvo el bombardeo de Pearl Harbor,

que la conquista del Sudeste de Asia pudo llevarse a cabo sin interferencia alguna de los aliados. Los japoneses ocuparon sucesivamente Hong Kong, Malaya, Singapur, Birmania, las Indias Orientales holandesas y las Filipinas. Tojo ya podía hablar de paz y consolidar las ganancias. Sin embargo, tres días después de Pearl Harbor los ejércitos alemanes empezaron su retirada de Moscú; la Unión Soviética no cayó, tampoco Inglaterra.

Tojo estaba seguro de que Japón estaba bien preparado para la guerra, dado el crecimiento fenomenal de la industria japonesa de la guerra y el desarrollo general de Japón. Había sido la alianza ejército-burocracia la que había forzado el ritmo de la industrialización y los preparativos para la guerra. Como la mayor parte de las materias primas para el potencial industrial y militar estaban distribuidas en los países asiáticos vecinos —donde los regímenes políticos eran a menudo débiles— los militares japoneses consideraban tener toda la razón para desarrollar el concepto de Esfera de Coprosperidad en Asia Oriental, cuyo líder sería Japón.

Tojo también se ocupaba de la política interior, tratando de suprimir toda oposición interna a su política. A pesar de su enorme poder, le era difícil destruir a los que abogaban por una política menos agresiva y más prudente, y que ocupaban puestos elevados. Conforme avanzaban las acciones en Europa, y se incrementaba la contraofensiva de los Estados Unidos en el Pacífico, aumentaba el peligro para Japón. La oposición a Tojo empezó entonces a cristalizar, en particular entre el grupo formado por los anteriores primeros ministros —llamado *Jushin*— de los que el príncipe Konoe era un miembro destacado. Según informes de ese grupo, el emperador mismo estaba a favor de la paz, en febrero de 1943. Propiciadas por los japoneses, se iniciaron negociaciones para una paz entre Alemania y la Unión Soviética, al tiempo que se pensaba que Japón podría negociar con los británicos y con los Estados Unidos sobre la base de que Japón retendría su imperio anterior a la guerra e independizaría el resto de la Gran Esfera de Coprosperidad. Esas ilusiones se vieron rotas cuando las fuerzas de los Estados Unidos tomaron Saipan, en junio de 1944. Para ese entonces, Tojo ya no podía ocultarle al pueblo japonés el rumbo que había tomado la guerra, y estaba ya claro que la derrota era posible. Presionado por el grupo *Jushin*, Tojo renunció en julio de 1944.

Le tocaba ahora el turno a los hombres que preveían la derro-

ta y deseaban negociar una paz honorable, que modificara los términos de la rendición incondicional que Inglaterra y los Estados Unidos habían anunciado en Casablanca en enero de 1943. A Tojo sucedió Koiso —cuando en Europa ya se iniciaba en Normandía la liberación de Francia, y daba principio el fin de Alemania. En el Pacífico, el poderío naval japonés había sido eliminado en la batalla del mar de Filipinas y se habían iniciado los bombardeos sobre las islas japonesas. Ante tales acontecimientos, Koiso reunió el consejo supremo para la dirección de la guerra, en presencia del emperador. El gobierno de Koiso cayó cuando se produjo el desembarco en Okinawa, y le sucedió Suzuki —una figura del grupo pro paz— quien intentó hacerle saber a las potencias aliadas que Japón estaba listo para la paz. El grupo pro paz sostenía que no había disponibles ni alimentos ni materiales de guerra para resistir más, y que rendirse era el único camino para preservar la monarquía. Los esfuerzos de este grupo se renovaron al arriesgar los bombardeos sobre Tokio. En abril de 1944 la Unión Soviética le informó a Japón que no renovarían el pacto de neutralidad, y que en la reunión de Yalta no había habido discusión alguna acerca de los problemas del Lejano Oriente. Alemania se rindió en mayo de 1944 y Japón denunció el Pacto anti-Comintern con la esperanza de conciliarse con Moscú.

Japón trataba de negociar desesperadamente con la Unión Soviética un pacto de no agresión, en espera también de una posible mediación con los aliados. La demora en obtener una respuesta definitiva fue la táctica preferida de los soviéticos. Mientras tanto, en julio de 1945 los Estados Unidos, Gran Bretaña y China, con el acuerdo soviético, hicieron la Declaración de Potsdam sobre Japón. La Declaración ofrecía como condiciones de paz la destitución de los militares, un período de ocupación, la limitación de la soberanía japonesa a las cuatro islas principales, el desarme y la repatriación a Japón de los ejércitos japoneses, el juicio de los criminales de guerra, no esclavizar ni destruir a Japón como nación sino la aceptación por parte de Japón de las instituciones democráticas, la destrucción de las industrias de guerra y, una vez terminada la ocupación con los objetivos especificados, un retorno eventual al comercio mundial con acceso a materias primas.

El emperador y el consejo supremo de guerra estaban a favor de aceptar la Declaración de Potsdam, pero se oponían a ello las fuerzas armadas y no había una respuesta de la Unión Soviética.

ca. Ciertas indiscreciones hicieron poner en boca del premier declaraciones sobre pelear hasta el fin, lo que hizo que los Estados Unidos, sin una respuesta clara a los términos de la Declaración, decidiera usar la bomba atómica. La primera cayó sobre Hiroshima el 6 de agosto, destruyó la ciudad y mató instantáneamente a 78 000 personas. El emperador ordenó negociar la paz sin discusiones, dado que los rusos no iban a ayudar. La segunda bomba atómica cayó sobre Nagasaki el 9 de agosto, pocas horas después de que la Unión Soviética declarara la guerra al Japón. El consejo supremo y el emperador acordaron aceptar los términos de la Declaración, aun cuando el estado mayor y el ministro de guerra querían que se negociaran algunas condiciones. La situación se resolvió en una forma desusada con la intervención imperial. La respuesta japonesa trataba de salvaguardar las prerrogativas del emperador, pero los Estados Unidos contestaron que la autoridad del emperador y del gobierno japonés estaría sujeta al comando supremo de las potencias aliadas; igualmente, que sería el pueblo japonés el que habría de decidir la forma definitiva de gobierno que deseara en adelante, de conformidad con lo estipulado en la Declaración de Potsdam.

La decisión de rendirse fue transmitida a través del gobierno suizo y radiodifundida desde Tokio. La respuesta de los Estados Unidos especificaba que: "Desde el momento de la rendición, la autoridad del emperador y del gobierno japonés para regir el estado quedarán sujetas al Comando Supremo de las Potencias Aliadas, el que tomará las medidas necesarias que crea adecuadas para efectuar los términos de la rendición". Aún hubo resistencia sobre cómo interpretar aquellas palabras, pues se temía el caos que se desataría. De nuevo el emperador resolvió la situación al ordenar la aceptación de los términos de la respuesta. El ministro de guerra se suicidó, secciones de la guardia imperial se rebelaron pero fueron reprimidas, el primer ministro renunció, pero el 15 de agosto se publicó un edicto imperial que ordenaba al ejército rendirse y se envió la nota de rendición a los aliados. Fue necesario enviar a príncipes de la familia imperial a Singapur, China y Manchukuo para convencer a los ejércitos japoneses estacionados en esos lugares de que debían rendirse. La guerra estaba terminada y Japón había aceptado rendirse en una forma ordenada. El instrumento de rendición se firmó el 2 de septiembre de 1945, a bordo del acorazado *Missouri* de los Estados Unidos, anclado en la bahía de To-

kio, por los representantes del gobierno japonés y de las potencias aliadas. El general Douglas MacArthur fue nombrado comandante supremo de las potencias aliadas, y empezó la ocupación de Japón.

EL JAPÓN CONTEMPORÁNEO: DE LA DEVASTACIÓN A LA OPULENCIA*

*Jorge Alberto Lozoya
Víctor Kerber*

LAS DIMENSIONES DE LA DEVASTACIÓN

Hace mil años el encrespado oleaje del mar de China y los kamikaze, "vientos divinos", salvaron a las islas japonesas de una invasión anhelada por el imperio chino. Ningún otro enemigo extranjero se acercó al archipiélago hasta la llegada de los europeos en el siglo XVI. El encuentro con Europa y un aislamiento casi total durante más de cien años dejarían testimonio de la excepcional habilidad japonesa para resistir a la penetración occidental y asimilar su tecnología, al punto de obtener en 1905 esa singular victoria contra el hombre europeo que fue el triunfo en la guerra ruso-japonesa. A partir de entonces el imperio nipón se consolidó por la fuerza de las armas sobre buena parte de Asia. Del aislamiento, Japón pasaría al dominio regional.

Sin embargo, el 6 de agosto de 1945 la humanidad se estremeció al saber que un artefacto de potencia desconocida había sido arrojado por los Estados Unidos sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, causando la muerte a 200 000 personas. Tres días más tarde una acción similar en Nagasaki provocaría otras 122 000 víctimas. Paradójicamente, los grandes hongos atómicos representaban el cenit de la destructividad lograda por el hombre y simbolizaban también el grado máximo de progreso científico-técnico jamás alcanzado. Llegaba a su fin la segunda guerra mundial y se cerra-

* Una versión modificada de este texto apareció como el núm. 51 de los *Cuadernos de Política Internacional* (abril, 1990), publicados por el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos.

ba un ciclo de la historia universal. Terminaba también una experiencia traumática para el Japón y se iniciaba una nueva era, novedosa en muchos aspectos.

Al término del conflicto, Japón era un país arruinado con un pueblo exhausto. Tan sólo en la guerra contra China habían muerto 3 millones de japoneses, de los cuales más de 800 000 fueron civiles. Sin duda, el país se enfrentaba a una de las más siniestras experiencias bélicas del siglo XX. Los grandes bombardeos incendiarios destruyeron más de 40 % de las zonas urbanas, entre ellas 120 de las principales ciudades. Más de dos millones de inmuebles fueron completamente arrasados, por lo que uno de cada tres japoneses perdió su hogar. A partir de mediados de 1944 Japón quedó virtualmente sin conexiones marítimas y la red de comunicaciones terrestres fue pulverizada. A la considerable reducción de la producción agrícola, todavía base de la economía, se agregó la completa suspensión del comercio exterior; consecuentemente, una terrible escasez y la carestía de artículos alimentarios condujeron a gran parte del país a una severa hambruna.

La derrota militar hizo desaparecer la ocupación sobre otras naciones asiáticas, obtenida violentamente durante la guerra. Ello significó una aguda reducción de materias primas y recursos alimentarios a disposición de los japoneses. Por otra parte, casi 50 % de las importaciones ahora paralizadas del Japón provenían de los países asiáticos. La producción industrial se derrumbó reduciéndose a menos de una quinta parte del nivel alcanzado al inicio de la guerra. La completa paralización de la industria bélica tuvo como consecuencia inmediata una inflación desenfrenada que rebajó el valor del yen hasta en 120 veces su cotización de la preguerra. Si a todo lo anterior se añade la repatriación de más de seis millones de japoneses —entre civiles y militares— de los territorios asiáticos ocupados, sumados a dos millones de soldados desmovilizados en el momento de la rendición, se configura el problema de una inmensa masa humana que demandaba alimentos, vestido, vivienda y trabajo a una economía sin capacidad de respuesta.

En el plano psicológico el panorama no era menos desolador. El pueblo japonés estaba desconcertado; la conmoción de la derrota era brutal. Tras haber sido educados y movilizados en un ambiente de propaganda bélica y de exaltación de valores ultranacionalistas; después de un par de años de euforia por éxitos militares espectaculares, la Guerra del Pacífico concluía con el aplastan-

te fracaso y la rendición incondicional de los japoneses. Los Estados Unidos, una potencia extranjera a la que se había tratado de aniquilar en Pearl Harbor y a la que durante años la intensa propaganda nacionalista presentara bajo los más negros designios y propósitos, ocuparía al supuestamente invencible Imperio del Sol Naciente. No debe por tanto extrañar que el temor a una terrible venganza causara profundo impacto en la conciencia colectiva de un pueblo que creía en la invulnerabilidad de su ejército, en el carácter casi divino de sus orígenes nacionales y en la legitimidad de su dominio continental. Sin embargo, la temida represalia de los Estados Unidos no acaeció. Por el contrario, la presencia estadounidense daría lugar a una de las más sorprendentes hazañas políticas, industriales y comerciales del mundo contemporáneo.

Pocas sociedades han sido tan enteramente revisadas, transformadas y rehechas por una potencia extranjera como lo fue la japonesa durante la presencia norteamericana. Empero, a lo largo de los siete años que duró la ocupación efectiva (1945-1952) no se produjo ningún incidente verdaderamente importante entre las fuerzas y aparatos de ocupación y la población japonesa. ¿Cómo explicar tan sorprendente relación entre enemigos? Dos razones pueden adelantarse. Por un lado, el temperamento y actitud del pueblo japonés para aceptar su derrota y asumir sus consecuencias; por el otro, el carácter y estilo que revistió la ocupación norteamericana. En todo caso, el Japón que concurriría, en 1951, a la firma del Tratado de Paz de San Francisco habría de ser muy distinto del Japón de la preguerra. Vista desde el extranjero, la historia japonesa a partir de 1950 es considerada como un proceso brillante y exitoso. El país renació en sólo tres décadas como superpotencia económica, desempeñando un papel político cada vez más importante en el escenario mundial.

EL SELLO DE LA OCUPACIÓN

En la tarde del 15 de agosto de 1945, el emperador Hirohito se dirigió por la radio a su pueblo para comunicarle lo inconcebible: Japón se rendía a las fuerzas aliadas encabezados por los Estados Unidos. Los japoneses, que durante los años de guerra habían peleado con enorme entereza en nombre del emperador, escucharon con resignación el mensaje que éste les transmitía:

Después de considerar profunda y detenidamente la situación mundial y la condición del Imperio, con el deseo de aprovechar la coyuntura actual y tomando una medida de emergencia, declaro por este medio, a todos vosotros mis fieles súbditos que:

Accediendo al comunicado conjunto de los cuatro países beligerantes, Estados Unidos de América, Gran Bretaña, la República China y la Unión Soviética, he dispuesto que el Gobierno Imperial declare lo siguiente:

Muy preocupado por el bienestar de mis súbditos y por el goce de la prosperidad de todas las naciones, según el ejemplo de mis ancestros imperiales; por desear fervientemente la autopreservación del Imperio y la estabilidad de Asia Oriental, me vi obligado a declarar la guerra a los Estados Unidos de América y a la Gran Bretaña, sin que mi intención fuera quebrantar la soberanía de otros pueblos o invadir su territorio. Sin embargo, las acciones de guerra ya han cumplido cuatro años y a pesar del valor de mis soldados y oficiales, del ardor con que mis empleados públicos desempeñan su función, y de que cada uno de los cien millones de ciudadanos han dado lo mejor de sí mismos por su patria, la situación bélica no necesariamente se torna favorable, ni nos resulta provechosa la coyuntura mundial (...) lo que me ha llevado a ordenar al Gobierno Imperial que acceda a las demandas del comunicado conjunto (...).

Creo que las penalidades que el Imperio deberá tolerar de aquí en adelante, sin lugar a dudas, no son fácilmente llevaderas. Conozco perfectamente la sinceridad de todos vosotros, súbditos imperiales; pero aún así es mi deseo que, siguiendo la marcha de los acontecimientos, aceptéis lo insoportable y soportéis lo insufrible, hasta lograr inaugurar una gran paz para todas las edades. (...) Vosotros, súbditos nuestros, sabréis hacer realidad mi decisión.

Sólo un puñado de hombres no aceptaría la derrota: los oficiales de la base aérea de Atsugi, cercana a Tokio, insistieron en luchar hasta el final y algunos miembros del ejército asesinaron al comandante de la Guardia Imperial en un vano intento por evitar que el mensaje de la rendición fuese transmitido. No obstante, la mayor parte del pueblo japonés acató la orden del monarca.

Dos semanas después de que el emperador admitiera públicamente la Declaración de Potsdam, certificado del triunfo aliado en Europa, todo era calma en Japón. El 30 de agosto de 1945, el avión del general Douglas MacArthur, jefe del Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (CSFA) aterrizó en Atsugi sin que se escucharan exclamaciones de protesta.

El 2 de septiembre se firmaron los documentos de la rendición japonesa a bordo del acorazado norteamericano "Missouri", anclado en la Bahía de Tokio. A partir de ese momento, los norteamericanos tomaron por su cuenta el ejercicio militar, político y administrativo de la ocupación aliada. Ocho días después, MacArthur se encontraba cómodamente instalado en Tokio y hacía públicos los lineamientos básicos de la política a seguir durante la ocupación, los que fueron aprobados por el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, el 8 de septiembre de 1945.

Por su importancia conviene destacar los siguientes objetivos fundamentales de la ocupación aliada:

a) Asegurar que Japón no volviera a convertirse en una amenaza para los Estados Unidos o para la paz y seguridad del mundo.

b) Llevar a cabo el establecimiento eventual de un gobierno pacífico y responsable que respetara los derechos de otros estados y apoyara los objetivos de los Estados Unidos, tal como se reflejan en la Carta de las Naciones Unidas.

Estos lineamientos deberían cumplirse a través de los siguientes medios principales:

a) Japón sería desarmado y desmilitarizado completamente. La autoridad de los militares y la influencia del militarismo desaparecerían de la vida política, económica y social del país. Las instituciones que habían expresado el espíritu del militarismo y la agresión serían vigorosamente suprimidas.

b) El pueblo japonés habría de ser alentado para desarrollar el deseo de la libertad individual y el respeto por los derechos humanos fundamentales, especialmente las libertades de culto, reunión, expresión y prensa. También se propiciaría la creación de organizaciones democráticas y representativas.

c) El pueblo japonés tendría la oportunidad de establecer por sí mismo una economía que le permitiera satisfacer sus necesidades en tiempos de paz.

De esta manera, aunque ejercida en nombre de los poderes aliados, la ocupación de Japón fue, en sus aspectos vitales, una empresa norteamericana. Para los estadounidenses, MacArthur era un individuo arrogante y a veces impulsivo. En el ejército se le llegó a ver como un general rebelde. De fuerte personalidad, MacArthur provenía de una distinguida familia de Virginia. El supremo comandante de la ocupación había pisado suelo japonés por primera vez durante la guerra ruso-japonesa (1905), cuando

su padre cumplía funciones de observador para el ejército norteamericano.

El Comandante MacArthur dirigió Japón con autoridad absoluta. Para ello se valió de un hábil sistema de administración indirecta que haría uso de los medios políticos ya existentes. Controvertido o no, es indiscutible que MacArthur y sus asesores comprendieron el inmenso vacío que los japoneses veían abrirse ante ellos: vacío ideológico y político que era urgente suplir, si es que se quería ganar a un pueblo politizado por argumentos nacionalistas y militaristas. La erradicación del autoritarismo y la democratización de las estructuras japonesas fue la tarea fundamental.

El comando norteamericano aprovecharía la estructura política local del Japón, conservando para sí un estricto control militar del territorio y de las decisiones gubernamentales a nivel nacional. En realidad, puede afirmarse que la ingeniosa fórmula de los Estados Unidos refería a la población japonesa a una forma de dominio político no del todo diferente de la ejercida por los estadistas de la Renovación Meidji y por los diseñadores del imperio continental de los tiempos de la preguerra.

El 28 de septiembre de 1945, el pueblo japonés vio estupefacto en los diarios la fotografía del emperador ¡ataviado formalmente y de pie al lado de MacArthur, quien vestía uniforme militar desprovisto de corbata! Rompiendo con todos los precedentes, el emperador se comprometió entonces a coadyuvar en el esfuerzo estadounidense por reconstruir al Japón. La institución imperial no sería ya nunca la misma: el emperador se convertía de un plumazo en un monarca más de la comunidad de naciones.

La cuestión de qué hacer con el emperador dio origen a un gran debate entre las autoridades de las fuerzas de ocupación. Algunos eran de la opinión de que cuanto más se difundiera el sistema democrático norteamericano mayor sería la estabilidad mundial; ello suponía eliminar automáticamente la figura del monarca japonés. Otros, como el embajador norteamericano en Japón, Joseph C. Grew, insistieron en conservar la institución imperial como requisito esencial para mantener estable la sociedad japonesa. MacArthur finalmente tomó la determinación de preservar la monarquía. Es muy probable que este acto de honda significación para el pueblo japonés propiciara la aceptación del sistema democrático en Japón, uno de los fenómenos más exitosos y enigmáticos de la política contemporánea.

Otro problema esencial e inmediato que tuvieron que resolver las fuerzas de ocupación fue la desmilitarización y el castigo a los responsables de la guerra. Había que crear las condiciones para que Japón no volviera a convertirse en una amenaza para la paz mundial. A la destrucción de la marina y el ejército, con sus respectivos ministerios; de las bases navales, arsenales, industrias bélicas y todo tipo de materiales de guerra y a la desmovilización de unos ocho millones de efectivos militares, siguió el enjuiciamiento de los criminales de guerra. Alrededor de 4 200 individuos —entre militares y civiles— fueron encontrados culpables. De ellos, cerca de 700 militares serían ejecutados por violación a las leyes de guerra. Siguiendo el modelo de Nuremberg, entre mayo de 1946 y diciembre de 1948 una Corte Militar Internacional hizo comparecer en Tokio a la mayor parte de los dignatarios del régimen. Siete dirigentes fueron sentenciados a morir colgados, incluidos los exprimeros ministros Tojo e Hirota; dieciséis recibieron condena de prisión perpetua y dos murieron durante el juicio.

Como parte de la política de eliminación de los defensores activos de las ideas militaristas, se disolvieron más de 1 300 organizaciones y 200 000 personas fueron destituidas de sus cargos por haber colaborado directamente con los responsables de la guerra, prohibiéndoseles expresamente intervenir en los asuntos públicos y en cargos importantes del sector privado. La depuración se extendió al área económica, hacia selectos hombres de negocios, muy particularmente a los vinculados con los grandes consorcios conocidos como *zaibatsu*, cuyas prácticas y estructuras monopolistas habían ofrecido el marco económico adecuado para la aventura bélica. Como parte de las medidas destinadas a democratizar la organización económica japonesa, el Cuartel General de las Fuerzas de Ocupación ordenó la disolución de esos *zaibatsu*. Así, entre 1946 y 1947 desaparecieron más de treinta grandes empresas, entre ellas los cuatro más importantes consorcios: Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda.

Al desmantelamiento del aparato militar y la disolución de los *zaibatsu* hay que agregar las reparaciones de guerra, que imponían al Japón la transferencia del 30% de su planta e instalaciones industriales a países asiáticos ocupados durante la aventura imperialista.

Los japoneses aceptaron resignadamente el severo veredicto. En general, el pueblo hizo frente a las consecuencias de la derrota

equiparándola con los desastres naturales que regularmente azotan al país insular. Los sobrevivientes de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki afrontaron la hecatombe con el mismo estoicismo con que por siglos se resignaron a los estragos de los tifones y terremotos.

La situación imperante era sumamente sombría. Las ciudades eran gigantescos basureros; los alimentos escaseaban y los soldados repatriados deambulaban por las calles con desconcierto y angustia. La desesperanza cundía entre las familias japonesas.

Mientras tanto, las autoridades de ocupación iniciarían la ejecución de una serie de reformas, algunas de ellas basadas en antiguos proyectos elaborados por políticos japoneses de filiación liberal. Tal fue el caso de la reforma agraria, cuyo diseño estaba previsto desde los levantamientos campesinos de 1918.

Convencido de que la estructura agraria tradicional era uno de los grandes apoyos del conservadurismo y del autoritarismo militarista, el CSFA, en colaboración con las nuevas autoridades japonesas, tras superar algunas dificultades iniciales, el 21 de octubre de 1946 aprobó la nueva Ley de Reforma Agraria. Según esta legislación, toda extensión de tierra mayor de una hectárea (excepcionalmente cuatro en Hokkaido) en manos de propietarios ausentistas debía ser vendida al gobierno; los propietarios que explotaran sus tierras podían conservar hasta tres hectáreas (12 en Hokkaido); el excedente debía venderlo. Las tierras así recuperadas —por compra a los propietarios y no por expropiación— fueron vendidas prioritariamente y en condiciones ventajosas a sus ocupantes. De esta manera, desaparecieron los terratenientes ausentistas cuyo poder databa desde la época Meidi. Sus propiedades fueron repartidas entre más de 4 748 000 campesinos. Para 1952, más de dos millones de hectáreas habían cambiado de dueño. El 90% de la tierra quedó en manos de quien la trabajaba. Ésta fue, sin duda, una de las reformas democráticas más radicales de la ocupación, que no sólo eliminó las tensiones en el campo, sino que también daría paso a una floreciente agricultura de posguerra, basada en la iniciativa de los pequeños productores, condición acorde con una inicial aspiración norteamericana de convertir al Japón en una nación esencialmente agrícola.

Junto a la desmilitarización, Japón tendría también que ser desmovilizado de espíritu. De ahí que una de las primeras medidas tomadas por el CSFA fuera la derogación de las leyes que ha-

bían restringido severamente los derechos fundamentales del individuo. Los prisioneros políticos fueron liberados y se restablecieron las libertades de pensamiento, religión, reunión, organización y expresión; los poderes ilimitados de la policía política especial y del ministerio del interior —puntales del autoritarismo militar de los años de guerra— desaparecieron. Los partidos políticos retornaron al escenario nacional. Se trataba pues, no sólo de liquidar el antiguo espíritu, sino de crear uno nuevo, basado en las libertades públicas de las democracias occidentales. Con este fin se impulsaron medidas tan trascendentes como la reforma educativa, la promoción de la emancipación de la mujer y el desarrollo del sindicalismo.

La reforma educativa trató de democratizar el sistema escolar liberándolo del control del estado, al ponerlo bajo la vigilancia de la sociedad civil. El artículo 10 de la Ley Fundamental de Educación, publicada en 1947, señala al respecto: "La educación no debe estar sometida a ningún control indebido y su realización debe estar vigilada directamente por la totalidad del pueblo". Aún cuando en la práctica este principio ideal tuvo corta vigencia, el propósito y la estructura de la educación tradicional fueron esencialmente afectados. Con base en el modelo norteamericano el sistema se descentralizó, introduciéndose la educación mixta y la escuela secundaria. Además, se rediseñó la educación superior con nuevas universidades locales. Los currícula se transformaron tan radicalmente que incluso se abandonó la enseñanza de la historia japonesa. Se adoptaron nuevos libros de texto influidos por los norteamericanos. En definitiva, la sustitución de lo "ético" por lo "cívico"; la individualización de los métodos educativos, así como la eliminación en la escuela y la universidad de todo sesgo totalitario y discriminatorio, fueron algunos de los objetivos principales de la nueva educación.

El estímulo a la liberación femenina, otorgando a la mujer el derecho al voto y —al menos en términos formales— su igualdad en la nueva legislación laboral, asestó un duro golpe al sistema familiar tradicional, columna vertebral del orden social autoritario. En diciembre de 1947 las reformas al Código Civil reconocieron la igualdad de todos los hijos en lo referente a la herencia, dando paso a la familia nuclear integrada por la pareja y sus hijos, en detrimento de la organización familiar tradicional.

Otra de las reformas de la ocupación de vasto impacto en la

sociedad japonesa fue la emancipación de los obreros. De la represión al derecho a organizarse que habían sufrido las agrupaciones obreras durante la guerra, se pasó súbitamente al reconocimiento abierto y al estímulo del movimiento sindical. La eliminación de las restricciones para las actividades políticas, la abolición del control policial sobre el movimiento de los trabajadores, la aplicación de reformas democratizantes, la coyuntura económica y las dificultades de la posguerra, así como el establecimiento de un contexto legal favorable a los derechos de los trabajadores, determinaron que el sindicalismo cobrara una nueva dimensión nunca antes vista en Japón.

De acuerdo con la Ley de Sindicatos Obreros, de diciembre de 1945, se dictaron leyes laborales que garantizaban la libertad de constituir sindicatos, reconociendo por primera vez en Japón el derecho a la negociación colectiva y a la huelga como legítimos derechos de los trabajadores. A fines de 1946 el número de sindicatos ascendía a 17 226, con casi cinco millones de trabajadores afiliados, correspondientes al 47% del total de la fuerza laboral, cifra que contrasta enormemente con el máximo de sindicalizados afiliados en 1936: 420 000 trabajadores, que representaban sólo un 7% del total de obreros. Sin embargo, estos cambios, que en ese momento fueron considerados como revolucionarios por los trabajadores japoneses sufrieron, a partir de 1947, una serie de controles y limitaciones cuyo corolario fue la creciente mediatización del movimiento obrero.

Liquidado el militarismo, restauradas las libertades públicas, quebrantadas las estructuras autoritarias y puestas en práctica las reformas democratizantes, sólo restaba, para concluir la obra integral de democratización, dotar a Japón de un nuevo régimen político, esto es, la elaboración de un texto constitucional que perpetuara el orden social establecido durante la ocupación.

El 13 de febrero de 1946, el CSFA elaboró un precipitado borrador de constitución para Japón. Dicho documento, base de la constitución vigente, suponía una transformación radical de la tradición política de Japón. Así fue como la nación japonesa obtuvo una ley suprema diametralmente opuesta a la práctica milenaria. Aunque la nueva constitución comenzó a aplicarse el 3 de mayo de 1947, fue promulgada el 3 de noviembre de 1946, día de la fiesta nacional que conmemora el natalicio del emperador Meidji, promotor de la modernización japonesa en el siglo XIX.

De acuerdo con el nuevo texto constitucional, el emperador se definía como un mero símbolo de la unidad de la nación, que carecía de poderes efectivos. Asimismo, se estableció la soberanía del pueblo al señalar expresamente que "...el poder soberano reside en el pueblo... El gobierno es un mandato sagrado del pueblo, cuya autoridad deriva del pueblo, cuyos poderes ejercen los representantes del pueblo y cuyos beneficios serán disfrutados por el pueblo". Se garantizaron los derechos fundamentales del hombre, entre ellos los derechos a la educación y bienestar del pueblo; se afirmó que la dieta o parlamento era el "órgano supremo del poder del estado" y, muy particularmente en el capítulo II, titulado "Renuncia a la Guerra", artículo 9, se estableció el desarme total de Japón y la privación de su derecho a la beligerancia. Este famoso artículo, considerado como inspiración directa del general MacArthur, expresa con toda claridad que:

El pueblo japonés, aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y en el orden, renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación, y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio para resolver las disputas internacionales.

Con el fin de cumplir el propósito del párrafo precedente, no se mantendrán fuerzas de tierra, mar o aire ni otro potencial de guerra. No se reconocerá el derecho de beligerancia del estado.

De esta manera, Japón se constituyó en el primer país de la tierra que consagró constitucionalmente su renuncia al derecho de hacer la guerra con sus propias armas.

Cabe decir que este articulado constitucional ha dado lugar a controversias y sentimientos encontrados entre la opinión pública. Si bien explica el que Japón mantenga su negativa de rearme frente a las presiones exteriores que lo demandan, a la vez ha permitido que los dirigentes japoneses ocasionalmente disimulen un factible proceso de rearme. En gran medida, la renuncia a las armas ha sido también elemento acelerador de la rehabilitación y la prosperidad económicas japonesas de la posguerra.

VIRAJE EN LAS POLÍTICAS DE LA OCUPACIÓN

El 6 de enero de 1948 el subsecretario de defensa de Estados Unidos, general Kenneth Royall, declaró que era imprescindible con-

vertir a Japón en “un baluarte contra la amenaza de guerra desatada por los países totalitarios” en Asia oriental y que, por tanto, era preciso revisar la política de disolución de los consorcios financieros japoneses, elementos muy significativos para la recuperación económica de aquel país.

Congruente con el criterio anterior, las medidas de disolución y democratización de las instituciones económicas (como la ley antimonopolios) no sólo se habían retardado, sino que se redujeron considerablemente. De las 1 204 empresas que debían ser afectadas en 1946 por el proceso de democratización económica, se limitó el número a 606 para mediados de 1948. En ese mismo año, una comisión creada para poner en práctica la Ley de Desconcentración Económica las redujo a 325, para terminar afectando únicamente a 28.

En mayo de 1949, la ocupación puso fin oficialmente al programa de reparaciones de guerra, como una forma de ayudar a la pronta recuperación económica de Japón y hacer efectiva la tesis del subsecretario de estado norteamericano, Dean Acheson, de transformar a Japón en el “taller industrial del Lejano Oriente”. ¿Por qué se abandonaba la idea de convertir al Japón en un país esencialmente agrario? ¿Por qué se discontinuaba la democratización de las estructuras políticas y sociales y, por el contrario, se restablecía la potencia económica-industrial, de tan funestos recuerdos para las propias fuerzas de ocupación? ¿Cómo explicar este viraje tan importante en las políticas de ocupación? Una respuesta se puede adelantar de inmediato: a tres años de iniciada la ocupación, las condiciones internacionales habían cambiado y Japón pasaba a ocupar un nuevo sitio en el pensamiento estratégico norteamericano regido por una irreconciliable confrontación con la Unión Soviética.

Desde mediados de 1947 era evidente que el departamento de defensa norteamericano ponía más énfasis en la recuperación económica japonesa que en las reformas democráticas. La constatación del nuevo poderío militar e ideológico del comunismo internacional, el deterioro de las relaciones este-oeste y el creciente avance de los revolucionarios chinos, que amenazaban dejar a los Estados Unidos sin un aliado seguro en el Lejano Oriente, obligaron a privilegiar los nuevos considerandos estratégicos de la posición norteamericana hacia Japón. Esta política se definió claramente con la victoria de Mao Tsetung en 1949 y se consolidó con el inicio

de la guerra de Corea en 1950, acontecimientos que convirtieron al Japón en un factor vital para los Estados Unidos en el área.

El CSFA trasladó progresivamente la facultad de decisión a manos de las autoridades japonesas. Poco a poco, el antiguo enemigo se tornaba en el principal aliado de los norteamericanos en Asia. Había por tanto que fortalecer su capacidad administrativa y política.

El 22 de mayo de 1946 el diplomático Shigeru Yoshida, convertido en primer ministro, organizó su gabinete. Yoshida, quien fuera embajador en la Italia de Mussolini, fungió como ministro del exterior durante el gabinete de Shidehara. Por su pensamiento liberal y simpatía con la alianza anglonorteamericana, Yoshida había sido encarcelado durante los últimos meses de la segunda guerra mundial. En su calidad de jefe de gobierno de una nación vencida, el nuevo primer ministro japonés se dio a la tarea de ganar la batalla diplomática ante los ocupantes aliados.

A partir de entonces la actividad de los sindicatos obreros, la movilización de amplios sectores populares y de los partidos políticos de izquierda cobraron una fuerza inusitada. Casi la totalidad de estas manifestaciones tuvieron su origen en la crítica situación económica imperante. La huelga fue la estrategia más socorrida para presionar a las autoridades y empresas en demanda de alimentos y empleo. Las movilizaciones del primero de mayo de 1946, la huelga general por los despidos en los ferrocarriles nacionales, en las empresas marítimas y otras corporaciones, y las luchas organizadas por el Congreso de Organizaciones Populares en agosto de ese mismo año, son ejemplos destacados de la creciente conciencia de los trabajadores por lograr mejores condiciones generales de vida. El punto culminante lo constituyó la llamada a huelga general para el primero de febrero de 1947, convocada por una decena de federaciones que representaban a 2.6 millones de afiliados, cuya mayoría provenía de los sindicatos de trabajadores al servicio del estado. Paralela a este proceso de movilización, se había venido consolidando la unificación de los sindicatos, tanto a nivel regional como nacional. En agosto de 1946 surgieron el Congreso Nacional de Sindicatos Obreros por Sectores Industriales (SANBETSU), de filiación comunista, y la Federación General de Trabajadores Japoneses (SODOMEI) de orientación socialista, agrupaciones que llegaron a desempeñar un papel clave en la movilización obrera.

En su mensaje de año nuevo, Yoshida acusó a los obreros industriales huelguistas de insensibilidad ante la crisis económica que azotaba al país. Los trabajadores organizados reaccionaron intensificando los preparativos para la huelga general del primero de febrero. La tensión llegó a tal grado que MacArthur tuvo que intervenir para evitar que se produjera lo que algunos percibían como una presunta rebelión socialista. El 31 de enero de 1947, a escasas horas del inicio de la huelga, el general MacArthur "con el mayor disgusto", emitió la siguiente orden:

Bajo la autoridad que me otorga el hecho de haber sido investido como supremo comandante de los poderes aliados, he informado a los líderes de los trabajadores, cuyos sindicatos se han federado con el propósito de llamar a una huelga general, que no permitiré la utilización de un arma social tan mortífera en las actuales condiciones de un Japón extenuado y empobrecido y, consiguientemente los he conminado a desistir de tales acciones.

El efecto fue inmediato, el comité de lucha capituló y la huelga fue suspendida. Todo culminó en un airado discurso radiofónico del líder obrero Yashiro Ii. La reforma a la Ley de los Servicios Públicos Nacionales, de noviembre de 1948, privó a los empleados públicos del derecho de huelga y de negociación colectiva.

El 20 de mayo de 1947, la dieta eligió como primer ministro a Tetsu Katayama, presidente del Comité Ejecutivo Central del Partido Socialista Japonés, quien de inmediato organizó un gabinete de coalición con el Partido Democrático. Se trataba del primer gobierno socialista en la historia de Japón. Entre las obras que realizó debe mencionarse la creación de un ministerio del trabajo, la promulgación de la Ley de Seguro para el Desempleo, así como la revisión de los códigos penal y civil. Por recomendación del CSFA, disolvió el ministerio del interior dándose a la tarea de ejecutar adecuadamente las políticas emanadas de las autoridades de la ocupación. Como gobierno de coalición, el gabinete del primer ministro estaba presionado por la derecha y por la izquierda, lo que provocó la renuncia de Katayama en 1948. El sucesor de Katayama fue su compañero de coalición, Hiroshi Ashida. La fórmula socialista-democrática no desapareció; sin embargo el gabinete de Ashida cayó pronto debido a un gran escándalo financiero relacionado con algunas empresas paraestatales.

El fracaso de los gobiernos socialistas de Katayama y Ashida no puede atribuirse exclusivamente a las circunstancias particulares de Japón. Es preciso tener en cuenta que la situación internacional les era desfavorable. Para ese momento, como ya se ha mencionado, Europa estaba física e ideológicamente dividida en dos bloques, uno prosoviético y otro pronorteamericano. La guerra fría brotaba como consecuencia inevitable. En China, el ejército nacionalista de Chiang Kaishek sucumbía ante la fuerza del ejército rojo de Mao Tsetung. Ante tal situación, ¿cómo podrían los norteamericanos simpatizar con la idea de un Japón socialista? Atentos a los sucesos en Asia, los Estados Unidos aplicaron al Japón tanto la Doctrina Truman —proclamada el 12 de marzo de 1947— como el Plan Marshall. Hacia principios de 1948 y tras visitar Japón, George Kennan —entonces embajador de los Estados Unidos ante el Kremlin— aconsejó al presidente Truman abandonar la purga de los empresarios japoneses para acelerar la recuperación económica del país. Por su parte, el subsecretario Royall propuso la formulación de una barrera de contención anticomunista en Asia.

Las nuevas circunstancias internacionales y el incremento de la movilización política y social entre la sociedad japonesa, obligaron al mando norteamericano a modificar su política respecto al Japón. Dentro de esta nueva estrategia era indispensable mantener al país alejado de cualquier tentación extremista, tanto de derecha como de izquierda. En lo que respecta a la derecha, el descrédito de la derrota, el desmantelamiento de las fuerzas armadas y la exitosa reforma agraria, entre otras medidas, aseguraron la eliminación de los más poderosos elementos antidemocráticos de la estructura social. El politólogo Richard Lowenthal percibió en ello “una revolución democrática desde arriba”, voluntariamente aceptada por el pueblo que canceló la opción de una revolución radical. La derecha conservadora no representaba ya un peligro; por el contrario, fue progresivamente rehabilitada, desempeñando a partir de entonces un importante papel en la recuperación económica del país.

Por su parte, el movimiento obrero, muy particularmente el Partido Comunista Japonés (PCJ), se constituyó en el objetivo de las purgas de la ocupación y de las autoridades japonesas. Los comunistas se habían conformado en una fuerza difícilmente tolerable en el contexto de los nuevos planes de la potencia ocupante.

Ante la crítica situación interna, el PCJ desencadenó una campaña de movilización y agitación que provocó una violenta reacción de MacArthur quien, bajo los cargos de promover graves alteraciones al orden público y a las libertades civiles, inició la llamada "purga roja", que culminó con la expulsión de más de 20 000 comunistas, o sospechosos de serlo, de los servicios públicos y empresas privadas, así como de la actividad sindical y política. Con el triunfo aplastante de los liberales de Yoshida y el desencadenamiento de las hostilidades en Corea, la represión aumentó. Se prohibieron las publicaciones comunistas y se detuvo a sus principales dirigentes negándoles el derecho al ejercicio de actividades políticas. Así, mientras los comunistas y los radicales eran purgados, los norteamericanos estrechaban lazos con los elementos conservadores de la posguerra dando un impulso decisivo a la vida económica de Japón.

Por su parte, Shigeru Yoshida presentaba su plataforma económico-política. El programa de gobierno propuesto por Yoshida consideraba como tarea prioritaria la recuperación económica del país. Su agudeza diplomática lo llevó a colocar eufemísticamente a los Estados Unidos como benefactor de la democratización japonesa y socio de su labor política. Era evidente que Yoshida había percibido el cambio de la política norteamericana en Asia y que estaba dispuesto a utilizarla en beneficio de Japón.

REHABILITACIÓN E INDEPENDENCIA

Reorganizado el país en sus aspectos fundamentales y definida claramente su posición en el contexto internacional, lograda la estabilidad del cuerpo político con la preponderancia de las corrientes conservadoras y moderadas las aspiraciones de las grandes centrales sindicales, el nuevo estado japonés de posguerra se encontraba en condiciones de abordar las tareas de la reconstrucción económica. Había que sanear y equilibrar el presupuesto del estado, restablecer la producción industrial, asegurar el suministro de materias primas y créditos para las corporaciones más dinámicas, asegurar el cobro de impuestos, estabilizar los salarios y controlar eficazmente los precios. Éstas eran las tareas fundamentales que debía enfrentar el programa de rehabilitación económica de Yoshida, para lo cual contaba con el beneplácito norteamericano.

La cartera de ministro de finanzas fue confiada a Hayato Ikeda, quien se dedicó a cumplir la política económica recomendada por el banquero de Chicago, Joseph Dodge. Básicamente, el Plan Dodge proponía recortar presupuesto, limitar subsidios y aplicar medidas de austeridad a toda la economía. Como resultado de ello, hacia 1950 la espiral inflacionaria comenzó a ceder.

Para Yoshida, la política económica puesta en práctica brindaba la tentadora oportunidad de eliminar el excedente burocrático. Las víctimas más conspicuas de la purga fueron los elementos radicales. Las empresas privadas también hicieron lo mismo con su personal sobrante. A largo plazo, las drásticas reformas financieras y económicas propiciaron que el capital privado recuperara vitalidad. Para 1950, la reconstrucción de las ciudades estaba casi terminada. A fines de 1951 se alcanzaban niveles económicos correspondientes al 60% de los obtenidos en la preguerra.

Con la estabilización del sistema económico japonés y con el recrudescimiento de la guerra fría, el premier Yoshida se percató de que el momento era propicio para concluir un acuerdo de paz con los países miembros de las Naciones Unidas. A principios de 1950, el ministro de finanzas, Ikeda, fue enviado a Washington en misión de consulta. Poco después el secretario de estado, John Foster Dulles, visitó Japón y no ocultó su deseo de que ese país se rearmara y estabilizara definitivamente sus relaciones con los Estados Unidos.

El 25 de junio de 1950 estalló la guerra de Corea; según el secretario Dulles, los norcoreanos no sólo veían a Seul como meta de su expansión, sino también a Tokio. No obstante, Yoshida prefirió declinar la sugerencia de Dulles, ya que la remilitarización del país desviaría a Japón de su objetivo central consistente en fortalecer la economía. La historia dio la razón a Yoshida y hoy es un hecho que la guerra de Corea funcionó como un poderoso estímulo para la economía japonesa.

Paradójicamente, y visto desde otro ángulo, la negativa al rearme por parte de los japoneses planteaba el enorme problema, aún hoy vigente, de cómo garantizar la seguridad de Japón. Las presiones de Dulles en pro del rearme de nada valieron ante Yoshida, quien sencillamente se apegaba a la constitución impuesta por los Estados Unidos. El premier japonés condicionaba el problema de la creación de una fuerza militar nacional a la conclusión del tratado de paz. Finalmente, se llegó a un acuerdo mediante el cual

el ejército norteamericano establecería bases territoriales de operación capaces de garantizar la seguridad nacional de Japón. La propuesta fue aceptada por Dulles y abrió el camino para negociar un acuerdo de paz.

En los hechos, la disputa interna originada en torno al Tratado de Paz eclipsó la del rearme y las grandes contradicciones que planteaba. Así, sin mayores protestas, Japón estableció en 1952 el Cuerpo de Mantenimiento del Orden Público (*hoantai*) que, con una dotación de 75 000 hombres, equivalía, de hecho, a una fuerza armada. Más tarde, este cuerpo pasaría a denominarse Fuerzas de Autodefensa (*jieitai*).

Por el contrario, la firma del Tratado de Paz, que según la percepción de muchos japoneses significaba extender la ocupación norteamericana por tiempo indefinido, provocó grandes manifestaciones de protesta. Entre las más dignas de destacar está el cambio de actitud del Consejo General de Sindicatos Obreros de Japón (SOOJYOO), fundado en 1950 y que agrupaba al 50% de los obreros sindicalizados. Habiendo surgido bajo las banderas de la democracia y el anticomunismo se pronunciaba ahora, al igual que la fracción de izquierda del Partido Socialista Japonés (PSJ), por los llamados Tres Principios de la Paz (paz general, neutralidad y oposición a las bases norteamericanas en suelo japonés). También debe mencionarse la movilización de los intelectuales partidarios de la democratización de posguerra, opuestos a que Japón tomara partido en la guerra fría.

El Tratado de Paz con los Estados Unidos se firmó el 8 de septiembre de 1951, durante una ceremonia efectuada en el Teatro de la Ópera de San Francisco, California. Apenas cinco horas después, los Estados Unidos y Japón celebraron un Tratado de Cooperación y Seguridad Mutuas, mediante el cual Japón solicitaba la permanencia de tropas americanas en su territorio. Por su parte, los Estados Unidos expresaban su convencimiento de que Japón asumiría crecientemente la responsabilidad de su propia defensa.

Cabe advertir que el Tratado de Paz sólo fue concluido con algunos de los antiguos enemigos de Japón. La Unión Soviética y sus aliados, así como la recién creada República Popular China, no fueron incluidos entre los signatarios. Al tomar partido en el conflicto Este-Oeste, Yoshida tuvo que pagar el precio de su decisión, cerrándose la posibilidad de negociación con Moscú. Conse-

cuentemente, se retrasó el ingreso de Japón a las Naciones Unidas, dado el ejercicio efectivo del veto soviético. Esto favoreció la inclinación preferencial de Japón por el gobierno nacionalista chino de Taiwán, con el que concluyó un acuerdo de paz en abril de 1952.

Por el Tratado de Paz de San Francisco, Japón reconoció la independencia de Corea y renunció a sus reclamos sobre Taiwán y las Islas Pescadores, el sur de Sakhalin y las Kuriles, así como el mandato sobre las islas del Pacífico. Los Estados Unidos controlarían temporalmente las islas Ryukyu y Bonin. El tratado prescribía limitaciones a la economía y al comercio de Japón y reconocía su derecho a la autodefensa, en los términos de la Carta de las Naciones Unidas.

Un sector de la opinión pública japonesa aplaudió la habilidad del Primer Ministro para hacer que Japón retornara a la legitimidad internacional aprovechando la bipolaridad del poder mundial. Otro sector, en cambio, se opuso exaltadamente a la decisión, ya que sentía que la libertad de Japón había sido sacrificada a los intereses de Estados Unidos.

El Tratado de Paz de San Francisco entró en vigencia a partir del 28 de abril de 1952, fecha en que se desintegró el CSFA. Japón recuperaba oficialmente su independencia. Aproximadamente un año antes, el presidente Truman había destituido al general MacArthur debido a su amenaza de invadir el territorio chino desde Corea, cruzando el río Yalu, en abierto desafío a la autoridad presidencial.

A unos días de haber entrado en vigor el Tratado de Paz, la ciudad de Tokio se convirtió en escenario de sangrientos disturbios callejeros de orientación antinorteamericana. La emotividad nacionalista tenía como trasfondo el descontento por el tratado niponorteamericano, que para muchos perpetuaba la subordinación japonesa a los Estados Unidos al autorizar la presencia masiva de tropas provenientes de ese país: 260 000 hombres distribuidos en 2 824 bases militares.

Las más alarmantes manifestaciones contra los Estados Unidos se registraron en las poblaciones de Uchinada, en la prefectura de Ishikawa, y en Sunakawa, cerca de la base aérea de Tachikawa. Al mismo tiempo, la popularidad de Yoshida se vino a pique. El apoyo popular a su gobierno, que en el momento de firmarse los tratados era de 58% de la opinión pública, cayó al 30, luego

al 23 y finalmente al 20%. El 25 de noviembre de 1954, Yoshida abandonó la presidencia del Partido Liberal, sucediéndole el effmero gobierno de Taketora Ogata. El único miembro significativo del organismo político que se mantuvo fiel a Yoshida fue Eisaku Sato, su excolaborador y posteriormente también primer ministro.

No cabe duda de que a pesar de su brevedad —seis años y ocho meses— la ocupación aliada produjo cambios fundamentales en la sociedad japonesa. De partida se debe reconocer que las reformas liberales tuvieron un efecto positivo en el sistema político y social, el cual, respaldado por un nuevo marco jurídico-institucional, permitió que amplios sectores sociales encontraran mayores instancias de participación. La implantación de una democracia al estilo occidental de tipo norteamericano fue, sin duda, un hecho positivo, no sólo si se le compara con el militarismo anterior, sino sobre todo por haber dado forma a lo que podría llamarse el sistema japonés de posguerra, sustentado en un parlamentarismo partidista. Lo mismo se puede decir cuando se evalúan los efectos de la reforma agraria y de la reforma educativa, o se examina la legislación que promovió el desarrollo del movimiento sindical.

Empero estas transformaciones sin precedente no dejaron de tener, tal vez por la premura de su puesta en práctica, un elevado costo político, al eliminar del escenario nacional a importantes fuerzas que pugnaban por un avance social de mayor beneficio colectivo. Es interesante señalar la contradicción entre el presupuesto teórico de pluralidad política enunciado en las expresiones ideológicas de los Estados Unidos y el conservadurismo de la vida política, económica y social que la ocupación sancionó como positivo para Japón.

En un momento en el que la expansión norteamericana imponía los procedimientos, Japón, ocupado y extremadamente dependiente, adoptó empeñosamente una vía neocapitalista, bajo cuyo signo se produciría la recuperación nacional. Dentro de este contexto, un papel de primer orden le correspondió a lo que se ha llamado la gran combinación de la burocracia estatal y de los grandes intereses de la oligarquía financiera que, golpeada inicialmente, encontró muy pronto las condiciones para recuperarse bajo formas más avanzadas y efectivas de propiedad y gerencia. Asimismo, la vieja guardia política asumió nuevamente buena parte del

control del poder político. A la fuerza y las acciones de esta alianza hay que sumar el apoyo y la ayuda de los Estados Unidos. La reconstrucción económica del país y su posterior desarrollo se efectuó conforme a los intereses y los proyectos de estos sectores.

Sin embargo, la existencia de un amplio marco legal propició también la organización de sectores de oposición con la participación de socialistas, comunistas, organizaciones sindicales, movimientos estudiantiles y de ciudadanos que, aunque limitados por el gobierno y sus propias debilidades organizativas, tienen amplias posibilidades de acción y protesta de efecto trascendente sobre la vida cotidiana del país.

LAS CONDICIONES PARA EL DESPEGUE ECONÓMICO

Desde 1952, Japón ha sido dirigido por una élite política conservadora cuyos equipos se suceden en el poder con frecuencia, pero sin modificar la línea política ni alterar su base electoral, fenómeno notable al cual contribuye, sin duda, el papel estabilizador de los partidos de oposición y la moderación de las grandes centrales sindicales. De allí deriva la estabilidad del cuerpo político, condición necesaria para el despegue económico.

Ichiro Hatoyama fue electo sucesor de Yoshida el 10 de diciembre de 1954. Su brazo derecho, Ichiro Kono, trabajó con ahínco junto a Hatoyama para encauzar en favor de este último los sentimientos nacionalistas del pueblo japonés. Mucho les ayudaba el hecho de haber sido expulsados del CSFA durante la ocupación, ya que de alguna manera se les identificaba como contrarios a los dictámenes de Estados Unidos. Además, a diferencia de Yoshida, cuya formación era de diplomático habilitado como premier, los dos eran avezados conocedores de la política interna de Japón. Yoshida y Hatoyama constituían dos productos distintos de la misma escuela conservadora: el primero era un internacionalista categórico, mientras que el segundo era nacionalista por convicción.

El nacionalismo de Hatoyama se reflejó de inmediato en dos planteamientos de su programa de gobierno: la revisión de la política japonesa hacia los Estados Unidos y la modificación de la constitución del país. El mayor triunfo político de Hatoyama consistió en revisar la política exterior japonesa y haber alcanzado una *détente* con la Unión Soviética. Con respecto a ésta, sin duda el pro-

blema más grande existente entre ambos países era el de las islas Kuriles (Kunashiri, Etorofu, Habomai y Shitokan), que habían sido colocadas bajo la autoridad de la Unión Soviética por los acuerdos de Yalta y Potsdam. Cabe decir que esta delicada cuestión subsiste y no tiene visos de solución definitiva.

Tras una visita inicial de Kono a Moscú, Hatoyama voló a la capital soviética en octubre de 1956 para conducir personalmente las difíciles negociaciones. Las pláticas desembocaron en una declaración conjunta que reanudaba las relaciones diplomáticas, pero que no implicaba el restablecimiento de la paz entre Tokio y Moscú. Por otra parte, y debido a lo anterior, Japón logró su ingreso a las Naciones Unidas como el estado miembro número 80 de esta organización mundial, apenas dos meses después de la declaración Krushev-Hatoyama del 18 de diciembre de 1956. Sin embargo, hay que decir que Japón había ingresado con anterioridad a algunos organismos especializados de la ONU.

Previo a todo esto, había ocurrido la fusión del Partido Democrático de Hatoyama con el Partido Liberal de Ogata, sucesor de Yoshida. El nuevo Partido Liberal Democrático (PLD) nació en noviembre de 1955 tras la unificación anterior de las diversas facciones de izquierda. Esta fusión daría origen al llamado bipartidismo japonés de posguerra. A partir de 1955 la vida política japonesa estará dominada por la lucha entre dos grandes partidos: un partido conservador dominante, el PLD, en el poder desde hace 30 años, y un partido socialista, no siempre muy unido, en permanente oposición. No está de más indicar que los Estados Unidos, siempre tan preocupados por la alternancia de los partidos políticos en los regímenes democráticos, han aceptado la hegemonía del PLD por un lapso tan prolongado, tal vez porque dicho *statu quo* se finca en la reiterada alianza de ese partido con los intereses estratégicos de los Estados Unidos en Asia y en el mundo.

En diciembre de 1955 el gabinete de Hatoyama anunció la puesta en práctica de su programa económico sexenal. Hubo quienes empezaron a hablar entonces del "milagro japonés" para referirse a la extraordinaria recuperación económica del país que apenas tres años antes vivía bajo ocupación extranjera.

El 20 de diciembre de 1956, poco después de su visita a Moscú, Hatoyama salió del gobierno y fue sustituido por el exministro de finanzas, Tanzas Ishibashi. Sin embargo, por motivos de salud éste renunció en febrero de 1957, y por tal motivo llegó al

poder el ministro del exterior, Nobusuke Kishi, hombre que desempeñará un importante papel en la formación del PLD.

La segunda mitad de la década de los años cincuenta se caracterizó por ser un período de cambio sin precedentes en las condiciones sociales de Japón. Si bien los aspectos distintivos de los cuarenta fueron la derrota, la ocupación y después la recuperación parcial de la soberanía, la nueva era que se inició en 1955 acarrearía un inusitado crecimiento económico. Las condiciones de vida de la población manifestaron una mejoría sobresaliente, incluso comparadas con las prevalecientes antes de la guerra. Los hábitos de consumo se transformaron algunas veces en una obsesión desmedida por acumular bienes materiales.

La dieta del pueblo japonés cambió notablemente con la introducción de consumos occidentales en forma masiva, como los lácteos y la carne de vacuno. El espíritu que prevaleció en la época puede ejemplificarse con el meteórico éxito obtenido por la novela de un estudiante llamado Shintaro Ishihara, cuya incursión en el mundo literario con la obra *La estación del sol* le produjera una inmediata popularidad. Significativamente su novela establecía como tema principal la sublevación de la juventud contra la vieja generación. Como resultado de su triunfo, poco después Ishihara fue electo a la cámara alta del parlamento; así culminó en el ámbito político lo que era símbolo del cambio de actitudes provocado por la nueva opulencia.

Durante este período se expandió la industria de electrodomésticos que tan célebre haría a Japón en todo el mundo. En sólo tres años, entre 1956 y 1959, la venta de televisores se multiplicó por 20, pasando de 165 000 a 3 290 000 unidades vendidas. Las revistas semanales se volvieron muy populares, publicándose hasta 12 millones de ejemplares a la semana. En suma se trataba, sin lugar a dudas, de la era de la sociedad masiva en la que el mercado interno se convertiría en un factor decisivo para el desarrollo económico.

Nobusuke Kishi debutó como primer ministro precisamente en medio de esta gran transformación social, pero a pesar de ello su gobierno estaba destinado a tener problemas. Kishi era otro burócrata habilitado como político, aunque de corte distinto del de sus antecesores. Había sido funcionario del ministerio de comercio durante el gobierno de Tojo, en época de la guerra, y ello le valió que fuera encarcelado cargando la etiqueta de criminal de clase

A. Hábilmente Kishi hizo todo lo posible por ganarse a la opinión pública; incluso se convirtió en el personaje más presentado en la televisión. Sin embargo, su aire intelectual provocaba un resultado adverso a sus deseos, pues los televidentes frecuentemente lo encontraban antipático. Como en los Estados Unidos, la pantalla de televisión adquiriría a partir de entonces, un papel primordial en el proceso político.

Su impopularidad se agravó a partir del momento en que el público se interesó más en el movimiento antinuclear surgido a raíz del episodio del "Fukuyu Maru". El incidente ocurrió cuando un barco pesquero japonés de ese nombre encalló el 30 de junio de 1946 en el atolón de Bikini, donde los Estados Unidos solían efectuar pruebas con la bomba de hidrógeno. Poco a poco fue creciendo el movimiento antigubernamental hasta convertirse en un dolor de cabeza para Kishi. Como reacción, su gobierno otorgó creciente autoridad a las fuerzas policíacas para reprimir al movimiento sindical. La oposición de la opinión pública a estas medidas anticipó lo que después acaecería con la revisión del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos en 1960.

Kishi debió tomar las riendas del gobierno teniendo como antecedente la brillante labor diplomática de Yoshida y de Hatoyama, de suma trascendencia para Japón. Yoshida había consumado el tratado de paz y Hatoyama logrado el acercamiento con la Unión Soviética. Kishi no deseaba quedarse atrás, por lo que se dio a la misión de reajustar la relación de Japón con los Estados Unidos. El gran reto que tenía ante sí consistiría en armonizar el creciente nacionalismo interno con la alianza contraída por el país con los norteamericanos.

En el Tratado de Seguridad nipo-norteamericano que Yoshida firmara el 8 de septiembre de 1951, destacaban cuatro cuestiones: no se establecía fecha de caducidad; se contemplaba la posibilidad de una intervención militar norteamericana ante factibles disturbios en Japón; Japón no estaba obligado a la defensa mutua; los Estados Unidos asumían el compromiso de defender a Japón y se estipulaba que las fuerzas de ocupación debían permanecer en territorio japonés como tropas de combate.

Por su parte, Kishi proponía efectuar un cambio bajo los puntos siguientes:

1. Revisión de los acuerdos sobre la administración de la presencia de las fuerzas norteamericanas en Japón.

2. Limitación de la vigencia efectiva del Tratado de Seguridad a sólo diez años.

3. Inclusión de una cláusula estableciendo la consulta previa para la movilización de tropas norteamericanas desde y hacia Japón.

4. Confirmación de la obligación norteamericana de garantizar la seguridad de Japón.

5. Participación conjunta de Japón y Estados Unidos en acciones defensivas que deberían realizarse en territorio japonés, siguiendo los postulados de la constitución nipona.

Además, Kishi ofrecía elevar la capacidad autónoma defensiva de Japón dejando clara la relación existente entre la Carta de las Naciones Unidas y el Tratado de Seguridad ya revisado. En relación con el documento original, el nuevo tratado permitiría a Japón una mayor libertad de acción, formalizando una reciprocidad más amplia, a la vez que intensificaba el compromiso de Japón con los Estados Unidos, hecho que se traduciría en la oposición de una importante fracción de la opinión pública.

Visto en perspectiva, el asunto del Tratado de Seguridad guarda similitudes con una experiencia previa vivida por Japón conocida como el problema de los "tratados desiguales". Dichos acuerdos concedían derechos a las potencias occidentales que resultaban onerosos para Japón. El gobierno del emperador Meidji luchó por varios años a fin de obtener una revisión de esos tratados hasta que finalmente, en 1894, el gobierno del célebre Hirobumi Ito concluyó con éxito la revisión del tratado firmado con Gran Bretaña. Cabe aquí señalar que México fue la primera nación que, en 1888, reconoció a Japón en términos de igualdad internacional.

El cambio favorecía el estatus internacional de Japón, pero algunos no lo entendieron así, como lo demuestra el atentado en 1899 contra el nuevo canciller, Shigenobu Okuma. Para muchos japoneses cualquier negociación con los países bárbaros únicamente significaba involucrarse más con ellos.

Cuando ocurrió la revisión del Tratado de Seguridad en 1960, en el parlamento se desató un acalorado debate entre el partido gobernante y la oposición. Se registraron entonces nutridas concentraciones de opositores a la política de Kishi; miles de manifestantes rodearon la dieta y en diferentes lugares del país hubo actos de protesta. Los diputados socialistas boicotearon las sesiones extraordinarias del parlamento y algunas figuras disidentes del PLD, tales como Takeo Miki, Ichiro Kono, Kenso Matsumara y Tan-

zan Ishibashi, elevaron sus críticas en contra de Kishi. El presidente Dwight Eisenhower de los Estados Unidos tuvo que suspender su visita al Japón. La estabilidad misma del PLD peligró.

La ola de descontento colectivo era generada por una peculiar mezcla de sentimientos: la antipatía hacia la figura de Kishi, la oposición a la revisión del Tratado de Seguridad y el arraigado nacionalismo antinorteamericano.

La composición de los sectores descontentos era compleja. Por una parte estaban los trabajadores de los sindicatos adheridos al Consejo de Sindicatos de Japón (Soojyoo), que lo mismo agrupaba a simpatizantes del partido socialista que del comunista. Otro segmento estaba formado por estudiantes universitarios cuyas lealtades también estaban divididas en torno a los dos partidos de oposición. Un tercer grupo lo integraban miembros de las diversas organizaciones cívicas, en particular sectores progresistas, intelectuales y trabajadores de la cultura. En la derecha, la organización anticomunista y ultranacionalista conocida como Federación Nacional de Asociaciones de Estudiantes Autogobernados (Zengakuren) también se manifestó en contra de Kishi.

A pesar de todo, el Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón comenzó a ser efectivo a partir del 19 de junio de 1960, tras de ser ratificado apresuradamente por el parlamento. Un día antes, Kishi hizo pública su intención de renunciar a la presidencia del partido y a la conducción del gobierno. Lo sucedió Hayato Ikeda, exministro de finanzas. Durante una recepción ofrecida en honor del nuevo presidente del partido, Kishi fue asesinado por un fanático derechista, episodio que refleja la convulsión política prevaleciente en Japón durante esos días.

Si la historia política resultó agitada en esos años, la historia económica también, aunque en otro sentido. Desde 1945 hasta 1952 se había luchado por la recuperación de los efectos de la guerra; desde 1952 hasta 1955 se racionalizaría el aparato productivo con el propósito de generar las condiciones necesarias para un nuevo desarrollo industrial. Había que resolver dos problemas fundamentales: la urgente necesidad de aumentar las inversiones en nuevas capacidades productivas para responder a las crecientes demandas, sobre todo del mercado interno, y el aumento del grado de independencia y el acrecentamiento de la competitividad en lo estructural, pues era esencial no depender de la ayuda norteamericana y de las adquisiciones derivadas de la guerra de Corea.

Consecuentemente, el gobierno y los empresarios privados invirtieron grandes sumas para modernizar y ampliar la capacidad productiva de las industrias básicas y aumentar la competitividad en la industria secundaria. Así, aunque las importaciones de tecnología y maquinaria plantearon muchas veces problemas en la balanza de pagos, la decisión fue benéfica. La expansión económica determinó un aumento en los ingresos de la población, creció su capacidad de compra y en consecuencia las inversiones en bienes de consumo. Lo anterior, a su vez, fortaleció y activó el mercado interno al punto de que a fines de 1952 la producción total en la industria manufacturera y minera, especialmente carbón natural, alcanzó los niveles de 1940. En ese mismo año el índice de consumo en las áreas rurales sobrepasaba también los de la preguerra. Una década después se registró un auge similar, aunque ahora en las zonas urbanas.

En 1953 Japón ingresó al Fondo Monetario Internacional (FMI) y en 1955 al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Ello no sólo significaría la plena incorporación de Japón a los mecanismos de regulación de orden económico mundial de libre empresa, sino también el acceso expedito a los mercados de materias primas, en un momento de gran dinamismo de la economía internacional.

La política de austeridad dirigida hábilmente por los sucesivos gobiernos, así como la gran disponibilidad y oferta de mano de obra, favorecieron la competitividad de los productos japoneses en los mercados mundiales. Amparado en estas ventajas comparativas, para 1955 Japón logró por primera vez una balanza comercial equilibrada, al margen de la ayuda y de las adquisiciones norteamericanas. En síntesis, ésta fue una etapa en la que el país completó su recuperación económica, reacondicionó su capacidad productiva, sobrepasó en muchos casos los niveles de productividad de antes de 1940, alcanzó una tasa promedio de crecimiento anual de 9.2% y se abrió paso en los mercados internacionales. Se vivió una situación general de bonanza, resumida muy bien por el informe gubernamental de 1956 sobre la economía nacional en esta afirmación: "¡el periodo de la posguerra ha quedado detrás!" A partir de ese momento se iniciaba una etapa de crecimiento y desarrollo económico sin precedentes en la historia japonesa.

LA ÉPOCA DEL RÁPIDO CRECIMIENTO ECONÓMICO

El éxito económico del Japón de la posguerra ha sido verdaderamente espectacular. Las tasas promedio de crecimiento económico fueron de 8.5% para 1955-1960; de 10% para 1960-1965 se alcanzó la cifra sin precedentes de 12.1%. Para el periodo 1966-1970. Si se compara este ritmo de expansión con el de Estados Unidos y de algunos países de Europa para el mismo período, resulta la siguiente relación:

TASA DE CRECIMIENTO DEL PNB EN PAÍSES SELECCIONADOS
A PRECIOS CONSTANTES ENTRE 1950 Y 1970
(en porcentajes)

País	1950-1955	1955-1960	1960-1965	1965-1970
Austria	7.0	5.2	4.4	5.1
Francia	4.5	4.2	5.9	5.8
República Federal de Alemania	9.0	6.0	4.9	4.8
Italia	6.0	5.9	5.1	5.9
Suecia	3.1	3.3	5.4	3.9
Gran Bretaña	2.6	2.4	3.3	2.4
Estados Unidos	4.3	2.3	4.9	3.3
Japón	9.1	10.0	10.0	12.1

Cabe destacar que entre 1956 y 1961 hubo una verdadera revolución en el consumo. Por un lado, los progresos experimentados por la agricultura determinaron un aumento en los ingresos de los campesinos y, por el otro, la expansión y las nuevas condiciones del trabajo industrial y de las actividades de los sindicatos dieron pie a un crecimiento muy elevado en los ingresos de los trabajadores, situaciones que, en su conjunto, provocaron un fuerte crecimiento de la demanda de bienes de consumo. Asimismo, se generó una revolución tecnológica sin par. Una vez restaurados los contactos con el mundo occidental el aumento en la importación de tecnología fue rápido. De acuerdo con fuentes gubernamentales, entre 1956 y 1960 se importaron 831 innovaciones tecnológicas; para el período 1961-1965 fueron 2 184, y para 1966-1970, un total de 4 784. En 1963 se elaboraron más de 210 000 resúme-

nes de trabajos científicos extranjeros por parte del Centro de Información para la Ciencia y Tecnología de Japón. La consecuencia fue una innovación tecnológica sin precedentes que incluyó la importación de grandes y eficientes equipos para la producción de acero, industria automotriz y refinamiento de petróleo. Se introdujeron tecnologías para nuevas áreas industriales, tales como textiles y resinas sintéticas, petroquímica e industria electrónica. Todo esto provocó el aumento y la diversificación de la producción en proporciones jamás experimentadas por Japón.

Junto al acelerado crecimiento interno de la economía, tuvo lugar una extraordinaria expansión del comercio exterior. De una participación e incidencia mínima a mediados de la década de los cincuenta, para 1960 la producción japonesa exportable constituía el 3.2% del volumen del comercio mundial. En 1970 llegó casi al 7%. Durante el mismo período, el volumen del comercio mundial aumentó tres veces, mientras que las importaciones japonesas crecieron aproximadamente 32 veces y 50 veces las exportaciones.

Como causa y efecto de la revolución en el consumo, de las innovaciones tecnológicas y crecimiento del comercio exterior, la economía necesitó inversiones cada vez mayores. Éste fue otro factor clave para la expansión económico-industrial japonesa. Desde 1953 hasta 1956 la tasa de inversión bruta en Japón obtuvo un promedio de 32.1% del producto nacional bruto (PNB), proporción mayor que la de cualquier otro país en el mundo, y lo que es aún más significativo, las inversiones se hicieron casi exclusivamente con capitales japoneses.

Sin embargo, frente a un creciente número de fallas en la estructura económica, que fueron revelándose conforme la actividad económica se aceleraba, se impuso la necesidad de una planeación más estricta y cuidadosa. Así, con la idea de lograr la autonomía económica y el pleno empleo basados en una economía estable, en diciembre de 1955 se inició el plan quinquenal de Hatoyama. Posteriormente, el plan económico de largo plazo, formulado por el gabinete de Kishi en diciembre de 1957, tuvo como objetivo central el de impulsar el crecimiento sostenido a la más alta tasa posible. Sin embargo, fue el plan para la duplicación del ingreso nacional formulado por el primer ministro Hayato Ikeda, en diciembre de 1960, el que alcanzó los éxitos más significativos.

Ikeda inició su mandato lanzando un ambicioso programa que contempló la duplicación del ingreso nacional en los diez años sub-

siguientes. Reconocido por su experiencia en materia de finanzas públicas, el premier aplicó una política de austeridad deflacionaria siguiendo las pautas señaladas por el Plan Dodge. Tal experiencia reforzó su convicción de que la economía japonesa era en realidad muy flexible y de que si se le orientaba con habilidad arrojaría como resultado un desarrollo formidable.

Como ya se dijo, hacia 1960 Japón se transformó gracias a las innovaciones tecnológicas y a las cuantiosas inversiones en infraestructura y equipo. Más aún, la nueva generación que se había beneficiado de la reforma educativa de la posguerra estaba lista para suministrar la alta calidad de su fuerza de trabajo. Además, todavía en aquel tiempo las comunidades agrícolas ofrecían una reserva de mano de obra a la sociedad urbana industrial.

Durante el período de Ikeda, las heridas políticas causadas por el descontento ante el Tratado de Seguridad fueron eclipsadas rápidamente por la prioridad dada a la economía. En el plano internacional, se observó un mejoramiento notable de las relaciones con la República Popular China, al firmarse un nuevo pacto comercial en 1961. De hecho, el gobierno de Ikeda llevó adelante una estrategia conocida como “la política de las dos Chinas”, que buscaba mantener relaciones políticas con el gobierno de Taipei, para no herir la susceptibilidad de los Estados Unidos, a la vez que trataba de abrir relaciones comerciales con el gobierno de Beijing para introducirse en el mercado chino.

El plan de duplicación del ingreso diseñado por Ikeda tuvo un éxito rotundo. El nivel promedio de crecimiento económico anual pocas veces bajó del 10%. Por primera vez desde que se iniciara la Era Meidyi en el siglo XIX, los japoneses experimentaron un ambiente social en el que la acumulación de riquezas materiales y la búsqueda de bienestar personal eran reconocidas como virtudes. Las cámaras fotográficas, los radios de transistores y aun los automóviles dejaron de constituir monopolio exclusivo de los adinerados. El nivel de ingreso en las áreas rurales también se elevó considerablemente, al grado de que la disparidad entre las zonas urbanas y agrícolas del país prácticamente desapareció. Gracias al mejoramiento en la tecnología del campo, la producción agrícola creció con rapidez y los aparatos eléctricos como lavadoras y televisores comenzaron a aparecer en las casas de los campesinos. El mercado interno se constituyó así en uno de los elementos clave para la activación del crecimiento económico. Toda la socie-

dad se encaminó hacia la consecución de un objetivo nacional: exportar. Japón entero se convirtió en una gran empresa orientada por el lema de "exportemos para sobrevivir".

En efecto, el rápido crecimiento económico alcanzado durante el período de Ikeda condujo hacia el disparo del volumen de las exportaciones. Esto se logró, en buena medida, gracias a que el nivel salarial de los trabajadores japoneses se mantuvo relativamente bajo a pesar del incremento habido en el ingreso nacional. Esto último es claro cuando se establece la relación entre salarios y productividad en el sector industrial. Por ejemplo, entre 1953 y 1960 los sueldos y salarios aumentaron, en promedio, un 4.7%. En cambio, la producción industrial aumentó un 14.7%; para el período 1960-1967 la relación fue de 9.9 y 12.6% respectivamente. De esta manera, y aun cuando para el segundo período se estrechó la relación, queda en evidencia otra de las claves del éxito del llamado "milagro japonés": la pronunciada diferencia o brecha existente entre el ritmo de aumento de la productividad y el de los salarios.

En contraste con el triunfo espectacular alcanzado por la administración en el plano interno, los logros del primer ministro Ikeda en el plano internacional fueron menos importantes, salvo el mejoramiento de las relaciones con la República Popular China. Cuando se entrevistó con el presidente John F. Kennedy al inicio del mandato de ambos, a lo más que se llegó fue a instituir las conferencias ministeriales anuales Japón-Estados Unidos para discutir lo relativo al comercio y los aspectos económicos. Se hizo todo lo posible por resolver el problema de la devolución a Japón de Okinawa, pero sin éxito. Ikeda realizó visitas a algunos países del sureste asiático y trató de mejorar las relaciones con Corea del Sur, todo esto con el fin de reconciliar al Japón con sus antiguos enemigos. Sólo hubo un bien definido avance en lo relativo a la admisión de Japón en la Organización de Cooperación para el Desarrollo Económico (OCDE), en 1964, simiente de la unidad europea.

El acontecimiento más destacado en cuanto a colorido y difusión mundial durante el régimen de Ikeda fue la celebración de los Juegos Olímpicos de Tokio, en 1964. La ocasión fue ideal para mostrar al mundo los logros del *boom* económico. Los juegos resultaron memorables debido a que brindaron la oportunidad de convertir a Japón en el centro de la atención internacional. Paradójicamente, la situación política de Asia comenzó a deteriorarse

mientras la fiebre de la Olimpiada invadía a los japoneses. Por aquellas fechas, China explotó su primera bomba atómica en Lob Nor y los Estados Unidos se involucraban cada vez más en Vietnam, apoyando al gobierno de Saigón.

A diferencia de sus antecesores, Hayato Ikeda prácticamente no tuvo un enemigo que representara peligro para su liderazgo. Sin embargo, una penosa enfermedad lo obligó a renunciar el 25 de octubre de 1964, un día después de la clausura de la Olimpiada. Lo sustituyó Eisaki Sato, quien asumió su cargo el día 9 de noviembre para mantenerlo por un lapso sin precedente de siete años y ocho meses. Sato supo anotarse importantes logros entre los que resalta el haber remontado la balanza de pagos entre Japón y Estados Unidos, hasta hacerla adversa para los norteamericanos. Este es un fenómeno que se mantiene hasta la fecha y que resulta claro indicador de que Japón constituye una de las potencias económicas más estables del mundo.

En comparación con su predecesor inmediato, Sato inició su régimen siguiendo un estilo totalmente distinto. El gobierno de Ikeda, al tiempo que cooperaba estrechamente con los Estados Unidos, se rehusaba a cumplir con los dictados norteamericanos en materia de política militar, sobre todo si ésta tenía algo que ver con la intrincada seguridad de Asia. Sato, en cambio, orientó decididamente su política exterior hacia una mayor colaboración con el bloque occidental. Ejemplo de ello fue el esfuerzo por normalizar las relaciones de Japón con Corea del Sur, tarea que Sato heredó de los regímenes anteriores.

Japón y el régimen de Seúl tenían pendientes por resolver tres problemas: la cuestión de las reparaciones de guerra, la de los derechos de pesca y la relativa al estatus de los coreanos residentes en Japón. Con la firma del Tratado niposurcoreano del 20 de enero de 1965, se superaron diferencias, pero automáticamente se abrió una brecha más profunda con Corea del Norte. Desde el punto de vista geopolítico, la península de Corea ha sido siempre una zona estratégica de primer orden para Japón, razón suficiente para que, tras la normalización de las relaciones, los consorcios japoneses extendieran su ámbito de acción hacia las débiles economías de Surcorea y el Sureste Asiático. El resultado fue que al poco tiempo los mercados internos de estas regiones se hallaron invadidos por empresas japonesas.

A su vez, la cooperación económica que Japón destinaba a los

países subdesarrollados de Asia se canalizó a través de fuertes contribuciones al Banco Asiático de Desarrollo, con sede en Manila. La reacción de Beijing consistió en denunciar airadamente las intenciones que supuestamente se escondían detrás de la mencionada asistencia a los países asiáticos. Ello provocó un enfriamiento en las relaciones sino-japonesas al grado de perderse la comunicación oficial entre ambos gobiernos. Con el estallido de la revolución cultural china, el vínculo entre las dos naciones prácticamente se desvaneció.

Desde el momento en que tomó las riendas del gobierno, Sato criticó la política económica de Ikeda, abocándose a promover el desarrollo social como antítesis del desarrollo económico apoyado por su predecesor. Sato suponía que al impulsar el desarrollo social lograría dar al pueblo japonés un nuevo sistema de valores que hasta el momento no se había contemplado. Mientras tanto, el rápido crecimiento de la economía no se detuvo.

En 1966, la prestigiada revista inglesa *The Economist* otorgó a Japón el premio a la nación que había llevado a cabo la política económica más destacada del mundo. El fenómeno japonés era un verdadero milagro y expertos extranjeros de todas las convicciones políticas comenzaron, con toda razón, a examinar los fundamentos de tal éxito. Para mediados de 1966 se había iniciado, con gran empuje, la más larga fase de auge en la historia del país: sesenta meses de vigoroso crecimiento, que terminaron en agosto de 1970.

Durante el período de Ikeda, el ingreso per cápita se incrementó y estabilizó al mismo tiempo que subieron los precios de los artículos de consumo. Después de 1966, el *boom* económico estimuló muy significativamente la urbanización. Si bien en 1955 la población que vivía en ciudades con más de 50 000 habitantes constituía el 45.5% de la población total de Japón, la cuota de población urbana se elevó para 1965 a 58%. Al mismo tiempo, la tasa promedio anual de incremento demográfico fue de 1.27%. En aquel entonces los especialistas calcularon que, para 1975, la población urbana de Japón se elevaría a 70.8 por ciento.

Con la migración rural-urbana y con el crecimiento natural de las ciudades, se formaron grandes megalópolis que unieron a Tokio, Osaka y Nagoya. El corolario de este fenómeno fue el abandono de las regiones rurales. La población rural, que en 1955 constituía el 54.5% de la población total, disminuyó a 41.8% en 1965.

Las predicciones de aquella época previeron que para 1975 la cifra caería al 29.1 % del total.

A medida que la población urbana creció, se manifestaron problemas nuevos y nunca antes imaginados. Uno de los más sobresalientes fue el de la vivienda, otro más lo constituyó la excesiva circulación de automóviles que incrementó enormemente el índice de accidentes provocados por los vehículos. Sin embargo, el que mayores consecuencias ha traído para el medio ambiente natural fue la contaminación, tanto del agua como del aire. Durante el período de Sato se registraron las más altas concentraciones de materia contaminante en ciudades industriales como Tokio, Osaka, Kawasaki, Amagasaki y Yokkaichi. También se supo de envenenamientos por mercurio y otros productos químicos aun en regiones tan apartadas como Minamata, en la isla de Kyushu. Quedaba así al descubierto la otra cara del éxito económico: el deterioro ambiental y de la calidad de vida, cuestiones que de aquí en adelante se convirtieron en la demanda social más importante.

Las principales ciudades adquirieron fisonomías nuevas con la construcción de altos rascacielos, veloces trenes subterráneos y amplios ejes viales. Bocinas insistentes, anuncios luminosos, jets que cruzaban el cielo y gente que era acosada por la estrechez del tiempo. Los problemas políticos no tardaron en gestarse casi como subproductos de ese desarrollo económico. Durante los siete años que duró el régimen de Sato, surgieron nuevos fenómenos políticos; el más importante tal vez fue el de la multiplicación de los partidos políticos.

Es innegable que después del *boom* económico iniciado durante el período de Ikeda se produjo una transformación radical en el *modus vivendi* de la sociedad japonesa. Uno de los grupos que mayor ventaja sacó de este fenómeno fue el Partido Komeito, integrado básicamente por gente del Sokagakki, división de la secta budista Nichiren. Dicho partido apareció en 1956, cuando tres de sus candidatos obtuvieron curules en la cámara alta. En 1959, la cifra subió a nueve y en las elecciones de 1965 —que llevaron a Sato al poder— eligieron a otros once. Así, el Komeito se convirtió en la tercera fuerza política de la cámara alta, con 20 miembros. Durante la elección general de 1967, primera en la que Komeito participaba con candidatos para la cámara baja, el partido obtuvo 25 curules. Es interesante advertir que su éxito se debió en gran medida a que consiguió ejercer un amplio control sobre

los inmigrantes urbanos, altamente favorables al proselitismo budista. En efecto, gracias a los preceptos morales del budismo, un buen número de trabajadores, artesanos, burócratas y pequeños empresarios que se sentían decepcionados por el automatismo y la exquisitez materialista en la que había caído la sociedad japonesa, votaron en favor de Komeito. La principal novedad estriba en la irrupción de un grupo religioso en la arena política que, con un programa de corte centrista, planteó claros desafíos, tanto a la derecha como a la izquierda socialista, a cuyas expensas creció.

Mientras tanto, el Partido Socialista Japonés, que durante mucho tiempo se había mantenido como la segunda fuerza de oposición en la dieta, atravesó por serios cuestionamientos internos a partir de 1960, año de la revuelta en contra de la revisión del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos. De hecho, el partido se sumergió en una división interna entre los que proponían comprometerse más con los postulados marxistas, y los partidarios de efectuar reformas sociales menos radicales. Surgió así un segundo partido socialista denominado Partido Socialista Democrático, seguidor de una línea moderada, en ocasiones cercana al PLD gobernante, con base de apoyo en la Confederación Japonesa del trabajo (DOMEI), de corte sindical independiente. Con todo, aun cuando el PSJ no ha vuelto a ganar una sola elección general en Japón en más de 35 años, desempeña un poderoso papel estabilizador en la vida política del país, pues se ha constituido en un equilibrio importante contra las tendencias ultraconservadoras, siempre presentes en la sociedad japonesa.

El elemento radical del panorama político japonés es el Partido Comunista que actualmente sigue una línea autónoma, con tesis similares a las que sustentara el llamado eurocomunismo. Desde la revolución cultural china, el PCJ rompió sus lazos con el Partido Comunista Chino, con el que había mantenido una relación muy cercana durante largo tiempo. Su representación parlamentaria, no obstante, ha sufrido altibajos debido a que se disputa con los demás partidos de izquierda a un considerable sector del electorado. Sin embargo, así como la presencia de los socialistas en la dieta impide la vuelta al conservadurismo, la clientela política que acompaña al PCJ lucha contra un alineamiento excesivo con los Estados Unidos.

La gran cantidad de problemas urbanos comenzó a surtir efecto sobre los procesos políticos locales. Durante el período de Sato,

ciudades tan importantes como Tokio, Yokohama y Osaka pasaron a ser administradas por la izquierda. En las elecciones locales, frecuentemente se llevaron a cabo alianzas entre los partidos socialistas y comunista a fin de respaldar candidatos comunes. El PLD hizo todo lo posible por evitar que la izquierda se apoderara de las principales alcaldías y gubernaturas, y a menudo llegó a solicitar en calidad de préstamo a miembros del Partido Socialista Democrático.

Frustrado por el creciente éxito de la oposición de izquierda, el primer ministro Sato se abocó a unificar la opinión pública en torno al problema de la recuperación de Okinawa, que se hallaba bajo control norteamericano desde la Segunda Guerra Mundial. Para él, Okinawa bien podía convertirse en bandera de la aspiración nacionalista japonesa. Durante su encuentro con Lyndon B. Johnson en noviembre de 1967, Sato recibió la promesa expresa del presidente norteamericano de que en unos años más Okinawa sería devuelta. Asimismo, faltaban sólo tres para la renovación del Tratado de Seguridad concluido en 1960. En dicho tratado se preveía que, a menos que las partes determinaran su cancelación en 1970, los preceptos vertidos en él seguirían vigentes hasta que las partes lo denunciaran. De esta manera, el problema de Okinawa quedó íntimamente ligado a la cuestión de cómo se definiría la seguridad de Japón después de 1970.

Pero sucedió que en los Estados Unidos el candidato republicano Richard M. Nixon ganó las elecciones de noviembre de 1968. Un año después, en noviembre de 1969, Sato ya estaba sentado frente a Nixon en la Casa Blanca dispuesto a obtener un compromiso sobre la devolución de Okinawa por parte del nuevo presidente. Sato manejó la idea de que sin Okinawa Japón era una nación incompleta e incapaz de adquirir plenas responsabilidades a nivel internacional. El primer ministro logró más de lo que esperaba, ya que recibió la promesa formal de que las islas serían devueltas en 1972.

En la Cámara Baja de la Dieta, el PLD obtuvo una aplastante mayoría de más de 300 curules. Dicho triunfo efectivamente reflejaba el entusiasmo de la gente por la devolución de Okinawa, pero sólo el gobierno sabía que el asunto se hallaba vinculado a otro gran tema: el de la cooperación militar de Japón con los Estados Unidos.

En marzo de 1970 se llevó a cabo la Feria Mundial de las Co-

linas de Senri, cerca de Osaka. El evento sirvió para que Japón impresionara al mundo con sus avances tecnológicos y su potencial económico, tal como hiciera años atrás con los Juegos Olímpicos de 1964. Mientras el pueblo se regocijaba en medio de un ambiente festivo, su gobierno trataba de evadir la tensión acumulada en las relaciones económicas nipo-norteamericanas. El problema tenía su origen en la enorme cantidad de productos textiles japoneses que habían invadido el mercado de Estados Unidos. De pronto comenzó a gestarse en los ánimos del pueblo norteamericano una ola de nacionalismo antijaponés que posteriormente contagió a los países europeos. Los gobiernos reaccionaron elevando barreras a la importación de los textiles japoneses.

A manera de paliativo ante la situación, el gobierno de Nixon hizo saber que, en un gesto de amistad y confianza por parte de los Estados Unidos, Okinawa sería devuelta a los japoneses en un lapso no mayor de dos años. A pesar de que permanecerían las bases militares norteamericanas, el hecho mismo de regresar Okinawa a la soberanía de Japón se traducía en un cambio significativo para la política defensiva de los Estados Unidos en el océano Pacífico asiático. En aquel momento, quizá Japón no comprendía aún cabalmente las enormes implicaciones de esta decisión, pero hoy es evidente que los Estados Unidos estaban conscientes de que con la aplicación de la llamada Doctrina Nixon pretendían descargar un considerable monto de responsabilidad defensiva en Japón, durante una nueva era que convertiría a la Cuenca del Océano Pacífico en la región del mundo de más alto potencial de crecimiento económico.

Sin embargo, en julio de 1971 el presidente Nixon arrojó lo que la opinión pública calificó de "bombazo" sobre Japón al anunciar que planeaba visitar China en el futuro cercano, proyecto desconocido por el gobierno japonés. La entrevista con los líderes chinos había sido cuidadosamente preparada por Henry Kissinger, quien realizó un viaje secreto a Beijing en su calidad de principal asesor para asuntos internacionales del presidente. Todo parecía indicar que por fin se produciría un ablandamiento en las relaciones sino-norteamericanas que durante dos décadas se habían mantenido en tensión. Con ello, el equilibrio de fuerzas en Asia se modificaría radicalmente.

El gobierno de Sato recibió la noticia como un *shock*. Se tenía la firme idea de que Japón había colaborado fielmente con los Es-

tados Unidos en la puesta en práctica de su política hacia China, ya fuera filtrando información o bien apoyando las iniciativas norteamericanas en contra de ese país. ¿Por qué entonces el gobierno norteamericano tomaba una decisión tan importante sin consultar a su principal aliado en Asia? Sato no supo dar una respuesta convincente a la opinión pública japonesa, cuyas simpatías por China eran muy superiores a las que sentía por los Estados Unidos. De esta forma, el mismo electorado que instrumentó la caída del gobierno de Kishi una década antes, apuntó esta vez sus cañones en contra del régimen de Sato.

Un mes después del primer "shock de Nixon", el gobierno norteamericano dio a conocer su propósito de suspender la convertibilidad del dólar en oro. Es fácil imaginar el impacto de la medida sobre el régimen de Sato, en virtud de las repercusiones que ello tendría sobre la economía japonesa. Era evidente para entonces que los vaivenes de la realidad internacional volvían a afectar el meollo de la política interna de Japón. El gran éxito económico se pagaba con una dependencia casi automática de las complejas reacciones de una economía mundial en crisis y de procesos políticos en los Estados Unidos que con frecuencia resultaban imprevisibles.

Todavía durante la sesión de la Asamblea General de la ONU, celebrada a finales de 1971, Japón defendió la postura norteamericana en el sentido de presionar para que el gobierno de Taipei retuviera su membresía en Naciones Unidas. La Asamblea, no obstante, votó por abrumadora mayoría a favor del ingreso de la República Popular China a la ONU y consecuentemente excluyó a Taiwan. En aquel tiempo, los Estados Unidos practicaban un complicado malabarismo diplomático mediante el cual por un lado se respaldaba al gobierno de Taiwan en la ONU y se negociaba con el gobierno de Beijing por otro. El desconcierto en el que cayó el primer ministro Sato prácticamente fue la condena a muerte de su régimen. El gobernante japonés llevó a cabo su último esfuerzo por dar alcance a uno de sus principales objetivos políticos: la recuperación física de Okinawa. La dieta ratificó el acuerdo de devolución a principios de 1972 y la ceremonia de entrega de la isla se efectuó el día 15 de mayo. Sato fue depuesto al poco tiempo.

En julio de 1972, el ministro de industria y comercio internacional, Kakuei Tanaka, sustituyó a Sato en la presidencia del PLD, tras de sostener una batalla por la nominación con el ministro del

exterior, Takeo Fukuda. Al poco tiempo asumió las riendas del gobierno.

Kakuei Tanaka cuenta con una de las vidas más extraordinarias que haya tenido un primer ministro de Japón. A diferencia de sus antecesores, graduados todos ellos en las universidades imperiales de la preguerra, Tanaka era un genuino autodidacta con apenas ocho años de escolaridad. No obstante, su dinámica personalidad y su notable intuición política lo llevaron a ocupar puestos del más alto nivel a los 30 años de edad, hasta convertirse en elemento fundamental del conservadurismo japonés. Para muchos, la vida de Tanaka era muy similar a la de Toyotomi Hideyoshi, el legendario héroe del siglo XVI nacido en el seno de una humilde familia campesina, quien comenzó a escalar los peldaños de la sociedad hasta convertirse en samurai primero y en gobernante de Japón después.

Cabalgando sobre la cresta de su simpatía, Tanaka se lanzó a la conquista de dos objetivos: la reanudación de las relaciones con China y la "remodelación del archipiélago japonés". El primero de ellos lo alcanzó a los pocos meses de haber iniciado su mandato. En septiembre de 1972, Tanaka voló a Beijing acompañado de su fiel colaborador y entonces ministro del exterior, Masayoshi Ohira. A su llegada, sostuvo una serie de pláticas con los líderes chinos Mao Tsetung y Chou Enlai, las cuales desembocaron en la ansiada reanudación de vínculos entre ambas naciones. En poco tiempo, Tanaka había arreglado el problema diplomático más viejo de Japón, ya que las relaciones entre ambos países estaban interrumpidas desde 1939, año de la invasión japonesa a Manchuria.

Cabe agregar que la *détente* con China no dejó de ocasionar alguna oposición por parte de los elementos más reaccionarios del PLD, quienes hicieron todo lo posible por frenar la iniciativa de Tanaka. No obstante, éste recibió un decidido apoyo de la opinión pública y de los empresarios japoneses, ávidos de ingresar al muy codiciado mercado chino. Como secuela lógica del acercamiento sino-japonés, las relaciones con el gobierno de Taiwán se deterioraron rápidamente. No sería aventurado decir que el acontecimiento también afectó las relaciones nipo-norteamericanas, al mostrar una notable capacidad de autonomía política por parte de Tokio. Adicionalmente, se provocó una mayor rigidez en las relaciones nipo-soviéticas, en virtud del conflicto URSS-China. Se es-

taba, por tanto, frente a uno de los sucesos políticos más importantes de la historia contemporánea de Japón.

Después del viaje de Tanaka a Beijing, el tema del reacercamiento con China cayó de la gracia de los japoneses tan rápidamente como había surgido. En las elecciones de diciembre de 1972, las primeras que se llevaron a cabo desde el ascenso de Tanaka, el PLD tuvo un desempeño sorprendentemente negativo. En la Cámara Baja apenas obtuvo 271 curules, mientras que el Partido Comunista aseguró 38. El Komeito, que en elecciones sucesivas había incrementado su representación parlamentaria, perdió fuerza en 1972 al igual que el Partido Socialista Democrático. El Partido Socialista, en cambio, recuperó casi todas las curules perdidas en las elecciones de 1969.

¿A qué se debían esos resultados? En primer lugar, a que el pueblo japonés no estaba satisfecho con el programa de "remodelación" propuesto por el gobierno, ya que a través de él se había generado especulación con los terrenos, con la madera para la construcción y otros productos. El resultado fue que los precios se dispararon, tras haberse mantenido estables durante largo tiempo. Obviamente, la agrupación política más crítica del programa propuesto por Tanaka, el Partido Comunista, ganó simpatizantes.

Como resultado de las elecciones, en diciembre de 1972 Tanaka se vio obligado a reestructurar su gabinete. La cartera de finanzas le fue confiada a Kishi Aichi. No obstante, según las encuestas, la popularidad de Tanaka disminuyó primero del 60 al 30% y después al 20%, en el verano de 1973. En vista de lo anterior, el primer ministro se tuvo que valer de un subterfugio para ganar la atención del electorado. Acompañado de Ohira, su ministro del exterior, inició una travesía internacional que abarcó los Estados Unidos, la Unión Soviética, China, los países de la Comunidad Europea y el sudeste asiático. En Washington se entrevistó con el presidente Nixon por segunda ocasión desde que asumiera el cargo. En Europa sostuvo pláticas con el primer ministro británico Edward Heath, con el presidente francés Georges Pompidou y con el canciller alemán Willy Brandt.

En octubre de 1973 visitó Moscú, siendo ésta la primera vez que un primer ministro de Japón viajaba a la Unión Soviética después de 17 años, cuando en 1956 el entonces premier Ichiro Hatoyama acudiera a sostener pláticas para normalizar las relaciones nipo-soviéticas. La misión de Tanaka tuvo como fin demostrar a

los soviéticos que Japón estaba deseoso de concluir un acuerdo de paz y de participar en la explotación conjunta de los muy importantes yacimientos petroleros de Siberia. En esa ocasión, Tanaka tuvo el cuidado de no referirse al candente tema de las islas Kuri-les, dominadas por la Unión Soviética y que Japón reclama como suyas. El 10 de octubre de 1973, ambos países acordaron iniciar las negociaciones para concluir un tratado de paz a la brevedad.

Mientras tanto, la espiral inflacionaria en Japón iba en aumento. Peor aún, el fenómeno se aceleró con la drástica reducción del suministro petrolero procedente de los países miembros de la OPEP. En efecto, la guerra que estalló el 6 de octubre de 1973, en vísperas de la visita de Tanaka a Moscú, entre Israel por un lado y Egipto, Siria y otras naciones árabes por el otro, significó un duro golpe para la economía japonesa, ya que dependía en alto grado del petróleo abundante y barato de los países de Medio Oriente. Es por esto que al gobierno japonés le parecía sumamente importante la propuesta soviética de explotar los yacimientos de Siberia.

En todo el mundo se hablaba ya de la "crisis del petróleo". El 22 de noviembre de 1973, Japón declaró que estaba preparado para reconsiderar sus relaciones con Israel, a menos que este país respetara los acuerdos de cese al fuego suscritos en 1967. Definitivamente, se estaba ante un cambio fundamental en la política exterior japonesa, que no dejaría de sorprender a las principales capitales del mundo. Washington reaccionó por vía de su secretario de estado, Henry Kissinger, demandando la rectificación de la actitud japonesa en un sentido más solidario con los Estados Unidos.

Nuevamente el gobierno japonés se halló entre la espada y la pared. Alrededor de esos días, el afamado diario *Asahi* publicó los resultados de su reciente encuesta sobre la popularidad de Tanaka. Las cifras arrojaron un 22% en favor del gobierno y un 60% en contra. Tanaka se vio precisado a reorganizar su gabinete. Para colmo de males, durante aquellos días falleció el ministro Kiichi Aichi y la cartera de finanzas fue otorgada al eterno rival político de Tanaka, Takeo Fukuda, quien ya antes había ocupado ese ministerio y el del exterior durante el gobierno de Sato.

Mientras que para el mundo Japón se situaba como el tercer país más rico del orbe, ante los ojos de muchos japoneses, en cambio, la nación se sumía en un caos civilizacional. Las condiciones de vivienda, el ruido provocado por el tránsito incesante de los ve-

hículos y la contaminación del ambiente, contribuían en buena medida a que la desesperanza se adueñara de la sociedad; además, los precios de los artículos básicos crecían hasta alcanzar niveles insospechados. Junto con los precios ascendía también el desprestigio del gobierno de Tanaka, quien incluso llegó a ser acusado por la revista *Bungei Shunju*, en noviembre de 1974, de manejar dolosamente algunos fondos.

La crisis económica y la corrupción política produjeron una inestabilidad social tal que no se hicieron esperar los brotes de protesta y aun de violencia. En marzo de 1974, 2 440 000 trabajadores pertenecientes a 63 sindicatos industriales fueron a la huelga y un mes después lo hicieron otros seis millones, afectando así a más de la mitad de la población. En los establecimientos comerciales el pánico se apoderó de los compradores, ante el temor de una escasez generalizada de artículos. Durante los meses de agosto y septiembre se registraron estallidos de bombas en las compañías Mitsubishi y Mitsui, los mayores complejos industriales de Japón. Tanaka viajó prácticamente a todos los países que proveían de recursos al país. Estuvo en el sudeste asiático, América Latina, Canadá, Europa, Estados Unidos, Unión Soviética y China. Esta última pronto se convirtió en uno de los principales socios comerciales de Japón. El acceso al petróleo chino trajo como consecuencia la reducción de la dependencia del crudo árabe y la cancelación del plan japonés para explotar los hidrocarburos siberianos. Esto último en virtud de las gravosas condiciones que implicaba la operación para la seguridad japonesa. Sin embargo, en diciembre de 1974, Tanaka se vio forzado a renunciar debido a la fuerte división que su política suscitó dentro del PLD. Lo sustituyó Takeo Miki, décimo primer ministro de la posguerra.

De alguna manera la caída de Tanaka del primer plano de la política japonesa coincidió con la interrupción de la era del rápido crecimiento económico. En efecto, el PNB de Japón, que había mantenido un crecimiento ininterrumpido del 10 % anual por espacio de casi dos décadas, se estacionó abruptamente. En 1974 esta tasa de crecimiento descendió a menos 0.5 %, cifra negativa registrada por primera vez en el proceso de desarrollo económico del Japón de la posguerra. Para estas fechas, la crisis inflacionaria mundial ya estaba en plena marcha, y la cuadruplicación del precio del petróleo crudo en el lapso de sólo un año (1973) vino a agudizar la situación, particularmente para los países importadores netos de pe-

tróleo como Japón, que cubría el 74% de sus necesidades primarias de energía con suministros provenientes en su totalidad del exterior. No obstante, sería una simplificación atribuir únicamente a la crisis petrolera la razón del deterioro económico japonés.

Hay que recordar que en agosto de 1971 el presidente Nixon había liquidado de manera unilateral la libre convertibilidad del dólar en oro establecida en Bretton Woods, alterando con ello el curso de las transacciones financieras que por espacio de un cuarto de siglo había mantenido fijas las tasas de cambio bajo el control del Fondo Monetario Internacional. Esta medida tuvo un profundo impacto sobre la economía japonesa. No sólo hubo que revaluar el yen, cuya tasa de cambio se había mantenido hasta entonces en una cotización de 360 yenes por dólar, sino que se llegó a declarar la flotación de la moneda a principios de 1973. Mientras estas medidas correctivas se iban sucediendo, sobrevino el llamado *shock* petrolero que aceleró el alza de los precios en los productos básicos, provocando también una inusitada especulación en bienes raíces, acciones y valores bursátiles. Los japoneses tuvieron que pagar más caros los bienes de consumo interno, así como las importaciones. Una prueba de ello es que en 1974 el monto total de la balanza de pagos fue deficitario para Japón, alcanzando la suma de 2 300 millones de dólares.

Para hacer frente a la severa inflación se tomaron drásticas medidas de ahorro y austeridad en el gasto público que se prolongaron hasta la primavera de 1975 y que, en general, tuvieron éxito en contener la espiral inflacionaria. Empero el costo pagado fue una prolongada recesión, la más grande y grave que la economía haya sufrido desde 1945. Como efecto inmediato de la crisis petrolera, Japón entró en un conflicto que ha sido definido como una trilogía formada por el eslabonamiento de tres problemas que forman un intrincado conjunto: inflación, recesión y balanza de pagos deficitaria. Todo esto demostraba que las condiciones internas del desarrollo de Japón se habían alterado definitivamente y que la economía japonesa de los setenta, a partir de la crisis del petróleo, tendía a verse amenazada por circunstancias muy cambiantes e inestables.

RECONVERSIÓN ESTRUCTURAL HACIA LA ERA DEL PACÍFICO

¿Hasta qué punto los llamados *shocks* Nixon y petrolero revelaron al Japón como una potencia frágil? La cuestión se sigue debatiendo; sin embargo, es indudable que aquéllos marcaron el fin de un gran auge económico, lo que implicó para Japón la entrada en una fase de turbulencias y ajustes. Después de un cuarto de siglo de éxito continuo, la era del rápido crecimiento llegó a su fin y Japón se enfrentó a un proceso de transición, que en cierta medida dura hasta hoy. La tarea principal sería no sólo la recuperación inmediata de los niveles de productividad, caídos muy por debajo de lo acostumbrado, sino, sobre todo, la de abocarse a redefinir el modelo y el ritmo de desarrollo, y producir los cambios estructurales que la nueva situación interna y externa demandaban. Por un lado, había que corregir las contradicciones y desequilibrios internos provocados por el rápido crecimiento y, por el otro, iniciar una profunda revisión de la estructura económica e industrial, en donde una de las tareas más desafiantes sería la de reducir o desacelerar algunas de las industrias pesadas, sobre las que se construyó la prosperidad de posguerra, para dar paso a otras de más alta tecnología y competitividad.

Se trataba de transferir cada vez más capital y energía a la producción interna de artículos de mayor valor agregado como la maquinaria y equipos, la electrónica y microelectrónica, los instrumentos de precisión y productos químicos más refinados. Paralelamente, era necesario disminuir las inversiones en industrias tales como la refinación del aluminio, los astilleros, la petroquímica y los textiles, que consumen demasiada energía y materias primas del exterior, utilizando excesiva mano de obra y cuyos rendimientos resultaban ya insuficientes para la dinámica de la economía japonesa.

La redefinición del concepto de desarrollo, anteriormente atado a las metas del crecimiento económico, supuso que el estado debía mostrar a partir de ese momento una mayor preocupación por los rubros sociales, para garantizar mejores condiciones de vida a la población. Habría por tanto que poner atención prioritaria en la construcción de vivienda, el desarrollo de nuevas infraestructuras urbanas, la promoción de industrias de servicios y otras de beneficio social y comunitario, aspectos todos relativamente des-

cuidados en etapas anteriores. En suma, Japón debía reestructurar su aparato productivo y reelaborar el concepto de desarrollo, asegurando un ritmo de crecimiento más bajo pero más estable para su economía, a la vez que proveía de nuevos y más avanzados servicios sociales.

La tarea no ha sido fácil, ya que tanto las estructuras como las instituciones económico-sociales derivadas de ellas están fuertemente asociadas a las condiciones del período anterior, lo que inevitablemente supone cambios profundos en un plazo relativamente corto. Japón vive así un período de transición en el que la sociedad en su conjunto realiza ajustes importantes. A guisa de ejemplo, deben mencionarse los profundos cambios en el sistema educativo, para dotar a los trabajadores de nuevas capacidades técnicas y los ajustes importantes en las relaciones obrero-patronales para flexibilizar un sistema de relaciones industriales que ya no responde con eficacia a las nuevas condiciones de la producción. El esfuerzo nacional supone también resolver los problemas de la creciente carestía de la vida, del hacinamiento, de la contaminación del aire y del agua y de la destrucción ecológica.

La reorientación del comercio exterior y la promoción de las inversiones en el extranjero se han convertido en otra necesidad estructural para Japón, inmerso en una competencia internacional extremadamente severa y no exenta de problemas políticos de gran envergadura.

Debe reconocerse que superados los peores momentos de la crisis, los años de 1974 y 1975 cuando la tasa promedio de crecimiento anual del PNB cayó a 0.5 y 1.4 % respectivamente, la economía japonesa inició una sorprendente recuperación.

A partir de entonces resultaron viables las expectativas de que la economía creciera a una tasa estable, como la empezó a denominar el gobierno, cercana al 6 %. La tasa real de crecimiento para el año 1976 fue del 5.7 obtenida fundamentalmente por el aumento acelerado de las exportaciones, que se incrementaron en 17.4 %, mientras que las importaciones lo hicieron en sólo 9.4 %. No obstante, el crecimiento orientado hacia la exportación resultó impopular para los socios comerciales de Japón, especialmente los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, a quienes no convenía un aumento tan acelerado del superávit japonés, en virtud de que esto afecta sus propias economías.

A pesar de que el crecimiento económico japonés tendió a ba-

jar en los años subsiguientes (5% entre 1976 y 1979; 4.6% en 1980; 3.5% en 1981; 3.3% en 1982 y 3.4% en 1983) es un hecho que, desde la llamada crisis petrolera, ningún país capitalista desarrollado ha podido sostener las bajas tasas de desempleo e inflación, ni las altas tasas de producción industrial exhibidas por Japón, fenómeno que mantiene muy en alto la competitividad japonesa en el mercado mundial y explica su balanza comercial extraordinariamente favorable.

Miki, a pesar de su reputación como político liberal, se vio forzado a integrar un gobierno de compromiso que abarcaba por igual a reconocidos liberales como Masayoshi Ohira, o a conservadores como Takeo Fukura, Yasuhiro Nakasone y el mismo ex primer ministro Eisaku Sato, quien recibiera el Premio Nobel de la Paz.

Mientras las diversas facciones luchaban en el partido gobernante, los de la oposición vivieron procesos no menos conflictivos. En el Partido Socialista Japonés, por ejemplo, se sostenía una decisiva controversia sobre la estrategia a seguir tras el acercamiento a China. En el Komeito, por otro lado, un grupo de militantes criticó con severidad a sus dirigentes por haber firmado un acuerdo de "armisticio" por diez años con el Partido Comunista Japonés.

En este clima político, el gobierno se lanzó a detener la espiral inflacionaria a través de severos métodos. Con la implantación de límites al aumento salarial y la utilización al máximo de la capacidad productiva, la inflación comenzó a ceder. Sin embargo, el consumo no se elevó con la estabilización de los precios. Al parecer, los japoneses preferían derrochar menos y ahorrar más. De pronto pues, la recesión y ya no la inflación pasó a constituir el problema más grave de la economía nacional.

El 5 de febrero de 1976, los diarios nipones dieron cuenta de lo que sería el peor escándalo registrado en la historia contemporánea del país. Todo comenzó con la declaración hecha por el senador norteamericano de que la corporación Lockheed había sobornado a altos funcionarios públicos y privados japoneses para promover la venta de un nuevo modelo de aeronave. El primer ministro Miki —considerado hombre honesto pero débil—, se comprometió a indagar el asunto hasta llevarlo a sus últimas consecuencias.

El escándalo de la Lockheed concentró prácticamente la atención de la opinión pública durante la mayor parte del año. Según las investigaciones realizadas, el dinero se había filtrado a través

de tres canales: la compañía Marubeni, la corporación representante de la Lockheed en Japón y un funcionario privado de nombre Yoshi Kadama. No obstante, el caso llegó a dimensiones insospechadas cuando se confirmó que el ex primer ministro Kakuei Tanaka también había recibido parte del soborno. Con semejante evidencia, la carrera política de Tanaka se precipitó a la misma velocidad con la que se había elevado; más aún, el fin cobró tintes de dramatismo a raíz de su encarcelamiento ordenado por Miki.

En las elecciones de diciembre de 1976, por primera vez en 21 años el PLD perdió la mayoría simple en el parlamento, con la retención de sólo 249 escaños. El Partido Socialista, en cambio, obtuvo 123 contra 17 del Comunista, 55 del Komeito, 29 del Socialista Democrático y 38 de los partidos menores. El PLD se vio precisado a integrar una frágil coalición con algunos de estos partidos a fin de poder gobernar. Indudablemente el fracaso electoral del PLD surgía como la consecuencia más inmediata del escándalo Lockheed.

Después de las elecciones, Miki decidió renunciar a su cargo no sin antes colocar trabas a la eventual sucesión de Takeo Fukuda. En efecto, Miki, que en aquel entonces contaba con 69 años de edad, optó por terminar su mandato jubilando a los elementos más viejos del PLD. La medida, que se dirigía contra los 71 años de Fukuda, no fue un impedimento para que éste se convirtiera en primer ministro al comenzar el año de 1977.

En la Dieta los partidos de oposición aprovecharon la disminución del poder concentrado por el PLD. Con la apertura en enero de las sesiones parlamentarias, emprenderían una ofensiva en demanda de fuertes reducciones a los impuestos sobre la renta. Una tras otra, las iniciativas del gobierno comenzaron a sufrir modificaciones; no cabía duda de que el debilitamiento del PLD estaba transformando la estructura política del país, favoreciendo a las corrientes opositoras. Para Fukuda, el resultado de las elecciones equivalía a una *itamiwake*, alusión a la desventaja que tiene un luchador de sumo, el deporte nacional, cuando queda lastimado por su opositor. Según otros, más pesimistas, la situación de Japón no era muy diferente de la que imperaba en Italia. Había quienes incluso creían que el país estaba ya en la antesala del socialismo.

En septiembre de 1977, la opinión pública japonesa se conmovió cuando un grupo de terroristas pertenecientes al llamado Ejército Rojo se apoderó de una nave de Japan Airlines que efec-

tuaba su vuelo normal de París a Tokio. Ante el asombro generalizado el halcón del conservadurismo, como se conocía a Fukuda, cedió sin negociar las demandas que le impusieron los secuestradores. En el interior, tanto como en el exterior, las críticas se precipitaron.

Poco después de que Fukuda asumiera su mandato en Tokio, James Carter sucedía a Gerald Ford en la Casa Blanca, trayendo consigo algunas sorpresas para los japoneses. En primer lugar, Carter hizo explícita su intención de reducir el número de tropas norteamericanas en Corea del Sur. Por ese motivo, Japón incurría en un error al juzgar que la presencia militar de Estados Unidos en esa región sería perenne e inmutable. El segundo golpe de Carter consistió en el embargo total del combustible nuclear destinado a Japón, justo cuando este país se disponía a comenzar el desarrollo de su propia energía nuclear.

Las cosas no iban mejor con la otra superpotencia, la Unión Soviética. De hecho, Tokio nunca imaginó haber ofendido tanto a los soviéticos con el retiro de su participación en el proyecto de Siberia. A esto había que sumar el incidente ocurrido en septiembre de 1976 cuando un avión soviético supersónico de combate Mig-25 se desvió de su ruta normal, aterrizando en territorio japonés sin que fuera devuelto por Japón. Las relaciones niposoviéticas se agravaron cuando Moscú extendió su zona económica exclusiva a 200 millas, afectando a los barcos pesqueros japoneses que operaban en el noreste de Asia. A los ojos de Tokio, la decisión era una maniobra soviética tendiente a asegurar su dominio sobre las Islas Kuriles que se hallaban en disputa.

Con la reanudación de hostilidades entre Japón y la Unión Soviética, el problema de la seguridad japonesa volvió a ser materia de controversia nacional. El gobierno hizo evidente su intención de legitimar el incremento de las fuerzas armadas. Un documento de la defensa, publicado en julio de 1978, fue más explícito aún al señalar a los soviéticos como la principal amenaza para la seguridad japonesa. Como dato importante China, que en años previos había advertido sobre el gran peligro de que Japón se militarizara, esta vez hacía pública su complacencia ante la posibilidad de que ese país se fortaleciera en contra de la supuesta amenaza soviética.

En los primeros meses de 1978, la economía interna superaba obstáculos; con todo, persistían indicios de estancamiento, como

insuficiencias en la producción, subutilización de las capacidades y desempleo. El electorado, impaciente, decidió que Fukuda después de todo no era un mago todopoderoso, acusándolo de ser culpable de las presiones comerciales ejercidas sobre Japón por los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea. También se le echó en cara la inercia en la que habían caído sus iniciativas políticas frente a la Dieta. Así, mientras la popularidad de Fukuda declinaba, la de su rival político Masayoshi Ohira crecía. De acuerdo con una encuesta sobre quién debía encabezar al gobierno, Ohira obtuvo el 17 % del respaldo, contra el 13 % de Yasuhiro Nakasone y 12 % de Fukuda, a quien se situaba en tercer lugar junto con el director de la Agencia de Planeación Económica, Kiichi Miyazawa. Obviamente Fukuda deseaba mantener el cargo que ocupaba, por lo que anunció la disolución de la Dieta y la convocatoria a una elección general de la que se esperaba saldría fortalecido el PLD al asegurar la reelección del primer ministro.

Como parte de su campaña política, Takeo Fukuda acudió en mayo a Washington para entrevistarse con el presidente Carter. Posteriormente asistió a la Reunión Cumbre de países capitalistas industrializados celebrada en Bonn, República Federal de Alemania. En septiembre visitó países del Medio Oriente, para entonces convertidos en la Meca de los funcionarios y empresarios japoneses, ávidos del petróleo árabe.

El 27 de noviembre de 1978 se llevaron a cabo las elecciones generales y Fukuda perdió. Ascendió en su lugar Masayoshi Ohira, viejo conocedor de la política japonesa, discípulo del ex primer ministro Hayato Ikeda y perteneciente a una familia cristiana.

El conflicto de facciones invadió el escenario político japonés, rebasando los límites de la discreción hasta impregnar a la opinión pública. El pueblo de pronto se volvió testigo de una contienda entre los partidarios de Fukuda, Miki, Nakasone y Ohira. Sin embargo, el desenlace no habría de modificar sustancialmente la situación. El punto culminante de la lucha ocurrió en octubre de 1979, al producirse un altercado sin precedentes entre los seguidores de Ohira y los de Fukuda en el recinto mismo de la Dieta.

Ohira, como buen liberal, dejaba hacer y pasar mientras imponía su estilo personal de manera lenta pero segura, tanto en el gobierno como en el PLD. En contraste con sus antecesores, procuraba subrayar el contenido y no la forma, sin comprometerse con promesas insostenibles acerca de la realidad política y econó-

mica. Para algunos, el estilo del nuevo primer ministro probaba sobre todo su indecisión; para otros era más bien testimonio de vasta prudencia.

También en la política exterior se advirtió el sello particular de Ohira. En mayo de 1979, realizó una primera visita a Washington como paso previo a la construcción de su imagen de estadista. Al poco tiempo, en junio, recibió a los dirigentes de las máximas naciones capitalistas del orbe durante la Reunión Cumbre de Tokio la cual, irónicamente, había sido planeada por Takeo Fukuda. En julio concurrió a la reunión de la UNCTAD celebrada en Manila, donde se esforzó por presentar una imagen renovada de Japón ante los países del tercer mundo. Ohira sabía que la mejor manera de cubrir la debilidad de Japón por su ausencia de recursos naturales era disponer de su poderío industrial en la cooperación internacional.

A raíz de la invasión soviética de Afganistán, ocurrida en diciembre de 1979, las críticas del gobierno japonés se incrementaron a tal grado que Japón decidió sumarse a la legión de países que boicotearon la Olimpiada de Moscú prevista para celebrarse a mediados de 1980. La muerte sorprendió a Ohira el día 12 de junio de 1980, sin que se vislumbrara a un posible sucesor.

El juego de las fuerzas políticas favoreció a Zenko Suzuki, quien surgiera como presidente del PLD y consecuentemente como el primer ministro número 69 de la historia de Japón. El hecho demostraba lo poderosa que se había tornado la alianza de facciones entre Ohira y Tanaka. Su inclinación hacia la mediación y el equilibrio de fuerzas hacía de Suzuki un candidato que levantaba expectativas de conciliación.

Al cabo de un año, la gestión política de Suzuki era ya decepcionante para muchos. Una nueva ola de *shocks* había puesto a prueba su capacidad para reaccionar. En abril de 1981 la fragata *Nissho Maru* fue embestida por el submarino nuclear *George Washington* a sólo cien kilómetros del puerto de Kagoshima. Las protestas de los grupos pacifistas subrayaban que la presencia de un submarino nuclear estadounidense en aguas territoriales de Japón violaba los tres principios antinucleares adoptados en la época de Takeo Miki: no fabricar, no introducir y no permitir el tránsito de armas nucleares por territorio japonés.

Los esfuerzos del primer ministro por demostrar que el incidente no era motivo de alarma se vinieron abajo cuando el diario

Mainichi Shimbun, en su edición del 18 de mayo, publicó unas declaraciones del ex embajador de Estados Unidos en Japón, Edwin Reischauer, señalando que desde 1960 buques de su país con armas nucleares realizaban visitas periódicas a puertos con la anuencia de funcionarios japoneses. La nula respuesta del gobierno y su pobre desempeño político en el exterior dio lugar a la renuncia del ministro del exterior, Masayoshi Ito.

El manejo de las relaciones con el aliado norteamericano tampoco dieron muestras de gran habilidad política por parte de Suzuki. Congresistas de Estados Unidos presionaban para que Japón incrementara su participación en la defensa de los intereses de Occidente en Asia con montos superiores al tope del 1 % del PNB autoimpuesto por Japón. Con el estancamiento económico y el súbito incremento del desempleo en Estados Unidos, las voces en favor de medidas proteccionistas contra los productos japoneses aumentaron. En ciudades como Detroit, sede de una planta automotriz de la compañía Toyota, se produjeron manifestaciones de obreros desempleados que culpaban al "imperialismo japonés" de sus infortunios.

También en el entorno asiático las protestas antijaponesas se multiplicaron. A raíz de que el Ministerio de Educación reformara los libros de texto de educación elemental suavizando el tono de la intervención japonesa en Asia en los años treinta, tanto en las dos Coreas como en China las demandas de veracidad en la revisión del papel histórico de Japón se hicieron más estridentes. Singapur y Malasia criticaron las reformas en los textos arguyendo que detrás de ellas se escondían propósitos de remilitarización. Ante tal situación, Zenko Suzuki prometió enmendar los textos de manera que reflejaran el desempeño real de Japón... pero esto no sucedió hasta 1985.

Hacia la segunda mitad de 1982, persistían las dificultades económicas y comenzaron a surgir problemas sociales que no se habían manifestado antes, como el incremento en la delincuencia juvenil y robos a bancos a través de los sistemas computarizados. Suzuki hizo público su deseo de no reelegirse para un segundo periodo como presidente del PLD. El espacio quedó abierto para que, en noviembre, Yasuhiro Nakasone asumiera el puesto.

Al comienzo de la década de los ochenta, la generación situada entre los 15 y 30 años de edad, denominada *shinjinrui*, literalmente "nuevo tipo de hombre", ya poco o nada tenía que ver con

el país del racionamiento y la austeridad posbélica. Los universitarios sabían de las privaciones y los esfuerzos de sus padres, pero esa realidad les era ajena. Vivían una vida diferente, reflejada en la novela *Nantonaku Juristaru*, que retrata jóvenes que llevan el consumismo hasta niveles hedonistas, deseosos de un colapso total en Japón. La prensa dio cuenta de casos insólitos, como adolescentes que agredían a sus maestros, asesinaban a sus padres o molestaban a sus compañeros de grupo hasta orillarlos a cometer suicidio. La delincuencia juvenil llegó a significar el 43.9% del total de crímenes registrados en Japón.

La prolongación de las expectativas de vida provocó que hubiese un número elevado de ancianos convertidos en serio problema social. Un estudio de la Universidad de Nihon estima que para el año 2021 el 24% de los japoneses será mayor de 65 años, comparado con el 9.1% en 1980. En virtud de que las compañías niponas basan su productividad en un sistema de señoreo y empleo de por vida, es fácil suponer que habrá constreñimientos preocupantes en el futuro de Japón. Así jóvenes y ancianos, por motivos distintos, compelen al país a cambiar por dentro, a la vez que la comunidad internacional presiona para que su desempeño sea conmensurable con su nivel de potencia.

El ex cadete de la Armada Imperial y partidario abierto de una política de rearme y seguridad nacional independiente, Yasuhiro Nakasone, asumió las riendas del poder en Japón gracias al apoyo de la facción controlada por Kakuei Tanaka, quien había sido expulsado del PLD tras el escándalo de la corporación *Lockheed*, pero mantenía su escaño en la Dieta y seguía influyendo en las grandes decisiones del partido.

El 12 de octubre de 1983 tres jueces de la Corte Distrital de Tokio fallaron en contra del ex primer ministro Tanaka acusándolo de aceptar sobornos por 2.1 millones de dólares provenientes de la compañía aérea *Lockheed*. Tanaka apeló al veredicto y se negó a abandonar el lugar que ocupaba en la Dieta desde 1947. Ante esto, los partidos de oposición decidieron boicotear las sesiones parlamentarias hasta no ver a Tanaka fuera de la Dieta. Nakasone no tuvo más remedio que hablar directamente con quien representaba su mayor apoyo político, pero no logró que Tanaka renunciara. El 18 de diciembre, Nakasone decidió finalmente jugársela disolviendo la Dieta y convocando a una elección general en la Cámara Baja que significó al PLD la pérdida de 22 escaños, pero

que limpió el camino para Nakasone. En junio de 1984, la pérdida en la Cámara Baja se compensó con creces en las elecciones de la Cámara Alta, donde el PLD obtuvo 137 de las 252 curules, tres más que en la elección anterior.

La consistencia fue una cualidad innegable de Nakasone. Tenía un concepto básico: *sengo no sokessan*, de difícil traducción, pero que podría definirse como revisión general del balance de la posguerra. El propósito era transformar la mentalidad del pueblo acerca de su propia seguridad y liberarlo de culpas por el pasado.

La primera prueba para Nakasone ocurrió cuando la fuerza aérea soviética derribó un avión comercial de Korean Airlines cerca de la isla de Sakhalin, el 1 de septiembre de 1983. Los radares japoneses instalados en Hokkaido inmediatamente detectaron el ataque y lo comunicaron a su gobierno, el cual reveló detalles a la Casa Blanca, y enseguida se sumó a la condena y sanción que ésta instrumentó en contra de la Unión Soviética. El incidente reveló no sólo la enorme capacidad de monitoreo defensivo desarrollado por Japón, sino además que el país seguiría una política concomitante con las tesis de estrategia y seguridad globales del presidente Ronald Reagan. En su primer viaje a Washington, Nakasone impresionó al presidente estadounidense con su estilo directo para abordar temas que otros líderes japoneses por lo general habían eludido. Nació ahí una relación que los medios de comunicación en adelante denominaron la relación Ron-Yasu, atendiendo a la supuesta amistad íntima entre Reagan y Nakasone.

Esta relación tendría implicaciones mayores para el orden mundial. Japón comenzó a cubrir con inversiones y asistencia económica espacios en los países en desarrollo que el Pentágono consideraba estratégicos para la defensa de los intereses de Occidente. En mayo de 1983, durante la Reunión Cumbre económica de los países más industrializados en Williamsburg, Nakasone señaló: "la seguridad de nuestros países es indivisible y deberá sustentarse sobre bases globales. Los intentos (de los soviéticos) por evadir negociaciones serias tratando de influir en la opinión pública de nuestros propios países fracasará".

La osadía del primer ministro ciertamente gustaba a un sector amplio del electorado japonés, aunque también fue motivo de duras críticas. En el propio PLD había quienes pensaban que la "arrogancia" de Nakasone estaba llevando las cosas demasiado lejos. Con todo, Nakasone fue reelecto para un segundo periodo como

líder de su partido en octubre de 1984. Seguro de sí mismo, continuó con sus políticas nacionalistas. Impulsó una reforma educativa tendiente a revisar la historia de Japón y emprendió una política de privatización de las comunicaciones, controladas por la paraestatal NTT, y de las líneas férreas estatales (JNR).

Kakuei Tanaka, el "shogun en la sombra", a cuyo mando se encontraba la facción más numerosa del PLD (147 miembros) sin pertenecer a él, sufrió un embolia en febrero de 1985, lo que provocó una serie de cambios en la política interna de Japón. Surgieron dos grupos en la facción tanakista, uno comandado por Noboru Takeshita y otro por el brazo derecho de Tanaka, Susumo Nikaido. Hacia finales del año, Tanaka estaba ya prácticamente incapacitado para seguir influyendo y Yasuhiro Nakasone no dejó pasar la oportunidad de demostrar que él podía convertirse en el hombre de mayor estatura política dentro de la mecánica partidista. El desmembramiento de la facción Tanaka se hizo realidad después de dos años de lucha entre sus herederos. En el verano de 1987, Takeshita finalmente anunció la creación de su propia facción con 114 adherentes.

Hubo igualmente cambios generacionales en las demás facciones. El ex primer ministro Takeo Fukuda pasó el mando de su facción a Shintaro Abe, y Zenko Suzuki hizo lo mismo con Kiichi Miyazawa. La facción Miyazawa con 88 miembros y la facción Abe con 82, se convirtieron respectivamente en la segunda y tercera fuerzas dentro del PLD. La facción Nakasone, a su vez, elevó su número de adherentes de 57 a 72 y, con algunos ex tanakistas y sobre todo con miembros del llamado Nuevo Club Liberal, se escindió del PLD tras el escándalo de Lockheed; posteriormente se desmembró después de la aplastante victoria del PLD en las elecciones parlamentarias del 6 de julio de 1986.

En esa ocasión, el Partido Liberal Democrático logró la reconquista de 304 de los 512 escaños en la Cámara Baja: la mayoría más aplastante desde la formación del partido en 1955.

Los analistas manejaron diversas hipótesis para explicar el fenómeno. Algunos atribuyeron la victoria a la recia personalidad de Nakasone; otros al renovado impulso que los "nuevos líderes" inyectaron al sistema político japonés, otros más a la debilidad de la oposición, inmersa en luchas faccionales internas; se pensó incluso que el resultado se debía a la apatía del electorado para salir a votar un domingo lluvioso.

El Partido Socialista Japonés, la primera fuerza de oposición, resintió la derrota como nunca antes. De 111 escaños que poseía en la Cámara Baja, solamente retuvo 86. Su pobre desempeño dio lugar a la renuncia del comité ejecutivo en pleno, lo que permitió el ascenso de una nueva generación de socialistas representados por la figura de Takako Doi, la primera mujer que encabeza un partido político en Japón. Procesos de renovación similares ocurrieron en el resto de los partidos de oposición; en el Komeito, por ejemplo, Yano Junya sustituyó a quien ocupó el puesto de presidente del partido durante 20 años, Takeiri Yoshnikatsu.

Durante la era Nakasone, Japón alcanzó la cumbre de su poderío económico. El monto del desequilibrio comercial japonés con los demás países industrializados era impresionante. En septiembre de 1985, los ministros de finanzas y gobernadores de los bancos centrales de Japón, Estados Unidos, Francia, Alemania Federal y Gran Bretaña, se reunieron en Nueva York para examinar la situación y ajustar las tasas de cambio para moderar los desequilibrios e intervenir conjuntamente en los mercados cambiarios. Resultado inmediato de la reunión fue la depreciación de la moneda japonesa de 240 a 216 yenes por dólar en los primeros días, y a 207 en el primer mes. Como medidas de ajuste por el encarecimiento de los productos japoneses exportados y para abatir costos, varias empresas incrementaron sus inversiones dentro de Estados Unidos y la Comunidad Europea.

Sobrevino entonces una afluencia de dinero sin precedentes en la historia de Japón. La gente dispuso de recursos para viajar y satisfacer sus excentricidades más costosas. La bolsa de valores de Tokio comenzó un ascenso vertiginoso. El yen alcanzó su valor más alto en enero de 1988 cuando logró la cifra de 120 unidades por dólar. La demanda interna en efecto aumentó, aunque nunca en las proporciones que los competidores extranjeros deseaban. Japón era, sin duda, la sociedad más opulenta del planeta y los japoneses no escatimaban en las compras de edificios, hoteles, campos de golf, empresas y obras de arte famosas. La renta de la tierra en Tokio, Osaka y las principales ciudades también se disparó.

En la selección del sucesor de Nakasone, los líderes de las diversas facciones del PLD entablaron una frenética lucha política. Finalmente, tras una prolongadísima sesión a puerta cerrada en noviembre de 1987 entre Abe, Miyazawa, Takeshita, Nakasone y los viejos jerarcas del partido, Fukuda y Suzuki, se anunció que

Noburo Takeshita sería el nuevo premier. También trascendió el papel decisivo que Nakasone desempeñó en el proceso.

El nuevo primer ministro se esforzó porque sus políticas adquirieran un sello personal. Desde su discurso inaugural, Takeshita habló del concepto de *furusato* (traducible como terruño, la "patria chica") como piedra angular de su política interna e internacional. Los analistas prefirieron identificar la política exterior de Takeshita como la "diplomacia del yen", dado que la poderosa moneda japonesa se convirtió durante su gobierno en instrumento vital de influencia en el ámbito exterior.

Durante la Reunión Cumbre de los países industrializados efectuada en Toronto en junio de 1988, el primer ministro japonés robó cámara a personalidades como Margaret Thatcher, Ronald Reagan y François Mitterrand, con el anuncio de que Japón destinaría 50 mil millones de dólares en ayuda oficial al desarrollo entre 1988 y 1992. Con ello, Japón se situaba en el primer lugar entre los países donantes de asistencia.

El 17 de julio de 1989, se dio a conocer el fallecimiento del emperador Hirohito, el de reinado más largo y tortuoso de la historia de Japón. Terminó así la era Showa y dio comienzo una nueva, la era Heisei.

Sin duda, el problema más serio que enfrentó Takeshita fue el escándalo del Recruit que surgió en julio de 1988 cuando el diario *Asahi Shimbun* reveló que los secretarios particulares de varios líderes del PLD —incluyendo a Takeshita— se habían enriquecido mediante la compraventa de acciones en la bolsa por cientos de millones de yenes, valiéndose de las listas que reservadamente les daba a conocer, fuera del mercado bursátil, una subsidiaria de la compañía Recruit.

En el último lapso de 1988 y a lo largo del año siguiente, comenzaron a caer cabezas. El ministro de Finanzas, Kiichi Miyazawa, renunció a su puesto en octubre al descubrirse que su secretario particular se encontraba entre los directamente implicados. Asimismo, fueron afectados por su implicación el presidente de la compañía japonesa de telecomunicaciones, NTT; el secretario general del Partido Socialista Democrático, e incluso el diputado Takumi Veda del PSJ. El primer día de 1989, Takeshita reformó su gabinete con gente que él suponía libre de toda culpa, pero apenas dos días después el ministro de Justicia también tuvo que abandonar su puesto al descubrirse su implicación en el escándalo.

De hecho, la forma de enriquecimiento instrumentada por Recruit Cosmos no era estrictamente ilegal, pero sí muy inmoral. Muchos de los corredores de bolsa eran simples amas de casa que buscaban maximizar sus ingresos. Este tipo de gente era la más afectada puesto que no tenía acceso a las altas esferas del sigilo y la confidencia, donde había la posibilidad de favorecerse de la información antes de que el público la pudiera conocer. La líder del PSJ, Takako Doi, no podía dejar pasar la oportunidad para atraer a una parte del electorado, especialmente al electorado femenino, y presionar al gobierno de Takeshita.

El 1 de abril de 1989, Takeshita logró que la Dieta aprobara un impuesto del 3% al consumo, a pesar del boicot de la oposición. Unos días después, en mayo, el primer ministro aceptó públicamente la injerencia de su secretario particular en las transacciones de Recruit y por ende renunció a la presidencia del partido. Las preguntas en boca de todos eran dos: ¿Quién en el PLD tenía las manos limpias? ¿Dónde estaba Nakasone, puesto que las transacciones de Recruit se habían llevado a cabo durante su gestión?

Se manejó con insistencia la versión de que solamente había un hombre con estatura política y honestidad probada para encabezar el gobierno: Masayoshi Ito, ex ministro de Relaciones Exteriores durante la administración de Zenko Suzuki. Ito, sin embargo, se rehusó a asumir tal responsabilidad y surgió entonces la figura gris de Sosuke Uno, perteneciente a la facción Nakasone, pero con poco arraigo aun dentro de ella. Uno ocupaba hasta entonces la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores, desde la cual trató de servir a la imagen de activismo que deseaba Takeshita para su política exterior, aunque su labor fue entorpecida en parte por la enfermedad del emperador, lo que obligó a la administración a asumir una actitud de duelo aun antes de que el monarca muriera.

Al cabo de dos meses, el 25 de julio, Sosuke Uno también sucumbió como primer ministro a raíz de la aplastante derrota del PLD en las elecciones de la Cámara Alta, donde perdió 35 escaños al obtener 108 de los 252. La renuncia de Uno se entremezcló con otro escándalo. Una joven dama de compañía —publicitada como *geisha* por la prensa occidental —había declarado a los medios de difusión que el primer ministro no le había ofrecido una indemnización adecuada mientras utilizó sus servicios. Apenas tuvo tiempo Uno de poner en marcha cualquier cosa que se pudiera llamar “estrategia política”. Quizá su único mérito fue el de haber enca-

bezado a la delegación japonesa a París para las celebraciones del Bicentenario de la Revolución Francesa y posteriormente haber participado en la Reunión Cumbre de los países industrializados.

Después de un prolongado lapso de incertidumbre acerca del sucesor idóneo para Uno, surgió en agosto de 1989 un personaje de semblante agradable y prácticamente desconocido en los medios políticos, proveniente de la facción Komoto, la más breve del PLD. Se pensaba que Toshiki Kaifu, por resultado de un compromiso político entre las facciones, podría mantener a flote al partido por lo menos hasta las elecciones de febrero de 1990 en la Cámara Baja. Si el PLD perdía, la culpa recaería en Kaifu; pero si vencía, sería sustituido por alguno de los jerarcas del partido que esperaban turno para gobernar desde tiempo atrás.

En su primer gabinete, Kaifu se apresuró a conceder dos cargos a elementos femeninos del PLD con el propósito de calmar en alguna medida el llamado "fenómeno de Madonna", como se denominaba al movimiento de irrupción de las mujeres en la política, que la líder del Partido Socialista pudo encauzar en su favor. Posteriormente, el primer ministro procedió en septiembre a realizar la visita ritual a Estados Unidos, incluyendo también visitas a Canadá y México.

El objetivo central de Kaifu consistía en ganar tiempo con acciones que simpatizaran al electorado y dieran fe de su reputación como político bienintencionado y honesto. No obstante que en sus conversaciones con el presidente George Bush no hubo mayores avances para la solución del desequilibrio comercial, al parecer, el estilo de Kaifu simpatizó al presidente estadounidense, gesto que algunos medios de prensa se apresuraron a bautizar como la relación George-Toshiki, en alocución al binomio Ron-Yasu del que tanto se jactaba Nakasone. En México, Kaifu aprovechó para anunciar un programa de asistencia para reducir la contaminación de la ciudad de México como parte de una política global de Japón para contribuir al mejoramiento del medio ambiente.

El 18 de febrero de 1990, sucedió lo que nadie esperaba en las elecciones de la Cámara Baja. De los 296 escaños que el PLD controlaba perdió diez, dejando una mayoría apenas suficiente para gobernar. Para sorpresa de muchos, los líderes de las principales facciones del partido gobernante que habían estado coludidos en el escándalo de *Recruit* conservaron sus puestos. También lo conservó Shintaro Ishihara, un diputado que durante su juventud ha-

bía destacado como novelista y que ahora lanzaba al mercado, en coautoría con el presidente de la corporación Sony, un libro extraordinariamente polémico: *No to Ieru Nihon (Japón puede decir no)*.

Al inicio de la década de los setenta, el futurólogo estadounidense Herman Kahn situaba a Japón en el entrecruce de la mayor dinámica regional y mundial. Sostenía que Japón habría de prefigurar un orden nuevo, basado en premisas insólitas para su época. El asombroso desempeño de este país desde su derrota en la segunda guerra mundial, parecería conceder la razón a Herman Kahn. Su capacidad para sacar provecho de los vaivenes económicos y políticos no únicamente ha volcado a muchos estudiosos a examinar las especificidades de su desarrollo con el fin de extraer posibles lecciones, sino que ha cifrado las esperanzas de muchos estados en Japón como fuente principal de cooperación para superar las depresiones y avanzar en los procesos de desarrollo.

Existen elementos, por supuesto, para suponer que muy probablemente Japón será pieza clave de una nueva concertación hegemónica mundial; pero ahora, a la luz de las transformaciones vertiginosas que están sucediendo en otras regiones, existen también elementos para ponerlo en tela de juicio. A la vez que existen tendencias hacia una mayor integración global, hay también signos de aislamiento y regionalismo que podrían ir en contra de los designios japoneses. La amenaza de proteccionismo, el desafío de otras economías pujantes, como la de Corea del Sur, y la distensión mundial que hace que Japón pierda su razón de ser como adalid de la defensa del llamado Mundo Libre en Asia, representan retos temibles para los dirigentes japoneses. A esto hay que agregar que para finales de los años noventa predominará en la sociedad de ese país una población envejecida.

Japón, en suma, se enfrenta a una de las disyuntivas más inquietantes de su historia. Está situado en un punto histórico fundamental para el proceso de cambio global debido a su enorme poderío económico y a su vertiginoso desarrollo de alta tecnología. Resulta inevitable preguntarse qué tan lejos podrá llegar, ¿están capacitadas la sociedad y la élite gobernante japonesas para asumir un liderazgo mundial e implantar una *Pax Nipponica* o deberán pactar una redistribución del poderío mundial? ¿Qué características asumiría cada uno de ellos? De concretarse una era del Pacífico, ¿qué condicionantes la determinarían? Para conocer las respuestas, habrá que mantenerse atento e informado.

A pesar del exponencial crecimiento de la presencia comercial de Japón en el mundo, sobrevive la incógnita respecto del papel político y cultural que los japoneses habrán de desempeñar en la construcción del orden internacional del nuevo siglo. En todo caso, la comunidad de naciones y la opinión pública mundial advierten la existencia de una brecha entre la opulencia de Japón y su limitada acción como potencia global en el escenario internacional.

BIBLIOGRAFÍA

LA TIERRA, LA GENTE Y EL CRECIMIENTO ECONÓMICO

- Derruau, Max, *El Japón*, Barcelona, Ed. Ariel, 1973.
Gourou, Pierre, *Asia*, Barcelona, Editorial Labor, 1966.
Hall, John Whitney et al., *Twelve doors to Japan*, Nueva York, McGraw-Hill, 1965, cap. 1: "Geografía", pp. 2-47; cap. 2: "Etnología", pp. 48-121.
Inuma, Dyiroo, *El clima en la historia*, México, El Colegio de México, en prensa.
Ishida, Ryujiro, *Geography of Japan*, Tokio, KBS, 1961.

DE LOS ORÍGENES A LA CAÍDA DEL SHOGUNATO TOKUGAWA

- Akamatsu, Paul, *Meiji 1868. Revolución y contrarrevolución*, Barcelona, Siglo XXI, 1968.
De Bary, Theodore et al. (comp.) *Sources of Japanese tradition*, 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1958.
Dore, Ronald, *Education in Tokugawa Japan*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1965.
Hall, John Whitney, *El imperio japonés*, México, Siglo XXI, 1972.
Kamo no Chomei, *Hojoki* (trad. al español de una parte por Kazuya Sakai) *Estudios Orientales*, 1:1, 1966, 14-28.
Lu, David J., *Sources of Japanese history*, 2 vols., Nueva York, McGraw-Hill, 1974.
La madre de Michitsuna, *Kaguroo nikki. El diario de la efímera vida* (trad. al español de una parte por Kazuya Sakai) *Estudios Orientales*, 4:11, 317-332.
Matsuo, Basho, *Senda de Oku* (trad. al español conjunta de Octavio Paz y Eikichi Hayashiya), México.
Sansom, George B., *A History of Japan*, 3 vols., Stanford, Stanford University Press.
———, *A short cultural history of Japan*.
Sei shoonagon, *Libro de Almohada* (trad. de una parte por Kazuya Sakai) *Estudios Orientales* 4:9, 49-69.
Smith, Thomas C. *Los orígenes agrarios en el Japón moderno* (traducción del inglés por Ángel Zamora de la Fuente) México, Editorial Pax-México, 1964.

- Tanaka, Michiko, *Cultura popular y estado en Japón. 1600-1868*, México, El Colegio de México, 1987.
- , *Movimientos campesinos en la formación del Japón moderno*, México, El Colegio de México, 1976.
- Zeami, Motokiyo, *Shikadosho. El libro de la flor suprema* (trad. al español de una parte por Kazuya Sakai) *Estudios Orientales*, 3:2, 157-173.

DE LA MODERNIZACIÓN A LA GUERRA

- Akamatsu, Paul, *Meiji -1886. Revolución y contrarrevolución en Japón*. Historia de los movimientos sociales (traducción del francés de Gabriel Saad), Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1968.
- Beasley, W.G., *The modern history of Japan*. Nueva York, Frederick A. Praeger Publishers, 1968.
- Centre for East Asian Cultural Studies: *The Meiji Japan through contemporary sources*, 3 vols., The Centre for East Asian Cultural Studies c/o The Toyo Bunko, Tokyo, 1969.
- De Bary, Wm. Theodore (comp.), *Sources of Japanese tradition*, 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1968.
- Hall, John Whitney, *El imperio japonés* (Historia Universal), México, Siglo XXI, 1972.
- Hirschmeier, Johannes, *The origins of entrepreneurship in Meiji Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 1964.
- Kajima, Morinosuke, *A brief diplomatic history of modern Japan*. Vermont y Tokio, Charles E. Tuttle Co. Publishers, 1965.
- Lockwood, William W., *The economic development of Japan. Growth and structural change. 1868-1938*. Princeton, Princeton University Press, 1954.
- Nakamura, Kichisaburo, *The formation of modern Japan. As viewed from legal history*, Tokyo, The Centre for East Asian Cultural Studies, 1962.
- Passin, Herbert, *Society and education in Japan*. Nueva York, Columbia University, 1965.
- Reischauer, Edwin O., *Japón. Historia de una nación* (traducción del inglés por Juan José Utrilla) México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Sansom, G.B., *The Western world and Japan. A study in the interaction of European and Asiatic cultures*. Nueva York, Vintage Books, Random House, 1973.
- Tobata, Seiichi, *The modernization of Japan 1*, Tokio, Institute of Asian Economic Affairs, 1966.
- The Toyo Bunko, *Japanese culture in the Meiji era*, 10 vols. Tokio, 1969.
- Nagai Michio y Miguel Urrutia, *Meiji Ishin: Restoration and revolution*, Tokio, The United Nations University, 1985.

Textos generales de historia del lejano oriente

- Michael, Franz y George Taylor, *The far East in the modern world*, Seattle, Washington, Holt, Reinchart and Winston, 1964.
- Clyde, Paul, *The Far East*, N.J. Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs, 1958.

EL JAPÓN CONTEMPORÁNEO: DE LA DEVASTACIÓN A LA OPULENCIA

- Benedict, Ruth, *El Crisantemo y la Espada*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- Beasley, W.G., *Historia moderna de Japón*, Buenos Aires, 1963-1968.
- Gibney, Frank, Japan, *The fragile superpower*, Vermont, Tokio, Rutland, Charles E., Tuttle, c1979, 1985.
- Kahn, Herman, *The emerging Japanese superstate, challenge and response*, Middlessex, 1970.
- Kerber Palma, Víctor, *La Cuenca del Pacífico, escenario de competencia por el poder en el sistema mundial: la estrategia de Japón*, Estudios del CLEE, Est-019-88; México; CLEE, 1988.
- Nakamura, Takajusa, *Economía japonesa, estructura y desarrollo*, México, El Colegio de México, 1990.
- Nakane, Chie, *Japanese society*, Middlessex, Penguin Books, c1970, 1977.
- Takabatake, Michitoshi *et al.*, *Política y pensamiento político en Japón, 1926-1982*, México, El Colegio de México, 1987.
- Wolferein, Karl Van, *The enigma of Japanese power*, Nueva York, Albert A. Knopf, 1989.

ÍNDICE

Presentación	5
<i>J. Daniel Toledo B.</i>	
Japón: la tierra, la gente y el crecimiento económico	7
A propósito del nombre y de las primeras imágenes	7
El Japón de hoy: una imagen no basta	9
A manera de invitación	10
Una tierra montañosa, joven e inestable	12
Costas abundantes y fragmentadas	18
Clima variado y bosques verdes y tupidos	20
Ríos cortos y rápidos	26
La gente	28
Un territorio pequeño con mucha gente	29
Lo moderno y lo tradicional	34
Las bases del "milagro económico" japonés	40
El desafío japonés	49
<i>Michiko Tanaka</i>	
De los orígenes a la caída del shogunato Tokugawa	63
I. Época formativa: los orígenes del pueblo y la cultura	63
II. Época antigua: surgimiento y consolidación del estado	69
III. Época medieval: descentralización del poder y la cultura	107
IV. Época premoderna: las premisas del Japón moderno	125
<i>Omar Martínez Legorreta</i>	
De la modernización a la guerra	173
La apertura de Japón: las expresiones internas y externas	173

La renovación Meidyi y las transformaciones internas	177
Las bases de la consolidación política del estado moderno	185
La experiencia de los partidos políticos	192
La modernización económica	197
Presión demográfica y movimientos sociales	209
Japón y la primera guerra mundial	212
El pensamiento político y las nuevas condiciones	215
La "Democracia Taishō": los partidos políticos en el gobierno	221
La oportunidad del militarismo japonés	226
Japón contra China: principia la segunda guerra mundial en Asia	232
Japón y la segunda guerra mundial	235
<i>Jorge Alberto Lozoya y Víctor Kerber</i>	
El Japón contemporáneo: de la devastación a la opulencia	243
Las dimensiones de la devastación	243
El sello de la ocupación	245
Viraje en las políticas de la ocupación	253
Rehabilitación e independencia	258
Las condiciones para el despegue económico	263
La época del rápido crecimiento económico	270
Reconversión estructural hacia la era del Pacífico	286

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 1991 en los talleres de Offset Setenta, Víctor Hugo 99 esquina Rumania, Col. Portales. Composición tipográfica y formación: Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600 México, D.F. Impresión de las fotografías en color: Selecciones Electrónicas de Color, S.A. de C.V. Se imprimieron 3 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

Centro de Estudios de Asia y África

Tras varios años de experiencia impartiendo los cursos introductorios de historia de Japón, un grupo de profesores del Programa de Estudios Japoneses del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México ha elaborado el presente volumen, destinado a los estudiantes universitarios que se acercan por primera vez al estudio de ese país.

En los años recientes se ha incrementado la importancia de Japón para América Latina, y por ello se han publicado una serie de libros que cubren múltiples facetas de la economía, la historia y la cultura japonesas. En la mayoría de los casos, se trata de traducciones al español de obras escritas en otros idiomas. *Japón: su tierra e historia* es uno de los primeros intentos de escribir, desde una perspectiva latinoamericana, una introducción a su historia, su geografía y su cultura.



El Colegio de México